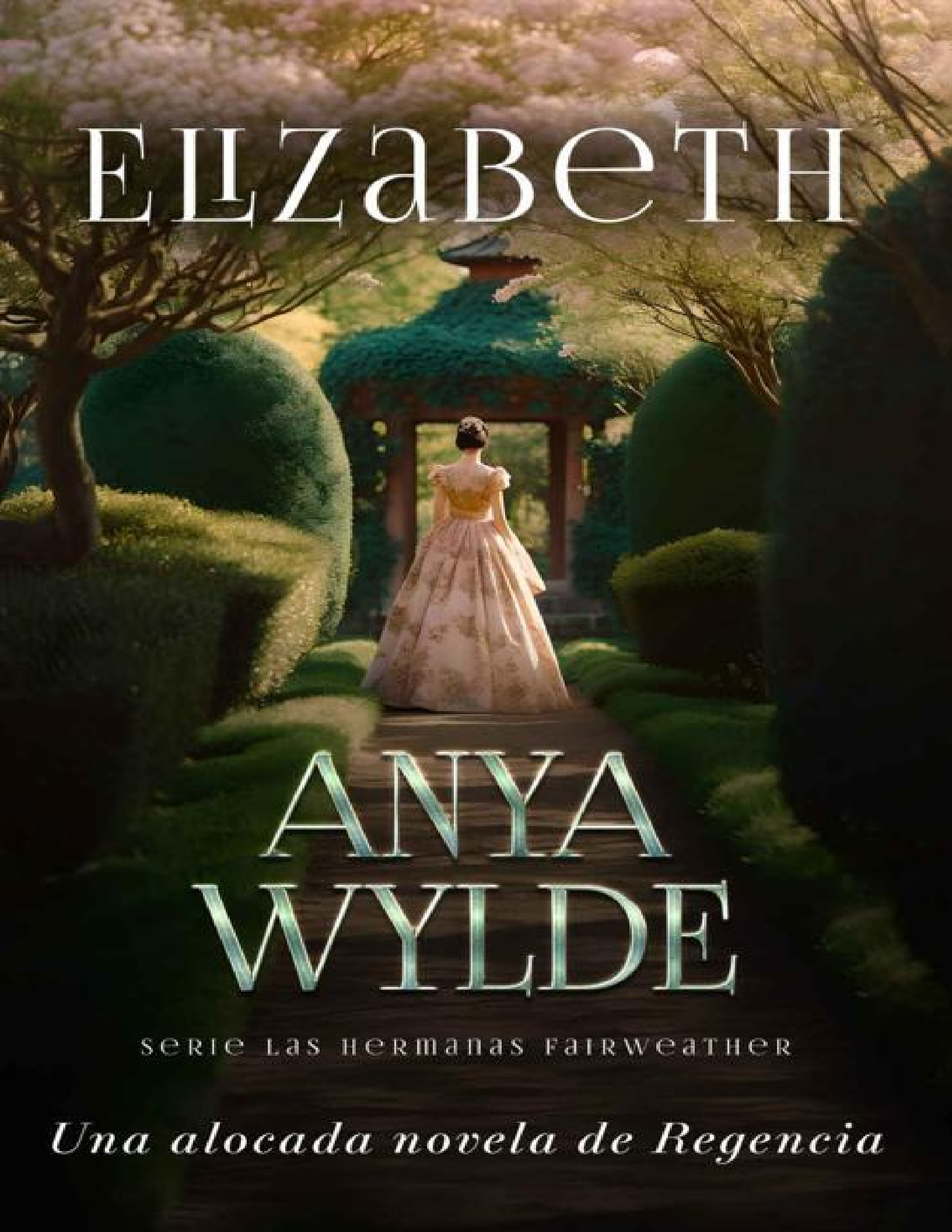

ELIZABETH
ANYA WYLDE
SERIE LAS HERMANAS FAIRWEATHER
Una alocada novela de Regencia

Elizabeth

DE

ANYA WYLDE

Dedicatoria

A John, Marcus, Daniel y Portia.

Agradecimientos

Gracias, John, Fiona Crann, Lori George, Candi Foster, Simone Baron, Jennifer Vander Meersch*, Helena Keeley, Karen Mitura, Nancy Cambell*

El Seminario

Capítulo Uno

Las cuatro ruedas del Carruaje Municipal dejaron profundas hendiduras en Rosemary Lane, cubierta de nieve como una gruesa capa de azúcar en polvo.

El oscuro y exquisitamente elaborado carruaje, tirado por seis bien criados caballos negros, atraía la atención de los habitantes del pequeño condado situado a cincuenta millas al sur de Londres. Sus narices se presionaban contra los ventanales helados mientras observaban la procesión de poderosos guardias vestidos de cuero negro que seguían al Carruaje Municipal, que avanzaba lentamente hacia Atterberry House, un excelente seminario para damas en formación.

El sonido de los cascos al trote se movía en armonía, como si pertenecieran a caballos de guerra entrenados. El rítmico sonido llenaba el pueblo de miedo y temor, y hasta los pájaros y pequeños animales saltaban del camino y se acobardaban detrás de arbustos secos y ramificados.

Las miradas curiosas se retiraron apresuradamente cuando vieron la librea verde y dorada del conductor y el resplandeciente emblema dorado de un león tallado en la puerta del carruaje.

Inconsciente del gran terror que su suave paso por el campo había causado, el lujoso carruaje se detuvo suavemente frente a las puertas de Atterberry House, una extensa mansión de tres pisos con amplios jardines.

Esta escuela privada para niñas llevaba el nombre de un par de hermanas viudas, la señora Helen Atwater y la señora Jane Berry.

En el crepúsculo, dos figuras solitarias se encontraban frente a las altas puertas de la escuela: un apuesto joven y una niña. Observaban la procesión con asombro y curiosidad, junto con muchas estudiantes que se asomaban por las ventanas que adornaban la fachada de la escuela.

Se preguntaban quién poseía tal poder y riqueza para llegar de una manera tan grandiosa.

Cuando avistaron la librea y el emblema del Duque de Blackthorne, se sintieron aún más intrigados, y treinta estudiantes de entre trece y dieciocho años susurraban entre ellas, con sus bocas moviéndose a una velocidad increíble mientras sus ojos permanecían abiertos, sin parpadear y fijos en la escena de abajo.

¿Por qué alguien nadando en dinero enviaría a un miembro de su familia a una escuela privada para niñas?

¿Se habían combustionado espontáneamente todos los tutores y gobernantas de Inglaterra, y ahora ninguno estaba disponible para ser contratado?

¿Y aunque *hubieran* decidido enviar a una niña a la escuela, por qué a la tercera mejor del país?

¿Estaba la niña siendo perseguida por un pretendiente indeseable? ¿O era, por Júpiter... una niña de baja cuna?

Era todo muy misterioso.

La niña de catorce años, temblando en la puerta, sujetó el borde del abrigo de lana azul apagado del joven y tiró con fuerza.

—¿Crees que es una estudiante, William?

En el crepúsculo, Lord William Edmond Darby parecía sorprendentemente pálido e increíblemente apuesto. Sus afilados ojos negros eran fríos como el aire helado que lo rodeaba, y copos de nieve se habían asentado en su sombrero de copa gris, en sus delgados hombros y en sus botas negras, como si su aura helada hubiera creado cristales de hielo al contacto con el viento.

Parecía casi demoníaco, como si detrás de su chaleco sin cortar se escondiera una mortífera

guadaña, pero cuando se volvió para mirar a la niña que estaba a su lado, su expresión se suavizó, revelando, a un segundo vistazo, rasgos gentiles, una boca delicada y una nariz fina.

Esta aura helada y reservada, combinada con una expresión suave, lo hacía parecer intrigante e instantáneamente atractivo. Hacía que la gente se preguntara si era un villano despiadado o un héroe malinterpretado.

Como resultado, ¿deberían llevarlo a la cama o protegerlo?

—Una estudiante —finalmente respondió a la pregunta de su prima.

La señorita Josephine Ingram estampó sus resistentes y sensatas botas marrones para entrar en calor.

—¿Por qué tiene que ser escoltada así?

El aliento de William formaba hilos de niebla mientras hablaba:

—Por muchas razones, Jo.

—¿Como cuáles?

—Los luditas se han rebelado de nuevo, y los caminos son peligrosos.

Jo guardó silencio y volvió a mirar el carruaje. Su abrigo marrón apagado no tenía ribetes ni forro, e incluso su sombrero era simple, sin una pluma o un lazo, pero se mantenía erguida, con las manos firmemente unidas como si temiera que alguien notara sus dedos temblorosos.

Un momento después, las pesadas cortinas de terciopelo verde del carruaje del duque se apartaron, y un ojo brillante asomó, luego se retiró rápidamente. Un lacayo corrió hacia adelante y colocó un escalón frente a la puerta del carruaje.

La puerta se abrió, y un pequeño pie calzado con una zapatilla de satén blanco asomó. Adherido a él parecía haber un enorme conejo blanco, o eso parecía a los curiosos espectadores. Un ojo marrón travieso se reveló debajo de una gran capucha de piel blanca y parpadeó como si estuviera aturdido por la repentina ráfaga de aire frío.

El sol eligió ese momento para brillar intensamente, iluminando la nieve en un destello de luz cegadora, aumentando el contraste entre la criatura peluda, la nieve fresca y los amenazantes guardias en reluciente cuero negro montados sobre caballos de guerra.

—¡Achuus! —estornudó el ovillo de pelo, y la capa blanca cayó hacia atrás, revelando un rostro rosado, una boca de cereza y grandes ojos marrones.

Teniendo en cuenta su altura, era una niña, quizás no más de doce años. Era suave como un cojín de visón envuelta en capas y capas de tela costosa. Sus mejillas eran sonrosadas y rellenas, y una cadena de perlas adornaba su cuello.

Su pequeña mano enguantada en blanco asomó, y una criada la ayudó a descender. Ella saltó del último escalón con una risa encantada, y la criada la regañó apresuradamente mientras la nieve gris-marrón salpicaba sus zapatos y sus enaguas.

La criada habló monótonamente, sus reprimendas eran meras palabras simbólicas, ya que sus ojos mostraban calidez e indulgencia.

La niña se apresuró hacia la entrada de Atterberry House, seguida por la criada y un lacayo que llevaban muchas cajas de sombreros y estuches de tocador.

William se sorprendió cuando Jo de repente citó a Shelley:

Mitad para mí mismo dije,
¿Y qué es esto? ¿De quién es esa figura dentro del carruaje? y por qué...
Habría añadido—¿está todo aquí mal?
Pero una voz respondió: Vida.

La niña en limpia piel blanca era casi deslumbrante a la luz invernal y parecía superficialmente definir el triunfo de la vida. Una culminación de buena apariencia, porte, riqueza y conexiones,

como si los cielos hubieran lanzado un ángel entre ellos, pero temieran que su querido fuera manchado y, por lo tanto, amortiguaran su existencia en la tierra mortal con todo tipo de lujos.

Jo miró las perlas que colgaban del cuello de la otra y el brillante broche de diamantes que se hizo visible a medida que la joven se acercaba.

—Parece una dama. Me pregunto si es la hija del duque.

—Improbable —respondió William.

La hija de un duque nunca sería permitida en una escuela, no importa cuán privada y costosa. A sus ojos, el ovillo de piel blanca era una niña mimada... quizás una hija ilegítima de la amante favorita del duque, pero no podía explicarle eso a Jo.

La conversación se interrumpió cuando la niña estaba casi sobre ellos; se detuvo al notar la delgada figura de Jo temblando cerca de la puerta.

Los dos adolescentes se miraron el uno al otro como gatos cautelosos que se encuentran por primera vez. De repente, la niña se quitó la capa, revelando un vestido azul ribeteado con encaje blanco, y cuidadosamente colocó la piel alrededor de Jo.

—Tienes frío —dijo.

Las orejas de Jo se pusieron rojas, y se quitó la capa y trató de devolvérsela a la otra niña.

—No quiero tu compasión.

—¿Compasión? —La suave frente blanca se arrugó en confusión—. No te compadezco; lo hice por mí. Este es mi primer día aquí, y tu figura triste está arruinando la vista de mi nueva escuela. Solo me gusta mirar cosas bonitas —dijo, citando a Rossetti—. 'La querida anciana en el camino está enferma y adolorida por dolores y achaques.' Espero que te veas más atractiva una vez que te calientes.

William se preguntó si era de moda entre las jóvenes mujeres citar poesía fuera de contexto. Sentía pena por los maestros de escuela que estaban a punto de enseñar a esta nueva generación.

—No soy una anciana —replicó Jo, pero esta vez, de mala gana, permitió que la otra niña la envolviera nuevamente en la piel. La joven estaba tan consentida que no podía ver nada perturbador. Qué vanidad, pensó internamente y se acurrucó más en la piel.

William observaba el intercambio con impaciencia mientras jugueteaba con un abanico de plumas de pavo. Se le deslizó entre los dedos largos, danzó sobre sus nudillos y, con un floreo, descansó en un agarre firme. Estaba ansioso por regresar a Cambridge.

—Entra —le entregó el abanico a Jo—. No hagas esperar a la señorita Berry.

Jo de repente le señaló.

—Él también tiene frío. ¿No perturba tu vista?

La joven se volvió para examinarlo. Sus ojos no mostraban indicios de timidez; su evaluación era franca y audaz.

Él se encontró con su mirada directamente.

—¿Vas a conjurar una capa para mí también?

Ella sacudió lentamente la cabeza.

—Tus labios pálidos, los copos de nieve brillando como luz de estrellas entre tu cabello cuervo, y tu figura temblorosa son conmovedores. Eres apuesto, y la adversidad añade a tu temblorosa belleza. Preferiría que te quedaras así y siguieras mejorando el paisaje.

Él se quedó aturdido un momento antes de soltar una suave y encantada risa. Esta alegría había estallado de él sin que lo quisiera, incluso sorprendiéndolo.

Jo lo miraba, y las comisuras de su boca se levantaron como si su risa fuera contagiosa.

Él empujó a Jo hacia la escuela mientras seguía riendo.

—No olvides escribirme. Espero una carta cada mes, incluso si es solo una línea.

Luego, con un saludo, se alejó trotando, con una sonrisa aún en sus labios y la espalda recta y orgullosa.

Una vez que su figura desapareció por completo, las chicas se dirigieron hacia adentro. Entraron en la escuela y se enfrentaron en el vestíbulo.

—Ya no necesito esto —Jo empujó la capa hacia los brazos de la otra chica.

—Quédatelo. Piensa en ello como un regalo de tu nueva amiga.

Jo miró la lujosa piel con desconfianza.

—¿Cuál es tu nombre?

—Señorita Elizabeth Fairweather. ¿Y el tuyo?

—Josephine Ingram.

Elizabeth gesticuló hacia el lacayo que estaba detrás de ella, y él le ofreció rápidamente una pequeña bolsa de tela. Ella la abrió con cuidado y sacó una maceta.

—Este es Cecil. —Miró a Jo con expectación.

Jo observó la única ramita con una hoja verde asomando del barro.

—¿Eh?

Elizabeth continuó esperando.

Finalmente, Jo aclaró su garganta y asintió hacia la planta.

Satisfecha, Elizabeth colocó la planta de nuevo en la bolsa de tela y se la devolvió al lacayo.

Jo tomó un momento para volver a sus sentidos. Finalmente preguntó:

—La guardia del duque te escoltó... ¿por qué querrías ser amiga de alguien como yo?

Elizabeth barrió con la mirada el atuendo apagado de Jo.

—Tus dedos están manchados de tinta, lo que indica que eres estudiosa. Tu abrigo es nuevo y limpio, pero sin forro; por lo tanto, tu familia ha logrado reunir la cuota para esta cara escuela con la esperanza de que hagas buenas conexiones y consigas un buen matrimonio después de salir de aquí. Estás nerviosa, así que eres una buena chica y no quieres decepcionar a tu familia. Lo más importante, eres orgullosa, pero hablas poco en frases cortas y claras. En conclusión, no eres una idiota.

Jo se sintió sorprendida por el análisis inteligente y preciso.

—¿Eh? ¿Cómo te beneficia eso?

—Si alguien importante se da cuenta de un don nadie, esa persona hará todo lo posible por complacer a su benefactor. Quiero una amiga completamente dedicada a mí mientras permanezca aquí, y tú lo harás.

Jo apretó los dientes lentamente y con fuerza.

Elizabeth frunció el ceño.

—Déjame explicarlo. Odio a las chicas que parlotean, y si me hago amiga de una pobre y tímida estudiosa como tú, estarás lo suficientemente agradecida como para ayudarme con mis estudios.

Los ojos verdes de Jo habrían lanzado veneno si hubieran podido. Le empujó la capa de piel a Elizabeth y se marchó enfurecida. Su boca estaba tan llena de ácido que apenas podía rechazar verbalmente la oferta de "amistad".

Elizabeth miró la piel en sus manos con confusión. ¿No había sido lo suficientemente buena su explicación? Había ofrecido a la empobrecida estudiante una exquisita capa y la oportunidad de hacerse amiga de ella.

¿Ella, Elizabeth Esther Hester Letitia Fairweather, hermana de la duquesa de Blackthorne y parte de la familia Fairweather, la más influyente de Inglaterra, había sido rechazada?

¿Qué le pasaba a la pobre señorita Josephine Ingram? ¿Se había congelado el cerebro con el

frío invernal?

Capítulo Dos

—Señorita Fairweather —llamó una voz dulce.

Elizabeth, que estaba a punto de correr tras Josephine, se detuvo al ver aparecer a una joven detrás de ella.

La señorita Felicity Fortune, hija del conde de Rothfarn, era una joven elegante, hermosa y refinada con un futuro prometedor. A pesar de tener una dote miserable, estaba destinada a cosechar muchos pretendientes apuestos y casarse con el mejor de todos.

—¿Señorita Elizabeth Fairweather, no es así?

Elizabeth sonrió ampliamente. Sus mejillas redondas parecían dos duraznos maduros—rosadas con un toque de oro—mientras sus ojos marrones claros eran suaves y claros como un corderito recién nacido. —Sí.

Felicity miró a la inocente niña con incertidumbre. La bien relacionada y rica Elizabeth era como una manzana dorada lista para ser cosechada y fácil de subyugar ya que era nueva en la escuela y no tenía amigos, pero...

—¿Cuántos años tienes?

Elizabeth bajó las pestañas, pareciendo sumisa, mientras sus pupilas se contraían rápidamente detrás de los párpados bajos.

—Catorce. ¿Y tú?

—Dieciocho. Pareces más joven de lo que eres.

La tensión alrededor de la boca de Felicity se relajó.

—Y tú pareces mayor de lo que eres.

Felicity frunció el ceño. —Me pregunto qué haces aquí.

—Y yo me pregunto qué haces tú.

Las pestañas de Elizabeth parpadearon y se levantaron de nuevo, su sonrisa se amplió aún más, haciéndola parecer adorable. —¿Eres la señorita...?

—Felicity Fortune. Ya nos hemos conocido antes.

Elizabeth inclinó la cabeza y se tocó la barbilla. —Una cara tan encantadora es difícil de olvidar, pero es una pena que no pudiera recordarla.

La boca de Felicity se apretó en una línea recta y fue al grano. —Sé por qué te expulsaron de los otros seminarios.

—¿Entonces por qué preguntas por qué estoy aquí?

—Si estoy contenta con tu comportamiento, mantendré todo en secreto.

Elizabeth sacudió lentamente la cabeza. —No es necesario. Siéntete libre de esparcir la noticia.

Felicity parecía no haber oído bien. —¿Quieres que le cuente a todos lo que pasó?

—Sí, por favor. Pero, si no quieres que difunda un cuento de Banbury sobre ti, entonces págame.

—No tengo secretos.

—Tuviste un romance con el cochero del duque de Blackthorne.

—¡Eso no es cierto!

—Lo sé, y tú lo sabes, pero ¿quién creerá la verdad si lo dejo escapar?

—También puedo inventar historias sobre ti.

Elizabeth la miró fijamente. —Tu familia está empobrecida y dependes de un buen matrimonio para sobrevivir en el futuro. Yo, por otro lado, tengo una dote generosa y conexiones

que enterrarán todo chisme. Por lo tanto, estás en una situación mucho más delicada, señorita Fortune.

La cabeza de Felicity dio vueltas, y su carrera como futura chantajista terminó rápidamente. Miró a la joven delante de ella y se dio cuenta de que en todos esos años reinando como la tirana de la escuela, finalmente había encontrado a una maestra déspota.

La señorita Fortune no era completamente malvada; esa breve vacilación, cuando pensó que era demasiado joven para infligir sufrimiento sobre ella, había aligerado su castigo. Elizabeth habría comenzado a tramar su ruina sin esa fugaz pausa. Habló amablemente ahora:

—Ofréceme una profunda reverencia, baila una linda danza, y quizás olvide este desagradable asunto.

Felicity palideció, pero hizo lo que le dijo. Sus rodillas temblaron de rabia mientras se inclinaba en reverencia y luego procedía a saltar y brincar al compás de una melodía que Elizabeth tarareaba con gracia.

La danza terminó, y Elizabeth alabó a Felicity e incluso aplaudió dos veces. Señaló detrás de ella, y el lacayo, que se había fundido con el fondo y casi se había camuflado con la tapicería, saltó al frente y ofreció la maceta. —Cecil también quiere una reverencia.

Así que, una vez más, la señorita Fortune forzó a sus enojadas rodillas a obedecer y se inclinó hacia la ramita con una hoja.

Satisfecha, Elizabeth ayudó a la otra chica a levantarse. —Buena niña.

Miss Fortune, quien era cuatro años mayor, guardó silencio porque todavía estaba aturdida al descubrir que alguien que parecía tan inocente podía ser tan letal.

—No olvides esparcir ese chisme sobre mí. Tienes mi permiso para embellecer los hechos tanto como desees. No lo negaré. Ahora, necesito encontrar a la directora —continuó Elizabeth.

Felicity observó la pequeña figura que se alejaba, completamente desconcertada. ¿Miss Elizabeth Fairweather quería que arruinaran su reputación? Estaba atónita y, por primera vez en sus ocho años en esta institución, no comprendía lo que acababa de suceder.

La matona había sido acosada; la extorsionadora había sido extorsionada. Con la cabeza aun girando como una rueda de carruaje bajando una colina, la alta y letal belleza tambaleó hasta su dormitorio y se recostó.

***

Elizabeth se encontró con las directoras. Escuchó a la Sra. Berry con la cabeza baja. El sol de la tarde se reflejaba en su cabello castaño dorado y su piel clara, calentando el corazón de la Sra. Berry.

La Sra. Berry había esperado encontrar a una joven orgullosa con la boca llena de críticas amargas y una nariz que se alzaba como si estuviera oliendo un calcetín mojado.

En cambio, esta dulce pequeña era obediente, bien hablada y afable. Sonreía y asentía como si todos los arreglos fueran satisfactorios y parecía agradecida de que el desayuno fuera poco después del amanecer, justo cuando los pájaros comenzaban a cantar.

—La comida es abundante —advirtió la Sra. Atwater con severidad—. Pero algunas chicas prefieren comer pan más que otras, así que escuché que a menudo discuten por ello, y las cocinas siempre se quedan cortas.

—Una buena manera de mantener nuestros miembros ágiles —sonrió Elizabeth mientras imaginaba darle un buen golpe a una joven robusta mientras luchaban por un rollo caliente y mantecoso.

La Sra. Berry se derretía aún más. Quizás los otros dos incidentes anteriores que habían llevado a esta joven dócil y bien educada a venir aquí habían sido malentendidos. No quería

juzgar a la chica demasiado pronto, así que su tono fue amable y acogedor.

La Sra. Atwater, por otro lado, con sabiduría retrasó también la formación de una opinión.

—La Srta. Laura Pekham te dará un rápido recorrido por nuestra escuela. Las clases ya han comenzado; puedes asistir a la última y luego retirarte por la noche. Eso será todo.

La Srta. Pekham era una joven amigable, de rostro redondo y grandes ojos azules que hacían sentir como si un invisible yugo estuviera atado a su trasero. Caminaba rápidamente con piernas cortas, charlando a una velocidad maravillosa mientras se mantenía articulada.

Elizabeth paseó junto a ella, con sus ojos brillantes ahora ligeramente apagados y con los párpados pesados después del largo viaje desde Finnshire.

La escuela brotaba de los jardines bien cuidados como hongos de aroma exquisito, más presuntuosos que los champiñones comunes que salpicaban el campo. Enseñaba el mismo currículo que el resto de las instituciones bien intencionadas, pero esa fragancia exótica de riqueza y clase que emanaba de los poros de sus habitantes la hacía destacar como champán entre botellas de ginebra.

Esta arrogancia similar a una trufa también se reflejaba en la decoración, donde las aulas eran grandes, aireadas y luminosas, con muchas chimeneas para mantenerlas cálidas. Los pasillos estaban cubiertos con alfombras gruesas de color pardo, y las paredes estaban adornadas con retratos de personas influyentes que parecían severas y adustas, como si una disposición alegre las volviera ridículas.

El comedor incluso contaba con candelabros de cristal que proyectaban una luz fragmentada y de colores sobre las largas mesas de madera de rosa pulidas.

La Srta. Laura Pekham continuó hablando mientras Elizabeth intentaba, con sueño, mantenerse al tanto y dar sentido a toda la información lanzada en fragmentos desconectados.

La escuela tenía treinta estudiantes; algunas clases eran mixtas y otras se dividían por edad.

La Srta. Felicity Fortune era la mayor y tenía la mayor parte del poder entre las estudiantes, ya que era hija de un aristócrata que pertenecía a una nobleza empobrecida pero bien respetada. Su grupo consistía en chicas con antecedentes similares, mientras que la Srta. Rose Thornburgh pertenecía al otro grupo. Su padre era un comerciante adinerado que viajaba por el mundo con su esposa, por lo que la envió a esta escuela internado. Su grupo consistía principalmente en hijas de comerciantes u oficiales de regimientos destinados en el extranjero.

Aparte de estos principales grupos de poder, existían algunos rezagados, aquellos que eran casos de caridad o tenían algún escándalo asociado. Flotaban por la vida escolar como ratones, apareciendo solo en la cena y durante las clases mientras elegían esconderse el resto del tiempo.

—Sin duda te unirás a Felicity —observó la Srta. Pekham.

—No.

—Lo harás —dijo la Srta. Pekham con una sonrisa superior—. Ten cuidado, sin embargo, y no la ofendas. La Srta. Grant intentó rebelarse contra ella, y no sé qué le dijo Felicity, pero desde ese día comenzó a entregarle toda su asignación. Se negó a regresar el año siguiente y pronto fue casada.

—Ya veo.

—Mi padre es dueño de Pekham Apothecary, que vende las mejores aguas de flores, quizás hayas oído hablar de ello. ¿No? También es dueño de Pekham & Co Tailors, por eso sigo a la Srta. Thornburgh. Su padre proporciona los materiales para nuestras tiendas. —Se detuvo para recuperar el aliento y señaló a la fila de puertas a cada lado del pasillo—. Las habitaciones están en el ala oeste. Las que pagan más están solas; otras comparten de dos, tres o cuatro. Las habitaciones con cuatro camas están llenas de las chicas más pobres o casos de caridad. Yo

comparto con la Srta. Thornburgh. ¿Y tú?

—Tengo mi propia habitación —observó Elizabeth mientras miraba la cabeza curiosa que rebotaba frente a ella y se preguntaba si, al poner una oruga en la ensalada de esta joven locuaz, se asustaría o se alegraría.

Una campana distante sonó, y la Srta. Pekham la arrastró hacia un aula en el tercer piso con vistas a los terrenos. El aula era grande, con un magnífico escritorio para el maestro, catorce escritorios más simples para los estudiantes y dos chimeneas rugientes, una en la parte trasera y otra en la delantera.

Un grupo de chicas se aglutinó alrededor de Felicity en la parte trasera, mientras que una robusta chica de ojos azules y boca sonrosada dominaba el grupo en la parte delantera... *Esta debe ser la Srta. Rose Thornburgh.*

Elizabeth no podía reconocer los rostros en la sala. El tipo de mujeres con las que había crecido pertenecían a los estratos más altos de la sociedad y nunca pisarían una escuela como esta, ni encontraría a sus amigas de Finnshire, la pequeña aldea en la que creció, vagando aquí.

Los dos grupos de chicas le sonrieron ampliamente y se giraron para mirarla, esperando ver a quién se acercaría.

Elizabeth ignoró ambos grupos y se dirigió hacia una chica solitaria sentada cerca de la ventana, donde una fría corriente de aire movía su oscuro cabello.

Se hundió en el asiento junto a Josephine Ingram y se reclinó con un suspiro de cansancio. Le habría gustado descansar después del viaje, pero no importaba; ya estaba casi al final del día. Esta era la última clase; pronto podría cenar y retirarse.

Los dos grupos comenzaron a susurrar de inmediato. Ella era una Fairweather. Cierto, sus hermanas se casaron con familias aristocráticas, y su hermana mayor era duquesa, pero su linaje aún no era uno de nobleza. La sangre azul no corría por sus venas; por lo tanto, ¿cómo podría pensar en unirse a ellas?

El otro grupo también creía que la chica no pertenecía a una clase de comerciantes y que su padre solo había ganado dinero gracias a los consejos oportunos de sus poderosos yernos.

La maestra se retrasó, y en la espera, la Srta. Thornburgh de repente rompió el grupo de chicas que se aglutinaban a su alrededor como moscas de la fruta sobre una naranja madura y se acercó a su mesa. La ceja de Elizabeth se alzó cuando, en lugar de hablarle a ella, puso una mano sobre el hombro huesudo de Josephine.

—¿Estás segura de que no quieres unirte a mí, Jo? —preguntó.

Josephine miró a Rose y sacudió la cabeza.

—Asociarte conmigo te complicaría las cosas.

—No me importa, somos parientes.

—Primas lejanas —respondió Jo con aspereza y se volvió para mirar los copos de nieve danzando en la luz de la tarde.

Rose la miró un momento más, luego suspiró y regresó con su grupo de bulliciosas "gallinas" mercantiles.

Elizabeth estaba intrigada. Parecía claro que Josephine tenía un escándalo asociado que la había convertido en una paria de la sociedad.

—¿Rechazaste mi oferta de amistad porque te preocupaba mi reputación también? —preguntó Elizabeth.

Josephine soltó un bufido.

—Eres una Fairweather. ¿Quién se atrevería a excluirte?

—¿Entonces?

—Eres demasiado vanidosa y orgullosa para mi gusto.

—¿No tienes miedo de ofenderme?

—He ofendido a los cielos y a toda Inglaterra por haber nacido en la familia equivocada. No ganarme tu favor no afectará mi posición en la sociedad, ya que pertenecemos a clases diferentes y nunca nos veremos fuera de esta institución.

Los ojos de Elizabeth brillaron, pero la profesora entró en la sala antes de que pudiera responder.

Era francesa. De estatura media, con el cabello recogido desde las sienes y trenzado en un moño en la nuca, a diferencia de las alumnas, que llevaban rizos enmarcando sus rostros. Vestía un vestido fino de lana, cortado a la perfección, y una simple cadena de oro.

Habló en francés, dio la bienvenida a Elizabeth y Josephine, las dos nuevas alumnas, y pidió a todas que se presentaran una a una. Luego las evaluó y declaró a Elizabeth como la peor y a Josephine como la mejor de la clase.

Elizabeth no se sintió ofendida. En cambio, se disculpó por su falta de conocimiento.

—Espero —dijo con timidez— que las chicas más adelantadas me ayuden a mejorar.

Esta respuesta humilde fue inesperada.

La profesora, que había querido dejar claro que todas serían tratadas por igual al poner a la alumna más influyente en su lugar, se quedó desconcertada.

Esperaba una discusión, tal vez incluso una rabieta. A diferencia de la directora, la profesora ya había juzgado a la joven en cuanto se enteró del desagradable incidente que había llevado a la expulsión de Miss Fairweather de sus anteriores escuelas.

Ahora, al ver una respuesta tan encantadora y apenada, lamentó haber juzgado demasiado rápido a la niña.

—Puede seguir sentándose con Ingram —dijo con tono más suave—. Ella la ayudará.

Elizabeth sonrió y tomó asiento. Sacó un pergamino y mojó su pluma en tinta, mostrando entusiasmo por aprender.

La mademoiselle francesa se sintió complacida de tener una alumna tan trabajadora y empezó a enseñar con dedicación.

Josephine intentó reprimir un bostezo y echó un vistazo a las notas de Elizabeth.

Elizabeth no estaba tomando apuntes de la lección, sino haciendo un dibujo extraño. Eran figuras variadas: cuadrados, rectángulos y círculos dispersos por la hoja. De vez en cuando, se detenía, reflexionaba, y añadía un círculo, un punto o un cuadrado. Parecía muy misterioso.

Finalmente, Josephine no pudo contenerse más y susurró:

—¿Qué estás dibujando?

—Te lo diré si decides ser mi amiga.

Josephine entrecerró los ojos y estaba a punto de negarse cuando Elizabeth soltó una risita.

—Pareces a punto de explotar de curiosidad si no te lo digo. Estoy anotando la estructura y las rutas de escape de la escuela mientras las tengo frescas en la memoria.

Josephine se enfureció.

—Si no quieres decirme, no lo hagas. No necesitas mentir por mí.

Elizabeth estaba perpleja y miró el rostro enrojecido junto al suyo. ¡Había dicho la verdad!

Capítulo Tres

Elizabeth se sentó frente a la chimenea, tan amplia que cubría toda una pared. La ventana era más pequeña de lo que le habría gustado, pero la vista del jardín oriental cubierto de nieve y el bosque más allá era agradable.

Molly, su doncella, que parecía una pasa seca, pasaba lentamente un peine de plata por el cabello de Elizabeth.

—¿Le gusta la escuela, señorita?

Elizabeth bajó las pestañas, y por primera vez apareció un destello de soledad y nostalgia en su expresión.

—¿Pusiste el cubo de velas bajo mi cama?

—Sí, y la caja de yesca está a su lado. ¿Está segura de que no quiere cenar algo?

—Cena en la cocina. Es una buena forma de hacer amigas.

A pesar de que la chimenea ya iluminaba la habitación, Molly encendió otra lámpara de aceite y la colocó sobre la mesa baja frente a Elizabeth.

—Volveré para arroparla.

—No soy una niña.

Molly asintió amablemente, pero Elizabeth sabía que regresaría pronto. Observó cómo la doncella salía, suspiró aliviada y finalmente dejó que sus verdaderas emociones se reflejaran en su rostro.

Tomó el atizador y removió la leña ardiente. Las brasas chisporrotearon y casi volaron sobre la rejilla de hierro.

Su hermana mayor, Jane, esa molesta aduladora, la había acusado falsamente de arruinar una pintura y había insistido en que la enviaran a un internado para aprender modales. Declaró con entusiasmo que Elizabeth era una salvaje malhablada y cabeza hueca.

—¡Bah! —Elizabeth arrojó un puñado de astillas de sándalo al fuego con los dedos temblorosos.

La Faraday Finishing School for Genteel Women fue el primer internado al que la enviaron. También era la primera vez en su vida que la arrancaban de su entorno cómodo y la arrojaban al mundo como una mariposa recién nacida.

Como un insecto torpe, se tambaleó al llegar y fue aplastada de inmediato. Las chicas de Faraday eran jóvenes elegantes que le hicieron darse cuenta de que, en comparación, ella no era más que una polilla insípida.

Llenas de palabras melosas, las chicas la atrajeron y luego la golpearon emocionalmente. Usaron su amabilidad, se apropiaron de sus cosas, se burlaron de ella, y hablaron mal de su familia a sus espaldas.

Elizabeth decidió vengarse con la misma dulzura y paciencia. Cuando finalmente aceptaron su presencia sumisa, sugirió inocentemente una manera de resolver un conflicto entre dos grupos rivales.

—Tres rondas de combates bastarán para resolverlo y demostrar quién tiene sangre más noble —sugirió con delicadeza—. Después de todo, los reyes fueron guerreros primero.

Las chicas estuvieron de acuerdo. Entonces, Elizabeth tosió y les recordó sus ropas finas. ¿No sería mejor pelear en ropa interior para evitar manchas y desgarrones?

Así, la directora, alertada por una preocupada “polilla”, encontró a doce chicas luchando desnudas en la sala de música.

Elizabeth se negó humildemente a asumir responsabilidad por el escándalo. Las furiosas alumnas intentaron atacarla, pero nunca lograron golpearla. Elizabeth había sido entrenada por Lord William Adair, el más grande espía y genio militar.

Al final, las jóvenes se arrepintieron de haberse encerrado con Elizabeth, quien las venció con la destreza y alegría de una guerrera. Muchas perdieron dientes, otras quedaron con moretones que duraron semanas, y algunas incluso perdieron mechones de cabello.

Este desastre obligó a varias de las chicas a posponer su debut en la alta sociedad.

Los profesores no podían creer que una joven delicada como Elizabeth pudiera derrotar a chicas mucho más grandes, pero desde entonces, cada vez que la veían, todas hacían profundas reverencias y no se levantaban hasta que ella lo permitía.

A veces… no lo permitía, y tenían que ser retiradas por lacayos, agotadas. Era una situación muy peculiar.

No sabiendo cómo manejarla, la escuela pidió a la familia Fairweather que se la llevaran.

La Longford Girls School, la segunda mejor del país, fue el siguiente destino de Elizabeth. Llegó allí con una perspectiva más cauta y desencantada. Sin embargo, su actitud cuidadosa fue malinterpretada como arrogancia, y sus hazañas en Faraday pronto llegaron a oídos de las alumnas, lo que alimentó aún más su resentimiento.

Planeaban quebrar a Elizabeth encerrándola en un oscuro granero. Así, la joven se encontró atrapada en una cámara llena de granos y ratas correteando. Solo un rayo de luz de luna le hacía compañía durante la noche, y aunque era valiente, no dejaba de ser una niña de trece años con una imaginación activa. Cuando los profesores la encontraron, estaba pálida y casi muerta de miedo.

Avergonzados por el incidente, los maestros no informaron a su familia ni castigaron severamente a las culpables, quienes pertenecían a familias influyentes.

Elizabeth decidió tomar cartas en el asunto y quemó el granero por completo.

Ahora, en Atterberry House, planeaba mantenerse al margen y escapar antes de que ocurriera algo.

Las llamas en la chimenea casi se habían extinguido, dejando solo brasas que arrojaban un tenue resplandor en la habitación. Su mirada se dirigió a la gran cama en la esquina, y sus largas pestañas temblaron. No quería usar sus conexiones, pero a veces el orgullo era una tontería inútil.

Se levantó de un salto, se envolvió en una capa y se dirigió al comedor de los profesores.

El corredor, iluminado por lámparas, creaba una atmósfera inquietante. Corrió los últimos pasos y suspiró aliviada al oír las voces de las maestras.

Las directoras y algunas profesoras cenaban cordero y pollo.

—Tengo miedo a la oscuridad —confesó Elizabeth a la señora Berry—. ¿Podría alguien compartir la habitación conmigo?

La señora Berry se sorprendió, pero su impresión de Elizabeth mejoró. Ah, la dulce niña temblaba de miedo, y sus instintos maternales se activaron de inmediato.

Las chicas de sus anteriores escuelas habrían rezado un exorcismo si hubieran oído esos pensamientos.

La señora Berry frotó las manos desnudas de Elizabeth para calentarlas.

—¿Tienes a alguien en mente?

—Miss Ingram —respondió Elizabeth sin titubear.

Así, Jo fue desalojada de la habitación que compartía con otras tres chicas y llevada, medio dormida y con cara de bulldog enfadado, al cuarto de Elizabeth.

Elizabeth ignoró su mal humor y la atrajo hacia adentro.

—¿Chocolate caliente? —preguntó con una dulce sonrisa.

Jo miró a su alrededor, y sus ojos se agrandaron. Las dos camas en la habitación estaban cubiertas con gruesas cortinas de terciopelo y repletas de almohadas y cojines suaves. La enorme chimenea había calentado tanto el cuarto que su rostro se sonrojó al instante. En las paredes colgaban pinturas de aves y praderas, y el papel tapiz claro con flores amarillas parecía dorado a la luz de las velas.

Sobre la mesa descansaban una tetera con chocolate, pequeños pastelillos y galletas. Incluso los orinales que asomaban bajo las camas eran hermosamente ornamentados. Pero lo mejor de todo era que había un baño adjunto con una bañera de mármol.

Las frías cuatro paredes que había compartido con las otras chicas no podían ni compararse. Su cama era dura y pequeña, y la chimenea apenas llegaba a la mitad del tamaño de esta. Solo contaban con un baño para todo el piso, con filas de lavabos que solo producían agua fría.

Y ahora, ser invitada a vivir en semejante lujo... Jo hundió los dedos de los pies en la alfombra mullida, mientras la boca se le hacía agua por el olor a chocolate, pero su orgullo volvió a alzarse.

Elizabeth observaba de cerca a la chica. No sabía por qué, pero era la única persona en la escuela en la que confiaba. Tal vez sus respuestas honestas y bruscas, junto con su rechazo a hacer amigas, la convertían en la opción más segura.

—Tengo miedo a la oscuridad —suplicó en voz baja—. Por favor, quédate aquí.

El orgullo de Jo se apaciguó, y asintió con firmeza. Si lo hacía como un favor, entonces… era aceptable. Ella era una persona razonable y generosa, y dado que el alojamiento no era desagradable, decidió dejar de lado sus dudas.

Aun así, rechazó el chocolate caliente, aunque lo deseaba, y se metió en la cama. Sus pies tocaron los ladrillos calientes, y suspiró. Hacía mucho tiempo que no sentía tanto calor.

Cerró los ojos, con las fosas nasales llenas del aroma a lavanda que surgía de los numerosos saquitos perfumados bajo el colchón, mezclándose deliciosamente con el olor del chocolate caliente.

Inglaterra parecía no descongelarse en los últimos años, pero por un momento recordó los días de su infancia, rodando por colinas cubiertas de hierba tibia y flores silvestres aromáticas.

Cerró los ojos y rápidamente cayó en un sueño profundo, sin sueños.

Elizabeth sonrió al ver su rostro sonrojado y relajado. Estaba complacida de que la chica finalmente se sintiera cómoda. Molly retiró silenciosamente la bandeja con la comida, arropó a las niñas y salió tras apagar la vela.

Las dos niñas durmieron plácidamente. Su primer día en la nueva escuela había resultado sorprendentemente tranquilo.

Capítulo Cuatro

Al día siguiente, los pájaros trinaban afuera mientras las chicas de la casa de Atterberry charlaban en su interior. Las estudiantes debatían por qué la señorita Elizabeth Fairweather se había negado a unirse a los grupos establecidos; algunas la consideraban una tímida flor decorativa, mientras que otras pensaban que era más cautelosa.

Al final de la charla matutina, acompañada de huevos cocidos y tostadas, se declaró con rotundidad que la señorita Elizabeth Fairweather era una vanidosa petulante.

Nadie se acercó a la verdad.

Elizabeth no se molestaba en hacer amigas porque no pensaba quedarse mucho tiempo. Había decidido que tres meses era el máximo que podría soportar en ese lugar.

Con este alentador pensamiento, terminó sus ejercicios matutinos, una serie de estiramientos que le había enseñado Lord Adair, y practicó movimientos de esgrima. Mientras tanto, Jo seguía durmiendo, ajena a cómo Elizabeth giraba por la habitación apuñalando a asesinos imaginarios.

Le sirvieron el desayuno en su habitación. Molly, su doncella, había convencido a la profesora encargada de la cocina diciendo que Elizabeth tenía una constitución delicada y que no sería prudente que muriera. Un suceso así alteraría enormemente a su hermana mayor, la duquesa de Blackthorne.

Y dado que nadie se atrevería a alterar a una duquesa —y menos una institutriz que ganaba un modesto salario—, se aprobó la solicitud.

Jo seguía dormida cuando Elizabeth terminó de desayunar, así que se lavó en silencio y se dirigió a su primera clase del día. El viento gemía afuera, resonando con sus pensamientos: iban a aprender aritmética.

Las chicas guardaron silencio en cuanto Elizabeth entró al aula, pero ella no les prestó atención y eligió con calma un escritorio al fondo, cerca de la chimenea.

El ambiente pareció agitarse ante su elección; incluso algunas soltaron un pequeño grito de horror. Elizabeth fingió no escucharlas y apoyó la cabeza en el escritorio para echar una siesta.

Ayer habían ingresado dos chicas nuevas: Elizabeth Fairweather y Josephine Ingram. Como ya no podían hablar de la fascinante señorita Fairweather, cambiaron el tema a la otra muchacha.

—¿Quién era el joven apuesto que acompañaba a Ingram?

—Su primo —respondió una joven—. Mi madre conocía a la señora Ingram, así que sé todo sobre ellos.

Las chicas giraron a su alrededor como planetas, y esta joven fue coronada como el sol.

—Cuéntanos más, Briggs.

Elizabeth reprimió un bostezo y permaneció recostada en la mesa. Como en otras escuelas, a todas les gustaba llamarse por el apellido.

Briggs continuó con su explicación:

—Sir Ingram tenía dos hijos, Percy y Richard. Tras su muerte, el mayor, Percy Ingram, heredó la propiedad y el título. Josephine Ingram es su segunda hija.

—¿Y el joven que la acompañaba?

—Es Lord William Edmond Darby, hijo del señor Richard Ingram. Lord Darby heredó su título de un tío lejano que murió sin hijos.

—Qué afortunado.

Briggs sacudió la cabeza.

—Los padres de Lord Darby murieron cuando él tenía diez años, y su tío Sir Ingram lo acogió

bajo su tutela. Pero Sir Ingram comenzó a especular y pronto se llenó de deudas. Es despreciable; una vez, estando borracho, casi apostó a sus hijas en un juego. Los prestamistas lo persiguen constantemente mientras suplica dinero a sus conocidos.

Las chicas mostraron expresiones horrorizadas e instaron a Briggs a seguir hablando.

—No solo se gastó su propio dinero —prosiguió—, sino también lo que pudo obtener del joven Lord Darby. Como Sir Ingram solo tiene hijas, la propiedad habría pasado a Lord Darby tras su muerte, pero parece que lo único que heredará será una deuda tan enorme que necesitará toda una vida para saldarla. Sus perspectivas están arruinadas.

—Es una pena —comentó alguien—. Tal vez pueda pedirle a mi padre que lo ayude si acepta casarse conmigo. Es tan apuesto que apenas pude apartar la mirada.

El chismorreo se detuvo momentáneamente, y Elizabeth entreabrió un ojo para ver si la profesora había llegado. No lo había hecho, pero Felicity sí.

Las chicas se mostraron expectantes, con los ojos alternando entre Elizabeth y Felicity, anticipando una disputa por el escritorio cerca de la chimenea.

Se estremecieron de emoción cuando Felicity se acercó a su lugar habitual, pero para decepción de todas, esta no mostró ninguna expresión al ver a Elizabeth en su sitio y, en cambio, eligió otro escritorio.

Las chicas parpadearon, como si fueran un grupo de pájaros aturdidos tras un golpe en la cabeza.

Una severa profesora de aritmética entró al aula, seguida de Jo, quien tropezó casi con el aire en su prisa. Se disculpó profusamente y miró alrededor.

Todos los escritorios estaban ocupados, salvo el que estaba junto a Elizabeth, así que no tuvo más opción que sentarse a su lado.

Jo inclinó la cabeza, apretó los puños y murmuró:

—¿Por qué no me despertaste?

Elizabeth afilaba una pluma.

—¿Cómo iba a hacerlo? No me atrevería a despertar a una extraña; ahora, si fueras mi amiga, te habría cantado una alegre melodía e incluso le habría pedido a Molly que te sirviera el desayuno en la cama.

El estómago de Jo gruñó ante la mención de comida, y ella tragó su irritación.

Las llamaron nuevamente como alumnas nuevas y les hicieron preguntas. Las respuestas de Elizabeth fueron aceptables, mientras que Jo volvió a mostrar su brillante mente.

La profesora quedó tan encantada que no pudo evitar preguntar quién le había enseñado.

—Mi primo me enseñó —respondió Jo, avergonzada.

—Escuché que es un excelente académico en Cambridge —sonrió la profesora.

Jo se sonrojó de alegría, mostrando un lado diferente al habitual gesto severo que solía tener.

La siguiente clase fue de italiano, y Elizabeth terminó de nuevo sentada junto a Jo, ya que las demás ya tenían sus lugares asignados. La profesora le hizo un desaire a Jo, pero sí le dio la bienvenida a Elizabeth.

Elizabeth se sintió incómoda ante esta clara parcialidad e intentó darle un trozo de chocolate a Jo para que aguantara hasta el recreo, pero Jo la ignoró y siguió tomando apuntes mientras la profesora divagaba.

Josephine Ingram tenía un rostro delgado, con labios pálidos y severos, una nariz aceptable, orejas grandes y unos ojos verdes oscuros e inteligentes. Si su cabello estuviera peinado con más volumen a los lados, en lugar de aplastado contra el cuero cabelludo, equilibraría las proporciones de su rostro y la haría más atractiva.

Elizabeth se preguntó si Jo le permitiría jugar con su cabello una vez que se conocieran mejor.

De repente, la profesora, la señorita Shelley, le pidió a Jo que respondiera una pregunta. El italiano era su materia débil, y recordar la respuesta le tomó un momento.

Mientras tanto, Elizabeth echó un vistazo a la escritura de Jo y se horrorizó. ¡Sacré bleu, era horrible!

Frunció el ceño. Eso no estaba bien. Jo era inteligente y buena en los estudios, lo que significaba que debería estar escribiendo constantemente, así que su caligrafía debería ser hermosa.

Jo finalmente se sentó después de dar la respuesta correcta y rasguñó el pergamino con su pluma de nuevo. Sus dedos temblaban, y Elizabeth se animó; quizás esa era la razón de su espantosa caligrafía.

En cuanto a la razón de sus temblores… ¿tenía frío Jo? Elizabeth había elegido un asiento junto a la ventana y estaba bañada por la cálida luz del sol, mientras Jo se sentaba a su lado en la sombra.

Así que Elizabeth decidió calentar a su compañera. Estaba a punto de pedirle a Jo que cambiara de asiento, pero se detuvo; la chica se negaría por un ridículo orgullo.

Después de pensar un momento, se iluminó. —Ingram —susurró—. Voy a ir a tomar un vaso de agua, y mientras esté fuera, cambia de asiento conmigo.

Como era de esperar, Jo se tensó y entrecerró los ojos con sospecha. —¿Por qué?

—El sol está brillando sobre mi cabeza. Me hará pecosa y morena.

Jo resopló, y por su expresión, la estaba reprendiendo en silencio por su vanidad.

Elizabeth sofocó una sonrisa y salió rápidamente con una palabra para la señorita Shelley. Cuando regresó, Jo había cambiado de asiento tal como había solicitado.

Jo parecía un poco más agradable a la vista, disfrutando del sol como un gato. Elizabeth lamentó que una chica tan moralmente recta se negara a ser su amiga, ya que este tipo de personas eran buenas para tener a su lado, pues eran las que morirían por sus seres queridos o, más importante aún, proporcionarían excelentes coartadas como ciudadanos rectos del país en caso de que uno cayera en un tarro de pepinillos y tuviera que ser apresuradamente rescatado.

Echó un vistazo a la escritura de Jo ahora que ya no temblaba y frunció el ceño: todavía era dolorosamente ilegible. Qué extraño.

***

Atterberry House era una escuela de finalización destinada a educar a mujeres para que no hicieran el ridículo una vez que se las dejara sueltas en la sociedad.

La escuela enseñaba aritmética, inglés, italiano, francés, geografía, costura, pintura, baile y música. Sin embargo, era cara y muy solicitada porque ofrecía algo más inusual.

Enseñaban a las chicas el arte de conseguir un esposo.

No se hacía de manera grosera, sino sutilmente, con un guiño aquí y allá, como cómo debe maquillarse una, mantener conversaciones encantadoras, escribir cartas cautivadoras y hablar mucho pero no decir nada en absoluto.

Aprendían cómo las damas debían pensar por sí mismas y actuar según su sabiduría, pero los hombres debían permanecer bajo la ilusión de que se habían casado con idiotas.

Después del matrimonio, las esposas debían atender las comodidades de sus maridos como si fueran adorables mascotas y, con un tono agradable, guiarlos en la dirección correcta.

El sexo más débil siempre debía esforzarse por permanecer dulce, modesta y sensata mientras manejaban cuentas domésticas, eventos sociales y otros deberes familiares *con un puño de hierro en un guante de terciopelo*.

Pero la lección más emocionante de todas era el arte de coquetear.

Por supuesto, no lo llamaban coqueteo, sino el arte de la participación.

Esta primera lección ocurrió una semana después de que Jo y Elizabeth comenzaran su vida escolar, y se sentaron quietas y en silencio, con los ojos redondos y sin parpadear, escuchando a la profesora.

La señorita Swan era tan hermosa como su nombre; su atractivo rostro oscuro se alzaba sobre las capas de espuma rosa que ocultaban su figura voluptuosa.

—Las chicas mayores —anunció la señorita Swan— ya son competentes en algunas de las lecciones que enseño, que incluyen cómo hacer una reverencia, bailar, el lenguaje secreto de los abanicos, cómo usar cubiertos, comportarse mientras viajan a diferentes países con sus maridos....

La clase se rio cuando escuchó la palabra "maridos".

La profesora rodó los ojos y continuó: —Deben entender la historia y cultura de los lugares que visitáis para no parecer idiotas. Para la lección de hoy, solo las jóvenes y la señorita Fortune pueden quedarse; el resto que ya conoce esta parte puede dar un paseo por el jardín.

La mayoría de las chicas salieron corriendo, mientras la señorita Felicity Fortune ocupaba su posición al frente de la clase.

—¿Nacieron con una nariz torcida, una oreja extraña o el tipo de frente equivocada? —tronó la señorita Swan—. No importa, pueden atrapar a un hombre.

La sala zumbaba como si estuviera llena de mil abejas emocionadas que se habían topado con un grupo de extraordinarias flores silvestres.

—Ahora, Fortune —la señorita Swan aplaudió—. Demuestre cómo atraer la atención de un joven en un parque o en un salón de baile.

Las chicas temblaron y enderezaron sus espaldas, sintiéndose energizadas como si acabaran de despertar de una hibernación de un año.

La señorita Swan hizo una pausa amablemente para que las chicas se recuperaran antes de asentir a Felicity.

Elizabeth se inclinó hacia adelante, con sus ojos ahora incómodamente secos por no parpadear durante un tiempo.

Felicity se suavizó como si su cuerpo entero se hubiera vuelto sin huesos. Sus pestañas cayeron y temblaron, y luego se movió por el centro de la sala. La luz del sol se filtraba a través de la ventana, bañándola en una luz halagadora, y su cabello parecía hilado con oro.

De repente, se detuvo, un rubor se extendió por sus mejillas. Sus ojos brillaron, se rio y levantó las pestañas hacia un hombre invisible. Luego, tímidamente, dejó caer un pañuelo y se apresuró a alejarse.

Todo el acto había tomado solo unos momentos, pero el tiempo parecía estirarse y tensarse. La sala dejó escapar un suspiro colectivo, exhalando la respiración reprimida, y muchas alcanzaron sus abanicos a pesar de que la nieve había formado montones afuera.

Elizabeth cerró la boca y silenciosamente sintió pena por el hombre que recibiría tal mirada. No tenía ninguna oportunidad; Felicity casi había robado su corazón con ese hermoso acto. Aplaudió con más fuerza al final.

La señorita Swan sonrió orgullosa a Felicity. —Mi mejor estudiante. Ahora, Fortune, ¿qué pasaría si eso fallara?

El comportamiento de Felicity cambió de repente. Sus hombros se hundieron como los de una flor marchita, y su rostro se veía pálido y enfermo. La transformación fue notable, y algunas de las chicas exclamaron en admiración.

Luego comenzó a caminar suavemente por la sala de nuevo. Se detuvo para toser delicadamente en su manga y miró hacia arriba con tristeza. Tosió de nuevo, encarnando el aura de un alma atormentada.

Como si se viera afectado por su actuación, el sol se deslizó detrás de las nubes, sumiendo la habitación en la oscuridad.

Elizabeth secó una lágrima invisible.

—¿Y si eso también falla? —preguntó suavemente la señorita Swan.

Felicity cerró los ojos y se desmayó de la manera más hermosa sobre el chaise longue escarlata: con su cintura curvada, su pecho elevado y un poco de pierna expuesta mientras caía sobre los cojines. Todo fue logrado en un solo movimiento ágil y rápido.

Elizabeth se sintió conmovida más allá de las palabras. Este tipo de actuación merecía ser dramatizada en el Théâtre-Royal.

La señorita Swan aplaudió para disipar el encantamiento. —Ahora, chicas, formen filas y comiencen a practicar el Paseo del Pañuelo Felicity... Mary Belany, camine como una dama y no como un cerdo. Usted, Pekham, buena chica, un poco más de movimiento. Ah, Fairweather, es una natural, pero Ingram, pareces un palo temblando de terror. Relájese y vuelva a intentarlo.

Después de una hora de risas, movimientos y sonrisas, pasaron a la Romántica Caminata Enferma.

—¡Nada de toser! —gritó la señorita Swan—. ¡Nada de flema, solo un sonido delicado! No, no, suena como un gato con una bola de pelo. ¿Es un pato? Dígame, ¿es un pato? No, ¿está segura, Ingram? Entonces deje de graznar. ¿Es una gallina ahora? ¿Por qué estás BRAMANDO? No, no... tosa como un ángel.

Cuando llegó el momento de practicar la técnica del desmayo, Elizabeth destacó. Debido a su compromiso con las artes marciales, ya sabía cómo usar su cuerpo, y su aterrizaje siempre era perfecto, sin importar cómo se retorciera y cayera.

Jo fue la peor otra vez. Sin un hueso engañoso en su cuerpo, no pudo desmayarse correctamente, y cuando lo hizo aterrizó principalmente en el suelo como una ardilla desparramada.

Más tarde, les dieron un folleto sobre cómo ser una joven completa y se les pidió que lo memorizaran.

Esta y la clase que les enseñaba a usar rouge y hollín para maquillarse se convirtieron en las lecciones más esperadas por Elizabeth.

Antes de que se diera cuenta, su objetivo de permanecer en Atterberry House durante tres meses se había cumplido, y su urgente planificación para la libertad comenzó con la llegada de la primavera.

Capítulo Cinco

La nieve se derritió, brotes verdes asomaron en el vasto mundo marrón, y el aire, aunque todavía frío, se volvió fresco y fragante, como si hubiera sido frotado con fuerza para limpiarlo y liberarlo, junto con un ejército de abejas, avispas y babosas.

La llegada de la primavera no calentó los huesos ni el corazón de Jo. Ella seguía siendo reacia a hacer amistad con Elizabeth y solo la veía como una molesta compañera pegajosa, a pesar de que las dos chicas habían sufrido mucho en los últimos tres meses.

Ah, sí, habían sufrido.

Habían sufrido como solo pueden sufrir nuevos brotes hostiles entre flores exuberantes. Mantuvieron la cabeza baja y trataron de desaparecer bajo las enredaderas y las hojas mientras dejaban que el sol brillara sobre cráneos más grandes.

Lamentablemente, su actitud indiferente no fue apreciada, y sus compañeras de clase las atacaban regularmente. Palabras maliciosas a menudo estaban grabadas en sus escritorios, sillas y armarios, y objetos preciosos eran robados de sus habitaciones.

Habían asistido a clase descalzas más de una vez desde que desaparecieron sus medias y zapatillas, y solo pudieron rastrearlas durante la hora del té.

—¿Cómo puedes soportarlo? —susurró Jo, con lágrimas en los ojos, cuando vio las impactantes palabras atacando a su familia garabateadas en un pergamino entre las páginas de un libro de aritmética.

Elizabeth sonrió y respondió lo suficientemente alto para que toda la clase la oyera. —Las que escribieron esto están celosas. ¿Cómo no estarlo? Soy rica, tengo conexiones y soy hermosa. Perfecta en todos los aspectos, así que es natural que quienes son inferiores a mí se sientan amargadas y quieran arruinar mi felicidad y buena fortuna. No les prestes atención, Ingram; no son más que pulgas.

Las chicas que estaban a su alrededor agacharon la cabeza y mordieron su lengua con irritación.

A pesar de su bravata, Elizabeth no era inmune a los ataques. Después de todo, aún no tenía quince años, y su corazón aún no había madurado ni se había endurecido, pero lo ocultaba bien.

Por otro lado, Jo se desintegraba lentamente bajo la avalancha de chismes y los sutiles pellizcos y rasguños que recibía cuando Elizabeth no estaba cerca. Quizás esta agonía mental que Jo estaba experimentando en silencio la llevó a enfermarse.

Una mañana, Elizabeth se despertó temprano como de costumbre para hacer ejercicio. Cuando Jo vio por primera vez a Elizabeth sacar una espada y comenzar a agitarla, su alma voló de su cuerpo del susto y tardó dos semanas en regresar.

Ahora, abrió un ojo, notó a Elizabeth saltando de la cama a la silla mientras golpeaba a un asesino invisible, y volvió a dormir.

Elizabeth se secó el sudor de la frente, consciente del tiempo que volaba. No quería admitirlo, pero había estado reacia a planear su escape ya que disfrutaba de su vida escolar a pesar de los ataques a su carácter y la falta de zapatos.

La comida era deliciosa, las chicas en su clase eran soportables, ya que eran amables en su presencia y solo odiosas a sus espaldas, y algunas de las clases eran interesantes. Extrañaba a su familia, pero con la resiliencia de la juventud, era solo un dolor pasajero en su corazón que rápidamente fue apartado.

Se lavó en silencio y sacó una caja de un gran baúl que contenía una variedad de bálsamos,

cataplasmas y hierbas en su profundo interior de sándalo rojo. Tomó una cucharada de tintura real de flores griegas, que prometía mejorar su complexión y hacerla brillar como una lámpara de gas en una noche sin luna. Luego tomó gotas para los ojos egipcias para que sus ojos marrones brillaran como hadas que se alimentaban de nada más que rocío matutino.

La campana de la escuela sonó como una advertencia, pero Jo todavía estaba envuelta en la cálida colcha.

—Jo, despierta. ¿Jo? —Elizabeth la pinchó y empujó sin éxito.

La campana sonó de nuevo, indicando que el desayuno había terminado y la clase de la mañana estaba a punto de comenzar.

Tiró de la colcha con impaciencia. —Ingram, despierta—. Su voz se desvaneció.

La cara de Jo estaba roja como una cereza, su cabello adherido a su cuero cabelludo en un lío pegajoso, y una pasta gris se adhería en glóbulos a sus escasas pestañas.

Elizabeth rápidamente buscó a la señora Berry, quien echó un vistazo a Jo y la llevó a la enfermería.

El médico del pueblo llegó unas horas más tarde y le recetó algunos medicamentos, pero Elizabeth percibió un olor a ginebra que emanaba del hombre y rápidamente perdió la fe en sus habilidades. Rogó a la señora Berry que llamara a alguien más, pero le dijeron que el hombre era competente y había curado a muchas chicas.

Jo estaría aislada del resto de las chicas durante los próximos días, pero Elizabeth constantemente se escabullía para hablar con ella.

—Han pasado días; sigues enferma —se quejó Elizabeth.

—Vete, roe otras cabezas —murmuró Jo.

—No quiero; la mayoría están vacías.

—No deberías estar aquí. ¿Y si te contagias mi enfermedad?

—Entonces perderé algo de peso. Es una pena que me guste tanto comer. Todo lo que pienso es en comida, comida, comida. Carne goteando de grasa, frutas confitadas, caramelos de limón y ciruelas de azúcar. Mientras tanto, mírate, tan delgada y delicada. Ah, es genial estar enferma. Quizás me envíen a casa si casi muero, entonces mi familia se arrepentirá de haberme enviado lejos.

Jo estaba demasiado cansada para rodar los ojos. —Entonces, estás aquí por ti misma.

—Naturalmente.

—¿Ya no tienes miedo por la noche?

—Molly ha estado durmiendo en la habitación conmigo, pero ronca. Apúrate a volver a la habitación.

Jo tosió, y Elizabeth la ayudó a beber agua y le ofreció un puñado de rosas y almendras confitadas. —Son de Francia. Dorothy, mi hermana, envió una caja. Prueba algunas.

—Se ven caras. —Jo giró la cabeza, pero no antes de que Elizabeth viera una lágrima deslizarse por su nariz.

Elizabeth las metió de nuevo en la bolsa de papel y pretendió no haber visto nada.

En su familia, si alguien se enfermaba, docenas de personas llegaban junto con doctores y se mantenían al lado del paciente hasta que lo acosaban y torturaban para que mejorara solo para escapar de las quejas.

¿Dónde estaba la familia de Jo?

Jo tosió de nuevo y reprimió sus emociones. —Deberías volver —susurró con voz ronca.

Las paredes y las cortinas eran grises. El hedor a sudor y medicina permanecía en el aire, en contraste con el brillante sol y los jardines llenos de flores a solo unos pasos.

Elizabeth observó el sombrío perfil de Jo con un corazón apesadumbrado. ¿Se aferraba a la enfermedad porque era infeliz?

Sus ojos destellaron, y resolvió enseñarle una lección a cada chica que había sido cruel con Jo y encontrar una manera de dejar esta escuela para siempre.

El médico del pueblo de Finnshire era excelente, y su hogar tenía muchos sirvientes que harían la vida de Jo cómoda. Una vez que Jo se recuperara, le pediría a su familia que la adoptara, y crecerían felices como hermanas.

Satisfecha con su plan, lo puso en acción tan pronto como regresó a su habitación.

***

Primero, se vistió completamente de negro, se puso una barba y un bigote, y saltó sobre la pared tan pronto como cayó la noche. Luego, se dirigió al pueblo local, a un corto paseo de distancia.

Se movía hábilmente en las sombras, se escabulló por una enredadera que colgaba en la parte trasera de la posada llamada The Porcupine Saddle y rodó hacia una habitación débilmente iluminada.

Su amigo íntimo, el hijo menor del famoso forajido, el magnífico Falcon, la miró con desdén.

Penelope, la duquesa de Blackthorne y su hermana mayor, había hecho amistad con el Falcon muchos años atrás. Elizabeth había conocido a su hijo cuando eran niños y se había encariñado de él de inmediato.

Ahora, Dimbercove era mayor y más grande, mucho más grande, con un cuerpo musculoso, sobre el cual se sentaba un rostro inocente y dulce, con mejillas sonrojadas y grandes ojos azules.

Era como si hubiera crecido y crecido y crecido, pero su cabeza se hubiera olvidado de alcanzar el resto de su cuerpo.

Hizo un gesto hacia la silla y esperó a que ella se sentara antes de soltar— Ese es un disfraz terrible.

—Discrepo.

—Estás usando una barba.

—¿Y qué?

—Y un vestido.

—Della en mi pueblo tiene una exquisita barba.

—Eso es cierto. —Atravesó un muffin con un tenedor de tostar y lo metió en las llamas bajas de la chimenea—. ¿Qué quieres?

Sus orejas se pusieron rojas y se quedó en silencio.

—¿Eli? —El muffin se agrietó por la mitad, se volvió negro y se desintegró.

Finalmente, tomó una respiración profunda y dijo—: ¿Recuerdas lo que robamos del carruaje del Lord Montgomery el año pasado?

Él dejó caer el tenedor y palideció. —No los tengo.

—Mentiroso.

—Eli, esto... No puedo permitir que hagas esto. No es apropiado para que lo vea una dama ... ¿cómo puedo arruinar tu mente pura?

—Ambos vimos el contenido. La imagen se ha grabado en mi mente como ese muffin ceniciento, y las palabras se han cristalizado como un gusano comprimido en ámbar.

—Pero insistir en ello...

—Estoy tratando de salvar una vida. Es urgente; consíguelo para mañana.

—¡Fustian!

—¡Debes hacerlo!

—Sé bueno ahora y dime la verdad.

—Lo juro, o que mi piel... que se llene de marcas. Mi amiga está gravemente enferma.

—Pero...

—Te pagaré... cinco chelines.

—No.

Sus ojos se agrandaron y las lágrimas brillaron en su mirada. —Por favor, hermano Covey, prometo no mirar.

Se acercó a él y tiró de su manga. —Hermano, esta vez, por favor... ayúdame.

—Tú— sus hombros se desplomaron. —Lo dejaré debajo de tu almohada mañana mientras estés en clase.

Sus lágrimas desaparecieron y ajustó sus guantes de manera empresarial. —Buen chico.

¿Cómo era posible que siempre cayera en sus trucos? Sus ojos ahora estaban llenos de lágrimas al verla regresar a la escuela a salvo. ¿No era él el mayor de los dos? Entonces, ¿cómo podía ella torcerlo como un sombrero de paja cada vez?

Dos días después, un grupo de estudiantes mayores de la casa Atterberry se encontró atrapado en la biblioteca con un montón de literatura erótica.

Como se esperaba, estaban traumatizados, pero exactamente cuán conmovidos, incluso Elizabeth no podría haberlo predicho. Incluso la señorita Felicity Fortune palideció mientras Elizabeth explicaba amablemente que esto es lo que sucede después del matrimonio cuando les ofreció los libros para que se "educaran".

—"Champiñones alargados" —exclamó una joven que acababa de cumplir dieciséis años, sin poder contener su horror.

El término hizo que las chicas entraran en un paroxismo, y en medio del caos, Lord William Darby llegó una vez más a las puertas de la casa Atterberry.

Capítulo Seis

La escuela seguía en un alboroto por el incidente en el que las chicas habían salido de la biblioteca en diferentes estados de shock. Algunas tuvieron que ser llevadas a la enfermería, ya que se habían desmayado y se negaban a despertar incluso después de que les metieran esponjas de vinagre en las fosas nasales.

William se bajó del carruaje y miró la casa Atterberry, recordando que solo habían pasado tres meses desde que había dejado a su prima y ahora estaba de regreso.

Si no hubiera vuelto para un corto descanso de la universidad y hubiera encontrado las misivas urgentes de la escuela enterradas entre las cartas en el estudio de su tío, ¿habría estado Jo esperando indefinidamente, sola y enferma, a que alguien respondiera?

Se acercó a las puertas de la escuela, con su visión nublada por los recuerdos. La mirada melancólica en sus ojos realzaba su atractivo rostro, y uno podría pensar que una vista así bañada en la luz de primavera habría deleitado a las chicas que habían estado amontonadas como huevos de pez en un tarro durante un tiempo indefinido.

Sin embargo, las que lo vieron desde la ventana palidecieron rápidamente, corrieron a sus dormitorios y cerraron sus puertas con firmeza.

Sin ser consciente de los pechos agitados, recordó el triste hecho de que había sido adoptado por una tía terrible y un tío aún peor; en cuanto a su hija mayor, una cierta Mary Ingram, tomar su nombre era como realizar una ceremonia invitando al diablo.

Ella era la hermana mayor de Jo, unos años mayor que él, pálida como un cadáver y cáustica. Sabía que, dado que sus padres no habían producido un niño, toda la herencia iría a él y que dependería de él si no se casaba. Pero era horrenda en lugar de tener esto en cuenta, comportándose con sensatez y tratando a su pobre alma huérfana con amabilidad.

Su tío, por otro lado, lo había tratado como se esperaría tratar a una inversión en un envío de especias que estaba a medio navegar, mientras que su tía había echado un vistazo a su aspecto frío y había alcanzado las sales aromáticas.

El resultado fue que sus iris ébano de diez años se volvieron opacos de dolor, y su alegre disposición, semejante a la de un girasol, se transformó en la de un sauce melancólico medio sumergido en agua.

La única que le había dado al niño recién huérfano una sonrisa genuina y encantada había sido Jo.

Cuando se mudó a la casa Ingram, ella tenía cuatro años, seis años menos que él.

Sus manos delgadas, pegajosas y sucias habían tomado las suyas limpias, y había preguntado, con el fuerte ceceo de una niña que apenas comenzaba a hablar—: ¿Te quedarás con nosotros y jugarás conmigo todos los días desde ahora en adelante?

Cuando él asintió, ella aplaudió. —Me alegra que tus padres hayan muerto. Ahora puedes ser mi hermano.

Sus palabras lo habían molestado en ese momento. Se había negado a hablarle, y ella había llorado y llorado. Cuando eso no funcionó, le trajo sus golosinas y juguetes favoritos, sin dejarlo ir hasta que él cedió y la perdonó.

Las palabras infantiles le habían herido el corazón, pero luego, al reflexionar sobre ellas, se dio cuenta de que Jo no entendía lo que significaba la muerte. También comprendió que ella era la única en la casa que se alegraba de que él hubiera venido a vivir con ellos.

Ella era también la única que seguía preocupándose por su existencia en este mundo.

Desde entonces, había prometido pensar en ella como su hermanita y protegerla para siempre.

Ella sería su única familia.

Con el tiempo, los dos niños se hicieron cercanos como hermanos. Jo lo molestaba todo el día para jugar, y él le hacía caso cuando no estaba estudiando o leyendo.

Al verlo leer, ella también comenzó a interesarse por los libros. Pronto, sus intereses se fusionaron y pasaban todo el día estudiando en la biblioteca. La atmósfera tranquila era agradable y sanadora para ambos niños.

La biblioteca se convirtió en su refugio y escape: una isla tranquila rodeada de destructivas olas tormentosas.

Y ahora que él era un adulto, valoraba aún más a su única familia, y el hecho de que ella estuviera enferma y sola lo desgarraba.

...Tomó una respiración profunda para ordenar sus pensamientos, empujó la puerta de la escuela y entró.

Un camino serpenteante que conducía a la puerta principal se reveló.

Recordó que había estado oculto bajo el hielo gris la última vez que lo había visitado.

Dos jóvenes aparecieron de la esquina del edificio y se congelaron al verlo. En ese momento exacto, un grupo de gansos voló por el cielo, sus gritos llenaron el aire como perros infernales aullando.

Las chicas palidecieron y comenzaron a balancearse.

William frunció el ceño y se acercó a ellas, pero de repente perdieron el equilibrio y, con un grito horrorizado, comenzaron a caer de lado.

Una mujer alta y de mediana edad fue más rápida que William, y atrapó a las chicas antes de que cayeran al suelo.

Antes de que William pudiera llamar y preguntar por la dirección de la enfermería, la maestra arrastró a las chicas lejos.

Se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—¿Por qué llega tan tarde? —Una chica un poco rellenita que parecía haber sido creada de un durazno suave se acercó a él y bloqueó su camino.

Él miró sus suaves ojos marrones. —¿Perdón?

—Josephine ha estado enferma durante casi dos semanas. Y por lo que deduzco, tarda dos días en llegar la lenta carreta de tu casa aquí. ¿Dónde ha estado?

—En Cambridge.

—Bah. ¿Sus padres también van a Cambridge?

—¿Dónde está ella? —interrumpió él con brusquedad.

—En la enfermería. Sígame.

—¿Está bien?

—No.

Él caminó un poco más rápido.

—Baje el ritmo, Lord Darby —ordenó ella—. Un momento más no hará ninguna diferencia.

—¿Cómo me reconoció? Es... ¿lady?

—Fairweather. Elizabeth Fairweather.

—Encantado de conocerla.

—Yo no.

—¿Eh?

—No me alegra conocerl0. La pobre chica ha tenido fiebre todo este tiempo. He pasado noches en vela cuidándola. Si mi cutis se resiente por esta tragedia, ¿quién me compensará? Este

incidente podría dejar una cicatriz en mi alma. Mi querida amiga del alma se está muriendo... ¡Ah! No puedo soportarlo.

—Me escribió diciendo que no tiene amigas.

Elizabeth se detuvo. —Esa ingrata pequeña...

Él carraspeó, y ella se mordió el labio.

Observó cómo las mejillas redondas y enojadas de Elizabeth se hinchaban al respirar, reprimiendo una sonrisa. Ahora la recordaba. Era la chica que había visto bajar del carruaje del duque y arropar a Jo con un manto de piel. Ahora que sabía que era una Fairweather, la forma en que había llegado tenía sentido: era una de las hermanas de la duquesa.

Tras una breve pausa, él preguntó:

—¿Dónde están los profesores?

—Ocupados lidiando con un pequeño incidente que ocurrió ayer. Ha dejado a las chicas... asustadas. No se preocupe, Jo no tuvo nada que ver.

—¿Qué sucedió?

Vio cómo Elizabeth titubeaba un instante antes de lanzarse con una explicación florida:

—La cocinera decidió retirarse, y las chicas le organizaron una fiesta de despedida. Brindaron con un poco de licor de durazno, solo un poco, pero después siguieron con seis más, y pronto estaban completamente borrachas. Ya sabe cómo es, cuando una está ebria como una carretilla, empiezan a contar historias de fantasmas y a ver espectros por todas partes. Ahora creen que es un fantasma, ya que es un hombre guapo, algo raro de ver en nuestra escuela.

Terminó su relato disparatado, claramente satisfecha consigo misma.

Él miró sus ojos traviesos y sintió el impulso de despeinarle la cabeza por su descaro.

—Esta es la enfermería —anunció Elizabeth, deteniéndose frente a una gran puerta de madera y empujándola para abrirla.

El interior parecía invadido por una plaga que se había apoderado de toda la escuela.

Algunas chicas murmuraban para sí mismas, otras se balanceaban en sillas con los ojos vidriosos y las mejillas enrojecidas, y unas pocas más suplicaban a una profesora que las dejara ingresar en un convento de inmediato. Aunque físicamente parecían bien, sus mentes parecían sacudidas por un terremoto.

William se preguntó si habría algo de verdad en la historia de Miss Fairweather.

—¡William! —una voz suave lo llamó en medio del bullicio.

Jo estaba en una esquina de la habitación; una cortina gris estaba parcialmente corrida, revelando su rostro pálido y sus ojos excesivamente brillantes.

Elizabeth se dejó caer en una silla junto a la cama de Jo.

—Lo encontré perdido, así que lo traje aquí.

—Gracias.

La alta figura de William pareció empequeñecer la habitación y bloquear la luz del sol mientras se situaba al pie de la cama estrecha, observando a su prima. Su largo abrigo azul marino y sus ojos negros contrastaban marcadamente con su pálido rostro, y por un momento, apareció un destello del hombre intenso y serio que sería en el futuro.

—¿Cómo estás? —preguntó con suavidad.

—Enferma —susurró Jo, y una lágrima se deslizó por su mejilla. Había intentado ser valiente durante tanto tiempo, pero ahora, al verle, por fin podía mostrar sus emociones—. Me siento cansada y con frío todo el tiempo.

En un solo paso, él estuvo a su lado, tocando su frente con el dorso de la mano para comprobar su temperatura.

—Ya estoy aquí.

Jo se incorporó y lo abrazó por la cintura, dejando que sus lágrimas fluyeran libremente, como si una nube en su corazón se hubiera roto.

Elizabeth corrió las cortinas alrededor de ellos, aislándolos del resto del mundo.

Pasó un rato hasta que los sollozos de Jo se transformaron en hipo seco. William apartó la mano y se giró, fingiendo observar la habitación para ocultar sus emociones turbulentas.

Jo solía ser serena, pero verla romperse de esa manera al verlo... ¿Qué tan sola y triste estaba su pequeña prima?

Cuando volvió la vista, encontró a Elizabeth ajustando la almohada de Jo y ayudándola a recostarse de nuevo.

—Debe beber esto —señaló Elizabeth una pequeña botella de vidrio marrón en la mesa junto a la cama—. Tres veces al día. Le alivia la garganta.

Él asintió.

—Por las mañanas, suele tener los labios secos y agrietados, y le cuesta abrir la boca. Esta pomada ayuda —añadió Elizabeth, mostrando un frasquito—. Si tiene fiebre, moje un paño limpio en agua fría y colóquelo en su frente. Le gusta tener ladrillos calientes en los pies antes de dormir, y solo acepta comer un poco de avena con mucha leche caliente. A veces, logra comer tostadas mojadas en té.

Él la miró con sorpresa.

—Me gusta jugar a ser enfermera —explicó Elizabeth con una sonrisa cansada—. Y... así puedo saltarme las clases y quedarme aquí todo el día.

Bostezó, y sus ojos acuosos mostraban lo agotada que estaba.

William sintió de nuevo el impulso de revolverle el cabello. La joven y consentida Miss Fairweather había elegido pasar los días primaverales junto a su amiga enferma en lugar de holgazanear junto al fuego o pasear por el jardín en flor.

—Puede jugar a ser enfermera, pero no olvide cuidarse también. ¿Cómo va a cuidarla si usted misma no descansa lo suficiente? ¿No hay una enfermera o profesora que se ocupe de las chicas?

Elizabeth asintió.

—Sí, Miss Hammersmith se encarga de todas y también el doctor del pueblo, pero no quería dejar sola a Jo.

—Entiendo.

—Quiero que se recupere para poder sentarme junto a ella en clase otra vez.

Las palabras deshilvanadas y apresuradas no tenían mucho sentido. Si solo le gustaba rodearse de cosas bonitas, ¿por qué estar al lado de una chica enferma que tose y se pone cada día más pálida? Su intento de ocultar su buen corazón era encantador.

William no comentó nada y se limitó a asentir para seguirle la corriente.

Jo miró el rostro cansado de Elizabeth y notó por primera vez las sombras bajo sus ojos y las líneas de fatiga. Cuando enfermaba, su madre solía enviar a los sirvientes a atenderla, quienes le llevaban las comidas a tiempo y luego la dejaban sola.

Pero Elizabeth la animaba a comer, ofreciéndole golosinas como soborno. Se quedaba a su lado durante horas, tejiendo en silencio o tratando de hacerla reír. A veces, incluso se enfadaba con Jo por no mejorar lo suficientemente rápido o por no tomar su sopa y medicinas porque sabían mal.

—¿Tienes sed? —preguntó Elizabeth al notar su mirada.

Jo negó con la cabeza.

—Deberías descansar. William cuidará de mí.

Elizabeth frunció el ceño.

—Ahora que llegó tu primo, ya no me necesitas. Ah, casi lo olvido, ni siquiera soy tu amiga.

Jo, avergonzada, miró a su primo en busca de ayuda, pero William mantuvo los labios apretados, negándose a intervenir esta vez.

El silencio se prolongó hasta que Elizabeth finalmente se levantó, con el labio inferior temblando.

—Que tengas un buen día. Adiós.

Jo se lanzó hacia adelante y le agarró el brazo.

—Eres mi amiga. Te considero mi amiga... si eso es aceptable.

Elizabeth se quedó inmóvil, al igual que William. No podían creer que Jo hubiera dejado de lado su orgullo.

William decidió: Su prima estaba realmente enferma, tanto que su mente estaba afectada.

Elizabeth pareció pensar lo mismo y se arrodilló rápidamente.

—No te atrevas a morirte.

—¿Serás mi amiga? —insistió Jo.

—Con una condición —Elizabeth parpadeó varias veces, luchando por encontrar una idea con su mente agotada—. Dámelo a él.

William se sintió perdido mientras un dedo casi le tocaba la cabeza.

Jo miró pensativa entre ambos.

—¿Para casarte con él?

—Sí —sonrió Elizabeth.

—Seta alargada —advirtió de repente una chica desde la cama contigua, apartando la cortina con horror—. No te cases. Nunca. No olvides los libros.

Elizabeth se sonrojó, pero no se echó atrás.

Jo asintió.

—Creo que serás buena para él, y me gustaría tenerte en la familia.

Sellaron el trato con un apretón de manos.

William, quien había sido entregado repentinamente en matrimonio, miró a las niñas aturdido. Sus labios se curvaron levemente en las comisuras, y preguntó con desgano:

—¿Mi opinión cuenta para algo?

La habitación pareció enfriarse unos grados, y aunque seguía sonriendo, sus ojos mostraban una dureza y descontento agudos.

Capítulo Siete

Jo se tensó.

—William, ella tiene la costumbre de decir lo que piensa. No quisimos ofender...

Los ojos de lord Darby parecían oscurecerse aún más, como por un truco de luz, asemejándose a un pozo infernal que amenazaba con devorarlos a ambos.

—¿Es algo de lo que se deba hablar tan a la ligera?

—El matrimonio es el paso más importante en la vida de una chica. ¿De qué más se supone que hablemos si no es de eso? —Elizabeth lo miró con audacia, pero cuanto más lo observaba, más incómoda se sentía.

Estaba acostumbrada a que la gente a su alrededor la tratara con deferencia, indulgencia o irritación, pero nunca con indiferencia ni desaprobación.

Sus pestañas temblaron, y su estómago dio un vuelco. Quería explicarle que, en los tres meses que llevaba en la escuela, había comprendido que Jo tenía un orgullo inmenso. En un momento de debilidad, Jo había accedido a ser su amiga, pero pronto su orgullo crecería de nuevo y empezaría a pesarle sobre los hombros delgados, haciéndola arrepentirse de su decisión.

Jo nunca quería nada sin dar algo a cambio. Odiaba sentirse en deuda, tal vez porque su padre nadaba en deudas, y todo el mundo parecía esperar que ella cargara con la responsabilidad por los vicios de juego de su padre. Detestaba sumar a ese abismo aceptando incluso los favores más pequeños.

Por lo que, con su cerebro agotado, Elizabeth había ideado un deseo al azar:

Un deseo arbitrario de casarse con lord Darby.

De este modo, Jo podría dejar de lado sus escrúpulos y permitir que su amistad floreciera sin restricciones.

Pero con Jo observándola, Elizabeth no tuvo más opción que soportar la mirada fría e imperturbable de Darby, tan gélida que le hizo estremecerse.

Ella fue la primera en apartar la vista.

—Hablando de matrimonios, sus hermanas han hecho buenos enlaces —observó Darby.

Elizabeth se irguió al instante.

—Son mujeres maravillosas, con un carácter excelente, lo que las puso en ventaja —continuó él.

La mente de Elizabeth oscilaba como un péndulo. Aunque se sintió complacida por los elogios hacia sus hermanas, su tono implicaba que a ella le faltaban las mismas cualidades.

Y sus sospechas se confirmaron cuando él añadió:

—Puede decir lo que piensa porque tiene la fortuna de tenerlas a su lado, pero a veces es mejor reflexionar, analizar y tragarse las palabras.

—¿O si no, nadie querrá casarse conmigo? —Elizabeth soltó una carcajada despectiva—. ¡Bah! Ese tipo de cosas no me preocupan, mi lord.

—¿Tiene una hermana mayor soltera? —preguntó Darby.

Elizabeth asintió con firmeza, y él prosiguió:

—¿Es tan resiliente como usted?

Elizabeth pensó al instante en Jane, con su mirada perdida, como si viviera en otro mundo... como si fuese una criatura de otro reino, intercambiada al nacer por las hadas, incapaz de comprender la crudeza del mundo real.

Si Elizabeth causara un escándalo, ¿podría Jane sobrevivir al aluvión de burlas?

Era poco probable.

¿Podrían sus acciones impulsivas arruinar las perspectivas de Jane?

Posiblemente.

Horrorizada, Elizabeth miró a lord Darby, quien la observaba como si fuera una joven inteligente y no una niña. No consideró necesario explicar su intención.

El rubor de la vergüenza se apoderó de Elizabeth, y su cabeza se inclinó como una rosa en medio de una tormenta. En todos los años en que había sido reprendida por personas, e incluso por animales, o posiblemente por un árbol ofendido, jamás había sentido vergüenza. Y, sin embargo, ahora, bajo la mirada penetrante de Darby, se sentía completamente derrotada.

—Necesito reflexionar —admitió humildemente.

Dos fuertes jadeos resonaron en la habitación: uno fue de Jo, y el otro de Dorothy, la hermana mayor de Elizabeth, que había llegado en algún momento sin que nadie lo notara.

—¿No discutiste con él? —repitieron ambas al unísono.

Elizabeth frunció el ceño.

—El consejo que me ha dado tiene fundamento. No soy una criatura irracional.

—Cuando te dije lo mismo —refutó Dorothy—, decidiste trepar a un árbol y te negaste a bajar hasta que admití que eras una buena chica y no traviesa.

—Era una niña entonces —protestó Elizabeth, ruborizándose.

—Eso fue el verano pasado.

Elizabeth empezaba a irritarse.

—¡Tú querías un deshollinador como mascota!

Dorothy soltó una carcajada.

—No sabes discutir bien cuando estás de mal humor.

Lord Darby le ofreció una pastilla para la tos a Jo e intentó calmar las pequeñas olas de caos que sus palabras habían causado.

—Su hermana ha cuidado excelentemente de mi prima. Se lo agradezco.

Dorothy hizo un gesto con la mano.

—Esta jovencita está algo mimada. Si le pago bien, ¿se mudará a nuestra casa en Finnshire y aparecerá cada vez que necesite ser reprendida? Tal vez sus buenos modales lograron que lo escuchara con tanta paciencia. Sea lo que sea, dígame su precio.

Las oscuras pestañas de Darby temblaron con incertidumbre, y él intercambió una mirada de desconcierto con Jo.

—Deja de molestarlo —murmuró Elizabeth—. ¿Te pidió la directora que vinieras?

—Sí —respondió Dorothy—. Quieren que te llevemos a casa.

—Llevémonos también a Jo —se animó Elizabeth—. Está enferma.

—Me la llevo yo —interrumpió Darby con brusquedad—. Puedo cuidarla.

—Lleva casi dos semanas enferma —protestó Elizabeth—. Nadie vino a ocuparse de ella.

Él se tensó.

—Hay una razón para eso.

—¿Más importante que su vida? —replicó Elizabeth.

La paz entre lord Darby y Elizabeth volvió a romperse, y un trueno oportuno sonó en el exterior, como si contribuyera a la atmósfera del momento.

Dorothy ignoró a los dos espíritus enfrentados y se concentró en la paciente. Tomó la muñeca de Jo y le tomó el pulso. Después de haber criado tantos hijos, sobrinos y sobrinas, todas las hermanas Fairweather casadas pasarían cualquier examen médico con honores.

—Nadie se la llevará —frunció el ceño Dorothy—. Está demasiado enferma para ser

trasladada. Creo que necesitamos llamar a mi médico desde Londres. Mientras tanto, quiten las mantas y sumérjanle la cabeza en agua fría. ¿Dónde está la enfermera?

—¿Soy un árbol? —preguntó lord Darby—. ¿Nadie va a consultarme?

—Sígame, señor Abedul Plateado —Dorothy le hizo un gesto con el dedo—. Podemos hablar de esto afuera. Y tú, Eli, la duquesa te está esperando en la oficina de la directora. Está enojada.

Lord Darby permaneció inmóvil, mirando con incertidumbre el rostro demasiado pálido de Jo y la puerta por la que acababa de salir la delicada figura de Dorothy.

—La duquesa está aquí —chilló una de las chicas de la enfermería, rompiendo el silencio. Las alumnas, una profesora y tres gatos de la escuela habían escuchado toda la conversación con los oídos bien atentos, y ante ese recordatorio, la habitación se llenó de emoción.

Las chicas enfermas se arrastraron y cojearon hacia las ventanas; algunas incluso escaparon al jardín para vislumbrar a la duquesa de Blackthorne, pues sabían que tal vez nunca tendrían otra oportunidad de ver a una persona tan distinguida.

Era un momento histórico, una experiencia que recordarían para contar a sus nietos y dejar registrada en los diarios familiares.

Mientras tanto, Elizabeth quitó todas las mantas de encima de Jo y la ayudó a incorporarse para tomar su medicina. Era amarga, pero Elizabeth tenía preparada una cucharada de miel.

—Estás salvada, Ingram. Dorothy no permitirá que nada te ocurra. Me habría sentido muy triste si hubieras muerto. Ya no sabía qué ponerme para tu funeral. El negro no me favorece. ¿Servirá en su lugar una seda gris oscura?

Jo la miró como un monje que había renunciado a los bienes terrenales y se había rapado la cabeza.

—El asunto de tu boda con William...

—Sácate esa lombriz del cerebro, pequeña —dijo lord Darby, poniéndose el sombrero y dando por terminado el tonto debate—. Iré a buscar al médico en Londres. Será más rápido que enviar un mensajero. Me ausentaré un día.

Jo bajó las pestañas y asintió.

Él le tiró del cabello y le susurró:

—Portate bien, Josey la entrometida.

—¡William! —Jo se sonrojó de vergüenza y le respondió en voz baja—. Ya no soy una niña.

Él rio.

—No, ahora eres toda una señorita; prometo no burlarme más de ti.

Y acto seguido volvió a tirarle del cabello, haciéndola enrojecer de furia.

La luz moteada de la tarde se filtraba por las ramas del roble afuera de la ventana, iluminando las pestañas oscuras de Darby, su piel pálida y su cuello largo y esbelto. Sus labios fríos y duros sonreían, pero toda su actitud seguía siendo reservada y compuesta, como si solo unos pocos privilegiados pudieran acercarse lo suficiente para conocer su verdadero yo.

Elizabeth de repente quiso ser una de esas personas privilegiadas. También deseó tener el talento para la pintura de su hermana Jane y capturar esa sonrisa en un retrato para siempre.

Había visto a muchas personas sonreír; algunas le habían dado más alegría que otras, pero ninguna le había acelerado el corazón como aquella.

—Elizabeth —la llamó Jo con voz débil—. Fairweather, ¿te has quedado dormida de pie? ¡Date prisa, no hagas esperar a la duquesa!

Capítulo Ocho

Un destello de luz iluminó el cielo gris oscuro mientras Elizabeth avanzaba alegremente hacia el despacho de la directora, dando saltitos.

Dentro, el ambiente era denso y brumoso, con una sensación latente de peligro, como si en cualquier momento fueran a llegar soldados en silencio para sitiarlos. Pero, en lugar de flechas y espadas, fue la voz serena de la duquesa la que cortó el aire.

—Solo té, por favor. Gracias.

Envueltas en rígidas telas grises, la señora Berry y la señora Atwater se movían por la habitación como espectros inquietantes, sirviendo a una hermosa mujer que estaba sentada en una silla.

Elizabeth tocó la puerta y entró con la cabeza baja y los hombros hundidos, como si el peso del mundo hubiera recaído sobre sus frágiles hombros.

Su expresión abatida no engañó a nadie.

—¿Le diste un golpe en la cabeza a la señorita Brown con un tomo grueso? —preguntó la señora Atwater, con tono cortante.

—Se desmayó y ahora tiene un chichón muy grande —añadió la señora Berry con más suavidad.

Elizabeth se preguntó vagamente si un cuerno diabólico intentaba salir de aquel bulto. ¿Seguiría otro pronto? En cuanto al golpe, solo había sido un pequeño aviso, ya que había descubierto que la responsable de escribir insultos en su escritorio sobre sus hermanas era la señorita Brown.

Había robado los pergaminos del escritorio de la profesora por la noche, comparándolos con la escritura en su pupitre, y así descubrió quién era la culpable. Durante la investigación, Molly había temblado tanto que dejó caer cera caliente por todo el suelo mientras sostenía una vela.

La señora Atwater prosiguió cuando Elizabeth no quiso confesar:

—¿Y de dónde sacaste esos... libros?

—¿Quién te los dio, niña? —preguntó la señora Berry.

—Esta niña está llena de artimañas —gruñó la señora Atwater, pero evitó mirar a Elizabeth a los ojos.

Nadie en la habitación se atrevía a mirarla directamente y, en su lugar, fijaban la vista en su largo cuello. Esto se debía a que Elizabeth tenía un rostro dulce, un carácter encantador y unos ojos tan brillantes y llenos de alegría que era difícil no rendirse ante ella.

No sería exagerado decir que tenía un talento innato para la hipnosis, pues sus labios temblorosos y su expresión melancólica podían ablandar hasta los corazones más duros. Por eso, las profesoras habían aprendido a desviar la mirada al regañarla, pues de otro modo terminarían dándole un dulce en lugar de un castigo.

Penelope levantó la cabeza, haciendo temblar las flores de su sombrero.

—Elizabeth, ven aquí.

Elizabeth obedeció y se colocó frente a ella.

—Has comido demasiadas rosas azucaradas. Tienes las mejillas más redondas —comentó Penelope.

Elizabeth levantó la cabeza de golpe y miró a su hermana, olvidando toda pretensión. Aquel fue un golpe cruel, y su corazón se sintió herido por fin.

—¿Realmente?

Penelope sonrió, divertida.

—Me gustan tus mejillas llenas.

—¿Y mi piel?

—Preciosa. Muy clara y luminosa. Pero pareces cansada; deberías dormir un poco más.

—¿Mi cabello?

—Huele al incienso que usaste en tus suaves trenzas.

—¿Mis manos?

—Un poco ásperas. Te traje lociones, ungüentos y otras cosas. Molly las guardó para que las uses cuando termine tu castigo.

Las profesoras se miraron, confusas. ¿Por qué la duquesa elogiaba a la niña traviesa?

Elizabeth sonrió ampliamente.

—¿Vas a llevarme a casa ahora?

Penelope le devolvió la sonrisa.

—No.

Elizabeth frunció el ceño y confesó:

—Le di un golpe a la señorita Brown y encerré a las chicas con esos libros.

Penelope se volvió hacia las profesoras.

—En esta situación, ¿cómo castigarían a sus alumnas?

—Las mandaríamos a casa.

—¿Y si no pudieran enviarlas a casa?

—Unas semanas en penitencia, sin hablar con nadie. Aislarlas y quitarles sus golosinas y dinero. Alimentarlas solo con gachas y un poco de carne. Tal vez unos azotes, o un castigo con vara.

Elizabeth se alarmó.

—¡Penny, de verdad soy horrible! Soy una mala influencia para las chicas. No deberían permitirme quedarme.

Las directoras inclinaron la cabeza, como si estuvieran de acuerdo, pero parecían resignadas.

—Quítenle todas sus cosas bonitas, tónicos y golosinas. Nadie debe hablarle durante un mes —ordenó Penelope—. Unos leves azotes serán suficientes.

—¡Penny!

—Me dijeron que tu amiga está enferma. Puedes quedarte con ella hasta que se recupere, pero después debes arrepentirte.

Elizabeth apretó los labios, ya ideando formas de irritar a las profesoras hasta que no tuvieran más remedio que enviarla a casa.

Penelope le dio una palmadita en el brazo.

—Compré la escuela. No podrán echarte, hagas lo que hagas.

—¿Compraste esta escuela?

—Sí. Es una escuela maravillosa.

Elizabeth rompió en llanto al darse cuenta de la realidad. Penelope había comprado la escuela, por lo que no habría forma de que la expulsaran.

Dorothy apareció junto a Penelope.

—Ah, ya se lo dijiste.

La duquesa se levantó, besó la cabeza entristecida de Elizabeth y se dirigió a las directoras:

—Castíguenla como a las demás. Si le dan un trato preferente, las echaré de Atterberry House y cambiaré su nombre a Conejos Durmientes.

—¡Penny! —aulló Elizabeth.

—Pórtate bien —ordenó Penelope—. Aprende a convivir en paz con los demás. No podrás volver a casa en las vacaciones a menos que las profesoras digan que te has comportado.

—Eres cruel —sollozó Elizabeth.

Dorothy la abrazó.

—Deja de llorar. Estás arruinando tu cutis.

Elizabeth se secó los ojos rápidamente y contuvo las lágrimas.

—Vuelve con Jo. Nos veremos en Navidad.

***

Elizabeth regresó a la enfermería y se hundió en una silla junto a la cama de Jo. Las lágrimas brillaban en sus pestañas mientras miraba a su amiga.

No era justo. La habían mandado lejos de casa, Penny la había regañado, y su amiga estaba enferma. La vida era difícil a los catorce años.

Lloró en silencio junto a su amiga dormida y, en algún momento, se dejó caer de la silla al suelo, apoyando la cabeza en el colchón duro.

Así fue como William la encontró temprano al día siguiente, cuando regresó con el médico desde Londres.

Se inclinó, levantó suavemente a la niña dormida y la acomodó en la cama vacía junto a Jo.

Elizabeth despertó justo cuando su cabeza tocó la almohada.

—Shh, vuelve a dormir. Aún es temprano —susurró él.

El día anterior la había tratado como una joven adulta, pero en ese momento no pudo evitar usar el tono suave que se reserva para los niños pequeños. Era menuda para su edad, y con sus ojos marrones traviesos escondidos tras los párpados pesados y rosados, parecía tener no más de once años.

Una niña dulce y obediente.

Elizabeth lo miró soñolienta. Los días de viaje y la falta de descanso habían dejado ojeras bajo los ojos de William, pero curiosamente el cansancio lo hacía parecer aún más atractivo.

Demasiado atractivo.

Sintió que el corazón le daba un vuelco y se sorprendió al notar una sensación extraña y revoloteante en su estómago.

—¿Tienes ginebra? —susurró.

—¿Qué?

—Ginebra.

Él parpadeó.

—¿Para qué?

—Para beber. Quiero ahogar mis penas.

William apretó los labios, reprimiendo una sonrisa.

—¿No deberías pedir champán en su lugar?

—Quiero sentirme pobre y hundirme más en esta tristeza.

—No tienes edad para beber esas cosas.

Elizabeth hizo un puchero, pareciendo un pequeño herbívoro irritado.

Esta vez, tuvo que girar la cabeza para ocultar su sonrisa.

—Lord Darby —lo llamó el médico.

Se apartó y se sentó en la silla, con los ojos fijos en el pálido rostro dormido de Jo. Un hombre mayor que estaba tomando su pulso murmuró algo entre dientes.

Lord Darby asintió en respuesta.

—¿Cómo está? —preguntó Elizabeth en voz baja.

—El médico todavía la está examinando. Duerme un poco —no pudo evitar regañarla suavemente.

Elizabeth no quería dormir. Quería mirarlo. Sus ojos se negaban a apartarse de sus atractivas facciones.

Le gustaba mirar cosas hermosas, y él era agradable a la vista, extremadamente agradable, tan apuesto que de pronto entendía a quienes lloraban ante una obra de arte sublime.

Él notó su mirada fija y brillante.

—Gracias por cuidar de ella estos últimos días.

Ahora que estaba despierta, volvió a hablarle como si fuera una joven racional. Jo siempre se enojaba cuando le hablaba en un tono condescendiente de adulto, y él sabía instintivamente que a Elizabeth le disgustaría aún más, por muy infantil que la considerara.

En verdad, quería pellizcarle las mejillas, regañarla y hacerla volver a su habitación, lejos de esa fría y oscura enfermería, para que durmiera el resto del día.

Como había previsto, su forma de hablar la hizo feliz. Elizabeth le regaló una sonrisa amplia, mostrando todos sus dientes.

—¿Va a regresar a casa? —preguntó él, divertido por lo fácil que era complacerla.

Ella negó con la cabeza y susurró.

—Tengo que quedarme aquí.

—¿Seguirá cuidándola? —preguntó.

Elizabeth asintió, y un leve rubor comenzó a teñir sus mejillas. Esta conversación en susurros al amanecer, cuando el mundo dormía, le provocaba una extraña sensación, como si fueran íntimos y no unos desconocidos.

—Eso está bien —sus hombros se relajaron y volvió a consultar al médico, quien había terminado de examinar a Jo—. ¿Cómo está?

El pronóstico era favorable, y el excelente consejo de Dorothy ayudó a romper la fiebre de Jo. Después de unos días de descanso y medicinas, el médico les aseguró que mejoraría. Lord Darby se sintió aliviado y pasó el resto del día junto a Jo, hablando de viejos tiempos mientras Elizabeth observaba.

Más tarde, tuvo que irse a clases, y para cuando regresó, Lord Darby ya se había retirado a una posada. Jo le informó además que regresaría a Cambridge al día siguiente.

Elizabeth sintió una extraña sensación de vacío al escuchar la noticia, y de pronto tuvo ganas de llorar. Esa sensación infeliz y desesperada era incluso peor que la que sintió cuando se fue por primera vez al internado.

Jo vio su expresión y le preguntó sobre el castigo, y Elizabeth le contó todo y finalmente rompió a llorar de nuevo.

Jo le dio unas palmaditas en la espalda.

—No llores. Confieso que me alegra que no te vayan a mandar a casa. No quería quedarme aquí sin ti.

—Supongo que sí me necesitas —Elizabeth se secó los ojos—. Las chicas te habrían molestado sin mí.

—Y solo estaremos aquí dos años. No es tanto. Sé que es difícil para ti... No te gusta que te digan qué hacer, y esta escuela se trata de disciplina y orden. Pero aún podemos divertirnos rompiendo algunas reglas.

—Cierto —sus ojos seguían bajos, la advertencia de Penny resonaba en sus oídos. Nunca la habían azotado; ¿dolería?

Jo pensó un momento y luego dijo con seriedad:

—Hoy te ves muy hermosa.

Elizabeth se animó de inmediato.

—¿Realmente?

—Las lágrimas brillando en tus pestañas son encantadoras.

—¿Está mi piel ruborizada de forma encantadora?

Jo miró su redonda cara enrojecida con una pequeña burbuja de mocos en la punta de la nariz y mintió con cara seria.

—Nunca he visto a nadie más bella en mi vida.

Elizabeth se sintió un poco mejor.

—Estar triste de vez en cuando no es tan malo. Forja el carácter.

Jo apretó los labios.

—¿Serás feliz ahora por mí?

Elizabeth la abrazó.

—Lo intentaré.

Más tarde esa noche, Elizabeth sumergió su pluma en tinta, pasó la página y continuó escribiendo en su diario.

"Rodeada de una familia amorosa, ¿es extraño sentirme tan sola? Y, sin embargo, la cercanía entre Lord Darby y Jo me hizo desear tener a alguien así también, alguien con quien pudiera compartirlo todo sin miedo a ser juzgada o reprendida. La última vez que Jane descubrió que me había colado en el carruaje del conde Penbrooke y fui a Londres, se enfureció. Fui a comprarle cintas y, aun así, se mostró descontenta.

Jo ha llorado en su almohada cada noche desde que cayó enferma y ha ocultado su tristeza durante el día, pero en cuanto vio a Lord Darby, rompió a llorar y tenía tantas quejas que me dejó atónita.

Él la escuchó pacientemente, le limpió el rostro con un paño húmedo y la consoló hasta que sus sollozos cesaron. Fue tan amable que no pude evitar conmoverme.

Le dije a Jo que quería casarme con él. No lo decía en serio, pero el matrimonio tendría ciertas ventajas. Parece frío, pero se transforma en una bebida caliente con alguien a quien amas.

Es casi seis años mayor que yo, pero creo que eso no es una gran diferencia. Me habló como si fuera una dama, pues tuvo la madurez suficiente para ver en mi alma y reconocer mi profunda y sabia sensibilidad.

He pedido a mis hermanas que frustren sus planes de matrimonio hasta que sea mayor de edad. De hecho, harán todo lo posible por mantener seguro a mi futuro esposo y protegerlo de las garras de las señoritas solteras.

Es demasiado bueno para este mundo y necesita que lo proteja.

Ah, mi corazón tiembla de preocupación. No puedo esperar a crecer y casarme con él".

Dos semanas después, Jo finalmente volvió a la habitación de Elizabeth y comenzó a asistir a clases de nuevo.

—Monitores —dijo la señorita Shelley, la profesora de italiano, entrando en el aula—. Repartan estos folletos.

La señorita Shelley tenía un aire extraño y rancio, como si se aferrara al pasado. Como las otras profesoras, llevaba un cúmulo de rizos alrededor de la cabeza y un vestido bien ajustado de busto alto, pero su rostro estaba fuertemente maquillado.

Claramente había pintado su piel con cerusa veneciana y pegado cejas de piel de ratón y un lunar en forma de estrella sobre el labio superior. A las jóvenes les resultaba aterradora, y su

lengua afilada y cruel añadía a la atmósfera de opresión cada vez que entraba al aula.

Jo se tensó cuando la mirada de la señorita Shelley recorrió la clase y se posó en ella.

—Ingram, resuma la lección de ayer.

—Estaba en la enfermería —respondió Jo suavemente.

—¿Por qué no pidió a alguien que le trajera las lecciones?

Jo enrojeció y bajó la cabeza, avergonzada de tener tantas miradas sobre ella.

—La ayudaré —dijo Elizabeth perezosamente, tirando de Jo para que volviera a su asiento—. No deberías estar de pie tanto tiempo; acaba de recuperarse. — Su voz era baja, pero llegó hasta la profesora y el resto de las alumnas.

La señorita Shelley le lanzó a Jo una mirada irritada antes de continuar con la lección.

Jo agachó la cabeza, casi desapareciendo en su asiento. Había perdido mucho peso y se veía frágil mientras enterraba su cabeza en el pecho.

Elizabeth vio una carta que Jo sostenía en la mano y susurró:

—¿De quién es? ¿Un amante?

—De William.

El corazón de Elizabeth comenzó a latir con fuerza, y miró la carta.

Jo la alisó para mostrarle la firma al final.

Los ojos de Elizabeth repasaron las palabras con avidez. La caligrafía era clara, audaz y firme. No había una sola gota de tinta derramada en la página, y el contenido era conciso, como si el escritor no quisiera malgastar papel o tinta preciosos.

—¿Qué dice?

—Mi hermana Mary iba a casarse con el señor Russell este verano, pero él se ha fugado con la menor de las señoritas Temple. Es el tercer compromiso roto de Mary.

—Qué lástima.

Jo suspiró suavemente.

—Mi madre no se encuentra bien otra vez. Tal vez deba visitar casa pronto.

—Creo que nos permitirán ir a casa a principios de verano. ¿Puedes esperar hasta entonces?

—No estoy segura. William es ambiguo. Tal vez no quiera preocuparme, o en verdad solo sea un resfriado simple.

—¡Ingram! Levántese.

Elizabeth también esperaba ser llamada, pero la señorita Shelley la ignoró.

—Chica sucia, no se ha lavado bien. ¡Mire bajo sus uñas y ese horrible vestido arrugado!

El vestido de Jo estaba un poco deteriorado, ya que era viejo y lo había usado repetidamente, así que guardó silencio. No se disculparía por ser pobre. En cuanto a lavarse bien, las sirvientas habían llevado cubos de agua caliente a su habitación y llenado una tina en la que se había remojado por mucho tiempo. Gracias al jabón de Elizabeth, incluso olía a rosas.

—¿No va a admitir su culpa? —el rostro de la señorita Shelley se oscureció.

Lágrimas brillaron en los ojos de Jo, pero apretó la boca, negándose a hablar.

—Las uñas de ella están limpias. —Elizabeth perdió los estribos. No le hubiera importado que la maestra las regañara por hablar entre ellas, pero esto claramente era una persecución hacia Jo. —¿Por qué debería disculparse? Quizás necesite que le examinen la vista, señorita Shelley. Un lorgnette puede que no sea de moda, pero es práctico y le ayudará mucho.

Miss Shelley finalmente se volvió hacia Elizabeth. Era evidente que había estado favoreciendo a la hermana de la duquesa, pero ahora... sus ojos se entrecerraron. —Como Ingram se ha recuperado, debería comenzar su castigo, Fairweather. ¿Un mes de aislamiento, no era? Hablaré con la señora Atwater, y ella lo anunciará mañana durante las oraciones matutinas. Nadie debe

hablarle a Fairweather a partir de ahora, y ella se mudará de su habitación a la que se ha preparado para su castigo.

—Yo estoy...— Jo abrió la boca, pero Elizabeth la hizo sentar, forzándola a que se quedara.

—Ya la he irritado —dijo Elizabeth suavemente—. No hay necesidad de disculparse, o todos mis esfuerzos serán en vano.

Jo, a regañadientes, se mordió el labio y le metió la carta en la mano a Elizabeth. Ya no podían hablar, pero Jo podía mostrar con su gesto que había entregado su mayor tesoro, su primo Lord William Darby, a Elizabeth.

Capítulo Nueve

Más tarde, por la noche, Elizabeth fue a su habitación para empacar sus cosas y mudarse a un lugar aislado durante un mes. No se le permitía llevar golosinas ni ropa bonita, y se consoló pensando que pasar hambre durante un tiempo podría ayudar a reducir sus mejillas hinchadas, que actualmente se parecían notablemente a una ardilla acaparando nueces.

En algún momento, comenzó a disfrutar del papel de heroína melancólica y eligió deliberadamente las prendas más sombrías, los sombreros más horrendos y las pantuflas más trágicas. Incluso su elección de lectura consistía en tomos pesados y sombríos que la convertirían en una joven llorona o en una somnolienta.

Finalmente, arrastró su cuerpo desdichado hacia el escritorio y escribió una carta a un sastre en Londres para encargar ropa para Jo. Metió un vestido de Jo que le quedaba mejor en una bolsa y le pidió a Molly que lo enviara al día siguiente.

Planeaba regalarle la ropa nueva a Jo e insistir en que era un regalo de cumpleaños anticipado para que nadie se atreviera a burlarse de ella de nuevo.

Molly despidió a Elizabeth con lágrimas en los ojos. —Nunca ha tenido que cuidar de si misma, señorita; ¿cómo lo hará?

—No soy una tonta. —Elizabeth colocó cuidadosamente su planta en el alféizar de la ventana —. Solo es un mes; sé buena y disfruta de tu libertad.

—Pero...

Elizabeth sacó una botella de brandy de cereza y se la metió en las manos a Molly. Naturalmente, la sirvienta dejó de lado sus inquietudes y sonrió. —Es hora del té.

Una vez que Molly se fue, Elizabeth observó la habitación que le habían dado. Era simple, áspera, básica y fría. Consistía en una cama dura, un escritorio y una pequeña ventana. Sus pertenencias debían guardarse en una maleta y mantenerse bajo la cama, ya que la habitación ni siquiera tenía armario.

Molly había llorado al verlo, pero Elizabeth miró su morada monástica con deleite. Estaría incómoda y angustiada por primera vez en su vida, y quería asegurarse de que sería lo más miserable posible.

Lamentablemente, su deseo de ser miserable no se cumplió porque su cámara temporal estaba en la planta baja, con vista al jardín de verduras. Así, cada noche, Dimbercove entraría en su habitación y traería golosinas y una abundante cantidad de novelas y poemas encantadores. Durante el día, se dormía en clase, y como a nadie se le permitía hablarle, los maestros no podían hacer más que mirarla roncar.

Los días de castigo no fueron tan terribles. Los maestros se habían olvidado de azotarla, y al final, se sentía renovada, como si hubiera estado de viaje a Bath.

Al final de su condena, parecía como si a Elizabeth le hubieran dado un mes de recompensa. Emergiendo aún más hermosa, más delgada y radiante. Los maestros solo podían morderse los labios de rabia y tragarse sus palabras.

Pero algunas cosas irritaban a Elizabeth durante su periodo de castigo. En primer lugar, había pasado frío por la noche, así que comenzó a no gustarle las habitaciones sin chimenea. La otra era que Miss Shelley había aprovechado su silencio y acosaba a Jo diariamente. La maestra entraba en la habitación y le pedía a Jo que revisara las lecciones del día anterior. La hacía pararse frente a la clase si se perdía un solo punto con las manos en alto.

Jo se sonrojaba fácilmente, y esta era la peor forma de tortura para ella. Elizabeth sabía que Jo

tragaba todas las injusticias por el bien de William. Él había rogado a Sir Ingram que enviara a Jo a la escuela y le había dado parte de su asignación para financiar su educación. Por lo que Jo hacía lo mejor que podía para estudiar y cumplir el deseo de su primo, intentando mantenerse fuera de problemas y ser buena.

La maestra parecía percibir esta debilidad y, como una maestra manipuladora, comenzaba a intentar romper lentamente la orgullosa columna de Jo.

Pero Jo soportaba los insultos en silencio. No es que no se atreviera a defenderse, sino que temía que, si lo hacía, la echarían rápidamente, considerando la mala reputación y los escasos fondos de su familia.

Elizabeth nunca permitiría que ocurriera tal cosa, y ahora que Penelope era la dueña de la escuela, era casi imposible que echaran a Jo. Pero Jo no quería tentar a la suerte y permanecía en silencio.

Por lo que, tan pronto como terminó el castigo de Elizabeth, su mente se centró en el meollo del problema.

Miss Shelley.

Elizabeth se dio cuenta de una verdad desde joven: las personas buenas sufrían, pero le habían dicho que los cielos las recompensarían al final.

Pero Elizabeth se preguntaba si era mejor ser traviesa y feliz mientras su cuerpo todavía era joven y capaz de disfrutar de las cosas buenas de la vida, en lugar de ser premiada con una segunda mitad de existencia fácil. La vejez nunca era agradable, y la vida podría apagarse en cualquier momento, así que, ¿cuál era el sentido de comportarse bien?

Aprendió esta lección mientras reflexionaba sobre su carácter defectuoso durante su estancia en la cámara de castigo. Como resultado, decidió hacer que despidieran a Miss Shelley de la escuela.

***

El mes de reflexión había sido iluminador en más de un sentido. Aunque Elizabeth había disfrutado a fondo del castigo, esos momentos de meditación silenciosa la habían iluminado sobre muchos asuntos importantes. Por ejemplo, se dio cuenta de que tendría que vivir en el seminario durante dos años y hacer ciertos cambios para que sus días fueran más manejables.

Tenía que hacer más amigas, ya que estar rodeada de rostros sonrientes sería más agradable que de fruncidos. Esto también beneficiaría a Jo, ya que las conexiones significaban aliados, y como una joven empobrecida, esta era una excelente manera de escalar la jerarquía social. Algunas de estas chicas provenían de familias de comerciantes ricos, mientras que otras podían casarse con poderosas familias aristocráticas, así que debían ganarse su afecto.

En segundo lugar, necesitaba su ayuda para deshacerse de Miss Shelley.

—¿Quieres hacer amigas? —frunció el ceño Jo—. ¿Y quieres que yo haga lo mismo?

—Sí. Necesito su ayuda para deshacerme de Miss Ratón de Escondite.

—¿Quién?

—Miss Shelley.

Jo era escéptica. —Has enfurecido a todas. Te tomará la mayor parte del año ganártelas. Aun así, puede que no funcione.

Esa tarde, Jo entró al aula después del almuerzo y encontró a Elizabeth sentada en el escritorio de la maestra, con las piernas colgando del borde y balanceándose impacientemente. Su rostro sonrosado estaba lleno de inocente encanto. Lanzó una bolsa de monedas al aire y la atrapó con una risa encantada, haciendo que muchas jóvenes se volvieran a mirarla.

—Miss Ray —dijo Elizabeth a una joven empobrecida—. Aquí tienes unos chelines; cómprate

un bonito vestido.

Miss Ray se puso pálida. —¿Qué puedo hacer por ti a cambio?

Elizabeth sonrió dulcemente. —Nada, solo sé mi amiga.

Miss Ray pareció sospechar, pero aceptó las monedas y volvió a su asiento.

Elizabeth continuó repartiendo dinero a todas las chicas pobres, seguidas de frutas confitadas y pasteles.

Luego fueron llamadas las chicas de familias de comerciantes adinerados y se les entregaron los nombres y direcciones de los mejores sastres, modistas, merceros y zapateros de Francia y Londres, frecuentados por la nobleza.

A continuación, se ofrecieron recetas secretas transmitidas en familias famosas para mejorar el cutis, gotas para ojos brillantes y hacer rubor de capullos de rosa. La receta más popular era poner un poco de carne fresca sobre el lunar y luego enterrarlo en el jardín de alguien que no te cayera bien. Al día siguiente, el lunar desaparecería y otro aparecería en la nariz del enemigo.

Al caer la noche, las chicas se agruparon alrededor de Elizabeth en la sala de estudio, susurrando e intercambiando chismes en voz baja. Gracias a sus hermanas y a los bailes que había observado en secreto, Elizabeth estaba llena de noticias. Conocía muchas historias divertidas, y las chicas habían sido conquistadas para cuando se retiraron a la cama.

Tarde esa noche, Jo, acostada en la cama, todavía estaba asombrada por los acontecimientos del día. —Te has hecho amiga de toda la clase en un solo día.

—No es nada —dijo Elizabeth sonrojándose.

—¡Toda la clase! ¡Incluso Miss Fortune te lanzó una mirada afectuosa!

Elizabeth se sintió complacida, pero trató de permanecer modesta. —Mis talentos están en entender a la gente, mientras que los tuyos están en los estudios. Pero no te pongas celosa. Incluso si tengo a toda la alta sociedad a mis pies, seguiré considerándote mi amiga más cercana.

Jo no dudó de ella, ya que las chicas habían rodeado a Elizabeth toda la noche, pero ella le contaba historias de cara a Jo y compartía primero los pequeños pasteles de hadas que la duquesa le había enviado. El mensaje era claro para la clase. Si querían ser amigas de Elizabeth y beneficiarse de ella, debían ser amables con Jo, o la amistad se acabaría.

Jo cerró los ojos y reflexionó profundamente. Su visión del mundo giró y sus prioridades se reordenaron. Elizabeth había comprado efectivamente amigas. Tener dinero era de verdad maravilloso, y prometió casarse con una familia rica cuando creciera. Era una lección importante para la vida.

El dinero podía comprar la felicidad.

Elizabeth puso en marcha su plan el mes siguiente para echar a Miss Ratón de Escondite.

Le explicó a Jo que necesitaba tiempo para cultivar su amistad con las chicas y descubrir secretos para chantajearlas si decidían apuñalarla por la espalda y reportarla a la señora Berry y Atwater.

Jo, siendo ingenua, había decidido que una vez que te hacías amigo, eso significaba lealtad de por vida, pero Elizabeth era más astuta. Habiendo aprendido amargamente su lección en las escuelas anteriores no confiaba fácilmente, y solo después de haber extraído algunos secretos de sus compañeras las involucró en su gran plan.

En el primer día, Elizabeth eligió a seis chicas para interrumpir la clase. A Gilly se le pidió que se durmiera durante la lección, a Poppins se le instruyó que hablara constantemente con sus vecinas, a Mayberry se le dijo que lanzara bolitas de papel, y si la maestra no lo notaba, se le indicó que apuntara a su cabeza empolvada. A Burtons, que era una excelente risueña, se le pidió que hiciera eso y así sucesivamente.

La señorita Ratón de Escondite estaba irritable y perdía constantemente los estribos. Mientras tanto, Jo y Elizabeth mantenían la cabeza baja como buenas niñas.

Al día siguiente, Elizabeth eligió a seis chicas diferentes para interrumpir la clase de manera similar. Esto continuó hasta que la señorita Ratón de Escondite ya no pudo soportarlo más. Lloró al final de la segunda semana y renunció en la tercera.

Las chicas celebraron con una botella de vino, un tarro de brandy de manzana y un gran pastel de frutas. Los días de Jo desde entonces se volvieron mucho más fáciles. Su confianza aumentó, y después de tener a tantas chicas con las que hablar, su carácter floreció y parte de su timidez se desvaneció.

Todo esto fue fielmente registrado por Jo en una carta, que envió por el correo lento a su primo.

***

William tomó el cuchillo de papel de plata y abrió la carta de Jo, que había sido escrita meses atrás, pero que recién ahora se disponía a leer.

William,

Me alegra que te hayas graduado con honores. Felicitaciones. Estoy bordando un pañuelo para ti como regalo.

Las chicas aquí aún recuerdan tu hermoso rostro, y Eli piensa que deberías engrasarte la cabeza con grasa de cerdo cada vez que salgas para protegerte de las malvadas solteras.

William frunció el ceño. ¿Eli? Ah, Jo debe referirse a esa niña, Elizabeth.

Recordó haberla conocido por primera vez cuando dejó a Jo en el seminario. Había estado nevando intensamente, y Jo estaba agotada por el largo trayecto en carruaje, pero aun así insistió en despedirse de él antes de subirse al carruaje de alquiler después de saludar a la directora.

Era un día gris. El suelo, el cielo y su estado de ánimo eran todos apagados. En medio de la incomodidad y la miseria, apareció una dulce niña envuelta en piel blanca, con suaves ojos marrones llenos de luz, brillando en la total maravilla de la juventud, contra el fondo de un oscuro y severo carruaje.

Era evidente por su ropa cara, mejillas sonrojadas y la inconfundible mirada en sus ojos que la niña era querida, protegida y mimada. Era alguien que había recibido todos los lujos posibles desde su nacimiento.

Su existencia era una rareza, ya que pocos podían presumir de llevar una vida tan feliz y despreocupada.

Ella bajó del carruaje, y las expresiones alerta y preocupada de su doncella y el lacayo dieron un vistazo a su futuro. Sus problemas nunca serían severos y siempre se resolverían rápidamente, y nunca probaría el verdadero dolor y la adversidad.

De repente, el sol brilló con más fuerza cuando se dio cuenta de que existía una niña tan bendecida en este mundo infernal, un pequeño dumpling lleno de fragancia y luz solar.

No la envidiaba por su buena fortuna, sino que esperaba que permaneciera feliz y dichosa por el resto de su vida.

Más tarde, cuando la vio cuidar de su prima, se alegró de no haberle envidiado sus comodidades a primera vista. Una niña así era demasiado buena y merecía tener el mundo a sus pies.

Con una sonrisa, inclinó la cabeza y continuó leyendo la carta de Jo.

"He tenido una buena recuperación, pero Eli no lo cree. Estoy cansada de su forma de quejarse. Su familia sigue enviando cajas de golosinas cada mes, y ella insiste en que debo comerlas ya que ella no puede o engordará, y entonces tú no vas a casarte con ella. También me

hace sentar al sol o cerca del fuego, diciendo que mi pálido y tembloroso cuerpo da miedo y que debo calentarme.

La señorita Ratón de Escondite, quiero decir, la señorita Shelley, la maestra de la que te hablé y que ha sido horrible conmigo estos últimos meses, ha renunciado. Eli sobornó a la clase para torturarla hasta que perdió la cabeza y renunció.

¿Es malo que esté encantada con el resultado?

Celebramos horneando un pastel de frutas en la cocina a medianoche. Nadie nos descubrió. Eli incluso sacó una botella de brandy de manzana y la compartió con la clase el día de la partida de la señorita Shelley. Pero se negó a dejarme probar una gota, diciendo que era demasiado frágil y que me había recuperado recientemente. ¿Me dejarás probar brandy cuando vuelva a casa?

Más tarde esa noche, escuché a un perro aullando desde la ventana de mi habitación. Eli también lo escuchó. ¿Está todo bien?

Escribe pronto. Te extrañamos. Eli insistió en decir 'extrañamos'."

William sonrió mientras doblaba la carta y la guardaba en el cajón. Se alegraba de que Jo finalmente se hubiera adaptado y comenzara a vivir una vida normal en su internado. Temía que fuera discriminada y que la sombra de los actos de su padre la convirtiera en una paria.

Afortunadamente, la señorita Fairweather la había tomado bajo su ala y estaba cuidando de ella, aunque Jo no parecía darse cuenta. Pero si llegaba a entender la bondad de la señorita Elizabeth, probablemente lo detestaría y se alejaría.

Jo no comprendía a las personas y sus motivos tan bien como comprendía la aritmética.

Por otro lado, la señorita Fairweather era más inteligente de lo que él había supuesto, con un corazón cálido y amoroso. La única preocupación era su lado travieso. Esperaba que la niña no se lastimara durante sus aventuras.

Sacó un nuevo pergamino, y su rostro se oscureció mientras inclinaba la cabeza para escribir. *Sus* problemas no podían borrarse fácilmente, y ningún ángel poderoso sanaría sus cicatrices.

Jo,

No me engrasaré el cabello.

Anoche vi Otelo con la señorita Harper. Me gustó, pero a ella no. No creo que volvamos a vernos, y sospecho que es culpa mía, ya que me vertió una copa de vino en la cabeza al final de la velada y se marchó furiosa.

Desde que comenzó la temporada, otras ricas damas me han invitado. He estado circulando a instancias de tu padre y tratando de encontrar un buen partido.

Tu madre está enferma nuevamente. ¿Cuándo comienzan tus vacaciones? Sería agradable tenerte en casa.

Mary ha encontrado otro pretendiente. Un general feroz esta vez.

Cuídate, escucha a la señorita Fairweather y compórtate.

William

Leyó el contenido y esperó que sus intenciones quedaran claras. Aunque las chicas habían decidido pretender que él se casaría con la señorita Elizabeth Fairweather, era esencial hacerles saber que eso no iba a suceder. Aunque eran jóvenes, no quería lastimarlas al seguirles el juego. Después de esto, si Jo continuaba con esta tontería de emparejarlos, sería más directo y terminaría con ello.

Nadie podría haber predicho que enviaría otra carta dentro del mes de haber enviado esa, pidiendo urgentemente a la señora Atwater que permitiera a Jo tomar un permiso y regresar a casa.

Su madre había muerto.

Capítulo Diez

William no podía abandonar la Casa Ingram y estaba al borde de la desesperación tratando de ocuparse de los asuntos del funeral y de su tío deprimido. Quería enviar a un amigo de confianza a traer a Jo del seminario, pero antes de que eso pudiera suceder, recibió un aviso urgente.

La señorita E. Fairweather organizó un carruaje rápido y partió con la señorita J. Ingram. Deberían llegar para la medianoche.

Atwater.

William, que acababa de terminar de escribir a su amigo, arrugó la carta mientras la tinta aún estaba húmeda y la arrojó al cubo con un suspiro de alivio.

***

Elizabeth sostuvo a su amiga en silencio durante el apresurado viaje. Jo no derramó una lágrima; su comportamiento estaba congelado y rígido.

Elizabeth no era ajena a la muerte, aunque hasta ese momento había estado alejada de los funerales y protegida de presenciar a familiares en profundo dolor. Esta era la primera vez que se encontraba en una situación en la que el abrazo protector de su familia no la rodeaba.

La aterrorizaba, pero trató de ser valiente por el bien de Jo.

Llegaron a la casa tarde en la noche y encontraron a lord Darby esperando. Él estaba en la entrada con un candil, proyectando una luz tenue mientras su alta figura se alzaba sobre los escalones y proyectaba una sombra.

Elizabeth bajó primero y ayudó a Jo a descender, luego se acercaron rápidamente a él.

El aire frío de otoño estaba impregnado del aroma de flores que llenaban la casa y la entrada para enmascarar el hedor de la muerte.

El perfume empalagoso y el rápido y bacheado viaje en carruaje habían hecho que Elizabeth se sintiera mal, y se aferró a sus faldas para ocultar sus manos temblorosas.

Se sentía inquieta, sabiendo que un cadáver yacía a una pared de distancia de donde estaba. El último funeral al que había asistido había sido el de la viuda de Blackthorne, pero había sido demasiado joven para sentir mucho en aquel momento.

Pero ahora, comprendía la fatalidad de la muerte un poco más. Ese conocimiento y la incómoda sensación de estar en una casa llena de extraños la hacían sentir aún más ansiosa.

Jo tropezó en el primer escalón, y Elizabeth rápidamente la sujetó mientras se reprendía en silencio.

—Esto no se trata de mi comodidad, sino del sufrimiento de Jo.

Sus pasos titubearon cuando el rostro del lord Darby apareció ante ella. Era igual de atractivo, pero la suavidad de su juventud parecía haber desaparecido de su rostro, y sus ojos eran aterradoramente oscuros.

Jo corrió a sus brazos, y él la abrazó con fuerza. Miró a Elizabeth por encima de la cabeza de su prima y reconoció su presencia con un asentimiento.

La ternura y dulzura que había visto en él cuando se encontraron la última vez se sentían como un sueño borroso.

Retorció sus manos mientras observaba a los primos abrazarse y consolarse mutuamente. Sus ojos se desviaron, incapaces de soportar la emoción cruda, y deseó poder huir de regreso a la seguridad de la escuela.

Después de un largo rato, lord Darby se apartó de Jo y la miró a su pálido rostro.

—Tengo mucho que atender. El cuerpo está en el salón. Mary y tu padre están haciendo vigilia

junto con las criadas... ¿quieres verlo?

Jo tembló y se mordió el labio.

—La procesión del funeral está organizada para mañana; no es seguro acompañar el ataúd.

Su significado era claro: esta era su única oportunidad de ver el cuerpo.

Finalmente, Jo se dio la vuelta, se acurrucó en el abrazo de Elizabeth y sacudió la cabeza.

—Quiero recordarla feliz y bien. No quiero ver su cuerpo sin vida.

Él pareció aliviado por su decisión y asintió.

—Entonces te llevaré a tu habitación. —Se volvió hacia Elizabeth—. ¿Puede compartir una habitación con Jo? No quiero que duerma sola.

—Sí. Para la procesión, puedo pedirle al duque que envíe guardias.

Él sacudió la cabeza.

—Su presencia a su lado es suficiente. Gracias.

Esta conversación era muy diferente de la última vez. Era como si dos adultos se enfrentaran con la misma preocupación.

Esa noche, Elizabeth sostuvo la figura temblorosa de su amiga y la consoló con palabras reconfortantes. No durmieron ni un momento y, después de eso, pasaron los días siguientes en profundo luto.

La Casa Ingram era apodada la "Sopa del Escándalo" por la alta sociedad. Una vez fue un hogar aristocrático respetado con excelentes muebles y diseño. Ahora, las sedas y los terciopelos se habían desvanecido, las alfombras estaban manchadas por la negligencia, y las paredes estaban mohosas y descascaradas en el ala norte.

Los colores y los muebles suaves habían estado fuera de moda hacía cincuenta años, y gran parte de la loza estaba astillada. La plata no había sido pulida, y el polvo se acumulaba en las habitaciones de los huéspedes, pero esto no se debía a la falta de sirvientes, sino a la negligencia.

Elizabeth se dio cuenta de que lord Darby estaba ocupado con los invitados y los asuntos del funeral, ya que sir Ingram se había vuelto desesperanzado tras la muerte de su esposa, y la hija mayor de la casa, Mary Ingram, no se veía por ninguna parte. Por lo tanto, asumió la responsabilidad de cuidar a Jo, procurándole vestidos de seda negros y alimentándola con brebajes cada noche para ayudarla a dormir.

Unos días después, finalmente se encontró con Mary. La mujer era nueve años mayor que Jo, pero su carácter era inmaduro. Su rostro era largo y amargo como un plumín afilado, y sus ojos azules eran estrechos y acuosos.

Era tan delgada que hasta una ráfaga de viento la haría temblar, pero su comportamiento era audaz, su lengua cruel y brusca.

Se la podía escuchar gritando a los sirvientes todo el día, dándoles órdenes y quejándose constantemente de insatisfacción. Pero ante los extraños, se volvía suave, impotente y dulce, asombrando a Elizabeth. Tal cambio era notable.

Durante su estancia, Mary no mostró preocupación por su hermana menor ni la buscó. Se encontraron durante las comidas, ignoraron la presencia de la otra y vivieron de manera independiente.

Cuando Mary se enteró de que Elizabeth era una Fairweather, su actitud se suavizó y trató de ser amigable, pero Elizabeth había visto lo suficiente en los últimos días como para estar en guardia.

Dos semanas después, un incidente cambió las cosas. Sir Ingram comenzó a mirar a Elizabeth con una expresión extraña, lo suficientemente inquietante como para que ella evitara cruzarse con él.

Pero no podía evitarlo para siempre; un día, él la atrapó sola en la biblioteca. El hedor a alcohol le alertó de su presencia. No tenía miedo, ya que podría derrotar a un hombre de su tamaño en un instante, pero no quería lastimarlo. Después de todo, era el padre de Jo, así que esperó a ver qué intenciones tenía primero.

Él comenzó a caminar hacia ella y, en el camino, levantó un pesado candelabro. Era de día, y no necesitaba una vela, por lo que solo lo levantó porque planeaba usarlo para noquearla.

Su corazón se hundió y enderezó la espalda, lista para pelear. Él levantó el candelabro, con sus ojos vidriosos y rojos, y lo apuntó a su cabeza. Pero antes de que ella pudiera reaccionar, alguien lo agarró por la cintura y lo arrojó lejos.

Lord Darby miró a su tío, que yacía en la alfombra. Su rostro, normalmente atractivo, tenía una expresión fea, y sus ojos se habían vuelto rojos de furia. Se inclinó lentamente hacia Sir Ingram, y sus largos dedos pálidos se hundieron en el grueso cuello del hombre mayor.

—Elizabeth, sal —gruñó.

Ella no discutió, salió rápidamente de la habitación y se escondió afuera de la puerta para escuchar.

—¿Qué intentabas hacer? —La profunda voz de Lord Darby estaba llena de desdén—. Ella tiene la misma edad que tu hija.

—No entiendes —balbuceó Sir Ingram—. Solo estaba pensando en secuestrarla y pedirle dinero al duque. Piénsalo, William. No le haremos daño, sino que la ocultaremos unos días, y una vez que tengamos fondos suficientes para pagar las deudas, podremos devolverla a casa.

—Has perdido la cabeza si crees que voy a aceptar una proposición tan malvada.

—Si no quieres involucrarte, así sea, pero puedo manejar todo esto solo...

—Si quieres vivir, entonces echa ese pensamiento de tu mente, tío.

—¿Q... qué quieres decir?

—El lobo está acechando al ciervo. —La voz de Lord Darby se volvió baja—. El tigre sigue detrás.

—William —Sir Ingram sonó sorprendido—. No quieres decir eso. Soy tu tío, tu única familia.

—Tú drenaste la felicidad de tu esposa y la enviaste a su muerte. ¿Ahora quieres hacer daño a niños inocentes para satisfacer tu codicia?

—Esa chica tiene casi dieciséis años, ¡es suficientemente mayor para casarse! No es una niña, y su familia es rica; escucha la razón...

—Tendré que pasar mi vida pagando tus deudas, pero si cruzas esta línea, te mataré.

—Tú... ¡te prohíbo que hables así! Después de todo lo que he hecho por ti, niño ingrato.

—¿Niño? ¿Ahora eres miope? —Se rio, el sonido envió escalofríos por la espalda de ella—. Tu muerte es una ventaja para mí, así que no me tientes.

Elizabeth no se atrevió a escuchar más y se alejó en silencio. Su corazón estaba pesado de tristeza. Sentía pena por Jo por tener una familia tan horrible y por Lord Darby, que estaba cargado de responsabilidades que no eran suyas.

Su propia familia era tan diferente que el contraste la golpeó con más fuerza. En verdad, quería ayudar, y si Jo se lo permitía, con gusto pagaría las deudas, incluso si eso significaba fingir ser secuestrada por un corto tiempo.

Pero sabía que su primo era demasiado orgulloso para aceptar un plan así.

La tarde siguiente, Elizabeth no se sorprendió cuando Lord Darby apareció a su lado. Dejó de lado su tejido y lo miró.

—Venga conmigo. —La llevó al estudio de Sir Ingram.

Entró en la habitación y se volvió para encontrarlo abriendo la puerta antes de sentarse detrás del gran escritorio de palisandro.

Le indicó la silla frente a la suya, y ella se hundió en ella.

Elizabeth sabía lo que quería preguntar, y su rostro se sonrojó de vergüenza. Era una sensación extraña, así que evitó su mirada preocupada y escrutadora.

Él sirvió una taza de té y la colocó frente a ella. Su voz era suave y baja, como si hablara a un pájaro herido.

—¿No está herida?

Ella sacudió la cabeza.

Él empujó un plato de castañas glaseadas hacia ella.

—¿Está tan molesta que no puede ni mirarme?

Sus pestañas se sentían pesadas, pero se obligó a levantarlas por un instante antes de inclinar la cabeza de nuevo.

—No estoy molesta.

Era cierto que no estaba molesta, solo increíblemente tímida. Era la primera vez que estaban solos en una habitación juntos, y aunque la conversación era sombría, su corazón no podía evitar saltar como un cervatillo emocionado.

En el breve vistazo que había captado de su expresión, parecía angustiado. Sus dedos picaban por acariciar la onda de cabello que colgaba como seda negra en su frente y suavizar las líneas entre sus cejas.

Cuando ignoró las castañas, él empujó unos bombones hacia ella torpe e inciertamente.

—Lo siento.

—No fue su culpa —murmuró.

Él se frotó los ojos como un niño cansado.

—Todo lo que hace... es mi culpa.

Ella entendió su significado. Sir Ingram era su familia, y aunque Lord Darby no cometiera los crímenes, no podía escapar de las repercusiones de los errores de su tío.

Se inclinó hacia adelante y habló con sinceridad.

—No lo culpo por este asunto. Por favor, no piense eso.

Después de un momento, él empujó los dulces más cerca de ella mientras sus ojos recorrían ansiosamente sus rasgos, como si no creyera sus palabras. Era claro que nadie le había dicho jamás que no debía ser culpado por los actos de su tío.

Ella lo miró impotente, preguntándose cómo convencerlo. Finalmente, levantó la taza de té, tomó un pequeño sorbo y mordió un bombón.

La tensión alrededor de sus ojos se relajó al verla comer, así que ella le hizo el favor de seguir picando, aunque no tuviera apetito.

Él extendió la mano hacia su taza y la sostuvo con cuidado.

—Debería volver a la escuela con Jo. Aquí es desagradable. La cordura de Sir Ingram se ha dispersado.

Ella lo miró y sugirió con timidez:

—¿Puedo llevarla a mi casa en su lugar? Unas semanas en Finnshire le harían bien. La cuidaré bien.

Tras un momento, él asintió.

—Sí, puede irse mañana por la mañana. Esta vez, permítame organizar la carroza.

Su tono fue firme, por lo que ella no discutió y, así, las chicas se encontraron partiendo rápidamente de la deprimente atmósfera de Ingram House hacia la brillante y pequeña aldea de

Finnshire.

Capítulo Once

Elizabeth decidió distraer a Jo en cuanto llegaron a Finnshire. Insistió en que ambas eran demasiado bajas y que debían aprovechar su juventud y trabajar en sus figuras. Así, durante los primeros tres días, solo bebieron caldo de huesos por la mañana, la tarde y la noche.

El plan de Elizabeth funcionó, en cierto modo, ya que se enfermaron gracias a dos tazones de sopa dudosa, y tardaron un mes en recuperarse. A partir de entonces, Elizabeth decidió dejar la preocupación por sus estaturas en manos del destino, y los días se volvieron más relajados y tranquilos.

Fue durante este tiempo que Jo se dio cuenta de cuán mimada era Elizabeth. Se despertaba cuando quería, comía lo que le gustaba y cuando le apetecía, y cada dos días llegaba una caja de sus hermanas, parientes o amigos familiares llena de regalos para alegrarla.

Tenía un ejército de sirvientes que la ayudaban todo el día, y no tenía que mover un dedo ni alzar la voz. Casi como por arte de magia, los sirvientes anticipaban y satisfacían sus necesidades.

Su habitación estaba llena de lujos, y su armario repleto de los vestidos más hermosos a la moda. Joyas, sombrereras y zapatos estaban apilados en desorden en su sala privada.

Su hermana mayor, Jane, no tenía interés en tales ostentaciones, pero Elizabeth... Ah, Elizabeth vivía para esas cosas. Pensaba en el desayuno antes de acostarse y en el almuerzo a la hora del desayuno. Pasaba horas hojeando revistas de moda y marcando los estilos que le gustaban. El resto del tiempo escribía a sus hermanas, suplicándoles que compartieran los últimos chismes de la alta sociedad, o se sentaba en un árbol silbando a las vacas y ovejas.

Mientras tanto, Jo se acercó a la señorita Jane Fairweather. Jane pasaba sus días pintando en el invernadero, y a Jo le gustaba tumbarse en un banco, sin hacer nada más que escuchar el suave roce del pincel sobre el lienzo y respirar el aroma del aceite y la trementina.

No le gustaba correr, caminar o incluso moverse. Además, ahora hacía frío. Había caído una nevada temprana que pintó el campo de blanco.

Jo no podía entender por qué Elizabeth prefería correr en el frío con dos lecheras, una vaca y una oveja, vestida de seda y piel, en lugar de saborear un té dulce junto al fuego.

En lugar de disfrutar de una habitación cálida y acogedora, Elizabeth corría como un conejo encantado, entrando y saliendo de casa, subiendo y bajando árboles, mientras sostenía un manojo de revistas de moda.

Por lo que, Jo se sintió contenta al descubrir a la hermana más tranquila y se quedó a su lado.

Elizabeth, por otro lado, no estaba satisfecha. Si encontraba a las dos juntas, se ponía de mal humor, hacía una rabieta y, a veces, incluso se encerraba en una habitación con su gato mascota, Miau Miau, hasta que Jo la convencía de salir.

En momentos como esos, Jo sentía compasión por el futuro esposo de Elizabeth. Tendría una difícil tarea conviviendo con una criatura tan posesiva.

Con todo el caos y las rabietas que rodeaban a Jo en Finnshire, se distrajo de caer en las profundidades del dolor.

La mayor parte del tiempo, Jo despertaba sin poder creer que su madre ya no estaba, y una vez que se convencía de que todo era demasiado real, estallaba en llanto.

En esos momentos, Elizabeth aparecía con algún dilema absurdo, como que el tónico para el brillo que la señorita Pekham le había dado era ineficaz, o que la carne que había enterrado en el jardín del carnicero después de aplicarlo en el lunar del cocinero no funcionaba como esperaba.

La piel del carnicero seguía brillando como manteca, mientras que el lunar del cocinero había brotado dos pelos, así que debían encontrar una solución antes de regresar a la escuela.

Otras veces, la acosaban para que conociera a una extraña variedad de amigos que Elizabeth había recopilado a lo largo de los años, o bien se trataba de una pelea entre Elizabeth y Jane que la señora Fairweather le pedía que interrumpiera.

Jane incluso suplicó a Jo que mantuviera un ojo en Elizabeth y fuera una voz de razón en la escuela. Tenía miedo de que su hermana resultara herida debido a sus maneras salvajes, y Jo se sintió orgullosa de la responsabilidad que le habían otorgado. Prometió proteger a Elizabeth y guiarla lejos del camino equivocado.

En cuanto al señor Fairweather, se escondía en el estudio todo el día.

Al final, Jo se preguntaba cómo había sobrevivido este hogar maníaco sin ella todo este tiempo.

Este lado salvaje de Elizabeth solo se revelaba ante la familia. Su risa abierta y encantada, su juego y su necesidad de rodar al aire libre estaban ocultos a las chicas de la escuela y a las damas que a veces venían a visitar desde las aldeas cercanas. Frente a ellas, Elizabeth era una joven perfecta con delicadas sensibilidades y gracia.

Los días siguientes se volvieron ligeramente más cálidos, y la nieve se derritió lo suficiente como para despejar los caminos. Así, se decidió que las chicas debían regresar a la escuela. La señora Fairweather invitó a sus amigas y a sus hijas a una merienda para animar a Elizabeth antes de su partida.

El estatus de la señora Fairweather había aumentado en la sociedad después de los excelentes matrimonios que habían hecho sus hijas, y ahora muchas familias notables elegían visitar su hogar en Finnshire. La señora Fairweather disfrutaba de estas visitas y hacía todo lo posible para mostrar todo lo que había acumulado gracias a su nueva riqueza y conexiones.

El día de la fiesta, las mujeres mayores se sentaron en el salón bebiendo té mientras todo, desde esferas aromáticas hasta almohadas de la alcoba de la señora Fairweather, era sacado y pasado alrededor del grupo para ser admirado. Después de eso, la conversación naturalmente se desvió a debatir sobre cuál de los nietos era más talentoso.

Mientras tanto, Elizabeth, Jo y un grupo de jóvenes se sentaron en el salón de recepción, ya que la sala de estar estaba siendo renovada y Jane ocupaba el invernadero. Lo más importante era que esta era la única habitación lo suficientemente alejada de los oídos de sus madres.

Elizabeth se sentó con la espalda recta, los ojos bajos y las manos elegantemente colocadas sobre su regazo. Llevaba un hermoso vestido verde oscuro. Una cadena de pequeños diamantes brillaba en su cuello, y un alfiler de perlas relucía en su suave cabello castaño.

Jo llevaba un vestido de satén negro, pero su cabello estaba rizado en la parte delantera, y el moño en la parte posterior estaba cuidadosamente arreglado. No era bonita, pero su expresión melancólica y silenciosa la hacía lucir intrigante y aún más femenina y madura.

Las damas visitantes estaban debidamente impresionadas.

—He oído que tu carroza tiene buenos caballos—dijo Elizabeth suavemente a la señorita Hayworth—. ¿Son los caballos árabes?

La señorita Hayworth no tenía idea, pero asintió entusiastamente como si estuviera golpeando ajo con su frívola cabeza.

—Sí.

—Lo pensé. —Elizabeth sonrió y tomó un delicado sorbo de su té.

—¿Galleta? —ofreció la señorita Dew con un plato.

—No puedo, gracias. No me gustan los dulces. —Elizabeth rechazó educadamente.

Jo apretó los labios al pensar en las almendras azucaradas y las rosas que estaban en la retícula que Elizabeth sostenía con gracia sobre su regazo.

Después de otra ronda de charlas educadas, las cosas se volvieron un poco más animadas. Quizás fue porque se había desvanecido la incomodidad inicial de conocer a la gente o por el vino que se servía sin diluir, bajando por gargantas blancas como los lirios.

—Anoche —la voz de Elizabeth bajó—, recibí una carta intrigante de alguien.

—¿Quién? —preguntó alguien.

—No puedo decirlo —Elizabeth se hizo la desentendida, sacando una bolsa de cacahuetes y pasándola antes de continuar—, pero puedo decirte lo que decía. Era completamente impactante. Tuve que tomar un trago de brandy para calmar mis nervios. Son delicados.

—¿Qué es delicado? —preguntó Jo.

—Mis nervios —dijo Elizabeth frunciendo el ceño—. ¿No lo sabías?

Jo movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué decía la carta? —suplicó la señorita Pennywise.

Elizabeth rompió un cacahuete y se metió los frutos en la boca, mientras Jo de repente se levantaba.

—Debo llevar esto a la biblioteca antes de que continúes —dijo.

Todas vieron la biblia que yacía sobre la mesa lateral de la recepción para el entretenimiento de los invitados que esperaban, y todas inclinaron la cabeza y asintieron en acuerdo.

Alguien señaló el rosario que yacía a su lado, así que también fue rápidamente recogido. Jo obedientemente escondió los objetos y regresó. No podía detener a Elizabeth de hablar, pero podía mitigar los efectos tanto como fuera posible.

—Continúa —suplicó la señorita Dew.

Elizabeth accedió.

—La conocida que me escribió juró que vio a la señorita Woodsworth, la última belleza que está cautivando a la alta sociedad; deben haber oído hablar de ella, bueno, ella estaba saliendo de la carroza, y el lacayo...

—¿El lacayo? —repitieron las chicas.

La voz de Elizabeth bajó aún más.

—Él le apretó el trasero.

Las chicas se quedaron boquiabiertas y gritaron, parte por sorpresa y parte por deleite.

Elizabeth estaba satisfecha con la respuesta y se limpió los labios con su pañuelo para ocultar su sonrisa complacida.

—¿La señorita Woodsworth objetó? —preguntó la señorita Dew.

—No —respondió Elizabeth—. Lo hizo dos veces más, y ella solo se rio.

La conversación continuó, y las otras chicas comenzaron a compartir sus experiencias y traviesos chismes. Elizabeth escuchaba todo con deleite mientras rápidamente rompía cacahuetes y arrojaba las cáscaras al suelo sin ninguna preocupación.

—¿Oyeron hablar de Lord Darby? —dijo de repente la señorita Pennywise.

Elizabeth y Jo se congelaron.

—¿Quién? —preguntó alguien.

—El hombre más guapo de la alta sociedad. está empobrecido, agobiado por deudas y tiene una historia trágica. Mi hermana lo adora, al igual que sus amigas. Escuché que recibe rosas y retratos pintados cada dos días. Hubo un alboroto en el último baile cuando entró en la sala, y el anfitrión tuvo que esconderlo. Se dice que casi siete jóvenes se desmayaron al ver sus cejas afiladas como espadas.

El corazón de Elizabeth comenzó a dolerle. Quería escuchar más; al mismo tiempo, quería pedirle a la chica que se detuviera.

—¿Lo has visto? —preguntó Jo con cautela.

La señorita Pennywise miró al horizonte—. He visto su retrato. Mi hermana contrató a un artista para seguir a Lord Darby y captar su parecido. El artista se escondió en los arbustos, detrás de los árboles, se columpió de las ramas y demás, y al final logró producir un retrato bastante fiel. —Respiró hondo y levantó un dedo tembloroso—. ¡Cielos! Se parece exactamente a ese joven. Qué extraño es el parecido.

Las chicas se giraron para encontrar a un joven apoyado en la puerta. Por su postura, parecía que las había estado escuchando durante un tiempo.

Se sonrojaron.

¿Qué tanto había oído? Pero, más importante aún, ¿cómo podía alguien ser tan locamente atractivo?

El sol estaba a punto de ponerse, bañando la habitación en un suave resplandor que iluminaba sus rasgos encantadores. Sus ojos negros y penetrantes contenían risa, exasperación, cariño e irritación… mientras que su alta figura, envuelta en un abrigo de lana verde oscuro, realzaba su masculinidad entre el mar de jóvenes sorprendidas.

Era como si un ángel hubiera descendido entre su mortalidad y capturado la luz encantadora del sol poniente. Un extraño hechizo se cernía sobre el grupo, y sintieron que, si se aventuraban demasiado cerca de él, estallarían en llamas o serían iluminadas como Siddhartha Gautama.

Mientras las invitadas estaban así cautivadas, el corazón de Elizabeth comenzó a latir con angustia y horror.

¿La había escuchado? ¿Qué pensaría de ella ahora?

Se enderezó y se sacudió las migas de su vestido, sin poder fijar la mirada en sus rasgos de repente.

¿Por qué su padre no la había advertido sobre la llegada de Lord Darby? Había esperado que, cuando se volvieran a encontrar, pudiera presentarse como una versión encantadora de sí misma. Tal vez él entraría en la sala y la encontraría tocando el piano, vestida de seda blanca, o la descubriría bebiendo té mientras estaba tumbada en una chaise longue iluminada por la luz de la luna. Después, habrían intercambiado miradas durante tres cuartos de hora y luego habrían estallado en una balada de amor.

En cambio, él la había encontrado cubierta de cáscaras de cacahuete, embriagada y chismeando como una mujer vulgar.

Oh, quería hundirse en la tierra o evaporarse.

—William —Jo se apresuró a su lado—. Qué agradable sorpresa.

Él sonrió a su prima, y sus ojos instantáneamente se caldearon y se llenaron de cariño—. He venido a escoltarte de regreso a casa para Navidad. No creo que debas ir a la escuela aún.

Elizabeth notó las miradas curiosas de las chicas a su alrededor, y una extraña ira se levantó en ella. Quería esconderlo de esas miradas codiciosas.

Jo echó un vistazo al rostro de Elizabeth y llevó a William lejos para proteger a las damas de ser abatidas como perdices inocentes.

En el momento en que se fueron, las chicas estallaron en gritos y emocionadas conversaciones, queriendo saber todo sobre la criatura encantadora.

Elizabeth hirvió en silencio y se negó a hablar más. La fiesta de té se volvió incómoda y se prolongó durante otra hora antes de que Elizabeth pudiera escapar y buscar a Lord Darby. Él estaba observando a Jane pintar en el invernadero junto a Jo.

Jane y Lord Darby estaban cerca en edad, y de pie uno al lado del otro, formaban una pareja encantadora.

Elizabeth se acercó a Lord Darby y le agarró la manga con dos dedos. Él la miró con curiosidad.

Su mirada aguda atravesó su alma, y su cuerpo osciló de un lado a otro como un péndulo sobre una fuente de agua mientras sus entrañas se retorcían como si hubiera pisado un vacío y ahora cayera sin cesar.

Se quedó así, mirándolo hacia arriba, hasta que un pincel cayó al suelo.

Elizabeth parpadeó y recuperó sus sentidos.

Lord Darby la miró con preocupación—. ¿Está enferma?

—No. —Tiró cuidadosamente de él y lo alejó de Jane, tratando de ser discreta—. ¿Cuándo se va?

Él le atrapó la muñeca con sus dedos enguantados y, usando un poco de fuerza, logró aflojar su agarre sobre su abrigo—. Mañana por la mañana.

—¿Dónde te quedarás esta noche? —preguntó Jo.

—En la posada del pueblo —respondió—. Vendré a buscarte por la mañana; prepárate.

—Quédese aquí. Tenemos muchas habitaciones —dijo Elizabeth. Jane parpadeó ante la suave y tímida voz que su hermana había utilizado para dirigirse al hombre.

Un destello de incomodidad cruzó su rostro—. La posada es adecuada, y es solo por una noche...

—Tonterías —dijo Jane cortésmente—. Padre no le permitirá irse. Además, Jo ha sido un deleite, y la tratamos como a familia. ¿Cómo podemos permitir que su primo viva en otro lugar?

Jo se sonrojó de placer y hasta Elizabeth le envió a Jane una sonrisa complacida.

Después de otra ronda de discusión, esta vez ante el señor y la señora Fairweather, finalmente accedió a quedarse.

Elizabeth no pudo conversar mucho con él durante la cena, y luego se retiraron a empacar las pertenencias de Jo.

A la mañana siguiente, en medio del torbellino de actividad, Elizabeth logró escabullirse unos minutos a solas con Lord Darby. Sucedió cuando él estaba esperando a Jo junto a la carroza, listo para partir.

***

William observó a Elizabeth enviar al criado que había estado ayudando a cargar la carroza en un recado. Su motivo era evidente: quería pasar unos momentos a solas con él.

Frunció el ceño. Cuando las mujeres se acercaban a él en los bailes y demás, una pista era suficiente para romperles el corazón, pero Elizabeth era joven y no quería lastimarla.

A través de sus cartas, había tratado de transmitir que probablemente se casaría pronto con una rica heredera. Esto no era cierto, ya que no tenía planes de casarse. Había cedido a los deseos de su tío y hecho todo lo que pudo por la familia Ingram, pero se negaba a venderse en matrimonio.

Pero lo había mencionado repetidamente para aplacar la evidente infatuación de Elizabeth. Se sentía angustiado por su afecto. Ella era una excelente compañera para Jo, y sería una pena perderla. Sin embargo, había notado la mirada adoradora en sus ojos la noche anterior y se dio cuenta de que su infatuación infantil solo estaba creciendo.

—Es un hermoso día para viajar —le sonrió Elizabeth.

Sus ojos estaban claros y brillantes a la luz del sol, y su rostro un poco más delgado de lo que recordaba. Era una pena; le gustaban sus mejillas rosadas y llenas, que la hacían parecer una dulce herbolaria bebé.

—Lo es —dijo con brusquedad y se volvió.

—Sobre ayer —se sonrojó ella—. ¿Cuánto oyó?

Él vaciló y luego volvió a mirarla—. Lo suficiente.

—Ya veo.

Debatió momentáneamente, su mirada posada en un roble a lo lejos.

La brisa era aguda, girando a través de las ramas, haciendo que algunas hojas ocres temblaran y flotaran al suelo.

Sus ojos volvieron lentamente a su rostro—. Señorita Elizabeth, usted es una persona de importancia, y sus palabras son tomadas seriamente. Su opinión frívola puede arruinar la vida de una persona. Esa no es la clase de joven que pensé que era.

—¿...Qué? —Sus ojos le recordaron a castañas sumergidas en miel, claros y dulces hasta provocar dolor.

Endureció su corazón y continuó—. Señorita Woodsworth... esa joven de la que habló con tanta alegría ha ayudado a muchas chicas tímidas en el pasado y ha alentado a sus pretendientes a bailar con ellas. Es amable y generosa, pero usted ha arruinado su reputación y sus posibilidades de conseguir un buen matrimonio con sus comentarios hirientes. Su vago conocido podría haberse inventado toda la historia por envidia, y, aun así, sin investigar, la ha sentenciado.

Él vio morir la luz en sus ojos, y un rubor rojo se alzó en sus mejillas como si la hubiera golpeado físicamente, pero continuó fríamente —Además, incluso si se enamorara del sirviente, no debería ser tan intolerante. No tiene nada que ver con usted.

—No lo había comprendido —balbuceó ella.

—Es lo suficientemente mayor para entender que sus acciones y palabras tienen consecuencias. Jo nunca sería tan cruel, y espero que su buen carácter modere el suyo.

La cabeza de Elizabeth cayó, y miró sus pies. Nadie la había reprendido tan duramente antes y en un tono tan distante y cruel. Sus ojos se pusieron rojos, y su piel palideció aún más, lo que le hizo preguntarse si estaba a punto de desmayarse.

Él retrocedió, y una ramita seca crujió bajo su bota.

Su cabeza se levantó de repente, y lo miró valientemente a los ojos.

—¿Tiene algo que decir? —preguntó él.

Sus labios temblaron, sus ojos se llenaron de lágrimas a punto de derramarse, pero forzó las palabras a salir —Lo siento. Fui imprudente y cruel. Enviaré un mensajero a las casas de cada chica que vino ayer para aclarar que no ocurrió nada y que me equivoqué. Les suplicaré que no difundan la noticia y pediré a mis hermanas que ayuden a la señorita Woodsworth a conseguir un buen partido.

Él la miró sorprendido. Esperaba que ella se rebelara, que contraatacara o que hiciera una escena. En cambio, había manejado sus palabras de una manera más madura de lo que esperaba. De repente, se sintió orgulloso de ella, como cuando Jo resolvía un complicado problema matemático.

Quiso extender la mano y acariciar su suave cabeza castaña y decirle que estaba bien. Era joven, y había sido innecesariamente duro para acabar con su tonta infatuación, pero se contuvo.

Después de un momento, respondió con una sola frase cortante. —De acuerdo.

Ella se iluminó de inmediato. —¿Me perdonará entonces?

Una vez más, él se sintió sorprendido y sin saber qué decir. ¿Qué debía responder ahora? Si decía que no, ¿no sería él el infantil? Si aceptaba, entonces todas las crueles palabras que había pronunciado serían en vano.

Él la miró impotente y poco a poco se suavizó mientras sus esperanzados ojos se encontraban

con los suyos. Ella parecía un cordero queriendo jugar; ¿cómo podría cortarle la cabeza en su lugar?

—¿Está listo para irse? —la voz de Jane vino a su defensa. Ella y Jo habían estado de pie junto a un roble, observando cómo interactuaban.

William rápidamente se volvió de Elizabeth y se inclinó ante Jane.

—Lo estoy. Gracias por su hospitalidad.

Jo se acercó a la desanimada Elizabeth, que habría bajado la cola y habría barrido el suelo si hubiera tenido una. Le susurró al oído: —No puedo esperar el día en que Ingram House sea tuya y regresemos a casa juntas como una sola familia.

Elizabeth le ofreció una sonrisa temblorosa y secretamente se limpió las lágrimas en el hombro de Jo mientras se abrazaban.

Después de eso, todo se olvidó en medio del bullicio de despedidas, deseos de último minuto y promesas de verse en el nuevo año.

Jane observó cómo se alejaba el carruaje y rápidamente regresó adentro para escribir una carta a sus hermanas. Finalmente, descubrieron la debilidad de Elizabeth: un hombre que podía hacerla arrepentirse, reflexionar y cambiar sus traviesos modos.

Era un milagro navideño, y no debían perderlo.

Capítulo Doce

Elizabeth no regresó a la escuela ya que la Navidad estaba casi sobre ellos. Además, la nieve había comenzado a caer de nuevo, los copos esponjosos formaban colinas y grumos contra ventanas y puertas y cubriendo las carreteras con hielo, haciendo que viajar largas distancias fuera peligroso.

Este año, la Navidad se celebró en la casa de Finnshire, ya que el señor Fairweather había sufrido problemas de salud y solicitó la presencia de todos. Así, todas las hijas de Fairweather, sus esposos e hijos llegaron de diferentes partes de Inglaterra.

Fue un tiempo caótico, ruidoso y feliz, y era imposible hablar en voces suaves y comportarse con decoro. Elizabeth pasó su tiempo decorando la casa con sus sobrinas y sobrinos o comiendo empanadas frías y dulces.

La pesada nieve y el viento gélido los atraparon juntos, y aunque Elizabeth adoraba a su familia, su temperamento comenzó a desgastarse en dos días.

La casa de Finnshire había sido una estructura modesta, pero a lo largo de los años, se le añadieron varias alas hasta que se volvió tan grande como una mansión, aunque ninguno de los nuevos anexos coincidía entre sí.

Era como si a un ciempiés le hubieran dado una cola espinosa, a un pez algunas patas regordetas, a un gato dos vidas o a un perro un pico.

La caótica fachada le daba carácter a la casa, pero la interferencia de la señora Fairweather y su terrible planificación hacían imposible vivir con comodidad.

Por ejemplo, la guardería estaba demasiado cerca de la habitación de Elizabeth, y toda la noche había estado despierta escuchando a los niños llorar porque cuando uno gritaba, los demás se unían al coro.

El día de Navidad, los mayores y los niños se reunieron alrededor de las chimeneas después de la iglesia, por lo que Elizabeth se sentó junto a la ventana y observó cómo flotaban los copos de nieve en el viento. Uno de sus pequeños sobrinos le robó su trozo de pastel mientras ella estaba distraída en sus pensamientos, y todo lo que pudo hacer fue perseguir al pequeño, enojada.

—¡Elizabeth, ven conmigo! —dijo Jane.

Elizabeth abandonó la carrera y salió a pasos firmes con Jane—. Mis botas están mojadas ahora, Jane. ¿Qué quieres?

Se dirigieron al pabellón de caza detrás de la casa, que había sido convertido de un viejo granero, inspiración creativa del señor Fairweather esta vez. Estaba lleno de manzanas secas y granos, ya que el señor Fairweather había olvidado que las cosas del granero también necesitaban un lugar donde ser almacenadas.

Las paredes estaban adornadas con cabezas y pieles de varios animales. Los muebles eran oscuros y lúgubres, e incluso la madera utilizada para revestir las paredes era casi negra. Tiraron de las cortinas, pero la tenue luz del sol invernal apenas aliviaba el aura deprimente de la habitación.

Elizabeth se sentó sobre un saco de trigo mientras Jane se acomodaba sobre un saco de arroz.

—Ganso tonto y ventoso —Jane se inclinó y le dio un golpe en la cabeza a Elizabeth—. Estás terriblemente encariñada, y tu comportamiento es embarazoso.

—¡Le diré a mamá que me pegaste!

—¡Por Dios! —Jane se puso una mano en el corazón y fingió desmayarse—. Estoy aterrorizada.

Elizabeth, que había estado reprimiendo su temperamento durante dos días, explotó y embistió contra ella. —¿Por qué me regañas, horrible bruja?

Jane esquivó un puñetazo. —Estabas mostrando tus afectos por Lord Darby como madre muestra sus cajas de rapé.

Elizabeth le agarró el pelo a Jane mientras esta le sujetaba la oreja con un agarre doloroso.

El rostro de Elizabeth se sonrojó, y jadeó. —¡Ay, suéltame, ay, ay, ay! ¡Este asunto no tiene nada que ver contigo!

—¡Otra torpeza y arruinarás el nombre Fairweather!

—¡Tú torpeza! —Elizabeth le quitó la cinta del cabello a Jane—. ¡Eres una necia, gorda y maldita!

—No tienes sentido en tu rabia. Cálmate —Jane soltó la oreja de Elizabeth—. Un momento, escúchame, Eli. Ya tenemos suficiente chisme sobre nosotras. Todas se preguntan cómo nuestras hermanas hicieron tan excelentes matrimonios; algunas incluso nos llaman brujas. Escuchaste suficiente en la escuela; ¿por qué debes seguir coqueteando sin decoro?

—No he causado un escándalo.

—No dije que lo hayas hecho, pero cualquiera que te vea saltaría a algunas conclusiones desagradables. Me sentí avergonzada por Lord Darby; el pobre no sabía qué hacer. Si continúas con este comportamiento indómito, él nunca se casará contigo. Parece ser un caballero de naturaleza reservada, y lo asustarás con tus maneras.

Elizabeth soltó a Jane y volvió a sentarse sobre el saco. Su estómago se revolvió, sintiéndose extraña por las palabras de Jane o por el gran tazón de castañas que había consumido ansiosamente esa mañana; no lo sabía.

¿Había sido tan desvergonzada que había arruinado sus posibilidades? ¿Era su comportamiento grosero? ¿Era por eso por lo que él no la veía como una opción? Conocía las insinuaciones en las cartas y su comportamiento cada vez más frío hacia ella.

¿Era su naturaleza salvaje la culpable?

Su rostro se sentía caliente y evitó los ojos de Jane, desesperada por huir y esconderse en su habitación a llorar. Sin embargo, con tantas personas en la casa, alguien seguramente entraría y la atraparía llorando. Oh, no podía soportarlo.

—Eres odiosa —escupió Elizabeth a Jane.

Jane se acercó a ella. —Eli, estoy tratando de ayudar. Eres joven y no entiendes—

Elizabeth le apartó la mano. —¡Casi tengo dieciséis! Pronto debutaré. Mi amiga Amber tiene la misma edad, y se casó recientemente...

—Pero eres más ingenua.

—¿Estás diciéndome que soy tonta?

—¡No! Eres inteligente, más inteligente que la mayoría, pero no entiendes los sentimientos entre un hombre y una mujer. Adoramos tu naturaleza desenfrenada, pero debes moderar tu lengua si quieres conquistar a quien amas.

Su temperamento se inflamó. —Entiendo *todo*.

Jane suspiró. —Crees que lo entiendes, pero... ah, eres terca y te enojas. Estoy tratando de ayudar.

La sangre de Elizabeth comenzó a hervir de nuevo. Aún no se había recuperado de las duras palabras de Lord Darby, y ahora su hermana también la estaba regañando.

¿Qué había hecho tan mal?

La mayoría de las chicas de su edad se enamoraban o admiraban a alguien. ¿Era un crimen mostrar sus emociones de manera honesta y sin engaños? Le habían dicho que no mintiera ni se

ocultara toda su vida, pero ahora se le pedía hacer precisamente eso respecto a la decisión más crucial.

Por una vez, no sabía qué hacer ni cómo alcanzar lo que quería. Una lágrima caliente rodó por su mejilla. —No necesito tu ayuda. Creo que eres horrible y espero que te veas obligada a casarte con alguien a quien no amas.

Empujó a Jane y salió corriendo del pabellón.

Cuando regresó a la sala familiar, la señora Fairweather estaba ebria y anunció lo feliz que estaba de que todas sus hijas se hubieran casado bien. Esperaba que Jane hiciera lo mismo pronto. Al preguntarle sobre Elizabeth, se quedó en silencio y dijo que no le importaría que Elizabeth se quedara con ella para siempre, pero si se casaba, esperaba que fuera por amor y no por conexiones.

Era una declaración tan extraña y un favoritismo tan evidente que la hermana inmediatamente gritó y llamó a Elizabeth consentida, quien obtenía todo lo que deseaba.

Elizabeth, que había regresado a su asiento junto a la ventana, cerró las pesadas cortinas a su alrededor, bloqueando la mirada acusadora de todos. No creía que ella fuera la afortunada, ya que todas sus hermanas se habían casado con el hombre del que se enamoraron, mientras que la persona que le gustaba la miraba como si fuera una niña de cinco años que se metía el dedo en la nariz y necesitaba ser disciplinada en cada encuentro.

Unos días después, uno de los niños destruyó una pintura en la que Jane estaba trabajando, y Jane pensó que Elizabeth lo había hecho en un arrebato de ira. Elizabeth estaba furiosa, ya que esta no era la primera vez que la acusaban de hacer algo así sin ser su culpa.

Siguió otra pelea; esta vez fue lo suficientemente fea como para que las dos no se hablasen ni se miraran durante el resto de las vacaciones.

La feliz ocasión familiar estaba completamente arruinada para Elizabeth, por lo que cuando llegó el momento de regresar a la escuela, se sintió aliviada.

Una vez más, la Casa Atterberry zumbaba con chicas renovadas y listas para chismear después de las vacaciones.

Jo y Elizabeth se abrazaron y lloraron a mares, junto con el resto de la clase, declarando que estaban completamente destrozadas por estar separadas de sus amigas tanto tiempo. Todas habían engordado un poco tras haberse atiborrado en Navidad, y, sin embargo, todas juraron que habían vivido con una dieta insípida de sopa blanca y vino aguado.

Una vez más, la rutina escolar se estableció, y Jo volvió a escribirle a su primo, describiendo todo lo que hacía Elizabeth con la mayor fidelidad y honestidad posible. Sentía que era su deber relatar la información regularmente y tomaba la tarea de reunir a las dos personas que más amaba en el mundo muy en serio.

A Jo le encantaba la personalidad de Elizabeth, así que no ocultó nada a su primo. Entró en grandes detalles sobre sus aventuras, esperando que también le encantara su lado aventurero.

William,

Jo garabateó su nombre con la lengua asomando de su boca. El papel y la tinta ya no eran preciosos, ya que Elizabeth era generosa con los suministros, así que comenzó a divagar en sus cartas.

¿Recuerdas al gato en Finnshire? Bueno, está muerto, y Eli ha estado llorando durante una quincena. Cualquier mención del gato o de su nombre, Miau Miau, la hace sollozar.

La planta que trajo a la escuela como un recuerdo de Finnshire también está muerta. Sospecho que alguna de las chicas de la clase lo hizo, pero tenemos tantas traidoras entre nosotras que es imposible determinar a la culpable.

Así debe sentirse Inglaterra, rodeada de enemigos.

Quiero ser enfermera y ayudar a nuestros guapos soldados a sanar después de la batalla.

Jo

William,

Recibí tu carta y respeto tu opinión de que todos los soldados son valientes, pero no necesariamente atractivos. Gracias por iluminarme. Ya no quiero ser enfermera.

Eli y yo volvimos a pelear. Es completamente su culpa. Ella pidió a la clase que organizara un funeral, y pensé que era por la planta, pero dijo que era por mí. Me quedé atónita y rápidamente la confronté.

Dijo que, si seguía comiendo solo dos cucharadas de avena por desayuno y nada más, entonces estaría condenada a morir antes de que acabe el año. Dijo que quería que los preparativos del funeral estuvieran listos y a mi gusto para cuando entregara el espíritu. Solo dejó de preguntarme sobre ataúdes y mortajas cuando empecé a terminarme todo el tazón.

Me negué a hablarle después de eso. ¿Acaso es razonable organizar mi funeral mientras aún respiro?

Ella lloró y lloró hasta que finalmente cedí y la perdoné, así que decidió atarnos como hermanas.

Encontró un libro con un extraño ritual que prometía, si se realizaba correctamente, que nos convertiríamos en hermanas de sangre en la próxima vida.

Trajo dos tazas de sangre, lo que me asustó, pero dijo que tenía miedo de cortar nuestra piel, ya que podría dejar una cicatriz, y entonces nadie querría casarse con nosotras, así que usó sangre de pollo y cerdo para hacer el ritual.

William, ¿funcionará si es sangre de pollo y cerdo? ¿Ahora somos hermanas o hermanas del pollo y del cerdo? ¿Está mi alma unida a la de Elizabeth o a la del ave? ¿Cómo sabré si he conseguido una hermana del alma en forma de un cerdo fantasma? ¿Hay algún experimento del que pueda observar y obtener respuestas?

Escribe pronto; estoy ansiosa por desentrañar esta cuestión metafísica.

Tuya, Josephine

Por favor, quema esta carta en cuanto la leas, no sea que alguien la encuentre y nos arroje al Támesis.

William,

Lo siento, pero solo puedo escribir unas pocas líneas esta semana. Eli consiguió una botella anoche, y las chicas pronto se empaparon en lágrimas de la jarra. Estoy enojada porque no me involucró en el plan ni me dejó probar nada. Esta es la segunda vez que me trata así.

Eli estaba justo ahora, y el exceso le hizo sentir náuseas, así que se puso rubor debajo de los ojos y fue a la enfermería a dormir.

La enfermera piensa que está extremadamente enferma, y me han pedido que la acompañe, lo que significa que me perderé todas las lecciones. Por otro lado, podré dormir hasta tarde durante dos días, lo cual es maravilloso.

Las alumnas mayores se irán pronto, y nos contaron un gran secreto: un fantasma ha comenzado a atormentar nuestra escuela.

He oído que tienes una amante.

La cuarta prima de la señorita Pekham lo escuchó de su vecina, que es amiga de la señorita D. ¿Estás ahora con la señorita D? ¿Es cierto? ¿Puedes mantenerla?

Jo

William,

Hoy dimos un largo paseo. La nieve se ha derretido y la vegetación está verde. En el camino, vimos muchos corderos, patitos y terneros. Cuando regresamos, todas las chicas mayores se apiñaron alrededor de la hoguera en el salón común. Las monitoras se sentaron más cerca del fuego e incluso nos hicieron un lugar a Eli y a mí.

Pero Eli ahuyentó a todas las chicas mayores y empujó a las más jóvenes, temblando en sus delantales, para que se sentaran más cerca del fuego.

Cuando las monitoras objetaron, Eli les dijo que se veían bien con las mejillas sonrojadas por el frío. Era mejor dejarlo el mayor tiempo posible y admirar el rubor natural de cada una. Las más pequeñas podían calentarse ya que no necesitaban lucir bien.

Las chicas estuvieron de acuerdo, ya que un apuesto profesor se había unido a nosotras para enseñar aritmética, y estaba en la sala.

Cuando le pregunté a Eli si lo que decía era cierto, Eli me recordó que no le gusta ver nada poco agraciado, y la visión de las jóvenes frías era desagradable.

Pero, William, la vi acariciar en secreto a la niña más sucia, cuya falda estaba cubierta de tierra como si hubiera caído durante el paseo. Su nariz corría con ríos de mocos, y hasta yo encontré la imagen poco atractiva. Eli eligió a esa niña para que se sentara en el lugar más cálido, le acarició la cabeza, le deslizó un caramelo de limón, y luego se apresuró a irse como si estuviera avergonzada de que alguien pudiera ver su acción.

¿Realmente le importan las apariencias a Eli? Si no, ¿por qué insiste en lo contrario? A veces, no puedo entenderla.

Mis lecciones van bien. Fui la mejor en todas las materias excepto en italiano y francés. Eli es la mejor en costura y tejido. Le gusta hacerlo en nuestra habitación, pero se niega a admitir que lo disfruta.

Me alegra que papá haya dejado de acumular deudas, ya que está demasiado hundido en sus copas para hacerlo.

Todavía estoy molesta por mi madre, pero el dolor en mi pecho es menos cuando pienso en ella ahora. No puedo creer que han pasado seis meses desde su fallecimiento. Quiero llevar ropa de luto un poco más si eso es aceptable.

Como sugeriste, iré a Finnshire para Pascua. Es una pena que el general se haya negado a casarse con Mary. ¿Será solterona para siempre? Esperaba que se casara antes del verano para poder tener su habitación para cuando me graduara. Tiene una mejor vista que la mía.

Tuya, Jo

Las cartas de la Casa Atterberry seguían inundando el escritorio en la Casa Ingram con noticias, pero Jo mantuvo dos cosas en secreto de su querido primo.

En primer lugar, no mencionó que Elizabeth había resuelto el asunto del fantasma. Algunas chicas habían visto a su amigo Dimbercove visitándola tarde en la noche. Desde lejos, se veía aterrador, ya que su constitución era alta y robusta, pero su cráneo era pequeño, por lo que lo habían confundido con un jinete sin cabeza.

No mencionó esto porque no creía que su primo aprobara la amistad de Eli con tal hombre. Generalmente no se abstendría de compartir incluso los peores rasgos de Elizabeth, ya que sentía que su primo tenía derecho a saber todo sobre su futura esposa, pero este asunto era, sin duda, demasiado arriesgado.

Un joven y una joven que se encuentran de noche era escandaloso y difícil de explicar en una carta. No creía que él creyera que tenían un vínculo fraternal a menos que los viera interactuar como lo había hecho ella.

La otra noticia que mantuvo oculta fue sobre el apuesto profesor recién llegado y que se había enamorado profundamente de él. William desaprobaría si se enterara de este asunto y probablemente le ordenaría que regresara a casa.

Capítulo Trece

La llegada del apuesto profesor fue un asunto que ocurrió hace un tiempo.

Cuando las chicas mayores se graduaron, siguió una semana de festividades. En el último día, después de una deliciosa pantomima creada por las más pequeñas, las estudiantes de nivel inferior despidieron alegremente a las graduadas, deseándoles buena salud y maridos guapos.

Al día siguiente, algunas de las jóvenes, con el corazón vacío, se negaron a tomar su té de la tarde; algunas incluso se saltaron la cena y la merienda para demostrar lo miserables que estaban por la partida de la popular y pronto a ser la joya de primer agua, Felicity Fortune, que había dejado la escuela para embarcarse en su viaje hacia la adultez.

Esta miseria se propagó por la escuela como una plaga, y lamentar la partida de la señorita Felicity se convirtió en una moda. La mayoría de las chicas apenas habían hablado con la popular Felicity Fortune, ya que era intimidante, pero eso no les impidió unirse a las lágrimas de duelo.

Se pellizcaron muchos brazos pálidos y se sacrificaron algunos vellos de las piernas en un intento de hacer brotar una lágrima.

Algunas incluso se desmayaron por falta de alimento, mientras que otras juraban que nunca olvidarían a la criatura más encantadora que había caminado por esos pasillos y escribieron poemas y cantaron canciones en su honor.

Por la tarde, un hombre apuesto, de alrededor de treinta años, con una constitución delgada, un rostro delicado, cabello rubio y grandes ojos azules, apareció en la entrada de Atterberry House. Este era el nuevo profesor de matemáticas, y el asunto de la señorita Fortune fue olvidado de inmediato.

Las chicas se agolpaban a su alrededor como abejas a la lavanda, y sus rostros goteaban de emoción y anhelo, como si finalmente hubieran llegado al final de un arduo peregrinaje y ahora se enfrentaran a su ídolo.

Un hombre apuesto había sido dejado en medio de ellas; por lo tanto, era natural que sus cabezas giraran como trompos.

Gritaban y se reían con desenfreno, eufóricas de que pronto les enseñaría.

Algunas chicas volvieron a desmayarse y otras estallaron en lágrimas.

Las directoras estaban avergonzadas y tuvieron que pedir a los profesores que escoltaran a las chicas afuera y aislaran al aterrorizado señor Marlowe durante un día entero hasta que las chicas asimilaran el hecho de que él estaba dentro de los muros de la escuela y no podía escapar.

Los profesores estaban preocupados de que el recién contratado señor Marlowe, con excelentes credenciales, fuera demasiado apuesto para dejarlo suelto entre las estudiantes. Naturalmente, su retrato no se había adjuntado cuando respondió al anuncio, y ahora no podían despedirlo después de hacerle venir desde tan lejos y prometerle un puesto simplemente porque era deslumbrantemente atractivo.

Francamente, temían por su vida, ya que era como un pez dorado en un estanque lleno de pirañas.

Por lo que idearon una solución novedosa para calmar la tormenta. Solo seis chicas de cada clase tendrían permiso para aprender aritmética de él, y esas serían las que obtuvieran las mejores calificaciones.

Esto encendió un fuego en el corazón de cada chica. Las chicas que odiaban estudiar se volvieron de inmediato aplicadas, y no era una exageración decir que, con el nivel de celo que

mostraban, habrían pasado el último año de los exámenes de Oxford si se les hubiera permitido presentarse.

Las matemáticas se convirtieron en una favorita instantánea, y se podía encontrar a chicas de todos los tamaños repasando fórmulas a una velocidad aterradora en los baños, pasillos, jardines y dormitorios.

Fue una revolución, y no sería una exageración decir que, a partir de ese día, la Escuela Atterberry comenzó a producir a las mejores matemáticas del mundo. Sin embargo, el secreto para lograrlo estaba enterrado en lo más profundo del corazón de las directoras.

Las clases con el profesor varón tenían supervisión, pero las seis elegidas aún estarían cerca del apuesto señor Marlowe, mirándose cara a cara.

Solo Elizabeth declaró que su corazón ya estaba entregado y que no tenía interés en él.

Llegó el día de la prueba, y las chicas entraron con sombras oscuras bajo los ojos, tan nerviosas como si se estuvieran presentando ante la reina. Jo obtuvo la mejor calificación y se convirtió instantáneamente en la chica más popular de la escuela, mientras que Elizabeth obtuvo la más baja.

Las chicas que solían ser objeto de burla por su deseo de aprender de repente estaban siendo admiradas y veneradas. Las acosaban y les hacían preguntas que eran supremamente importantes para mujeres de su edad, como cuántas pestañas tenía el señor Marlowe, cuántas pecas y dónde. ¿Se enojaba, y si lo hacía, brillaban sus ojos de forma atractiva? ¿Cuántos vellos en los brazos tenía, y lograron espiar sus tobillos? ¿Eran masculinos y gruesos o delgados y delicados?

Toda la escuela analizaba su escritura y escrutaba todo, desde el grosor de sus cejas hasta la forma de sus uñas, mientras trataban de aprender lo más posible sobre el apuesto dios que había sido dejado entre ellas.

Jo era la más observadora del grupo y a menudo discutía estos detalles con un grupo de chicas enamoradas.

Mientras Jo se enamoraba de las pestañas y nudillos peludos del señor Marlowe, Lord Darby continuaba escribiendo cartas a Jo con los nombres de sus posibles novias.

Esto también fue transmitido fielmente a Elizabeth, y las dos chicas estudiaban cada carta que Lord Darby escribía con gran detalle, a veces hasta tarde en la noche.

Parecía que el nuevo año estaba dedicado al amor y a los hombres. Una oleada de rosa descendió sobre la escuela, y un enjambre de mariposas invadió sus vientres. Las chicas más reservadas del seminario eran vistas con sonrisas bobas y ojos vidriosos, lo que hacía que las profesoras temblaran de horror.

Mientras tanto, Lord Darby se dio cuenta de que sus intentos de disuadir a su prima en su búsqueda de pareja estaban fracasando, ya que Jo obstinadamente llenaba las páginas con las actividades de Elizabeth en cada carta. Silenciosamente juró mantenerse alejado de Elizabeth y evitar encontrarse con ella nunca más.

Por otro lado, Elizabeth fantaseaba constantemente con volver a encontrarse con él, pero esta vez, juró presentarse como una joven perfecta, madura y sensata.

Era una pena que Elizabeth respetara tanto la privacidad de Jo y nunca pensara en pedirle que le mostrara lo que le escribía a su primo. No se dio cuenta de que sus hábitos cotidianos estaban siendo anotados con honestidad y que su imagen real ya había quedado grabada en la excelente mente de Lord Darby.

A veces, sacaba una de sus cartas, tocaba suavemente los trazos de tinta e imaginaba a él escribiendo en su escritorio, con la luz del sol llena de polvo brillante iluminando su cabeza inclinada. Otras veces, en su imaginación, era la luna de otoño la que lo observaba mientras él

garabateaba.

Su corazón latía de manera errática ante el pensamiento, y arrojaba el pergamino, solo para calmarse, recogerlo de nuevo y guardarlo en una caja.

No lo hacía a menudo porque la sensación era peculiar y extraña, lo que la hacía preguntarse si se estaba volviendo loca. Sin embargo, esta perturbadora sensación traía consigo una emoción y un entusiasmo tan intensos que quería buscarla constantemente hasta que la abrumara de nuevo.

En medio de esta emoción por el romance incipiente y las actividades académicas, una noticia impactante llegó a Elizabeth.

Jane Fairweather, su hermana mayor, se casó con un hombre que no conocía ni amaba.

Capítulo Catorce

Elizabeth leyó la carta de su madre que anunciaba el matrimonio de Jane y recordó las últimas palabras que le había lanzado a su hermana.

Había dicho que esperaba que Jane se casara con un hombre al que no amara, y ahora eso se había cumplido.

Su corazón dolía y se preguntaba si su aguda y desconsiderada lengua había causado que esta ocasión tan infeliz se materializara. No lo había querido decir; las palabras habían salido en un arranque de furia.

Apretó su pequeño pie con tanta fuerza que le dolió, y lágrimas ardientes inundaron sus ojos.

Jane era la más cercana a ella en edad, y habían crecido juntas. Siempre discutían, pero Jane a menudo la protegía de sus padres y hermanas mayores cuando hacía algo travieso.

Cuando regresó a Finnshire para unas cortas vacaciones tras enterarse del matrimonio de Jane, sus sentimientos de culpa y arrepentimiento se intensificaron en la ausencia del suave y burlón tono de su hermana.

Se sentó en el escritorio de Jane y le escribió una carta de felicitación, la rasgó y escribió otra que pensó que no revelaría que la extrañaba y la envió.

Su extraño estado reflexivo afectó a Jo, quien la había acompañado a casa, y las dos chicas comenzaron a charlar hasta tarde en la noche. Susurraron secretos y quejas enterradas en lo más profundo de sus corazones, tocaron levemente las esotéricas filosofías de la vida, compartieron momentos esenciales de la infancia de cada una, y así se hicieron aún más cercanas.

Y, como verdaderas amigas del alma, ahora sabían más sobre cada una que quizás incluso sus propias familias.

Jo se giró para enfrentar a Elizabeth una noche, con la cabeza medio hundida en la almohada de seda crema. La cera de la vela se había derretido casi por completo y ahora chisporroteaba suavemente. Su tenue luz filtraba a través de las cortinas de la cama, dando a las chicas una ilusión de privacidad.

Jo inhaló profundamente y finalmente confesó. “Yo… tengo cariño por el señor Marlowe… creo que lo amo”.

Elizabeth no se sorprendió, y aun así sabía que el emparejamiento era imposible. Al parecer, los sentimientos podían convertir incluso a la criatura más sensata en un tonto.

Jo era sensata y no entregaría su corazón tan fácilmente, pero el amor parecía golpear a las personas como un rayo. Podía llegar en cualquier momento, en cualquier lugar, como una tormenta de granizo.

Le acarició la cabeza a Jo y no la disuadió; en cambio, la consoló.

Jo se relajó al darse cuenta de que Elizabeth no discutiría con ella ni le pediría que lo olvidara.

Se acostaron en la cama sintiéndose notablemente complacidas, ya que la conversación las hacía sentirse como adultas. Era encantador sentirse tan deliciosamente maduras y hablar sobre el amor y la pérdida.

El portalámparas de la vela cayó, apagando la luz, y se quedaron dormidas en la oscuridad.

A la siguiente noche, la señora Fairweather salió para visitar a una vecina anciana enferma en el pueblo, y el señor Fairweather se retiró temprano, como de costumbre. Solas en casa, las chicas se acurrucaron junto al fuego en la sala familiar.

Era casi verano, pero el frío aún no se había desvanecido por las noches.

Elizabeth sostenía una taza de chocolate caliente; sus pequeñas manos se habían puesto de un

horrible color rosa tras la reciente caminata. Continuaron con la conversación de la noche anterior.

—Si un hombre ama a una mujer, se quedará con ella.

Jo le quitó la taza a Elizabeth.

—Esto te hará daño en el estómago. No entiendo por qué sigues consumiendo cosas que te sientan mal.

Elizabeth, con mirada melancólica, observó cómo el dulce chocolate se alejaba de su vista.

—Jo, ¿no significa el amor atracción? Mis hermanas vuelan hacia sus maridos como un par de palomas tórtolas encaprichadas.

Jo meditó sobre las palabras de Elizabeth.

—A un hombre puede gustarle alguien y elegir mantenerse alejado por muchas razones. No confirma del todo su falta de sentimientos.

—Entonces, ¿qué lo confirma?

—No estoy segura... pero creo que tratar mal a la persona que amas, o permitir que otros traten mal a su supuesto ser querido significaría que los sentimientos no son lo suficientemente fuertes para perdurar.

—Perspicaz —elogiaba Elizabeth—. Si me importa alguien, quiero protegerlo.

Jo hizo sonar la campana y llamó a pedir té. Una vez que se realizó el pedido, bajó la voz y dijo—: Pregunté a William sobre su amante.

Elizabeth se quedó quieta.

—¿La que escuchamos?

—Sí. Se enojó, y toda la carta estaba llena de reprimendas. Dijo que esos asuntos no eran para que las damas los discutieran, ni era correcto que yo le preguntara sobre ellos. La carta estaba llena de palabras como impropiedad, indecoroso y poco femenino. Al final, fue muy grosero y me llamó un patito mandarín sin modales.

Elizabeth notó que Jo no parecía perturbada; después de todo, él solía ser estricto, así que ella estaba acostumbrada a sus formas.

—¿Vendrá aquí a buscarte?

Jo sacudió la cabeza.

—Debo regresar a la escuela contigo. Dijo que está demasiado ocupado ahora que mi padre ha perdido la cabeza. Mary también está deprimida porque el general ha desaparecido, y él necesita manejar los asuntos de la propiedad además de sus rabietas.

Elizabeth suspiró decepcionada, sacó la tintura real de flores griegas y sorbió lentamente. Esperaba que, cuando se encontraran la próxima vez, brillara como una lámpara de gas en una noche sin luna y lo obligara a notar su presencia.

Mientras tanto, Jo rompió una castaña recién asada y mordisqueó la dulce y cálida carne, su mente igualmente distraída con pensamientos de su propio objeto de afecto.

***

William ignoró las castañas sobre su escritorio que su recién adquirido mayordomo había pelado cuidadosamente.

El nuevo mayordomo era terrible, pero a menudo hacía estos pequeños gestos después de cometer un error, y William no quería pensar en su último desliz.

Tenía demasiados problemas que afrontar estos días. El general de Mary había huido, y su tío había mencionado brevemente conseguir que William se casara con ella, ya que podría ahorrar en la dote.

Casarse con esa mujer, ver su rostro por el resto de su vida... el pensamiento hizo que el vello

de sus brazos se erizara en rebeldía.

Preferiría llevar un velo de novia y casarse con Mefistófeles.

No era que ella fuera unos años mayor que él lo que le provocaba aversión a la unión, sino el hecho de que era como un pescador talentoso sosteniendo un palo con un anzuelo que descubría las partes más sensibles de uno, alojado profundamente y firme, listo para que ella lo arrancara, carne y todo, cuando así lo deseara.

Cerró los ojos y presionó el puente de su nariz. Tenía diez años cuando llegó a la casa de su tío.

Su tía le había pedido que la tratara como a su madre, pero siendo un niño sensible, percibió la incomodidad en su voz. Su mente inteligente había captado rápidamente que, a diferencia de un mes atrás, cuando había corrido a la habitación de su madre tras una horrible pesadilla y se había lanzado sobre ella buscando consuelo, a partir de ahora tendría que tragarse su terror.

La casa Ingram tenía un estanque profundo en la parte trasera, y mientras paseaba, a menudo caminaba por el lado más alejado para evitar acercarse demasiado, ya que no sabía nadar y tenía miedo. Mary, que entonces tenía quince años, notó su peculiar hábito y adivinó la razón.

Un día lo atrajo hacia el estanque y lo empujó dentro.

¡Plop!

Un sirviente lo salvó.

Lo evitó desde entonces y poco después fue enviado a un internado.

Su posterior encuentro trascendental con ella fue cuando tenía diecisiete años y regresó a casa por las vacaciones.

Su tía y su tío conversaban en voces apagadas en el salón, y cuando escuchó su nombre, se detuvo afuera de la puerta.

Mary se unió a él, le puso un dedo en los labios, y juntos escucharon la conversación.

Su tía se quejaba de la matrícula escolar y se preguntaba si podría omitir la universidad para que las chicas pudieran tener una mejor dote. Mary aún no había hecho un buen emparejamiento, aunque había estado en la sociedad unos años, y si las cosas continuaban así, quedaría en el estante acumulando polvo.

—¿Cómo puedes amar más al hijo de otro que a tus propias hijas? —preguntó Lady Ingram a su marido.

Sir Ingram respondió con desgano:

—No lo amo más, pero debemos ser sensatos en tales asuntos. Las chicas se casarán y se irán, pero él seguirá con nosotros, recuerda cuánto hemos sacrificado por él, y, a su vez, nos tratará bien.

—¿Pero realmente nos ayudará? Sus ojos son tan oscuros y vacíos que me asustan, y rara vez sonríe. No es fácil sentir algún afecto al mirarlo... No es como un joven lleno de vida en absoluto.

—Era un niño feliz —frunció el ceño Sir Ingram—. Recuerdo que reía mucho cuando solía visitar la casa de mi hermano.

—Trajo mala suerte a sus padres, que murieron jóvenes, y ahora su presencia ha afectado nuestras finanzas y las perspectivas de Mary. Realmente creo que lo cambiaron al nacer las Hadas. Eso es lo que dijo la señora Thompson.

—¡Tonterías! William necesita ser tratado de la mejor manera posible, y espero que continúes tratándolo bien. Una vez que alcance la mayoría de edad, adquirirá la riqueza de sus padres, que se puede usar para saldar parte de nuestra deuda. En cuanto a Mary, encuentra un chico para que se case rápido, o será demasiado tarde. Esa es tu responsabilidad, y el fracaso en hacerlo a

tiempo se debe a la falta de gracia y belleza de ti y tu hija, no a él.

Mary miró a William con profundo odio.

William bajó sus largas y gruesas pestañas. La ira de Mary no era injustificada, ya que ella era la hija mayor, pero del género equivocado. Escuchar a su padre hablar con tanta frialdad sobre ella tenía que ser doloroso.

Ignoró la mirada mordaz de su prima y regresó a su habitación. Estaba agradecido de no haber creído las palabras de su tía cuando le pidió que la considerara como a una madre.

Si hubiera creído en ella entonces, sus palabras hoy habrían destrozado su corazón.

Se hundió en una silla, encendió un cigarro que había robado de su tío y lo fumó en un pequeño ataque de rebeldía. Sacudió las cenizas, esparciéndolas sobre los cojines de terciopelo, pero, desgraciadamente, eso era todo lo que podía hacer en ese momento para desahogar sus sentimientos.

Sir Ingram tenía razón; dependía completamente de ellos, y todo lo que se le había dado lo obligaba moralmente a ayudar a saldar las deudas de su tío.

Más tarde, cuando se unió a Cambridge, las cosas cambiaron a su favor. Un profesor de su universidad se sintió impresionado por su brillante mente y preocupado por su figura delgada y su palidez gris. Sus sentimientos paternales se agitaron hasta que brotaron como una rana ansiosa de un estanque de loto, avistando una jugosa mosca y se aferraron a él.

Así, debido a la insistencia paternal del profesor, se vio obligado a salir y practicar deportes.

Con el tiempo, su condición física mejoró, su piel comenzó a brillar, y la libertad que le brindaba la universidad devolvió algo de luz a sus ojos. Su pálido semblante se transformó, y sus ojos vacíos comenzaron a parecer profundos con un atisbo de melancolía romántica.

Su coloración, en marcado contraste, fue suavizada por su expresión gentil y temperamento tranquilo, y esta intrigante aura comenzó a destacar como la seda fina en la mercería.

Con su físico pulido, un aumento de altura y rasgos exquisitos, pronto se convirtió en uno de los hombres más guapos de Inglaterra, tan hermoso, de hecho, que a menudo tenía que ir disfrazado para evitar ser reconocido y asediado por admiradoras histéricas.

Esta situación desalentó aún más a Sir Ingram a seguir hablando sobre el matrimonio de Mary con William, ya que ahora podía hacer un emparejamiento mucho más ventajoso al atrapar a una heredera...

Un golpe fuerte en la puerta trajo a William de vuelta al presente. Era el maldito mayordomo de nuevo.

Dejó una tetera de café junto a las castañas y se apresuró a irse.

William ya había despedido a tres mayordomos, y el último había sido atrapado tratando de robar las pertenencias de su difunta tía para venderlas en la calle. Este nuevo era moralmente recto, pero increíblemente incompetente.

A veces, se preguntaba por qué estaba siendo castigado.

Se frotó los ojos, tratando de borrar los recuerdos desagradables, y se sirvió una taza de café, le añadió leche y sorbió. Estaba frío.

Frío como estos últimos diez años.

¡Bah! Si tan solo pudiera tener seis años otra vez, tirando de coletas o haciendo caras a los niños del coro para hacerlos reír.

Enojado consigo mismo por dejarse llevar por pensamientos lacrimosos, enderezó la espalda y alcanzó las cartas. Al ver el nombre de Jo, finalmente sonrió y rápidamente hojeó el contenido.

Capítulo Quince

Querido William,

No te unas a esos horribles clubes Hampden. Sería mejor que declinaras la invitación. ¡Tirar piedras al príncipe, qué pueril!

La señora Doe me envió una carta quejándose de su mala salud. Debes visitarla con un tarro de gelatina. Recuerda, vive en el camino detrás de la posada del pueblo.

Hablando de cosas más alegres, los bosques detrás de nuestra escuela se han vestido de rojo y oro, como si se hubieran preparado para mi decimosexto cumpleaños. Ojalá pudieras verlos.

Hice un baile de festejo y grité como una niña cuando recibí tu caja de provisiones.

Eli grita cuando es la hora de dormir y hace un pequeño baile después de acomodarse bajo las sábanas.

Hizo que todos en la escuela me desearan alegría en mi cumpleaños, incluidos los maestros, cocineros, criadas, jardineros, el chico del correo y el mozo de cuadra. También me regaló un collar de perlas, y ahora me siento notablemente rica.

Ah, la disolución ha mejorado mucho mi estado de ánimo. La corrupción moral ahora se acomoda mejor en mi estómago, y confieso que dormí con las perlas bajo mi cama anoche y coloqué los vestidos de seda en el sillón para verlos nada más abrir los ojos por la mañana.

La asignación que enviaste era demasiado. Guárdala para ti a partir de ahora porque la señora Fairweather ha comenzado a enviarme una caja junto con la de Elizabeth, lo que cubre todas mis necesidades.

Jo

Sacó otra carta de su hermana que había entregado el correo lento ese día.

William,

Mary no escribió para desearme feliz cumpleaños. Espero que caiga en un estanque de ranas.

Los árboles están desnudos ahora, y el suelo está cubierto de vegetación en descomposición. Debe ser lo mismo en casa, aparte del agua del estanque apestosa que contamina el aire de otoño. No lo echo de menos.

¿Recibiste las bolsas de caza? Eli las bordó. ¿No crees que su habilidad es encantadora? Me dijo que no te lo dijera por si acaso lo tirabas. Le dije que no eras tan mezquino.

Lo más emocionante sucedió. ¡Tuve una aventura!

Hace unas noches, algunas de nosotras esperamos a que los maestros se durmieran y luego nos escabullimos por la parte trasera. Queríamos hacer una hoguera y asar patatas. Ah, cómo temblaba mi corazón de emoción y miedo.

Recolectamos algunos palos y piedras con mucho entusiasmo, incluso dignándonos a arruinar nuestros guantes.

Lamentablemente, seis jóvenes de las mejores familias se unieron a nosotras, y naturalmente, ninguna de nosotras sabía qué hacer después. Miramos la pila de madera y discutimos un buen rato antes de que alguna intentara encenderla con una vela.

No funcionó, ya que los palos estaban demasiado mojados, por lo que Eli sacó una botella de brandy para calentarnos. Tomé un sorbo para probar, pero las demás pronto se embriagaron. Tuve que arrastrar a las chicas achispadas hasta las habitaciones con la ayuda de Eli. Más tarde, Eli y yo salimos de nuevo a ver la luna.

Era una noche hermosa y suave, bañada por la luz de la luna. No recitó poesía como las otras después de contraer la fiebre del barril, sino que miró al cielo nocturno, y cuando una estrella

se rompió, pidió por amor verdadero.

Después, dos chicas a las que habíamos acostado se despertaron y comenzaron a cantar canciones groseras, y el ruido alertó a las maestras. Así que, si las directoras te escriben, por favor, quiero que sepas que solo fui mínimamente culpable, y me tapé los oídos en cuanto escuché el canto.

¿Voy a casa esta Navidad, o pasaré en Finnshire?

Jo

***

William,

No estaba intentando vender a Eli como un pescador en Billingsgate. ¿Debes ser tan horrible al respecto?

Está bien, no la mencionaré. Tu corazón puede permanecer impasible y congelado como las cumbres del Himalaya.

Me voy a Finnshire.

Jo

William miró el resto del correo esperando ser leído y de repente se dio cuenta de que ya no temía recibirlo. Por lo general, estaba lleno de amenazas que exigían pago o proposiciones veladas, pero ahora, enterradas entre la basura, estaban estos pequeños pergaminos de felicidad llenos de calidez infantil y travesura.

Lo transportó de regreso a sus días despreocupados y le dio la fuerza para seguir avanzando a través del resto de la pila, con la esperanza de que otra carta de Atterberry House estuviera oculta, llamándolo como una luz del norte.

Eli... no había forma de escapar de ese nombre. Sus insinuaciones habían sido ignoradas, o quizás ella era una parte tan grande de la vida de Jo que su prima no podía evitar llenar las páginas con su nombre. Quizás las cartas ya no eran un medio para convencerlo de casarse con la señorita Elizabeth Fairweather, sino más bien sobre Jo y su amistad.

Decidió dejar el asunto de lado.

Si quería que Jo le contara todo lo que ocurrió con sinceridad, no la podía seguir reprendiendo.

Se reclinó en la silla y giró la pluma pensativamente. La menor de los Fairweather era como un adorable gatito que atraía de inmediato la atención de todos los presentes. Un sentimiento de cariño y admiración surgía naturalmente en todos los que la miraban mientras se preguntaban cómo podía existir una criatura tan exquisita y, a pesar de ser conscientes de sus garras, deseaban atesorarla y mimarla.

A diferencia de ella, él se había envuelto en silencio como un manto protector y solo sacaba la cabeza como un clavo en una tabla cuando era necesario, no fuera a ser martillado de nuevo.

Quizás si hubiera sido encantador como Elizabeth de niño, lo habrían tratado de manera diferente.

Y, aun así, no estaba envidioso de ella.

Al menos alguien era feliz en este mundo, y esperaba que siempre fuera apreciada y adorada así mientras viviera.

En cuanto a él, solo deseaba cumplir su deber, saldar las deudas y encontrar un buen hombre para Jo. Después, se retiraría al campo y viviría como un recluso.

No quería imponer su vida sombría y aburrida y una pila de deudas a ninguna mujer. No era justo.

***

Elizabeth se volvió tan absolutamente perezosa en los últimos días de clase que hasta los

monjes tibetanos habrían estado celosos. No hacía más que mirar por la ventana, contando las hojas de hierba mientras su mente volaba con los pájaros en el cielo.

Cuando *decidió* honrar a la clase con su presencia, fue en su camisón con una capa echada sobre él.

La señora Atwater se frotó las sienes mientras Elizabeth, una vez más, era enviada a observar su escritorio.

—Señorita Fairweather, necesita lavarse.

—¿Por qué?

—Huele.

—Entonces déjame quedarme en mi habitación para que mi mal olor no moleste a las trabajadoras de esta excelente institución.

La señora Atwater no se dejó conmover.

—Debe asistir a clases.

—¿Para qué?

—Para aprender.

—Después de dos años de estudiar aquí, mi cabeza está demasiado llena para absorber más. Temo que soy un ave con poca cabeza, una plaga para su escuela y debo ser enviada a reflexionar.

—Pero...

Elizabeth suspiró.

—Señora Atwater, me gradúo en unas semanas. ¿Debe hacer que mis últimos días sean desagradables? No puede retenerme o castigarme en mis últimos días. Así que, vivamos en armonía e ignorémonos mutuamente. Sea un águila, señora Atwater, y vuele por encima de tales pecadillos.

—Qué pensamiento admirable.

—¿No es así?

—Sin duda. Ahora, por favor, sofría su encantadora persona junto con las perdices en la cocina.

—Es carne hoy.

—Salga de aquí.

En la última noche de clase, las maestras hicieron una hoguera para las alumnas de último año y dispusieron deliciosa comida.

Cuando el fuego comenzó a apagarse, Elizabeth proporcionó rápidamente el combustible arrojando el montón de pergaminos que había usado para practicar aritmética.

La señora Atwater vio el contenido mientras se quemaba y, después de retorcer la boca con desagrado, comenzó a contar una historia en voz baja sobre una niña que se había ahogado y cuya alma fue absorbida por el fuego del infierno. Esa niña, aseguró a la audiencia embelesada, ahora ardería eternamente, siempre en dolor porque había sido demasiado traviesa.

Elizabeth escuchó el relato, sacó un libro de francés y lo lanzó también.

¡Chisporroteo!

Los niños traviesos, murmuró otra maestra, serían castigados; las chicas engañosas merecían una buena golpiza. Otras maestras se unieron, diciendo que era mejor ser humilde que estar llenas de orgullo y que las cintas y bucles bonitos no podían ocultar un corazón maligno. Las mujeres debían estar llenas de gracia y ser reservadas, y nadie se casaba con chicas frívolas y codiciosas que reían demasiado alto.

Elizabeth se sentó erguida con las piernas cruzadas y miró las brasas. A pesar de que solo tenía

dieciséis años y estaba siendo atacada por un grupo de mujeres de mediana edad con insultos velados, mantuvo la compostura.

No era la primera vez que esto sucedía; esos pequeños dardos siempre le habían sido lanzados.

Era solo que Elizabeth presentaba una cara valiente y despreocupada, lo que a menudo les hacía sentir que estaba bien decirle tales cosas, ya que no le afectaban en absoluto.

Los ojos de Jo destellaron, y sacó su libro de práctica y lo arrojó al fuego.

—Las llamas son aún más altas ahora, para que ardan las que tienen lenguas celosas y malvadas —replicó y se sentó de nuevo.

Su significado era claro: Elizabeth dejaría la escuela, y su futuro estaría lleno de lujo y emoción, mientras que las maestras estarían atrapadas en sus vidas aburridas. No es de extrañar que tuvieran envidia.

Las maestras se cocían en silencio, incapaces de refutar sus palabras.

Elizabeth mordisqueó una manzana con calma y acarició la rodilla indignada de Jo. ¿A quién le importaba un grupo de mujeres que nunca volvería a ver en su vida?

La gente siempre estaba llena de ideas preconcebidas, y tratar de corregirlas era una completa pérdida de tiempo. Dependiendo de su estado de ánimo, era mejor o bien estar de acuerdo juguetonamente o ignorar el asunto por completo.

Así que volvió a convertirse en monje, se relajó y miró las llamas danzantes, permitiendo que su mente volara, esta vez con los murciélagos hambrientos, ya que era tarde.

Después de acurrucarse en la cama en su última noche en el seminario, Elizabeth sostuvo la carta escondida bajo su almohada y suspiró.

Y luego, suspiró de nuevo, un profundo suspiro sincero de una adolescente enamorada.

Sus encantadores dedos largos, pertenecientes a la mano que no estaba pellizcando la carta, se elevaron en una señal, y su doncella comenzó a cantar una balada romántica que hablaba de amor, despedidas y muerte.

Se ajustaba bien a la atmósfera.

La carta en su mano era, por supuesto, de Lord Darby, la última en llegar a Atterberry House.

El contenido era desgarradoramente breve. Decía:

Jo,

Londres huele aún más este año. Estoy preocupado por tu debut. Temo que ningún hombre te quiera.

William.

Elizabeth leyó las líneas por centésima vez y suspiró por tercera vez. Una vez que dejara Atterberry House, no tendría que preocuparse por despertarse temprano o seguir reglas, pero eso también significaba que Jo se iría a casa, y ya no podría leer sus cartas.

Envidiaba a Jo porque sabría lo que Lord Darby sentía y hacía cada día. También envidiaba a todos los que pasaban tiempo con él y creaban recuerdos—recuerdos de los que ella no formaba parte.

Incluso tenía envidia de las sillas en las que se sentaba y de los escritorios en los que escribía. Ojalá pudiera ser su cigarro o una pipa de brezo.

Su dedo recorrió el borde desgastado del papel. La delgada hoja que había usado para escribir esta carta era barata y estaba rasgada en la esquina. Había llegado con este pequeño defecto, y había pensado en ello mucho más tiempo del que había dedicado a las lecciones en todos los años de su existencia.

¿Se había sentido inquieto mientras escribía?

¿Quizás había oído sobre el incidente de Peterloo mientras lo hacía?

Ahora, esas cartas se detendrían... Esto era una agonía para alguien que siempre había obtenido lo que quería por medios justos o injustos.

Jo estaba igualmente pensativa. Una vez que se marchara, el Sr. Marlowe ya no sería parte de su vida.

Si las dos chicas pudieran detener el tiempo, lo habrían hecho. Pero no importaba cuán poderosa fuera la familia de Elizabeth, incluso ellos no podían lograr ciertas cosas, así que las chicas se encontraron escribiendo cartas de despedida y abrazando a sus amigas.

Finalmente, las chicas que se graduaban escribieron sus sueños y ardientes deseos para sus nuevas vidas en farolitos de papel y cometas y los vieron elevarse desde los terrenos de Atterberry House hacia el cielo lleno de nubes.

Así, junto con los sonidos de vítores de las alumnas con ojos como platos y las lágrimas de las amigas que se despedían, la vida escolar de Elizabeth llegó a su fin. Subió al carruaje y se marchó para unirse al implacable mundo del cortejo.

Le Bon Ton

Capítulo Dieciséis

Elizabeth agarró el vino diluido y trató de parecer fascinada con la historia de Lord Bloodwort sobre sus aventuras viajeras.

—Los yoguis en las montañas aseguran que después de meditar cuatro horas, ya no necesitan dormir —dijo él con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Por qué no querrían dormir? —Elizabeth frunció el ceño. Deseaba poder dormir ahora mismo. Era tarde y la cena era una tortura. Usualmente disfrutaba de este tipo de eventos, pero hoy, su acompañante, que se había pegado a ella desde que entró en la habitación, la aburría a muerte.

—¿Por qué querrías dormir? —preguntó, desconcertado.

Su cerebro se derretía lentamente como cera de abeja. Si tan solo pudiera verterle vino en la cabeza para añadir algo de emoción a su vida, pero las miradas de halcón de sus hermanas al otro lado del salón la obligaban a comportarse.

Este mundo de cortejo en el que había sido lanzada después de su presentación en sociedad no era divertido.

¿Qué alegría había en conversar con el sexo opuesto o embriagarse sin escandalizar a nadie?

Ah, extrañaba la escuela, donde había muchas restricciones que podía romper a su antojo.

Lord Bloodwort seguía hablando, sin notar que estaba perdiendo a su audiencia.

—Y las ranas se colocan en una olla de agua tibia, se duermen y luego se hierven vivas...

Elizabeth se puso de pie tambaleante.

—El vino me ha subido a la cabeza. Le ruego, señor, ¿me acompañaría a dar un paseo?

Él la miró un momento y, como una nutria marina de patas cortas al ver un pez, mostró los dientes de felicidad.

Ella cerró su abanico de un chasquido y salió disparada por las puertas francesas. Él la siguió, acelerando tan pronto como la luna se ocultó tras las nubes.

Una vez afuera, su humor mejoró un poco, y cuando él rozó su codo, le permitió guiarla hacia un sendero flanqueado por árboles en flor que formaban un arco, creando un pequeño camino de enamorados.

La brisa agitaba los pétalos blancos, que caían como nieve, y bajo sus pies, las flores aplastadas liberaban su fragancia.

—¡Caramba! —Lord Bloodwort tropezó con un escalón.

No disfrutaba de su desgracia, ya que su mente estaba ocupada en asuntos desagradables. Jane, su hermana, quien se había casado recientemente con el hombre más rico de Inglaterra, estaba enferma cuando Elizabeth finalmente la visitó en su nuevo hogar.

El esposo de Jane era amable y apuesto, y Elizabeth pudo ver el profundo afecto que él sentía por su hermana, lo cual ayudó a mitigar la culpa persistente en su corazón. Afortunadamente, no había condenado involuntariamente a Jane a un matrimonio sin amor, pero la culpa fue reemplazada por preocupación.

Jane había estado muy enferma... casi como si... Un escalofrío recorrió a Elizabeth, quien se ajustó el chal de encaje francés color crema alrededor de los hombros.

Jane había insistido en enviarla a la escuela para aprender a ser una dama. Elizabeth se había enfurecido en su momento, pero ahora, al recordarlo, reconocía que había sido lo mejor. Había aprendido mucho, hecho muchos amigos y disfrutado de molestar a los profesores.

El viento agitó las hojas, trayendo consigo una risa ligera.

Levantó la cabeza y dejó de lado sus pensamientos sombríos.

—*Jeje* —una risa masculina susurró cerca de su oído.

Elizabeth avanzó rápidamente hasta que escuchó la respiración agitada que indicaba que una pareja se escondía cerca, tal vez entre los arbustos, lo que la hizo apresurarse, curiosa.

Lord Bloodwort le sujetó el brazo, nervioso, acercando sus labios a su oído.

—Podrían escucharnos.

—Ajá —respondió distraída. Se preguntó si, al aullar como un lobo, los amantes asustados saltarían de los arbustos en distintas etapas de desnudez.

Las hojas se agitaron de nuevo, pero esta vez en advertencia. Dimbercove la seguía, moviéndose entre los árboles, y ahora podía distinguir su silueta colgando de una rama, sacudiéndola hacia ella.

Él no estaba allí para protegerla, sino para encargarse de Lord Bloodwort una vez que Elizabeth terminara de romperle los huesos. Dimbercove lo amenazaría ligeramente y lo enviaría a un médico reputado para asegurarse de que no sufriera daños permanentes.

Lord Bloodwort, ajeno al peligro, se humedeció los labios y giró a Elizabeth hacia él. Sus dedos eran tan ligeros como alas de mosquito, como si temiera lastimarla.

—Tengo cuatro carruajes —anunció.

Elizabeth se animó. Ah, aquí estaba, la propuesta.

—Mis padres son indulgentes y todas mis hermanas están casadas... —se inclinó hacia ella, sujetándole la barbilla para levantarla.

Dimbercove se tensó.

La luna se escondió tímidamente tras las nubes.

Elizabeth levantó su pie, calzado con zapatos de baile exquisitamente hechos y adornados con tres agujas mortales en la punta.

—Señorita Fairweather —una voz fría y severa se escuchó detrás de ella—. Su gracia la está buscando.

Elizabeth se quedó congelada. No podía ser... ¿Era él?... ¿Otra vez?

Retrajo su pie letal, se giró y, efectivamente, allí estaba Lord Darby, emergiendo de las sombras. Aunque su rostro permanecía en penumbra, aquella voz orgullosa, la manera en que se sostenía y la atractiva aura que hacía vibrar el aire como cigarras en verano no dejaban lugar a dudas: era él.

Su corazón comenzó a latir con angustia. ¿Por qué aparecía siempre en situaciones tan escabrosas?

¿Debería subir al árbol o correr hacia el mar para abordar un barco a tierras lejanas?

Dimbercove agitó la rama en señal de advertencia nuevamente, esta vez con tanto entusiasmo que esparció otra ronda de flores fragantes.

—¡Flores idiotas, maldito camino, condenada cena, y maldita luna llena! —se cubrió la cara con una mano—. ¡Ni siquiera me tomé el tónico de brillo hoy!

—Lord Bloodwort —dijo Lord Darby, dirigiéndose al hombre que ella había olvidado por completo en medio de su agitación.

—Lord Darby —respondió este con una reverencia educada.

—Váyase antes de que le cuente al duque de Blackthorne sobre sus intenciones.

—Mis intenciones son puras —refutó Lord Bloodwort con valentía.

—¿Cuáles son sus intenciones? —preguntó Elizabeth y, al verlo dudar, le asintió animándolo.

—Adentro —cortó Lord Darby la conversación.

—Pero... —Elizabeth no quería ser regañada. Por lo que se quedó rezagada y le dirigió a Lord

Bloodwort su mejor expresión de desamparo.

—La visitaré mañana por la mañana de manera honesta —dijo él, interpretando mal su mirada como la de una amante que se resistía a separarse, y sonrió con sentimientos agridulces.

Lord Darby le agarró el brazo y tiró de ella. Sus cálidos dedos no parecían considerarla frágil ni la trataban como si tuviera alas delicadas de insecto.

Elizabeth cedió y dejó que él la arrastrara sin ceremonias.

Apenas estuvieron fuera del alcance de Lord Bloodwort, Darby se detuvo.

—¿Le gusta ese muchacho?

Las lámparas de aceite que salpicaban el jardín se balanceaban con la brisa, y los destellos de luz amarilla y dorada, junto con los fragmentos de la plateada luz de la luna, corrían por el camino adoquinado, trepaban por los zapatos y el abrigo de Darby, hasta posarse finalmente en su rostro.

Este último año, él había cambiado y se había vuelto aún más apuesto. Sus ojos parecían tan oscuros que resultaban un poco intimidantes, su barbilla se había afilado bellamente con el paso del tiempo, pero su boca seguía siendo fría, cruel y firme como antes.

En comparación, Lord Bloodwort ahora parecía un adolescente lleno de granos.

Elizabeth estaba fascinada.

Él chasqueó la lengua y le tiró de un rizo artísticamente colocado junto a su oreja.

—¿Le gusta?

—No —sacudió la cabeza para disipar la niebla—. Pero si me hubiera dejado terminar, el número de mis conquistas habría llegado a seis, ¡una más que en el año de debut de Miss Fortune!

Los ojos de Darby se entrecerraron.

—¿Es una cazadora de faldas?

—Querrá decir de pantalones.

La decepcionada luna volvió a salir de detrás de las nubes, y el sonido de los insectos nocturnos se hizo ensordecedor.

Él frunció el ceño.

—Señorita Fairweather, compórtese.

Ella bajó humildemente la cabeza y miró sus rodillas. Aquella gamuza debía ocultar unas rodillas bonitas; después de todo, incluso sus nudillos eran artísticamente esculpidos: la piel perfecta y los huesos… huesudos.

Darby volvió a agarrarla del codo y empezó a llevarla adentro.

—Puede dejar que un hombre la corteje, pero con una acompañante y en una habitación bien iluminada. ¿Entiende? Los hombres no son criaturas agradables. ¿Ha olvidado lo que pasó en mi casa?

Elizabeth frunció el ceño. ¿Un incidente en su casa? ¡Ah, cuando Sir Ingram intentó golpearla en la cabeza y secuestrarla!

¡Bah! Eso no fue nada. Hace apenas dos semanas había tenido un enfrentamiento con un bribón y sus matones en Gin Lane. Disfrutó la pelea y los dejó ensangrentados a todos.

De todos modos, era inútil discutir con Darby y explicarle que nunca había estado en peligro. Así que cambió de tema.

—¿Dónde está Jo?

—En casa.

—¿Vendrá conmigo esta temporada, mi lord?

—Tal vez.

—¿Cómo ha estado?

—Bastante bien. ¿Y usted?

—De maravilla.

Ella caminaba con la mirada baja, intentando comportarse como una joven bien educada, y casi se golpeó con una columna.

La palma de él salvó su frente de un moretón.

Ella lo miró de reojo y encontró su mirada centelleante, llena de diversión.

—Cuidado —la advirtió.

Elizabeth asintió y apartó rápidamente la mirada. ¿Por qué la miraba como si pudiera verla por completo?

¿Cómo era eso posible?

No la conocía bien y apenas habían interactuado a lo largo de los años, mientras que ella había exprimido todo lo que pudo sobre él a través de Jo, como quien exprime el jugo de una naranja hasta que no queda ni una gota.

Quizá estaba exagerando.

Continuaron caminando lentamente, ya que Elizabeth intentaba adoptar el espíritu de un caracol, esperando retrasar al máximo el encuentro con sus hermanas.

—Llegaremos al amanecer —comentó él.

—¿Hmm? —Una pareja enamorada pasó apresuradamente junto a ellos, obligando a Elizabeth a acercarse más al costado de Darby.

—Deje de perder el tiempo —él tiró de su codo, haciéndola avanzar más rápido.

Era una noche fría y, al ser una cena íntima, no había demasiada gente. Sin embargo, sintió una gota de sudor deslizarse por su espalda.

Tragó saliva, intentando humedecer su repentinamente seca boca, y preguntó:

—¿Acaso le molestó que me metiera en un rincón oscuro con alguien más que usted?

Él frenó en seco y la miró con asombro.

—¿Eh?

Ella se apresuró a calmarlo.

—Mi corazón es suyo. Incluso ya le puse nombre a nuestros hijos. Si es un niño, será Fredrik, y si es una niña, Fredrika.

Su expresión fluctuó entre la diversión y el horror.

—¿No? —insistió—. ¿George y Georgiana? ¿Rose y Lola? ¿Qué tal todos ellos? Los Fairweather somos muy fértiles.

Elizabeth lo miró con ojos brillantes y claros, y él parpadeó, desconcertado.

—¿Está jugando a la casita? —preguntó él.

Ella le ofreció una dulce sonrisa.

—No soy una niña.

Darby se apretó el puente de la nariz y finalmente le dio un suave toque en la frente.

—¿Qué tonterías está diciendo? Céntrese. En cuanto a lo que pasó hoy, no se lo mencionaré a sus hermanas, así que guarde las palabras escandalosas. Pero debe protegerse de ahora en adelante.

—Entiendo.

—No lo creo —murmuró él, perforándola de nuevo con esa mirada que todo lo sabía.

Su mirada firme la hizo sentir peculiar, y su valor flaqueó.

Se encontraban bajo ventanas abiertas adornadas con jazmín exuberante y rosas enredadas en fragantes vides. El sonido de alguien tocando el piano flotaba hacia afuera.

Por primera vez desde que lo había encontrado ese día, se atrevió a rastrear los cambios que el último año había dejado en él.

Seguía siendo tan apuesto como siempre y, curiosamente, parecía más joven, quizás porque su humor divertido y exasperado había suavizado las líneas alrededor de sus ojos. Había llevado una vida difícil, y verlo dejar de lado sus preocupaciones y sentir algo más que desesperación era alentador.

Sus ojos comenzaron a escocerle al ver su sonrisa, amenazando con soltar lágrimas, y su nariz se crispó.

Él se echó a reír de repente, un sonido emocionante que le hizo palpitar el corazón, y ella se preguntó qué le resultaba tan divertido.

La sonrisa finalmente se desvaneció de sus labios, mientras un leve rubor se extendía por las mejillas de Elizabeth.

Comenzaron a caminar de nuevo.

Él la había visto coqueteando en el sendero de los amantes; ¿no debería rugirle o estar disgustado por su moralidad corrompida? En cambio, ¿por qué sus ojos estaban llenos de afecto y tolerancia? Como si, en lugar de ser una joven en edad de casarse con una excelente dote, fuera un cachorro haciendo un berrinche al esconderse tras largas cortinas.

Sus labios aún mostraban una leve sonrisa mientras la conducía al interior, hacia el rincón del salón donde Penelope charlaba con Dorothy.

Se inclinó en una reverencia. —Su gracia, mi respeto por usted ha aumentado. Es realmente excepcional y merece el honor de ser duquesa.

Penelope parpadeó. —¿Eh?

Él se hizo a un lado, revelando a Elizabeth detrás de él.

—Ah —suspiró Penelope—. ¿Le sorprende que apenas tenga canas a pesar de tenerla como hermana pequeña?

Lord Darby volvió a inclinarse. —Me gustaría añadir "inteligente" a la lista.

Una bandeja de champán pasó flotando cerca de la nariz de Elizabeth.

Él tomó una copa y se la ofreció. —Una copa no hará daño.

Elizabeth la tomó y se escabulló silenciosamente, esperando que su ausencia pusiera fin a la conversación y evitara que se mencionara su encuentro en el sendero de los amantes delante de sus hermanas.

Dorothy se levantó con la ayuda de Lord Darby. —La vigilaré.

Él asintió, dándose cuenta de que no necesitaba dar más explicaciones, ya que parecía que estaban acostumbradas a tales asuntos.

—¿No busca una esposa? —preguntó Penelope antes de que él pudiera escapar.

—Ah —sus ojos titilaron—. No es para mí.

—Qué lástima —Penelope sonrió y lo despidió con un gesto de la mano.

Elizabeth bebió el champán y recordó su encuentro con Lord Darby. Él no era tan dócil como ella había imaginado. Por lo tanto, su plan de atraparlo en matrimonio no parecía factible.

¿Debería siquiera considerarlo un candidato a esposo, dado que resultaba mucho más difícil de engañar de lo que había pensado?

Hmm.

Sus pestañas eran largas y sus cejas… ah, sus maravillosas cejas la hacían sentir poética cada vez que las veía.

¿Qué pasaría si lo dejaba ir y él se casaba con otra? Probablemente despedazaría a la novia en infinitos pedazos.

No, lo mejor sería casarse con él para salvar una vida inocente. Pero ¿cómo?

Era como un sueño inalcanzable: el hombre más apuesto de la Sociedad, con muchas mujeres persiguiéndolo. Debía haber visto todo tipo de trucos, pero mientras las demás mujeres de la Sociedad se rendirían, ella no lo haría.

Como pulgas aferradas a una espalda peluda, todas caerían, hasta que solo quedara ella, y entonces hundiría los colmillos, se aferraría y nunca lo soltaría.

Frunció el ceño ante la analogía poco romántica que le vino a la mente e intentó mejorarla:

Luna, estrellas, flores, montañas,

Especias, sedas y aves.

Pollo, pato, alondra y faisán—aves jugosas y asadas con un tazón de sopa de carrillera.

Su estómago gruñó.

¡Santo cielo! Mejor dejar las líneas románticas.

Se dio una palmada en el vientre, le pidió que se comportara y volvió al dilema mientras consideraba sus ventajas. Ella tenía algo que las demás admiradoras de él no tenían: su mejor amiga era la prima querida de él.

La niebla del aburrimiento que había caído sobre ella al dejar el seminario se disipó de repente, y la temporada se volvió brillante y llena de posibilidades.

No podía esperar para empezar a seducir al hombre.

Capítulo Diecisiete

La luz de la mañana irrumpió alegremente y aterrizó sobre la cabeza de William. Sus ojos secos y arenosos se abrieron con desgana y se deslizaron hacia la derecha, donde las cortinas habían sido apartadas bruscamente, revelando la ventana polvorienta y un nuevo día.

Una hoja verde cubierta de rocío se desprendió y cayó suavemente al suelo.

Los pájaros cantaban, los sirvientes coqueteaban, y el aire olía fresco y limpio, ya que Ingram House no estaba en Londres, sino a unas pocas millas al sur, rodeada de campos de cultivo, escapando así del hedor del estiércol y la niebla contaminada de la ciudad.

Pero esa atmósfera fresca y pura no hizo nada para mejorar su ánimo. Si tan solo pudiera pasar el día durmiendo… William se acarició las cejas, miró su dedo y frunció el ceño.

Las cejas eran un asunto delicado. En el último baile al que había asistido, llegó a detestarlas de verdad. Recordó cómo, apenas anunciado, lo habían rodeado mujeres vestidas de seda y pieles, cargadas de fragancias florales que le hacían doler la cabeza.

Al formar alianzas matrimoniales, la gente solía fijarse primero en la sangre y la clase, luego en la fortuna y, finalmente, en el atractivo físico. Él caía en esta última categoría, lo que lo volvía muy solicitado por familias mercantes, hermanas menores, viudas y mujeres casadas infelices.

Y ahora estas mujeres habían empezado a escribir coplas elogiando sus cejas—no sus ojos, su buena figura, su nariz recta o sus labios rosados, sino las cejas.

Le resultaba desconcertante.

Una joven, en un baile, había hundido con entusiasmo sus uñas en su brazo, lo había mirado a los ojos y proclamado:

—Sus cejas son finas como espadas de hierro forjado. ¿Son afiladas? —Él había parpadeado, perplejo.

Sin inmutarse, la joven tocó con audacia su arqueada ceja izquierda, llena de asombro:

—¡Ah! Tenía razón... siento cómo se desangra mi corazón. —Y entonces se desmayó.

William la sostuvo en sus brazos, ante la vista de toda la sociedad, conteniendo el horror.

Sin embargo, la cena en casa de los Fitzroy la noche anterior había sido más llevadera de lo habitual, ya que el señor Fitzroy era amigo de su padre y uno de los pocos conocidos que no lo miraban con avaricia o desdén.

Lo habían hecho entrar por la puerta trasera para evitar la estampida de mujeres que habría ocasionado su llegada. Los anfitriones le permitieron mantenerse en las sombras y disfrutar del ambiente sin participar. Fue entonces cuando notó a la señorita Fairweather atravesando el jardín junto a un joven.

La única lámpara de gas instalada en el jardín iluminó su perfil al pasar apresurada, y él se dio cuenta de que se había convertido en una joven encantadora. Sus mejillas regordetas habían dado paso a pómulos altos y piel tersa. Sus pestañas seguían siendo gruesas y exuberantes, y sus tonos de melocotón, dorado y marrón le recordaron al otoño, cuando las hojas se tiñen y el aire huele a manzanas maduras.

La siguió, con la intención de intercambiar algunas palabras, y notó que ella y su acompañante se dirigían hacia un sendero oscuro—el paseo de los amantes.

Quizás quería experimentar algunos besos y vivir una aventura. Su curiosidad era comprensible, pero el joven que la acompañaba era lo suficientemente mayor como para saber comportarse.

Así que los siguió y detuvo todo aquello.

Recordó que Lord Bloodwort provenía de una buena familia y que sus ojos reflejaban sinceridad cuando afirmó que sus intenciones eran honorables. Sería un buen partido si a la señorita Fairweather realmente le gustaba, pero todo el cortejo debía hacerse con sinceridad y de manera adecuada.

Escabullirse en rincones oscuros no era la forma correcta de comportarse.

Convenientemente, olvidó sus días salvajes, cuando descubrió que las mujeres lo adoraban. Durante dos años había sembrado su semilla, practicado sus habilidades y disfrutado sin preocupaciones. Nunca había tenido una amante, ya que no tenía los medios ni los necesitaba.

Las bellezas más famosas estaban dispuestas a pagarle por calentar sus camas.

A veces, no era tan malo ser atractivo.

Pero, cuando se trataba de Elizabeth Fairweather… ella era una joven dulce e inocente, de una excelente familia, a quien había visto crecer junto a Jo. ¿Cómo podía permitirle comportarse de manera tan inadecuada?

Si hubiese sido Jo, la habría encerrado en la casa familiar del campo durante tres meses para que reflexionara, y luego se habría quedado a su lado hasta que se casara.

Lamentablemente, no tenía derecho a reprender a la señorita Fairweather más de lo que ya lo había hecho.

Recordó su nerviosismo y culpabilidad al ser descubierta. Incluso había llegado a decir que ya había nombrado a sus hijos para distraerlo y evitar que contara todo a sus hermanas.

Puso los ojos en blanco. La chica no entendía lo que era el amor, y su infantil enamoramiento ya había pasado, gracias a su ausencia; de lo contrario, no coquetearía con tanto desparpajo.

Su comportamiento inmaduro lo había divertido y despertado en él un instinto protector, tanto que se atrevió a expresar sus reservas al hablar con la duquesa.

¿Qué estaba pensando su familia? Dejándola sola para enfrentar la peligrosa sociedad londinense sin vigilancia.

¿Acaso no conocían su espíritu aventurero?

Esperaba que se casara pronto, y con un hombre de constitución débil, tan frágil que se tambalearía con el viento, y de tal disposición que le permitiera moldearlo a su antojo.

El sol se elevó más en el cielo y perforó sus ojos perezosos. Era otro día infernal, y no tenía más remedio que enfrentarlo.

Con un suspiro, se arrastró fuera de la cama y se calzó las pantuflas, pero no tuvo oportunidad de ponerse la bata para ahuyentar el frío matutino porque la puerta se abrió de golpe.

—Mary está encinta. Debes casarte con ella —anunció su tío al entrar tambaleándose.

El matrimonio de la señorita Fairweather ya no era su problema; el fin de su propia soltería se había convertido en su mayor preocupación.

***

Dos semanas después, Elizabeth y William se encontraron nuevamente en el baile de Lady Hambleton. Elizabeth había aprendido la lección. La última vez había sido demasiado atrevida, dejando en William una pésima impresión de su carácter.

Por ello, se esforzaba en reprimir su espíritu aventurero y contenía su ímpetu mientras sorbía vino aguado con la pose perfecta de una tímida flor decorativa. Esta apariencia dulce y delicada atraía a muchos hombres, al igual que la cantidad de su dote, lo que hacía que la acosaran toda la noche pidiéndole uno o dos bailes.

Ella declinaba educadamente, decidida a desterrar la imagen de coqueta. William se le acercó una vez, y ella, con delicadeza y en su rango de audición, proclamó que no podía beber champaña porque un simple sorbo la mareaba.

William, consciente de sus escapadas borrachas durante la escuela, apretó los labios, asintió una vez y luego la ignoró. Había asuntos más urgentes ocupando su mente.

Estaba pasando por un raro momento de rebelión. Toda su vida había hecho lo que se esperaba de él por la familia Ingram, pero la idea de casarse con Mary superaba su tolerancia. Por eso buscaba con urgencia a una joven adinerada que intentara atraparlo en matrimonio.

Esta vez, él era una presa dispuesta.

Sus ojos escudriñaron a las madres y sus hijas. Seguramente, alguien intentaría comprometerlo pronto; después de todo, ya había escapado de situaciones así en muchas ocasiones.

Detectó al menos a tres jóvenes con ojos depredadores siguiéndolo por la sala. Calculó rápidamente su valor, recordó sus antecedentes y dotes, y eligió a una.

Se decidió por la señorita Howland.

Admitía que la señorita Landon tenía más riqueza y una dote mayor, pero no era tan bonita como la señorita Howland. Si recordaba bien los libros de contabilidad, su tío le debía una suma considerable al señor Howland, y si esa deuda se saldaba, la carga sobre sus hombros se aliviaría notablemente.

Una vez tomada la decisión, puso en marcha su plan y le dirigió a la señorita Howland una breve sonrisa maliciosa, la clase de sonrisa que parecía pertenecer a un ángel caído, una que quedó grabada en su alma de inmediato.

No pasó mucho tiempo antes de que el señor Howland, visiblemente reacio, lo acorralara.

—Nos vemos en la biblioteca —le espetó.

William hizo una reverencia en respuesta y se dirigió obedientemente hacia la biblioteca.

Mientras tanto, Elizabeth escuchó la conversación, vio la expresión ansiosa y sonrojada de la señorita Howland, y comprendió lo que estaba a punto de ocurrir. Decidió rápidamente salvar al amor de su vida e insertarse entre ambos, convirtiéndose en la víctima desafortunada que sería “forzada” a casarse con Lord Darby en su lugar.

Con renovada determinación, corrió escaleras arriba, saltó desde el balcón del primer piso hacia el jardín trasero, se coló en la biblioteca por la ventana y se acomodó detrás del largo escritorio de caoba.

Lord Darby entró en la habitación con un vaso de whisky en la mano, resplandeciente en un chaleco gris sin recortar, calzones con hebilla dorada y medias acanaladas.

Se colocó junto a la fría chimenea y giró su esbelta cintura para mostrar su mejor perfil hacia la puerta.

No tuvo que posar por mucho tiempo; poco después, una delicada uña empujó la puerta con cautela. Fingió sorpresa.

—¿Señorita Howland? Creí que su padre quería verme.

La señorita Howland se deslizó hacia adentro, miró a su alrededor y, al ver la habitación vacía, se sonrojó.

—Tengo una propuesta.

—¿Ah, sí?

—Tiene muchas deudas.

Él suspiró y asintió.

—Mi padre puede ayudar.

—¿Cómo?

—Si se casa conmigo…

—No. —Su negativa fue deliberada. Si aceptaba, tendría que hacerlo decentemente: cortejarla, pedir su mano a su padre y esperar a que se organizara una gran boda.

Mary estaba embarazada, su tío desesperado; por lo tanto, no tenía el lujo del tiempo.

La única forma en que esto funcionaría sería con un escándalo que los obligara a casarse de inmediato.

Además, un escándalo en el que la hija del prestamista de su tío lo atrapara era la única manera de evitar que su tío se enfureciera si se casaba con alguien más que su espantosa prima.

La señorita Howland se enfureció, y estaba a punto de irse cuando él inclinó la cabeza con tristeza. Sus largas pestañas negras cayeron, y su lengua rosada lamió de forma abatida su pálido labio inferior. Un escalofrío recorrió su fina figura solitaria, y sus dedos se elevaron delicadamente hasta reposar sobre su frente, como si el peso del mundo hubiera caído sobre sus hermosas orejas de concha.

Aparecía abatido, cansado de la vida y terriblemente sensual; ¿cómo no iba a despertar el instinto maternal de una mujer?

Su ira se desvaneció, y ella se acercó con audacia.

—Ya es demasiado tarde para escapar —susurró, y lo empujó.

Él tropezó hacia atrás, y ella soltó un grito desgarrador, rasgó una manga de su vestido de muselina moteado y comenzó a caer.

Estaba a punto de atraparla cuando alguien salió disparado de detrás del escritorio y la atrapó en su lugar. Ambos cayeron juntos sobre el sofá de brocado escarlata y dorado.

—¿Señorita Fairweather? —balbuceó Lord Darby.

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe, y la señora Howland, acompañada por un grupo de ancianas que habían estado esperando la señal de su hija en el pasillo oscuro, irrumpió en la habitación.

Cayó un breve silencio en la sala, junto con la confusión.

¿Por qué la señorita Howland estaba abrazando a una joven mientras Lord Darby permanecía varios metros alejado?

Elizabeth se desprendió de los brazos de la señorita Howland.

—Gracias a Dios que no se ha golpeado la cabeza contra el suelo y dejado una mancha de sangre en la alfombra. Oh, he rasgado su manga.

La señorita Howland hizo como si estuviera muerta.

Elizabeth miró hacia el grupo de mujeres.

—Se desmayó, y yo la atrapé.

Le dio un toque a las costillas de la señorita Howland e intentó hacerla reír para que despertara, pero la señorita Howland estaba demasiado miserable para sentir otra cosa que desesperación.

Elizabeth retiró sus dedos con pesar.

—¿Alguien tiene un zapato maloliente?

Las damas miraron a Elizabeth con desconfianza mientras Lord Darby, que había querido ser atrapado, la miraba descontento.

Ella le devolvió la mirada con ojos de cachorro.

—Zapato —insistió.

Él, lamentablemente, se quitó un zapato, se lo entregó y se bebió un vaso de whisky, sintiendo cómo le ardía por dentro junto con sus esperanzas y sueños.

La señorita Howland seguía demasiado furiosa para abrir los ojos. Sus planes habían fracasado, y era poco probable que Lord Darby volviera a permitir que ella lo atrapara. Su corazón dolía, y las lágrimas cubrían sus ojos.

Elizabeth se volvió hacia el grupo de mujeres.

—Su zapato no huele lo suficientemente mal... tal vez la señora Howland pueda ofrecer el suyo.

La señora Howland se agachó para quitarse la zapatilla de baile y luego se detuvo.

—¿Está sugiriendo que mis pies huelen más que los de un hombre?

—No lo sé, soy una buena chica —respondió Elizabeth dulcemente—. No olfateo los pies de las personas. Además, no hay daño en intentar. Si la revive, no tendríamos que llamar a un médico.

La señora Howland sacó una botella de sales aromáticas.

—Muévase.

Elizabeth saltó encantada y se puso al lado de Lord Darby.

La señora Howland les lanzó una mirada hostil.

—¿Qué estaban haciendo ustedes dos aquí?

La insinuación fue clara, y Lord Darby se alejó cuidadosamente de la señorita Fairweather.

—Lady *Fairweather* —dijo con los ojos entrecerrados—, estaba leyendo un libro. Fue lo suficientemente amable como para notar que su hija no se sentía bien y la atrapó cuando se desmayó. Tal vez debería agradecerle.

Elizabeth se movió de nuevo a su lado y cerró la distancia que él había creado. Su brazo casi rozaba el suyo cuando añadió alegremente:

—No se preocupe, señora Howland. Yo estaba haciendo exactamente lo mismo que la señorita Howland hacía aquí.

El nombre Fairweather resonó en la sala, y la señora Howland ya no se atrevió a hacer ningún comentario grosero. Frunció los labios y se ocupó de su hija.

Lord Darby aclaró su garganta y miró a la señora Howland con frialdad. Solo retiró la vista cuando ella escupió un “gracias” en dirección a Elizabeth.

Elizabeth lo desestimó y sacó a Lord Darby de la sala, secretamente complacida de que él la hubiera defendido, a pesar de que su plan de ser la que quedara atrapada en una posición comprometedora con él había fracasado.

Se detuvo cerca de un pilar y escribió apresuradamente su nombre en su abanico para el próximo baile.

—Lo salvé, así que me debe este baile.

Él quería seguir sumido en la decepción, pero cuando miró esos ojos alegres y danzantes, sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa de respuesta. Ella estaba tan satisfecha consigo misma por salvar su honor que no podía llevarse a sí mismo a reprenderla.

Alguien comenzó a tocar el piano, indicando que un nuevo set de danzas comenzaba. Se dirigieron al salón de baile y se unieron a las parejas que giraban.

—¿Cómo pudo caer en una trampa tan obvia? —lo regañó mientras saltaba y giraba con excelente ritmo.

—Fue un raro momento de distracción—él la agarró de la cintura, la levantó en el aire y la atrapó de nuevo.

—Entonces soy su salvadora y debo ser recompensada —dijo, batiendo sus pestañas.

Ah, la tonta estaba intentando coquetear con él.

—Señorita Fairweather, quizás sea atrevido de mi parte ofrecerle un consejo, pero permítame.

Ella asintió con aliento.

—Si alguna vez conoce a un hombre con el que quiera casarse, nunca lo engañe para que se case con usted. El matrimonio es solo un pequeño paso; después, tendrá que vivir con él el resto de su vida, y él recordará que una vez lo engañó. Eso fomentará el resentimiento, y con el

tiempo, no ganará su amor, sino su odio.

Sus ojos reflejaron sorpresa por un instante fugaz antes de volver a poner los ojos en blanco, practica que preferían los aristócratas.

Él la giró dos veces más antes de que ella se lamiera los labios secos y dijera:

—Entiendo.

—¿Limonada? —preguntó de manera casual, llevándola a la mesa de refrescos.

Ella aceptó la bebida y tomó un sorbo.

—Mi lord, ¿hay alguien que le haya llamado la atención lo suficiente como para que quiera casarse?

Él observó las conocidas estrellas expandiéndose en sus pupilas y mintió con suavidad:

—Planeo casarme pronto. Esperemos que con esa joven —apuntó a una mujer sentada en el taburete del piano, rodeada de un dandi.

—¿Le gustan las del tipo ratón? —preguntó Elizabeth, sintiendo de repente un dolor en el corazón.

—Me gustan las ricas. Ella es una de las mujeres más ricas de Inglaterra y puede saldar mis deudas sin que le afecte.

Elizabeth asintió y apartó la mirada. No quería ofrecerse en su lugar, ya que sería descarado, pero no podía evitar sentirse molesta. Su dote podría saldar sus deudas también, pero no tendrían nada para vivir. Eso no importaba, ya que no le importaría vivir frugalmente con él durante una semana antes de robar algunos carruajes y reponer sus arcas.

Él se agachó y la miró, sin permitirle ocultarse. Ah, iba a llorar.

Elizabeth parecía atrevida y audaz, pero escondía un corazón muy suave. Él sabía esto, pero ahora, al ver su labio tembloroso, estaba aún más seguro de que debería tener cuidado con sus palabras y acciones en el futuro a su alrededor.

Sin poder evitarlo, la llevó hacia el salón y la entregó a Celine, una de sus hermanas. Una vez hecho esto, se dirigió a casa, con la mente ya en otros asuntos.

El señor Howland se acercaría a él en los próximos días, exigiendo que su deuda se pagara lo antes posible, ya que había insultado a su hija. Podría tener que vender parte de la tierra que heredó de su padre.

Mientras tanto, Elizabeth tiró del botón dorado de la chaqueta de Celine, el distinguido conde de Devon, hasta que se soltó y quedó colgando de un hilo.

—Por favor.

El conde presionó sus sienes y frotó lentamente, tratando de borrar su dolor de cabeza.

Ella arrancó el botón de un tirón y ahora lo sostenía en su puño. Sus ojos comenzaron a brillar con lágrimas, y su labio inferior temblaba.

—Es el único que conozco que tiene tratos ocultos con piratas y cosas así. Es solo una cosa trivial para alguien tan encantador y generoso como usted secuestrar a un hombre y obligarlo a casarse conmigo con un trabuco presionando su espalda. Le estaría tan agradecida...

Recibió un fuerte regaño y fue enviada a casa.

Capítulo Dieciocho

En los días siguientes, Elizabeth se dedicó a convertirse en la novia ideal para Lord Darby. Su actitud y modales cambiaron, y parecía como si hubiera tragado el *Libro de la señora Beatle sobre damas inglesas de éxito* y lo hubiera fundido con su alma.

Ya no coqueteaba ni intentaba que los hombres le propusieran matrimonio para superar el récord de la señorita Felicity Fortune. En cambio, pasaba las noches disfrutando al bailar toda la noche.

La vista de una joven encantadora, bien relacionada, mostrando tanta pasión por la vida y a la vez manteniéndose distante de todos los hombres presentes intrigaba a la alta sociedad. Se sentían fascinados por Elizabeth, que parecía acudir a los bailes para comer, beber y bailar sin intención de atrapar a un hombre.

Jamás se había visto una criatura tan desconcertante. ¿Dónde estaba la desesperación por casarse? ¿El miedo a que el tiempo se escapara, o la palidez enfermiza de una tigresa hambrienta viendo a su presa ser llevada por otro felino salvaje?

Sus hermanas le permitían hacer lo que quisiera mientras Eli estuviera a salvo y no hiciera nada escandaloso. No estaban preocupadas por que encontrara un partido todavía, considerando que solo tenía diecisiete años y tendría muchas temporadas, patrocinadas por sus influyentes y ricos cuñados, para enamorarse y encontrar al hombre adecuado.

Así, Elizabeth circulaba entre la alta sociedad con comodidad y confianza. Su actitud era franca y abierta, ya que conocía a la mayoría de los aristócratas. Su risa alegre resonaba sin reservas mientras conversaba con soltura con personas de todas las edades, y su rostro brillante y sonriente destacaba entre las expresiones marchitas de las mujeres a su alrededor.

Su reputación era impecable, y muchos hombres estaban interesados en ella, considerando que era la última hija de la ilustre familia Fairweather, cuyas mujeres habían hecho excelentes matrimonios a lo largo de los años y dado un buen ejemplo en la sociedad por su conducta y comportamiento.

A veces, incluso fingía desmayarse para consolidar aún más su carácter como una dama delicada, respetable y recatada, pero, ay, su actuación no era vista por su público deseado.

Cada vez que Lord Darby asistía a una fiesta, apenas interactuaba con ella, nunca bailaba con ella y solo le enviaba una sonrisa cálida y afectuosa que parecía estar dirigida a un dulce cachorro en lugar de a una joven en edad de casarse.

Mientras tanto, Elizabeth se aferraba a su papel lo mejor posible, siguiendo a Lord Darby con la mirada por toda la sala.

Y entonces, un día, Lord Darby dejó de asistir a la temporada, dejando a la alta sociedad zumbando con toda clase de rumores.

***

—¿Podemos permitirnos una temporada? —preguntó Jo a William.

Él podía ver la esperanza en sus ojos luchando con su renuencia a ponerle más presión económica.

—Sí, puedes debutar el próximo año —sonrió y le jaló un rizo.

Ella giró la cabeza para esconder la sonrisa que de repente iluminaba sus labios, pero él vio su intento de disimularla y lo encontró encantador.

Su ánimo decayó en cuanto ella salió de la habitación.

El escándalo de Mary y la acumulación de deudas acabarían con las posibilidades de Jo de

hacer un buen matrimonio.

Exhaló suavemente y se dirigió al estudio.

—Tío —observó los ojos rojos de Sir Ingram, preguntándose cuándo se consideraría saldada su deuda con la familia por haberlo criado.

Esperaba que este fuera su último sacrificio.

—¿Lo has decidido? —le preguntó su tío una vez más.

Él inclinó la cabeza, apretó los dientes y asintió.

Lord Darby y Mary Ingram se casaron al día siguiente, y, aparte de unas palomas teñidas, muy pocos presenciaron el evento que apestaba a infelicidad.

Y esa es la razón por la que Lord Darby dejó de asistir a la temporada, y pasó un tiempo antes de que la noticia llegara a los periódicos de escándalos y a los oídos de Elizabeth.

***

Jo entró corriendo en la habitación de Elizabeth en la casa londinense de los Fairweather, con el sombrero puesto y todo.

—¡Eli! ¡Eli!

Elizabeth, que había llegado tarde de un baile la noche anterior, abrió los ojos con pesadez, miró a su amiga y volvió a cerrarlos.

—Tienes que despertar —rogó Jo—. Ha sucedido algo horrible. William está casado.

Elizabeth bostezó y se estiró. —Estoy despierta; no necesitas mentir.

—Eli, lo siento.

Ese tono... Elizabeth lentamente se incorporó. —Ve directo al grano y dímelo rápidamente.

Jo abrazó a Elizabeth; su abrigo áspero de lana raspó la piel suave de la otra. —Se casó con mi hermana. Ella estaba esperando un hijo y él no tuvo opción. Mi padre le forzó la mano para salvar la reputación de los Ingram...

—¿Qué reputación? —Elizabeth apartó a Jo—. Sir Ingram arruinó el nombre de la familia hace tiempo.

Las manos de Jo agarraron el edredón y lo retorcieron como si quisiera desgarrarlo. —Eli, lo hizo por mí. Para salvar mis oportunidades... Yo soy la culpable.

—¿Ya están... casados?

—Sí, el doce... el martes por la mañana... se leyeron las amonestaciones.

—¿Asististe a la boda?

—Sí, lo hice.

La mente de Elizabeth se quedó en blanco.

Jo, sin darse cuenta, continuó —... Solo logré escapar de la celebración hoy. Mi padre había invitado a muchas personas y me tocó atender a sus necesidades...

William estaba casado.

—¡Eli, no llores!

Elizabeth se tocó las mejillas y se sorprendió al encontrarlas húmedas.

Jo ahora tenía el edredón enrollado en su brazo, abrazándolo como a un bebé. —Eli, encontrarás a alguien digno de ti. William no es tan maravilloso. Admito que tal vez exageré sus cualidades, pero también tiene muchos defectos. ¡Maldita sea! No estoy hablando con mucho sentido, pero lo que quiero decir es que William es un idiota.

El corazón de Elizabeth no se calmó. —Era mi idiota.

—Eli...

—Ahora tendrá que pagar las deudas, pero también vivir una vida de miseria casado con alguien a quien no ama.

—¿Todavía piensas en él incluso cuando tu corazón está roto?

—¿Por qué no detuviste la boda o me advertiste? —gritó de repente Elizabeth.

—Me enteré del asunto el día de la boda y luego fuimos directo a Gretna Green. Mi padre temía que William cambiara de opinión.

—¡Tienes manos! Una pluma, tinta... ¿Por qué no escribiste? Si tan solo lo hubiera sabido, podría haberlo prevenido. Podría haber encontrado a alguien más para casar a Mary o forzado al hombre que la puso en esa situación a casarse con ella. Ah, tanto se podría haber hecho si hubiera sabido a tiempo.

—Eli, todo sucedió tan rápido; hubiera sido imposible hacerte llegar el mensaje a tiempo.

—¡Pero tú vives con ellos! ¿Cómo es que no lo sabías?

—¿Por qué habría de ocultártelo? —El temperamento de Jo comenzó a encenderse también. Había escapado de casa, había reunido dinero para el pasaje hasta allí, y ahora la estaban culpando por circunstancias fuera de su control.

—Han pasado seis días desde la boda, ¿y me lo dices ahora?

Cansada y emocionalmente agotada, Jo finalmente explotó. —Nadie pidió mi opinión, ni nadie me dijo nada, salvo en la mañana del día de la boda. Después, mi padre organizó una gran fiesta que duró y duró, y me dejó a mí la tarea de manejar todo el maldito evento, y solo pude escapar...

—¡Si no tuvieras la cabeza metida en un libro y fueras consciente del mundo que te rodea, esto no habría pasado! ¿Cómo piensas atrapar a un hombre siendo tan necia?

—Basta, Elizabeth. —Jo se levantó de la cama, temblando de pies a cabeza.

Elizabeth recuperó el edredón y lo abrazó contra su pecho. —Esto es toda tu culpa.

Jo se sintió herida, y una lágrima le resbaló por la nariz. Las palabras de Elizabeth rozaron la herida ya abierta en su corazón. Ella culpaba su propia existencia por la mala suerte de William, y estar recargada de culpa, y que su amiga lo confirmara, finalmente la rompió. —Mi primo es pobre; nunca podría hacerte feliz. Pasará la vida tratando de complacerte y recogiendo tus líos. ¡Líbranos! Viéndose con hombres a toda hora... No creo que seas adecuada para él en absoluto. Me alegra que se haya casado con mi hermana. ¿Me oyes? Me alegra.

Elizabeth quedó muda de la impresión, y por un momento, el arrebato la sacó de su miseria. Levantó la mano, con la intención de hacerla volver a la cama.

Jo le apartó la mano y salió de la habitación.

El hecho de que Lord Darby estuviera casado era tan asombroso que la mente de Elizabeth no lo podía asimilar rápidamente.

Así que pasó los primeros días en negación e incredulidad.

Cuando finalmente lo asimiló, perdió las ganas de comer, hablar o ser feliz. Pasaba todo el día en la cama, oculta bajo una pila de cojines y edredones, e hibernaba como una marmota de vientre amarillo.

Durante toda su vida, había conseguido lo que quería y había sido mimada en exceso; por eso, al ver a Jo y William vivir sin el mismo cuidado y amor, surgió en ella un deseo heroico de protegerlos y hacerlos felices.

Ahora que esa oportunidad le había sido arrebatada, incluso se habían vuelto extraños en unos pocos momentos.

Si tan solo hubiera sido mayor, más sabia y estuviera mejor preparada... si tan solo hubiera tenido la previsión de ver el futuro como las hermanas Simpering del pueblo de Rathy, quienes usaban grasa de pato y velas de sebo para sacar la verdad.

Pero ahora, las dos personas que más amaba, aparte de sus padres, su hermana, Dimbercove,

sus perros, patos, gansos y gallinas en el patio, estaban sufriendo en silencio mientras ella no podía hacer nada.

Se sentía paralizada y cayó en un abismo de miseria.

***

Seis meses después, Elizabeth aún no había recuperado su espíritu. Su corazón seguía doliendo porque sabía que el de él también lo hacía.

La luz en su interior se había atenuado y comenzaba a parpadear, amenazando con apagarse por completo.

La señora Fairweather no soportaba ver a Elizabeth así, así que invitó a todas sus hijas a casa, incluyendo a su hijastra Penelope.

Jane tomó la mano de su madre. —¿Qué ocurre?

—No sonríe —sollozó la señora Fairweather—. Ni come cacahuetes ni frutas confitadas, no se cepilla el pelo ni se baña a menos que la sumerjan a la fuerza en la tina.

—Tiene el corazón roto —Dorothy le dio unas palmaditas en la espalda a la señora Fairweather—. Sabes cómo es: leal hasta la muerte.

Después de un momento, la señora Fairweather sorbió su té y miró a Penelope a los ojos. —Su gracia, ¿podemos hacer algo al respecto? ¿Algo sobre su nueva esposa?

Penelope se quedó perpleja. Su madrastra nunca había sido tan amable con ella, y le conmovió que le pidiera ayuda.

Celine se inclinó y entrecerró los ojos hacia su madre. —Ni siquiera pienses en ensuciar las manos de Penny con sangre.

Penelope parpadeó y palideció al darse cuenta de lo que la señora Fairweather quería decir con “hacer algo” respecto a Mary. —No puedo... ¡No podemos matarla!

Dorothy asintió. —Madre, sé que adoras a Elizabeth, pero esto... no. No podemos permitir que actúes tan irracionalmente.

Jane dejó su taza con un fuerte ruido. —Honestamente, madre, tu favoritismo no podría ser más evidente. Nos arrojaste a los lobos, pero matarías por Elizabeth. ¿Recuerdas cómo me casaste?

—No es justo —coincidió Celine, recordando sus días de juventud, cuando su madre la presionaba para encontrar un buen partido.

—Nosotras también somos tus hijas —murmuró Dorothy—. ¿Acaso alguna vez has pensado en nosotras?

La señora Fairweather puso los ojos en blanco. —No le estoy pidiendo que mate a nadie. Solo quiero separar a la pareja para siempre.

—¿Y si son felices? —preguntó Celine.

—Se detestan —respondió la señora Fairweather con un firme movimiento de cabeza envejecida—. Cuando Elizabeth no se levantó de la cama durante un mes, fui a ver a Lord Darby y a su esposa con el pretexto de felicitar a los recién casados. Llevé unos regalos preciosos, un sombrero de plumas de pavo real, unos calzones escarlata...

—Mamá —Dorothy la condujo suavemente de nuevo al tema.

—En cuanto me senté, él me dio una taza de té para calentarme las manos frías. Agregó más carbón al fuego y se aseguró de que estuviera cómoda. Fue atento y considerado. Un buen hombre. Mientras que esa criatura horrible, su esposa, se sentó a su lado con una sonrisa rígida. Dudo que siquiera me hubiera mirado de no ser porque tenía cierto valor.

—Se odian y jamás han compartido una cama —confirmó Penelope, aclarando su garganta con culpa—. Hice averiguaciones.

La señora Fairweather sonrió con satisfacción. Sabía que no era la única que estaba buscando una salida.

—Pero no podemos acostar a la recién casada Lady Darby en la cama con un azadón y cubrirla con una pala —objetó Dorothy, horrorizada.

—Pero podemos acercarnos a ella y rogarle que lo reconsidere —explicó la señora Fairweather—. Podemos pedirle que convenza a Lord Darby para que la subaste. Encontraremos un esposo adecuado y acaudalado para ella...

Celine asintió pensativa. —Tendremos que usar algunos medios coercitivos para que un hombre rico la tome por esposa.

—Mientras no sea golpeando a nadie hasta matarlo —concordó Dorothy.

Las mujeres reflexionaron en silencio mientras las doncellas traían una nueva tetera.

Penelope pasó un dedo por el borde de la taza tibia. —¿Y si se niega?

La señora Fairweather la miró con los ojos grandes y brillantes y dijo: —Entonces, matarla.

La habitación estalló con esta declaración.

Después de un rato, cuando todos se calmaron y lograron que la señora Fairweather prometiera no hacer tal cosa, Jane dijo: —Debemos enfocarnos en mejorar el ánimo de Elizabeth en lugar de buscar formas criminales de acabar con un matrimonio. Además, aunque eliminemos a Lady Darby, aún podría no querer a Eli.

—¿Qué sugieres? —preguntó Dorothy.

Por su naturaleza sensible y artística, Jane solía ver cosas ocultas en lo profundo del corazón de las personas. Así que respondió suavemente: —Patrocinaré la temporada de Jo y daré a Elizabeth algo en qué ocuparse. Si esto no logra animarla, podemos pensar en algo nuevo.

***

Elizabeth miró a Jane.

—¿Más té? —preguntó Jane.

Elizabeth negó con la cabeza. —¿Qué acabas de decir?

—¿Té?

—Antes de eso.

—Que tu cabello parece el nido de pájaros en el roble afuera de mi ventana. Lo veo todos los días... los polluelos acaban de nacer. ¿Tienes polluelos en el pelo?

El rostro de Elizabeth se avivó brevemente con un aura asesina. —Antes de lo de los pájaros, el color espantoso de la falda de la señora Maynard y el pequeño Danny metiéndole un gusano en la oreja a su hermana menor.

—Oh. Me agrada Jo y quiero patrocinar su temporada. Si no logra encontrar pareja, continuaré patrocinándola hasta que lo haga. ¿Crees que Lord Darby se opondrá?

Elizabeth se sintió dividida. Esos nombres... Había evitado escucharlos, y ahora que los mencionaban con tanta naturalidad después de meses, le dolía la cabeza. Quería encogerse y esconderse, pero Jane le sujetaba la muñeca con firmeza.

Podría haberse soltado de su hermana, pero Jane estaba embarazada, por lo que siguió sentada obediente y dócilmente.

—¿Te parece una buena idea? —insistió Jane.

—Si... si Jo está de acuerdo, sí.

Jane suspiró. —Jo es un poco como yo: callada, reservada y aterrorizada de la sociedad. No me gusta ver las dificultades que está pasando. No debe ser fácil para ella vivir en esa casa con una hermana a la que no soporta. Un matrimonio con el hombre adecuado le dará felicidad y libertad.

Elizabeth se quedó inmóvil cuando las palabras de Jane tocaron una fibra en su interior. ¿Por qué no lo había pensado antes?

Podría hacer la vida de Jo y Lord Darby más fácil... Podría ayudarlos desde lejos.

Aunque todavía estaba molesta con Jo y recordaba sus palabras hirientes, unas pocas frases dichas en momentos de tensión no podían cancelar los años de cuidado que Jo le había demostrado. Recordaba todo.

De repente, sonrió, y su rostro se iluminó con una emoción genuina después de meses. —Jane, eres la mejor.

La señora Fairweather y sus hermanas, que estaban escuchando a escondidas la conversación, suspiraron aliviadas, sin darse cuenta de que acababan de fomentar el nacimiento de una nueva villana.

Capítulo Diecinueve

Jo se negó a permitir que Jane patrocinara su temporada, y ahora Sir Ingram había muerto.

La noticia llegó en las primeras horas de la mañana, cuando un mensajero enviado por Dimbercove tocó la ventana e informó a Elizabeth de la situación.

El corazón de Elizabeth se hundió. Había pasado casi un año desde la boda de Lord Darby y Mary, y ahora Sir Ingram se había ido.

En cuanto a Lord Darby, con la ausencia de Sir Ingram, los cobradores de deudas comenzarían a perseguirlo con más ahínco. Sería directamente responsable de pagar cada penique, y tal vez algunos de ellos intentarían usar métodos turbios para obtener lo que querían.

Este asunto no podía ignorarse.

Elizabeth rápidamente sacó un pergamino, sumergió una pluma en tinta y escribió una nota rápida. Había estado pensando en cómo ayudarlo, y ahora ya no tenía el lujo de reflexionar sobre el asunto. Con un último trazo, puso en marcha sus planes y luego comenzó a prepararse para visitar a Jo, ya que, en momentos como este, no podía aferrarse a rencores insignificantes.

Al día siguiente, Elizabeth se encontró con su amiga íntima después de meses de estar separadas.

—Lamento lo de tu padre —dijo Elizabeth.

Jo miró sus zapatillas y asintió.

Las dos guardaron silencio, observando disimuladamente los cambios que el tiempo había traído en cada una.

El rostro de Jo había perdido toda su inocencia infantil, y de no haberla conocido tan bien, Elizabeth la habría encontrado intimidante, grave y fría.

Finalmente, Jo rompió el incómodo silencio— Has crecido.

Elizabeth se sorprendió, y respondió con cautela. —Oh.

—Te ves más bonita ahora, como... eh... gotas de rocío en flores de manzano.

El corazón de Elizabeth dio un salto— ¿Realmente?

Los labios de Jo se curvaron apenas, y respondió con su tono cálido de siempre.

—Sí.

El ánimo de Elizabeth se alivió como si una sombra oscura se deslizara de ella y flotara lejos. No había sido consciente de cuánto extrañaba a Jo. Quiso volar y abrazarla, pero justo en ese momento, una criada de semblante agrio entró en la polvorienta sala matutina y dejó una tetera y dos tazas.

Una de las tazas tenía una astilla.

Jo tomó un sándwich seco—: Esto es incomible... —su voz tembló.

Elizabeth miró el pan y la mantequilla con algo de carne asomándose. No parecía tan malo como para hacer llorar a alguien. Apresuradamente dijo:

—Solo quiero un poco de té...

Una sombra de tristeza apareció en el rostro de Jo.

Elizabeth frunció el ceño. ¿Estarían ahora tan pobres que no podían permitirse una lata de té? Las cosas estaban peor de lo que había supuesto. Rápidamente enmendó sus palabras:

—No, té no, nada, solo hablar contigo es suficiente. Traje unos regalos...

—Necesitamos dar un paseo.

Jo se levantó de un salto. Elizabeth, sorprendida, la siguió obedientemente fuera de la habitación. Afuera, el suelo estaba cubierto de copos blancos, y el pequeño estanque se había

congelado. Incluso los charcos en el suelo se habían convertido en espejos negros.

Jo tembló, y Elizabeth le pasó un calentador de manos. Jo recordó la primera vez que se conocieron. También estaba nevando aquel día, y Elizabeth le había echado un abrigo sobre los hombros. En ese momento, había pensado que Elizabeth era insensible y consentida, pero ahora sabía que no era así.

Jo sintió que sus dedos se calentaban, junto con su corazón.

—Lo siento. No quise decir nada de lo que dije aquella vez. No era yo misma.

Elizabeth empezó a caminar de nuevo para no congelarse.

—De ahora en adelante, quiero que digas lo que piensas. Quizá me sienta molesta brevemente, pero te prometo que jamás te culparé por decir la verdad.

—¿Podemos no volver a hacer esto? —Jo se detuvo—. Si discutimos, no dejemos de hablar; en cambio, podemos hacer lo que hacen los hombres: tres rondas de golpes para resolver el asunto.

Extendió la mano para sellar el trato. Elizabeth le estrechó la mano, pero la jaló hacia un abrazo en su lugar. Su abrigo era de costosa piel, mientras que Jo llevaba uno de lana fina.

Jo se quedó rígida. Nunca había sido una persona cómoda con las demostraciones físicas de afecto, a diferencia de Elizabeth, que se comportaba como una cachorra hambrienta de amor con sus amigos y familiares.

Finalmente, Elizabeth dio un paso atrás y le sonrió radiantemente.

Jo apartó la vista del júbilo que irradiaba de su rostro y sintió náuseas al saber que lo que tenía que decir a continuación borraría esa felicidad.

—Eli, él está desesperadamente infeliz. Nunca han compartido un cuarto y viven como extraños bajo el mismo techo.

Elizabeth se mantuvo calmada.

—Pudiste haberme contado esto adentro, junto al fuego. Ven, te vas a enfermar si te quedas aquí parada.

—Espera, no puedo arriesgarme a que alguien nos oiga.

Elizabeth dio un paso más cerca y la miró a los ojos. Ese temblor no era solo por el frío, sino por el miedo.

—¿Qué sucede?

—Sé que no es justo pedirte esto después de todo lo que te dije y de cómo me fui, sabiendo cuánto debiste haber sufrido al enterarte del matrimonio de William. No estuve contigo…

—Tenía a mi familia. Nunca estuve sola.

—Pero… ¡Dios! Yo debería haber estado contigo también.

—Jo, confiesa ya, ¿qué sucede? Olvidemos la discusión tonta. Ambas estábamos alteradas y hablamos con dureza; prefiero no pensar más en ello.

—No sé qué hacer —Jo rompió a llorar—. He pensado y pensado, pero no logro encontrar ninguna solución. No conozco a nadie más poderoso… Iba a visitarte en los próximos días para contártelo todo…

Elizabeth tembló al oír esas palabras, mientras su mente imaginaba toda clase de horrores que podrían haberle ocurrido a Jo y al lord Darby.

—¿Qué sucede? Me estás preocupando. ¿Es algún prestamista?

Esta vez, Jo atrajo a Elizabeth hacia sí y la abrazó fuertemente.

—Estás tan delgada y pequeña, Eli… es insoportable verte así. Te extrañé.

—Dime —dijo Elizabeth, ahora con un tono un tanto autoritario. Aunque era la más baja de las dos, tenía mucha más fortaleza y valor, gracias a su crianza.

Los hombros de Jo se hundieron al oír esa voz firme y confiable, y todo salió en un torrente.

—Escuché a Mary hablar con ese general suyo. Él vino hace unas noches, cuando mi padre estaba a punto de irse. Sabíamos que no duraría; el médico lo había dicho.

—¿De qué hablaban?

—De matar a William.

Elizabeth contuvo la respiración, impactada.

—¿Qué dijiste?

Jo se secó una lágrima con el dorso de la mano.

—Quieren matarlo para que el general pueda casarse con ella.

—Si estaba dispuesto a casarse con ella, ¿por qué no lo hizo?

—El general ya tenía esposa, y planeaban enviarla al extranjero. Luego, él habría desposado a Mary, actuando como si fuera soltero. Pero antes de que eso sucediera, Mary quedó embarazada de él, y William se casó con ella. Después, perdió al niño, y su rabia hacia William creció irracionalmente.

—¿El general aún está casado?

—Su esposa y su hijo murieron antes de que pudiera enviarlos fuera, y él asegura que fue uno de sus enemigos quien los mató. Se reía, Eli, diciendo que sus tontos enemigos le habían hecho un favor sin saberlo.

Elizabeth organizó rápidamente las ideas confusas y comprendió el punto principal.

—¿Cómo planea matar a lord Darby?

Jo miró el rostro sereno frente a ella y sintió que su corazón se tranquilizaba.

—No estoy segura.

Elizabeth se volvió hacia el estanque congelado, con la mente a mil por hora. Los copos de nieve caían sobre sus pestañas, dándole un aspecto fuera de lugar, como un girasol creciendo en una montaña de nieve. Su pequeña boca rosada se frunció pensativamente, y después de un momento, dijo:

—Necesito que vigiles a Mary. Revisa sus cartas por la noche, pero asegúrate de que no se dé cuenta de que sabes de sus planes y la estás investigando. Mantente alerta y escucha cualquier otra reunión. Incluso si están haciendo el amor, no te vayas y escucha todo.

Jo palideció de nuevo.

—¿Tengo que hacer esto?

—Debes. No podemos permitir que lo mate —los ojos de Elizabeth reflejaron de repente un terror tan profundo que Jo dio un paso atrás. Era como si un velo de calma se hubiera levantado para revelar un mundo diferente detrás.

—¿Y si no puedo avisarte a tiempo? —preguntó Jo tras un momento.

—Podrás. Tendré a algunas personas vigilando a William discretamente. Mientras tanto, Covey, o sea, Dimbercove, te esperará para recibir noticias cada mañana y volverá corriendo conmigo ese mismo día.

—¿Por qué no puede Dimbercove vigilar a Mary y revisar las cartas?

—Le resultará difícil entrar a la casa con regularidad. En cambio, tú puedes inventar muchas excusas si te descubren.

Jo asintió y se irguió.

—No dejaremos que le pase nada.

—Pero tengo una condición.

Jo se sorprendió.

Elizabeth había venido aquí con un propósito y no se iría hasta resolverlo.

—Te ayudaré si permites que Jane patrocine tu temporada.

—¡Pero tú amas a William!

—Él ya está casado. No tengo derecho a amarlo ni a protegerlo. Si hago esto, será por ti.

Jo sabía que, si se negaba, Elizabeth aún haría todo para mantener a William a salvo. Sin embargo, también era consciente de que, mientras ella no había podido asistir a la temporada por razones financieras, Elizabeth no lo había hecho por desamor.

—¿Vendrás a la temporada conmigo?

Elizabeth dudó un momento antes de asentir.

—Lo haré.

—Entonces acepto.

Elizabeth apretó el brazo de Jo, sintiendo poca alegría por la fácil aceptación de Jo, ya que ahora algo mucho más siniestro pendía sobre ellas.

—Mantendremos a salvo a William. No te preocupes, Jo. Solo sigue mi plan, y todo saldrá bien.

Las chicas se separaron, con el corazón y la mente llenos de preocupación. Mientras otras jóvenes de su edad coqueteaban y soñaban con el romance, ellas debían madurar de repente e idear una forma de proteger al ser querido de ser asesinado.

Ese tipo de cosas no eran para lo que alguien común debía enfrentarse; por lo tanto, hasta la confianza de Elizabeth se tambaleaba.

Era cierto que, a veces, podía considerarse arrogante respecto a su habilidad para conseguir lo que quería en la vida; sus dotes académicas eran también promedio en el mejor de los casos, pero aun así, no era estúpida.

Es por esto que no se rompió la cabeza más de lo necesario y se dirigió directamente a la mansión Blackthorne en lugar de regresar a Finnshire.

Este asunto grave debía ser tratado con delicadeza y por alguien experimentado. Además, tenía miedo… miedo de arriesgarse con la vida de él, por lo que desahogó todas sus preocupaciones con el duque de Blackthorne.

El duque mataría por su familia y tenía el poder de resolver casi cualquier cosa. Además, tenía un cariño especial por los niños y la consideraba como una hija. Mientras que su padre prefería ocultarse y evitar a sus hijas, el duque había sido un sustituto maravilloso.

El duque actuó justo como ella había predicho. La escuchó, le dio un collar de diamantes para calmar su terror y le acarició la cabeza.

—Me encargaré de todo —prometió—. Ahora, ¿te gustaría una caja de rosas azucaradas? Recién llegaron de Francia. No, ¿qué te parece un barco de especias qué recién conseguí?

***

William sacó un cigarro y lo hizo girar entre los dedos. El viejo había muerto, y los prestamistas ni siquiera habían esperado a que terminara el período de duelo antes de enviarle cartas amenazantes.

Ah, estaba harto de ser bueno y obediente. Ya no sentía la misma satisfacción al saldar una deuda como antes, y con Mary a su lado, no tenía ganas de hacer absolutamente nada. ¿Para qué esforzarse? Ni siquiera podía permitirse darle a Jo una temporada.

¿Por qué existía gente como Mary? ¿En qué estaba pensando el creador al dejar que criaturas como ella anduvieran por este mundo? ¿Qué sentido tenían esos horrores?

¡Bah! Aun así, tenía que seguir siendo bueno y avanzar a tropezones; quizá ocurriera un milagro y Jo encontrara a un hombre con quien casarse.

Una vez que ella se casara, podría ser implacable en sus tratos con los parásitos. Pero por

ahora, tenía que actuar despacio y con cuidado, reunir información sobre las personas a quienes su tío les debía, y si no podía pagarles, entonces los chantajearía con lo que había descubierto y los obligaría a renunciar a las sumas.

¿Era ético? Había dejado de preocuparse por eso hacía mucho.

¿Quién hubiera imaginado que, detrás de la fachada de un erudito apuesto, se escondía una mente tan afilada como una navaja, moldeada por años de injusticia y falta de amor? Si quisiera, podría dejar un reguero de cuerpos tras de sí sin que nadie descubriera quién fue el asesino, pero era el pensamiento de sus padres observándolo desde la tumba lo que lo frenaba para no enloquecer.

Por lo tanto, solo le quedaba poner una fachada de hombre decente y pagar lo que pudiera mientras, en silencio, recurría a métodos deshonestos cuando la desesperación lo vencía.

Suspiró y acercó la bandeja de plata con las cartas. Le dolía la cabeza constantemente en estos días, como si alguien le hubiera perforado el cráneo, colocado un sillón dentro y se hubiera sentado con un martillo en la mano para golpearle los huesos.

Un mensaje se deslizó de la pila, distrayéndolo del dolor, y la hermosa caligrafía de Jane brilló a la luz de las velas.

Lo tomó y lo abrió con aprensión.

Capítulo Veinte

Dimbercove estaba de pie fuera del establo, su figura alta y robusta resplandecía a la luz de la luna como un sabio que hubiera alcanzado el poder de separar su cabeza y enviarla a otro lugar. Solo al acercarse se podía ver la calavera en miniatura bajo una capucha oscura; ambos efectos, de lejos y de cerca, eran perturbadores.

Guardó su caja de rapé y se limpió la nariz con un pañuelo ribeteado de satén. —No me gusta esto —dijo.

Elizabeth tomó un sorbo de brandy para espantar el frío. —Eres el único en quien puedo confiar.

Dimbercove pellizcó su chal rosado entre dos dedos gruesos y tiró de él dos veces. —¿No tienes miedo?

Elizabeth tragó otro sorbo y guardó el frasco en el cinturón. —¿Qué averiguaste?

Cuando él no respondió, ella sacó una bolsa de caramelos de hielo perfumados con neroli, jazmín y bergamota y se la ofreció.

Los labios de él temblaron al respirar el dulce francés, introducido de contrabando a Inglaterra por el buen amigo de su cuñado, Lord Elmer: el famoso pirata Black Rover, cuyo nombre bastaba para hacer que los niños del mundo entero se metieran en la cama.

—Habla o devuélvelos —ordenó Elizabeth.

—Piñas en conserva —negoció Dimbercove con osadía.

—Las traeré la próxima vez.

Él asintió. No era que deseara los dulces; lo que le incomodaba era lo despiadada que se había vuelto Elizabeth, cada vez más envuelta en el peligroso mundo de los bribones de la realeza, donde ninguna dama de importancia debía estar.

Y por eso le desagradaba Lord Darby. Ella no tomaría tales riesgos de no ser por él.

Sin embargo, era excelente en su trabajo. Podía moverse por una casa como una sombra y descubrir cada secreto. Era una habilidad impresionante, tal vez un don ancestral heredado de generaciones de ladrones; así fue capaz de presentar su excelente informe. —Lord Darby va a inspeccionar su propiedad en dos días.

—¿Su propiedad?

—Sus padres le dejaron una casa y unas tierras. Ha vendido parte para reducir las deudas, pero se ha quedado con el resto.

Su hogar... Elizabeth estaba intrigada. Nunca había pensado en la otra casa de él. La casa donde creció, donde cada rincón estaba lleno de recuerdos felices. —¿En qué estado está su casa?

—Terrible. Solo la visita el día que murieron sus padres para limpiar la tumba y poner algunas flores. Muchos muebles y curiosidades han sido robados, pero no parece importarle. Ha contratado a un hombre del pueblo para cuidar el lugar, pero es perezoso y codicioso.

—Ya veo.

—Lady Darby… planea matarlo el día que se vaya.

Las manos de Elizabeth se crisparon. Lady Darby... por un momento, había sonado como si Dimbercove la hubiera llamado con ese nombre, un nombre que había atesorado y con el que se había llamado a sí misma en silencio todos estos años. Oír que otra persona era llamada así le hacía sentir náuseas.

En cuanto a la fecha fijada para el asesinato, el Duque también la había confirmado. Era la

única quincena del año en que Lord Darby estaría seguro de estar fuera de Ingram House y, por lo tanto, sería más vulnerable. Mary Ingram, Elizabeth se negaba a pensar en ella con otro nombre, quedaría exenta de sospechas al estar a kilómetros de distancia de su esposo.

—¿Algún detalle más? —preguntó Elizabeth. Su corazón temblaba, y ya no podía ocultar su terror.

La voz de Dimbercove se suavizó. —Ha contratado a piratas terrestres del Knitting Head Inn para asesinarlo mientras simulan un robo al carruaje. Los conozco, esos malditos; más vísceras que sesos.

—¿Usan agujas para herir a sus víctimas?

—No, les gusta tejer.

—Ah.

—¿Quieres que hable con ellos?

—Solo envía a su líder al Duque de Blackthorne. Él se encargará del asunto.

Una semana después, Lady Darby, de soltera Mary Ingram, murió en un trágico accidente de carruaje.

***

Mary Ingram había muerto, y Jo se vio obligada a aparentar pesar y vestir de luto con seda negra por un tiempo.

Pero Jane no perdió tiempo. Ansiosa por lanzar a Jo en sociedad, ella y sus hermanas la llevaron al sastre, modista, mercero, zapatero y joyero. Fue un proceso tan intenso que Jo quedó agotada y se desmayó un par de veces, por lo que tuvieron que llevarla a la casa londinense de Jane para que se recuperara.

El período de luto terminó justo antes del inicio de la nueva temporada; por lo que Celine, una de las hermanas de Elizabeth, organizó una pequeña cena para presentar a las chicas en sociedad. Solo la familia Fairweather y unos pocos amigos confiables asistieron.

—Rechazaron a Caroline en la coronación —confirmó Lord Adair los rumores con una voz profunda y deliciosa que resonó por toda la sala. Rara vez se dirigía a alguien con un título, y su comentario casual sobre la esposa del rey no sorprendió a nadie.

De inmediato, todos comenzaron a hablar sobre la coronación y la muerte de Napoleón.

Mientras tanto, Jo y Elizabeth estaban acurrucadas en una esquina, interesadas en asuntos totalmente diferentes.

—Nunca tuve la oportunidad de preguntar. —Jo miró a Elizabeth—. ¿Cómo convenciste al duque?

Elizabeth levantó el abanico para cubrirse la boca. —Le dije que se encargara.

—¿La mató por ti? —Jo estaba impactada—. ¿Solo porque se lo pediste?

Elizabeth le tapó la boca a Jo con la mano y negó con la cabeza. Bajó aún más la voz: —Te dije que Mary había contratado a unos hombres que planeaban atacarlo en el camino con el pretexto de un robo y matarlo. Entonces, el duque creó una carta falsa invitando a Mary a una fiesta el mismo día que Lord Darby debía partir. Esa fiesta, casualmente, también invitaba al general.

—¿Y luego?

Elizabeth bajó aún más la voz. —Ese día, Lord Darby partió hacia su propiedad, sin saber que el general se escondía en el armario de las escobas y desconocía el siniestro plan para matarlo. Poco después, Mary y el general partieron juntos hacia la ficticia fiesta.

—No sabes lo que pensaba Lord Darby —le recordó Jo—. Podría haber estado al tanto del complot. No es tonto.

—Estoy contando la historia.

—Continúa.

—Es una historia espantosa. Puede que te pongas triste.

—Cuanto más trágica, mejor —dijo Jo con seriedad—. Nadie conocía su crueldad mejor que yo. Hay personas que es mejor que no sigan vivas.

Después de un momento, preguntó: —¿Crees que soy terrible por pensar así de mi hermana?

Elizabeth no podía comprender el profundo odio de Jo, ya que ella daría su vida por sus hermanas. Y si alguna de ellas llegara a matar a alguien, simplemente ayudaría a enterrar el cuerpo sin molestarse en los detalles, así que guardó silencio.

Jo bebió un sorbo de champán, consciente de la incomodidad de Elizabeth. —Dime cómo murió.

Elizabeth se apresuró a continuar. —No hay mucho más. A los ladrones solo se les pidió que cambiaran de objetivo y se les pagó el doble del monto original. Así que todo salió según el plan del general y de Mary, solo que ellos fueron las víctimas esta vez.

—Tan simple.

—Cavaron su propia tumba.

—¿Todavía te gusta él?

Elizabeth se sorprendió ante la repentina pregunta y respondió con otra: —¿Todavía te gusta el señor Marlowe?

—Mmm —respondió Jo sin compromiso.

Aunque Elizabeth tampoco había respondido claramente, Jo pareció leerle la mente.

—¿Por qué, Eli? Es un viudo con un montón de deudas. Ni siquiera es el hombre más guapo ahora que han aparecido muchos jóvenes apuestos este año. Además, desde su matrimonio, ha cambiado. Está más sombrío y mira a todos con resentimiento.

Elizabeth también se había preguntado a menudo sobre su extraña atracción hacia él. ¿Era simplemente porque era guapo?

Ahora, después de conocer a tantos hombres apuestos, no lo creía así.

¿Qué admiraba de él además de su apariencia? Quizás era la calidez y el amor con los que trataba a Jo, a pesar de que sus padres habían arruinado sus perspectivas.

Si hubiera sido cualquier otra persona, habría destruido a la familia y odiado a Jo. En cambio, Lord Darby había protegido a su pequeña prima, a su tío y a su tía hasta el final, e hizo todo lo posible por ayudar y apoyar a la familia Ingram en sus momentos difíciles, llegando incluso a casarse con Mary para evitar un escándalo.

¿Cuánta pasión sentiría por su esposa si podía ser tan leal a una familia así y amar tan profundamente a personas que no lo merecían?

Elizabeth sintió un estremecimiento recorrer su cuerpo. Se levantó de golpe y se giró hacia la chimenea para ocultar su piel enrojecida. No lo había perdido, como había supuesto antes.

Había recibido una segunda oportunidad, y esta vez, lo atraparía con seguridad.

Capítulo Veintiuno

Jo, a los dieciocho años, fue presentada a la alta sociedad. Se movió en la sociedad como un melocotón ordinario, pálido con un ligero rubor, pero indudablemente poco maduro. Todos la habrían ignorado, excepto porque estaba rodeada de las formidables hermanas de Elizabeth. Esto hizo que la gente le echara un segundo vistazo, pero después de enterarse de su trasfondo y del monto de su dote, rápidamente perdieron el interés nuevamente.

Solo Elizabeth estaba encantada, ya que las dos personas que adoraba estaban a su lado. Lord Darby no dejaría que su prima se convirtiera en carnada para los depredadores, así que naturalmente salió de su caparazón para asistir a todas las funciones y vigilaba de cerca a ambas chicas.

Elizabeth se convirtió en el epítome de la gracia, hablando poco y sonriendo suavemente como una delicada dormilona. Una vez más, se había transformado en la joven más bien educada de la temporada.

Esto llevó a un aumento envidiable de su popularidad, y hubo muchos intentos celosos de arruinar su temporada por parte de quienes no podían soportar que una chica pudiera ser tan codiciada solo por sus conexiones y sin sangre azul.

El torbellino social continuó de manera tranquila con breves interludios durante los cuales las mujeres intentaban hacerla tropezar, mojarla con el contenido de los orinales y añadir discretamente hollín a su pañuelo o retículo. Sin embargo, estos intentos eran juegos de niños para Elizabeth.

Por ejemplo, se mantuvo calma cuando alguien intentó derramar vino sobre su vestido y movió la muñeca con destreza, salpicando el líquido de vuelta a la chica que lo intentaba. Se hizo de manera discreta y casi disculpándose, y mientras ella salía impecable de tales ocasiones, las chicas que la atacaban hervían de ira.

Disfrutaba estos desafíos, durante los cuales las chicas saltaban como ranas en un estanque, intentando asustarla. Su temperamento permanecía suave y divertido, causando que las villanas la admiraran con renuencia.

Eso fue hasta que una joven, orgullosa y deslumbrante, apareció ante Lord Darby.

Era el final de la temporada y nadie le había propuesto matrimonio a Jo. Esto había afectado los ánimos de ambas chicas, y estaban de mal humor; Lord Darby también parecía molesto, pero trataba de ocultarlo. Todos los arreglos, lociones, pociones y oraciones a la luna no habían ayudado a Jo a encontrar un amante.

Incluso Lord Darby había dejado de interactuar con la gente. Miraba borrosamente los rostros a su alrededor, a menudo irritando a los nobles mayores cuando se negaba a saludarlos, y Elizabeth tenía que saltar en su defensa y suavizar las cosas con algunas palabras ingeniosas.

No podía entender el comportamiento de Lord Darby. No parecía enojado y nunca era grosero, pero bueno, ¿por qué a veces pasaba junto a las personas sin reconocerlas? Incluso había chocado con el hombro de un joven la otra noche que estaba inocentemente mordisqueando un trozo de queso cerca de la mesa de banquete.

El queso había terminado en la fosa nasal izquierda del joven, y la anfitriona tuvo que sacarlo. Debería haber sido un asunto trivial, pero el joven era de la realeza.

Lord Darby se había disculpado de inmediato, pero sus acciones no tenían sentido. Era como si su profunda tristeza hubiera desubicado su entendimiento. Estaba chocando y tambaleándose por la vida como un viejo gusano deprimido o un monje que navegaba a la deriva en busca de su

alma perdida.

Así que Elizabeth y Jo lo tomaron sutilmente bajo sus alas y comenzaron a guiarlo lejos de problemas.

Estas cosas pesaban mucho sobre Elizabeth, al igual que el espantoso asunto de que él la tratara como un amigable gatito en lugar de una posible novia. Por lo que, cuando la señorita Cooper, hija de un conde adinerado, comenzó a mostrar interés en Lord Darby, se le erizaron los pelos de la nuca.

La señorita Cooper era una excelente captura y justo el antídoto que Lord Darby necesitaba. Era un regalo del cielo con una riqueza increíble, sangre azul y hermosas características.

Para entonces, Elizabeth estaba cansada de que las mujeres se lanzaran a los pies de Lord Darby, literal y figurativamente, y su acto de ser una joven bien educada y gentil había comenzado a desintegrarse.

Lord Darby miró el hermoso rostro de la señorita Cooper, frunció el ceño y la rechazó. Se había casado una vez y había sufrido de tal manera que no tenía deseo de repetir el estúpido error.

Este emparejamiento habría sido excelente; habría ascendido en la sociedad, pagado sus deudas y vivido una vida feliz, pero había rechazado de manera grosera y sin ceremonias la invitación de ir a un rincón oscuro y apartado con la señorita Cooper.

Tal oferta descarada había sido lanzada sin piedad, humillando a la señorita Cooper y sorprendiendo a la alta sociedad. Ahora estaba confirmado que Lord Darby ya no estaba interesado en casarse por riqueza o apariencia.

Realmente no estaba dispuesto a casarse con nadie.

Unos días después, Elizabeth y Lord Darby estaban bailando en el baile del conde de Bronny. Bailaban a menudo, y él lo trataba como su deber, tocándola lo menos posible durante todo el proceso. Apenas le hablaba, tratando de asegurarse de que la distancia que habían formado entre ellos a lo largo de los años se mantuviera y que ella no se volviera a enamorar de él.

Este muro forzado que había erigido entre ellos no pasó desapercibido para Elizabeth, por lo que, en lugar de ser placenteros, esos incómodos y obligatorios bailes se convirtieron en tortura.

También había comenzado a darle lecciones cada vez que tenían la oportunidad de estar juntos.

—No se deje influenciar por palabras dulces —dijo Lord Darby—. No se puede confiar en los hombres.

—Como diga —dijo Elizabeth, parpadeando—. Solo confiaré en usted.

—No. Todos los hombres, incluido yo, son, perdone mi lenguaje, unos canallas.

—Hablando de canallas, recientemente adquirí otro cachorro.

—¿Cuántos tiene ahora?

—Seis.

—Ah, siempre ha amado a los animales. Recuerdo ese gato. ¿Cuál era su nombre? ¿Miau Miau? —Lord Darby recordó a la mascota malhumorada que había conocido en la casa de Finnshire hace todos esos años.

Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas de inmediato, sorprendiendo a Lord Darby y dejándolo en silencio.

—¿Aún echa de menos al gato? —dijo él, apretando su mano.

Ella no respondió, pero la punta de su nariz estaba roja.

—¿Podemos descansar un poco?

Él la condujo hacia la mesa de refrescos y le entregó un vaso de limonada helada. Observó sus

pestañas caídas y sintió una repentina oleada de impotencia que lo abrumó.

Habían pasado años desde que el gato había muerto. ¿Serían cinco años? No podía estar segura. Y ella aún echaba de menos a ese gato... haber amado tanto y de manera tan profunda... de repente se sintió incómodo.

Se apartó un paso, con la intención de buscar a Jo o a alguna de sus hermanas para que la animaran, pero antes de que pudiera girarse, una voz fría vino de detrás de la columna.

—Nunca tuve interés en él —dijo la señorita Cooper a un grupo de jóvenes y brillantes mujeres—. Fue una apuesta con mi hermana, eso es todo. ¿Cómo podría mirar a un parásito de clase baja, endeudado y con un título vacío? Mi padre dice que su nacimiento es una maldición. Primero, su mala fortuna le costó la vida a sus padres, luego a su tía, su tío e incluso a su esposa. A continuación, naturalmente, será Josephine Ingram...

No pudo terminar esa frase, ya que Elizabeth saltó sobre la mesa, aterrizó detrás de la columna, enganchó la pierna de la señorita Cooper y giró hasta que la chica cayó y se golpeó la cabeza contra el suelo lo suficientemente fuerte como para ganarse un feo moretón.

Elizabeth estaba enojada, pero Lord Adair le había enseñado a mantener la cabeza fría incluso en su ira. Así que se aseguró de que la chica no sangrara.

Se arrodilló y le tomó la barbilla a la señorita Cooper, obligándola a levantar el rostro y mirarla a los ojos.

—Jo vivirá hasta los cien, recuerda mis palabras, y si muere joven, tu lengua maldita será responsable, y yo vendré personalmente a cortártela.

Los ojos de la señorita Cooper se abrieron de par en par por el miedo, pero Elizabeth no la soltó y sus dedos continuaron hundiéndose en la suave barbilla, dejando marcas rojas en forma de media luna.

—En cuanto a Lord Darby, nunca tomes su nombre en vano, o de lo contrario te cortarán la hermosa garganta.

La señorita Cooper y las mujeres que la rodeaban estaban asustadas y gritaron. Algunas incluso se desmayaron ante el horror de todo.

Más tarde, todo el asunto fue silenciado y el incidente se convirtió en una pequeña disputa entre jóvenes mujeres algo alegres.

Mientras tanto, Elizabeth, que se encontraba molesta en la casa de campo de Jane, recibió un gran piano del Duque, dieciséis rollos de seda pirata de Celine, seis pendientes de rubíes y esmeraldas de Dorothy, y un retrato de Lord Darby de Jane.

Los regalos la animaron y se olvidó del desagradable asunto. Sin embargo, el incidente dejó una profunda impresión en Lord Darby.

Capítulo Veintidós

William no se apresuró cuando Elizabeth se dirigió detrás de la columna y amenazó a aquellas mujeres; por lo tanto, permaneció ajeno a sus excelentes habilidades de combate, pero había escuchado sus palabras feroces.

Se sentó en el carruaje y miró a los sucios niños que jugaban en las calles. Habían hecho un juego de esquivar los caballos que galopaban mientras intentaban llegar al otro extremo de la carretera lo más rápido posible. Maldiciones y escupitajos seguían a los jóvenes traviesos, pero ellos reían y seguían adelante.

Él sonrió y cerró las cortinas.

Las palabras de Elizabeth la noche anterior lo hicieron sentir peculiar. Desde que entró en la casa de los Ingram, había sido visto como el salvador, protector y esperanza de la familia de su tío. Gracias a las acciones de su tío, había sido objeto de abusos verbales e insultos por parte de la sociedad, y con el tiempo, su corazón se endureció y se volvió frío.

Durante todo el calvario, nadie consideró sus luchas ni pensó que necesitara ser defendido, ni siquiera él mismo, pero de repente, una joven no relacionada con él apareció y, sin preocuparse por su reputación, luchó por él.

Quería reprender a Elizabeth por sus acciones, pero en cambio, golpeó las paredes del carruaje, cambió el destino a la famosa confitería Port and Pineapple y compró una bolsa de rosas azucaradas. Era caro, pero la persona para quien lo compró merecía lo mejor.

Metió la bolsa de papel en su bolsillo, pensando que la próxima vez que la señorita Elizabeth Fairweather estuviera triste, no esperaría a que otros vinieran a mejorar su ánimo. Lo haría él mismo.

Su ensueño fue interrumpido por una voz profunda.

—Lord Darby, deténgase.

Se giró para encontrar a un hombre alto y delgado de pie a unos pocos pies de distancia.

—¿Sí?

—Me gustaría retarlo.

Lord Darby estaba cansado y frío. Había comenzado a llover, humedeciendo el hedor de las alcantarillas de Londres y picando su piel de manera incómoda. ¿Debería ignorar al hombre o enfrentarlo?

—¿Me escuchó? —repitió el hombre, enojado.

Lord Darby levantó las pestañas adormecidas. —¿A un duelo?

—A un juego de cartas.

—No juego. No se molestó en preguntar qué había hecho para ofender a este hombre; después de todo, había perdido la cuenta de cuántas personas pensaban que era responsable de su infelicidad.

Podría ser un cobrador de deudas, el hermano de una dama a la que había rechazado, el esposo de su amante del pasado o un viejo amor olvidado que deseaba venganza, y así sucesivamente. Ya no le importaba, así que abrió el pesado paraguas negro y se alejó.

—Resolveré la deuda de Lord Pimpernickle si usted gana —gritó el fatuo descuidado.

William se detuvo.

La lluvia caía por los lados del paraguas mientras una brisa helada soplaba algunas gotas, empapando su rostro y su cuello. El sol rompió heroicamente durante un momento, haciendo que su piel brillara y que los transeúntes quedaran atónitos por su hermoso rostro, causando una

ligera congestión en la carretera.

Sin darse cuenta de la sensación que unas simples gotas de agua sobre sus pestañas habían causado, frunció los labios pensativamente e hizo que dos mujeres y un joven se desmayaran en el acto.

Este Pimpernickle era un verdadero dolor. Debido a una pérdida de negocios repentina, había recordado la deuda del difunto Sir Ingram y comenzado a acosarlo. La deuda era considerable y no podía manejarse fácilmente.

William se había encontrado con todo tipo de hombres a quienes Sir Ingram les debía dinero, y habían intentado toda clase de maneras para hacer que pagara, desde enviar cartas amenazantes o animales muertos a su puerta, tratando de robar su casa o golpear a su mayordomo, a su valet o a su cochero... algunos incluso dirigieron sus miradas malvadas hacia Jo.

A Lord Pimpernickle le gustaba seguirlo.

Lo miraba con lágrimas mientras se sostenía de las barandillas en las fiestas, amenazando con soltarse, aunque la caída al suelo no era de más de un metro. También disfrutaba beber vino en el umbral de Ingram House, sollozando durante horas por su infortunio y quedándose dormido en los escalones.

Le gustaba especialmente esconderse en el lavabo de la habitación de William y escribir largas cartas melancólicas sobre cuán miserable era su vida, cuán desamparado estaba y cómo solo podía permitirse beber una botella de champán al día.

Le hacía alarde de su cravat de seda frente a William, señalando los bordes deshilachados y llorando. Una vez incluso cantó una balada, esperando conmover su corazón frío y en su lugar hizo que los oídos de su mayordomo sangraran.

Este tipo de ocurrencias diarias rápidamente irritaban a William, y quería acabar con este asunto de una vez por todas.

Así que se dio la vuelta, miró al extraño y sintió que se tambaleaba. —¿Cuál es su nombre?

—Lancelot.

Lo estudió. —Si gana, ¿qué tengo que hacer?

—Casarse con mi hermana.

William frunció el ceño. —No acepto esos términos.

—Entonces... ¿qué tal si apostamos la misma cantidad que debe a Lord Pimpernickle?

—¿En una ronda de cartas?

—Tres rondas.

—¿Cuándo tendré que devolverle el dinero si pierdo?

—Antes de que termine el año.

—Nos veremos esta noche a las ocho en el Green’s. William accedió de inmediato. Ya debía la mitad del país; ¿qué era una persona más? Además, si ganaba, entonces Pimpernickle dejaría de ser un problema.

Resultó ser su día de suerte. Lancelot perdió espectacularmente, y William metió la suma en su bolsillo, luciendo complacido.

A la mañana siguiente, Lord Pimpernickle tomó el dinero con tristeza.

—¿Puedo quedarme un poco más? No quiero dejar esta casa. Tiene una deliciosa aura melancólica, tan morosa que siento que me está secando por dentro. Me gusta esa sensación.

—No.

—¿Puedo cantar una canción de despedida?

—No.

—¿Podemos ser amigos?

—No.

—Ahora, con esta suma, puedo casarme con la señorita Sherry. ¿Asistirá a mi boda?

—No. Adiós.

La temporada terminó sin más emoción, y durante los siguientes meses, reinó la paz hasta que Jo, Elizabeth y William fueron nuevamente lanzados al torbellino del mercado matrimonial con el inicio de la mini-temporada.

Él ayudó a las chicas a descender del carruaje a su llegada para asistir al primer baile después de la pausa y las miró con ojos amables y complacidos. Parecían más mayores y sabias, e incluso la cantidad de cosas brillantes que llevaban en el cabello se había reducido considerablemente.

Las dos jóvenes le sonrieron, con sus ojos brillando con esperanza.

Eran su familia, las únicas que le quedaban en el mundo que le importaban. Eran los repollos que había cultivado con amor y cuidado, y pronto, quizás durante esta temporada, serían recogidos por dos extraños y llevados lejos.

Sus pestañas temblaron de confusión... Ah, se quedaría solo en el mundo después de eso, y aun así, si lograban una buena unión, este maldito asunto de asistir a las temporadas terminaría para siempre.

Los repollos estaban listos, se dijo firmemente, y debían ser arrancados y enviados. Era lo mejor.

Capítulo Veintitrés

Las chicas estaban ahora desilusionadas. Habían coqueteado con todos los solteros, bailado cientos de danzas, bebido incontables copas de vino aguado y hecho muchas apuestas sobre quién se casaría con quién antes de que terminara el año.

Elizabeth continuaba actuando como la dama perfecta; desafortunadamente, Lord Darby aún no parecía verla.

En ese momento, estaba conversando con Lord Maynard, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, revelando su largo cuello. Las docenas de velas titilantes y la niebla creada por el vino que había consumido hacían que toda su figura brillara en su mirada embelesada. Sus ojos oscuros, cejas, labios que parecían mordidos y orejas en forma de concha eran, como de costumbre, los más atractivos de la sala.

Quizás no todos coincidían con su opinión, considerando su mirada desinteresada, su lengua cáustica y la presencia de Lord Adair, el Marqués de Lockwood, pero ella pensaba que no podían verlo como ella lo hacía.

Solo ella sabía que sus manos eran cálidas a pesar de su apariencia nevada y que sus palabras eran dulces para aquellos a quienes le importaba.

—Eli —advirtió Jo en voz baja—. Estás mirándolo de nuevo.

Elizabeth apartó la mirada. No estaba completamente aturdida; estaba tratando de olvidarlo y encontrar a alguien más digno de casarse. No disfrutaba estar infeliz, ni quería perseguir un sueño imposible.

Así que bailó y sonrió con muchos hombres elegibles, pero era como si un hilo invisible la hubiera atado a Lord Darby. No podía evitar sentirse atraída por los oscuros rincones en los que él elegía desaparecer, y sus ojos no podían evitar deslizarse hacia su rostro una y otra vez.

Cuando regresaban a la casa de campo de Jane, donde solían quedarse durante la temporada, fingió estar ebria y se recostó con él en la carreta. Su cálido abrigo de lana rozaba su mejilla, y su calor la llamaba como un fuego ardiente.

No estaba helado, ni mucho menos.

—Siéntate derecha—le reprendió.

Ella lo ignoró y hundió su nariz en su abrigo. Lo que el champán no había logrado, su aroma lo hizo, y pronto estaba tan ebria como un carretón, sumergiéndose en la fragancia de hojas de tabaco, pimienta cálida y whisky endulzado.

Nadie se atrevería a hacer algo así, no solo porque no era apropiado, sino porque su frío comportamiento no permitía que las mujeres se acercaran demasiado. Incluso sus amantes no se habían atrevido a yacer en su abrazo por mucho tiempo después de haber consumado el acto.

Solo Elizabeth podía ser tan atrevida.

Jane y Jo se sentaron frente a él, y él las miró suplicante. Ellas giraron la cabeza al mismo tiempo y miraron por la ventana de la carreta.

Él echó un vistazo a la suave cabeza de Elizabeth, suspiró impotente y la dejó hundirse en su hombro.

Al día siguiente, Elizabeth descubrió que Lord Darby había conseguido una amante, una cierta viuda, la señora Phibbs. Este conocimiento le provocó la misma tristeza que había sentido cuando él se casó con Mary Ingram.

Ojalá pudiera encontrar unas tijeras para cortar el hilo que la unía a él y poner fin a este amor arraigado. Comenzaba a doler, como una espina incrustada en su piel que la pinchaba de vez en

cuando, recordándole su existencia, pero imposible de extraer.

Se sentía encerrada en la sociedad, restringida de ocultar sus afectos...

Comenzó a perfeccionar sus habilidades de lucha y a entrenar más y más, mientras por la noche empezaba a arrastrar a Dimbercove en diversas aventuras. Visitaban clubes de caballeros y tugurios de mala muerte, montaban a caballo por las carreteras y robaban a su antojo, con Elizabeth disfrazada de un joven noble tonto enviado por su padre a jugar.

Pero los tesoros y las monedas no le daban placer ni un sentido de logro. Nada era suficiente para llenar la parte de su corazón que Lord Darby había vaciado.

Esto preocupaba a su familia, pero a ella no le importaba. Sus hermanas comenzaron a vigilarla de cerca, y si intentaban frenar sus maneras alocadas, Elizabeth se postraba en la cama.

Necesitaba libertad como necesitaba aire, y si alguien intentaba controlarla, caía en un abismo de oscuridad y la luz en sus ojos se apagaba.

Así que su familia la dejó libre impotentemente y hacía lo posible por mantenerla a salvo desde la distancia. Era seguida por arqueros, guardias expertos y hombres corpulentos que portaban armas letales, pero Elizabeth no sabía nada de eso. Estaba segura de que no la habían matado aún, gracias a sus habilidades y su increíble suerte.

Los meses pasaron; el invierno se convirtió en verano, y el verano en invierno. El tiempo avanzaba constantemente, pero el corazón de Lord Darby permanecía inmóvil.

Mientras tanto, Elizabeth ya no podía ocultar su amor por él. Crecía y crecía hasta que brillaba en sus ojos cada vez que lo miraba.

A él no le gustaba beber nada frío. Así que ella calentaba su bebida junto al fuego antes de dársela. Si los cobradores de deudas venían tras él en una fiesta, ella ‘accidentalmente’ le metía una cuchara por la nariz o le echaba limonada helada por la camisa. No se atrevían a quejarse ya que el Duque de Blackthorne siempre observaba los acontecimientos desde lejos con un brillo feroz en sus ojos. En tales circunstancias, nadie se atrevía a molestar a la señorita Fairweather.

Si las jóvenes e ingenuas chicas recién lanzadas a la temporada se acercaban a Lord Darby, ella era su barrera. Sus ojos fríos cortaban a las chicas aterrorizándolas, y a veces, si era necesario, recurría a sutiles amenazas y un toque de violencia para dejar en claro su mensaje.

Simplemente, a través de sus inocentes y honestas acciones, el corazón de Elizabeth se revelaba a todos, y la alta sociedad se dio cuenta de que Elizabeth Fairweather estaba locamente enamorada de Lord Darby. Pero sus miradas, que antes eran de admiración, pronto se convirtieron en lástima, ya que Lord Darby parecía ignorar el profundo amor y afecto que la joven a su lado estaba dispuesta a ofrecer.

Su lealtad y firmeza a lo largo de los años conmovieron a varios lores y damas, y, de repente, una audiencia exuberante se formó alrededor de la pareja, que aguardaba con expectación para ver cómo terminarían los dos.

—Diez chelines —rio Lady Maynard—. Se casarán el próximo año.

—Una libra —anunció Lord Pimpernickle, quien había tenido una amarga relación con Lord Darby—. No se casará con nadie.

—Apuesto a mi elefante —dijo Lord Stew—. Se enamorará de la señorita Elizabeth Fairweather antes de este verano.

—Dos tigres y una oveja —respondió sabiamente Lady Poyning—. Ya está enamorado de su reflejo. Su corazón no tiene más espacio.

Las apuestas aumentaron a medida que las temporadas cambiaban, y ahora las sumas eran astronómicas.

En este punto, toda la alta sociedad se involucró. Una mitad comenzó a alentar sutilmente a la

pareja para que se juntara, mientras que la otra mitad tramaba separarlos, dependiendo de qué lado apostaban.

Era emocionante, apasionante y oh, tan romántico. Un momento, un antiguo conde con peluca 'accidentalmente' empujó a Elizabeth a los brazos de Lord Darby; al siguiente, Lady Thistle le dio con su bastón en el pie apuesto de Lord Darby, arruinando el momento.

Si no eran empujados y tirados de los brazos del otro, se encontraban encerrados en bibliotecas, salas de estar y estudios de varias casas en Inglaterra durante reuniones y fiestas, y luego inexplicablemente liberados.

Si no eran liberados, ambos eran hábiles en escapar de situaciones complicadas, así que simplemente saltaban por las ventanas, escabulléndose por las hiedras o saltando por las barandillas para evitar ser encontrados juntos.

En lugar de ser romántico, se volvió cada vez más ridículo, y ninguno de los dos podía entender lo que estaba sucediendo.

Comenzaron a colapsar en ataques de risa después de cada incidente y luego se preguntaban si era un enemigo que tramaba su ruina. ¿Era alguien que quería dañar su buen nombre familiar y arruinar las perspectivas de Jo?

Poco sabían que era una alta sociedad aburrida en busca de entretenimiento, y estos dos se habían convertido en el objetivo de una diversión inocente.

Elizabeth no se habría molestado en escapar. Después de todo, ¿qué mujer locamente enamorada rechazaría estar atrapada con su objeto de afecto y luego ser 'forzada' a casarse con él? Pero Jo aún no se había casado, y Lord Darby estaba plagado de escándalos y no podía permitirse otro. Así que reprimió su travieso corazón y obedientemente esperó su turno.

Tan pronto como Jo se casara, se permitiría ser atrapada.

***

Por otro lado, William se sentía cómodo en la sociedad por primera vez. Los hombres dejaron de molestarlo, pensando que era malhumorado debido a la trágica vida que había llevado, mientras que las mujeres eran apartadas silenciosamente por la joven leona a su lado.

Todo por lo que tenía que preocuparse era por pagar las deudas y encontrarle a Jo un marido.

Mientras tanto, la única persona con la que se había encontrado recientemente en situaciones comprometedoras era Elizabeth, pero ella era una chica sensata que lo ayudaba con gusto a disipar el escándalo antes de que arraigara. Era brillante para escapar, y si las ventanas no se abrían, las rompía.

Nada detenía a la chica de proteger su virtud, y era admirable.

Pensaba en Elizabeth con cariño. Esa chica estaba realmente convirtiéndose en una joven bien educada y dulce. Sus días salvajes parecían haber terminado, y se alegraba de que Jo la hubiera hecho amiga todos esos años atrás.

A veces, se encontraba sonriendo al pensar en cómo Elizabeth lo ayudaba sutilmente a salir de un aprieto. Ocurría tan a menudo que se había acostumbrado a ello. A menudo atrapaba su mirada cuando alguna chica se le acercaba, y Eli contenía la risa y acudía a su rescate.

Nunca había pedido ayuda a nadie antes porque nunca había pensado que alguien pudiera ayudarlo. Además, tenía su orgullo, pero ese orgullo parecía derretirse como cera caliente a su alrededor.

Giró el líquido ámbar en la copa y tomó un sorbo. El brandy le ardió al bajar por la garganta, y su mente fue inexplicablemente hacia el suave cuerpo de Eli presionado contra él la última vez que habían estado encerrados juntos.

Su agarre se apretó en la copa. Habían estado atrapados en la bodega de vinos, y la completa

oscuridad la había aterrorizado.

Conocía un poco de su miedo. Jo le había contado que Eli guardaba un balde de velas bajo su cama, como si temiera quedarse sin ellas. Toda una pared en la casa Fairweather estaba dedicada a las velas de cera de abeja que la más joven de las Fairweather había coleccionado a lo largo de los años.

Era porque había sido encerrada por las chicas en un cuarto oscuro en un seminario. Podía manejar su miedo siempre que tuviera algunas velas y una caja de yesca con ella.

Pero ese día, no las tenía.

El delicado vestido de muselina azul pálido que llevaba y el pequeño retículo le habían dejado sin un lugar donde esconder las velas. Quizás nunca había esperado encontrarse en una posición tan cruel en una inofensiva cena.

Por una vez, había estado mal preparada.

La anfitriona había estado mostrando a un grupo de personas su recién decorada galería ancestral, que tenía horrendos bustos y pinturas en exhibición.

Elizabeth y Lord Darby habían sido parte de este grupo, pero de repente se encontraron solos en algún momento. Se miraron y pusieron los ojos en blanco, como diciendo: “No otra vez”.

Él le había agarrado los codos y la había guiado fuera de la habitación cuando un grito penetrante los hizo congelarse.

Elizabeth había volado hacia el sonido sin pensarlo, y él la había perseguido, sintiendo un presentimiento. El grito provenía de la bodega de vinos.

Ella bajó apresuradamente las escaleras, pero en el momento en que ambos estuvieron bajo tierra, el cerrojo se cerró de golpe detrás de ellos.

La repentina oscuridad hizo que Elizabeth se congelara y emitiera un suave sonido, y él inmediatamente la tomó en sus brazos y la mantuvo cerca.

Su primer pensamiento fue de preocupación. ¿Podría manejar esto? Luego se dio cuenta de que era suave como un almohadón lleno de plumas—no, no un almohadón, sino un ganso tembloroso.

Quiso reírse del absurdo pensamiento, pero su respiración entrecortada le recordó que debía tragarse la risa y concentrarse en calmarla.

La sostuvo durante mucho tiempo, susurrándole tonterías. Su mano acariciaba su espalda en suaves y largos movimientos cuando sus palabras fallaban.

Estaba oscuro, sin indicios de luz, por lo que sus sentidos se amplificaron. Podía oír el suave roce de la seda cruda bajo sus dedos y su respiración agitada.

—Pronto saldremos —dijo con calma. — Noté que las bisagras de la puerta estaban oxidadas. Si usamos una cuña y algo para golpearla, podemos abrirla fácilmente. ¿Qué opinas?

Ella no respondió, pero se agarró a su camisa y hundió su cabeza en su pecho. Una vez más sintió la urgencia de reírse, pensando que era adorable.

Aguardó su sonrisa, sabiendo que ella lo sentiría y se molestaría. —Te dejaré ir un momento para que mires—. No pudo terminar la frase, pues de repente ella soltó su ropa, envolvió sus brazos alrededor de su cintura y se presionó completamente contra él, dejando ni un resquicio de espacio.

De repente, pudo sentir cada pulgada de su suavidad... era tan fácil de abrazar.

Tan increíblemente cálida.

Su aliento tembló contra su nuca por el miedo, y por un momento casi cedió a un impulso travieso de inclinarse y morder su piel cuando el mayordomo abrió de repente la puerta buscando reponer el champán.

Regresó al presente y terminó la bebida.

Era como Jo; ¿cómo podía siquiera pensar en ella de esa manera? Se había sentido completamente disgustado consigo mismo.

Era un rayo de sol que nunca podría atrapar y solo podría adorar desde la distancia. Merecía vivir una vida de lujo y contento, y no estar atada a un hombre amargado como él.

No, no se atrevía a sentir más y tampoco se atrevía a pensar en ello.

En conclusión, la oscuridad y el miedo lo habían excitado, no ella.

Nunca podría ser ella.

Satisfecho con esta conclusión, enterró el asunto en lo profundo de su corazón y volvió a contemplar su futuro.

Su vida estaba transcurriendo sin problemas en la sociedad, excepto por el asunto de Jo que seguía buscando un hombre. Aparte de eso, la aparición de Lancelot se había convertido en una bendición.

La segunda vez que recibió un mensaje pidiéndole que se encontrara con Lancelot, llegó para descubrir a un hombre completamente diferente con el mismo nombre de pie frente a él. Era bajo y delgado con un hermoso bigote, y también había propuesto una ronda de cartas y perdió espectacularmente justo cuando William necesitaba dinero urgentemente.

La tercera vez, había estado preocupado por un miembro de parlamento engañoso, Lord Melford, que había amenazado con secuestrar a Jo cuando un Lancelot mudo había aparecido sosteniendo una carta en la mano que implicaría a Lord Melford como un traidor y lo enviaría a prisión.

William se consideraba malhumorado, pero no tonto. Se dio cuenta de que alguien lo estaba ayudando y se preguntó quién era.

Lancelot, se dijo mientras se acariciaba el labio inferior pensativamente, era un nombre terrible.

Aunque su benefactor secreto pretendía ser amable, era una lástima que tuviera que agregar otro nombre a la larga lista de personas a las que le debía una libra de su carne.

Capítulo Veinticuatro

La lámpara de gas proyectaba un brillo dorado sobre los escalones cubiertos de nieve, y una fría bruma difuminaba la vista más allá de la mansión del conde Pettwood.

Elizabeth se apresuró a entrar, se despojó a regañadientes de su cálido abrigo de piel y se cambió a sus zapatos de baile.

La arquitectura de la mansión era peculiar y la decoración extraña. Las paredes estaban cubiertas de arriba a abajo con pinturas que representaban frutas y verduras disfrazadas de seres humanos.

Mientras esperaba a que la anunciaran, estaba admirando la imagen espantosa de una papa verde intentando liberarse de un suelo fangoso cuando sus ojos se posaron en un rostro familiar.

¡La señorita Felicity Fortune! Sus ojos se iluminaron y su mente volvió instantáneamente a sus días en Atterberry House.

—Señorita Fairweather —dijo Felicity con una reverencia.

Elizabeth sonrió, sintiendo un genuino deleite al encontrarla así. La animosidad entre las dos se había enfriado con los años, y lo único que quedaba era curiosidad.

Se evaluaron francamente. Felicity había adelgazado aún más, lo que realzaba su belleza etérea. Pero a pesar de su atractivo y logros, seguía soltera y ahora tenía un pie en la estantería.

Los rumores decían que el mejor amigo del rey, el muy bien conectado y poderoso Lord Snyder, había estado persiguiéndola activamente durante los últimos años y que estaban al borde de un compromiso.

Era cierto que el rey era objeto de burlas a puerta cerrada, y el respeto que alguna vez se le otorgó a la realeza se había desvanecido en la actualidad. Sin embargo, seguía siendo uno de los hombres más poderosos del mundo. Por lo tanto, un amigo cercano suyo, especialmente alguien tan astuto como Lord Snyder, no podía ser pasado por alto.

Lord Snyder era un hombre alto y delgado con una barba gris y ojos oscuros que tenían un destello cruel, como un estanque de agua negra con una moneda girando en sus profundidades—siniestra y aterradora. A diferencia de algunos villanos que preferían ocultar sus horribles corazones, Lord Snyder no intentaba disimular su maquiavelismo.

Era insolente en sus tratos, disfrutando plenamente de su poder. Pocos se atrevían a oponerse a él, ya que su ascenso al éxito había destruido innumerables hogares aristocráticos. Si Felicity se casaba con él, sería catapultada instantáneamente a la posición de la mujer más poderosa de Inglaterra.

Era ambicioso por parte de Felicity elegir a un hombre así, reflexionó Elizabeth con una mirada de reojo a la chica que caminaba junto a ella, y muy valiente.

Las dos chicas se abrieron paso en el abarrotado salón de baile y sintieron de inmediato el cálido abrazo creado por los innumerables cuerpos.

Felicity se subió los guantes más arriba del codo, con los ojos puestos en la multitud.

Elizabeth notó un leve tinte azul en el brazo de la otra chica antes de que la seda blanca lo cubriera. —¿Estás... bien?

Felicity parpadeó. —Sí, ¿por qué?

—Sin razón.

Se separaron sin una palabra hipócrita, lo que refrescó a Elizabeth. Felicity era una de las pocas que la entendía y naturalmente prescindía de conversaciones falsas.

Jo estaba junto a la mesa de refrigerios, mirando la comida con desdén. Todo parecía extraño:

el río hecho de gelatina retorcido como intestinos, los sándwiches rellenos de pescado triturado olían como la calle de los pescaderos de Londres, y las bebidas estaban teñidas con flores, haciendo que la jarra de limonada pareciera agua lodosa y el vino como jugo podrido.

Jo miró a Elizabeth. —Prepárate; está aquí la señora Phibbs.

Elizabeth se congeló y se volvió hacia la dirección en que el extremo de marfil del abanico de Jo apuntaba. Sacó su catalejo y observó detenidamente a la mujer.

La señora Phibbs era delicada, como una muñeca de porcelana. Clara, con una dulce sonrisa, mejillas sonrosadas y grandes ojos parpadeantes, era incluso más alta que Jo y se encontraba tan cerca de Lord Darby que si hubiera inclinado la frente, habría rozado su nariz.

Lo peor era que Elizabeth podía ver un destello de algo profundo en los ojos de Lord Darby mientras observaba a la mujer frente a él. Era una expresión que nunca había visto antes, como si tuviera llamas maliciosas atrapadas en sus pupilas.

Un momento después, tomó el codo de la señora Phibbs y la giró suavemente alejándola de un viejo borracho que se había acercado demasiado.

—¡Eli, no aplastes el huevo duro!

Elizabeth apartó la vista del catalejo y miró su mano. Trozos del huevo se habían escurrido entre sus puños. No recordaba haberlo recogido. —No es un huevo —frunció el ceño—. Se siente como un huevo, pero es verde... ¿Está mohoso? ¿Qué es?

—Huevo. Mira aquí; fue teñido como los demás —dijo Jo, sacando su pañuelo y limpiando rápidamente la mano de Elizabeth—. Mantén la cabeza baja.

—¿Por qué?

—Tus ojos se han puesto rojos.

—No voy a llorar.

—¿Quieres salir un momento?

Elizabeth asintió y siguió a Jo afuera sin saludar a nadie. Sacaron sus abrigos del guardarropa y salieron al aire ártico.

Los copos de nieve que besaban su rostro se sentían bien esta vez, y acogió el agudo frío. Respiró profundamente, deseando que su cabeza comenzara a doler tan terriblemente que cubriera todos los pensamientos.

Pensamientos que rondaban territorios peligrosos. Pensamientos que la llevaban a arrancar los ojos de la señora Phibbs y jugar con ellos, o a arrojar a la señora Phibbs por completo a la parte más profunda del océano tras atarle las manos y los pies con cadenas de hierro, o a arrancar cada hebra de su cabello—

—¿Imaginando cómo te gustaría destruir a la señora Phibbs? —preguntó Jo.

—¿Conoces a una bruja que pueda lanzar hechizos?

—No.

—¿Sería demasiado, —preguntó Elizabeth con cautela— si esa horrible mujer desapareciera?

—Sí.

—¿De verdad le gusta?

—Le gusta llevarla a la cama.

Elizabeth sintió un dolor agudo en las sienes como si un picador de hielo hubiera excavado en su cráneo. ¿Por qué no podía el hombre disfrutar de llevarla a la cama a ella en su lugar? ¿Acaso no había estado dispuesta?

Aquella vez en la bodega de vinos, cuando se habían abrazado, había sentido el cambio. Por primera vez en su vida, había dejado de temer a la oscuridad, olvidando las velas y las cajas de yesca y queriendo que la profunda oscuridad permaneciera.

De repente, había apreciado el misterio, la emoción y el entusiasmo de una habitación desprovista de luz. No se sentía asustada mientras él estuviera a su lado.

Las cálidas manos se habían apretado en su cintura y, oh, tan brevemente acariciaron hacia arriba cuando de repente un idiota había abierto la puerta y los había salvado.

Un quejido femenino interrumpió sus tumultuosos pensamientos.

Jo la arrastró a las sombras y puso un dedo en sus labios. Elizabeth parpadeó y se obligó a concentrarse en su entorno.

—Lord Darby —la voz de una joven risueña flotó hacia ellas.

Esta noche, parecía que todos estaban pensando en él. Quizás su romance con la señora Phibbs había hecho que las damas de la alta sociedad temieran que uno de los hombres más guapos de Inglaterra estuviera a punto de ser atrapado por segunda vez, creando así un sentido de urgencia y pánico.

—Pero él está con la señora Phibbs —respondió una voz masculina mayor.

—Padre —rogó una joven en un tono sumamente irritante y agudo—. Padre, Padre, por favor, Padre. Quiero casarme con él.

Elizabeth y Jo se pusieron de puntillas y se acercaron a las voces.

La señorita Reed, una chica de dieciséis años que recientemente había sido presentada en sociedad, tiró del abrigo de seda de su padre suplicando. Sus grandes ojos parpadeaban rápidamente y su boca hacía pucheros como un pez con labios gruesos. —Por favor, solo lo quiero a él.

—Hemos hablado de esto...

La señorita Reed se llenó de lágrimas, y el señor Reed se derritió de inmediato. Le acarició la cabeza a su pequeña. —Ah, no llores, hija. Si es él a quien quieres, que así sea.

Elizabeth y Jo miraron la escena que se desarrollaba ante ellas con asombro. ¿Era Lord Darby un nabo que la familia Reed pudiera comprar fácilmente en el mercado de verduras?

—La señora Reed es formidable —susurró Jo tan pronto como el padre y la hija se alejaron.

—Casó a su hija mayor con un príncipe usando excelentes habilidades de engaño, así que no importa si la menor se casa con mi primo desdichado, pero horriblemente guapo.

—Me importa a mí.

Jo suspiró. —Han pasado tantos años, Eli.

—No puedo evitarlo.

Jo guardó silencio por un momento. —La señora Reed está junto a las puertas francesas. ¿Vamos a seguirla?

Elizabeth se frotó los brazos fríos y asintió firmemente. —Salvemos nuestro nabo.

El plan de la familia Reed no era extravagante, pero a veces, los planes más simples son los más peligrosos.

El señor Reed fingió haberse lastimado la pierna y "se encontró" con Lord Darby. Lord Darby no reconocía su nombre y no tenía tratos con este anciano; además, no quería ser grosero y marcharse por si el anciano estaba realmente herido, así que lo ayudó a caminar hacia la vacía sala de la mañana.

El señor Reed lo empujó rápidamente dentro y cerró la puerta con llave.

La señorita Reed, que esperaba en la sala de la mañana, no perdió tiempo en palabras. La señora Reed había sido tajante en que todo debía hacerse rápidamente y sin titubeos, así que la señorita Reed escuchó a quienes eran más sabios que ella y se aferró al asombrado botón dorado de Lord Darby sin decir una palabra.

Elizabeth saltó por la puerta francesa al mismo tiempo y se pegó a su espalda; mientras tanto,

Jo, sin dejar que la dejaran atrás, los rodeó a los tres con sus brazos.

Podrían haber salido por las amplias puertas francesas y arrastrado a Lord Darby con ellas, pero no lo hicieron.

¿Por qué no? Esa era una incógnita.

Quizás estaban acostumbradas a ser sorprendidas en posiciones comprometedoras, y simplemente alejarse parecía una respuesta demasiado fácil.

El grupo permaneció en silencio, escuchando los pasos resonando arriba en el salón de baile. La brisa revoloteó en el cabello de Elizabeth, y quiso estornudar, pero lo contuvo.

Mientras tanto, las paredes seguían reverberando con el sonido de la orquesta, los pies moviéndose y el murmullo de la charla. La araña titilaba alarmantemente, y las llamas de las velas en la habitación danzaban con nerviosismo.

Finalmente, la puerta se abrió, y la señora Reed y un grupo de damas y caballeros mayores asomaron la cabeza.

Estaban naturalmente desconcertados.

En lugar de un interludio apasionado, encontraron a tres mujeres aferrándose a un hombre como si lo estuvieran consolando tras la pérdida de su madre.

Esto… ¿qué se suponía que debían hacer en una situación así? No podía casarse con tres mujeres, pero tampoco podían insistir en que eligiera a una.

Además, ese abrazo era más como un grupo de gorilas de montaña protegiendo a sus crías que un apasionado ménage à trois.

El pesado silencio y el estancamiento se rompieron finalmente cuando una parte del falso techo se rindió bajo incontables pies que lo pisoteaban y colapsó.

Trozos de yeso y molduras cayeron al suelo y cubrieron al grupo de polvo.

Todos gritaron mientras la señorita Reed se desmayaba junto a otros dos caballeros. La señora Reed y el señor Reed agarraron a su hija y corrieron al jardín solo para encontrarse con un leopardo hambriento que había escapado de sus confines.

Recuperaron la cordura y comenzaron a correr de nuevo, pero el leopardo los persiguió. Cuando la familia cayó al suelo y se resignó a ser devorada, el conde Pettwood llegó, sacó un silbato de hojalata y sopló.

El leopardo se congeló.

El conde Pettwood entrecerró los ojos:

—Ve a tu habitación y reflexiona.

El leopardo aplanó las orejas y miró de vuelta con los ojos muy abiertos, su expresión descontenta por haber sido obligado a detener su juego.

La expresión inocente no conmovió al conde Pettwood, y volvió a soplar el silbato.

El animal amonestado se estremeció y aceptó la derrota. Se alejó obedientemente hacia la parte trasera de la mansión como si realmente tuviera un dormitorio asignado.

Y sabiendo del excéntrico comportamiento del conde Pettwood, esto estaba enteramente dentro del ámbito de lo posible.

***

Al otro extremo del jardín, Elizabeth y Jo se quitaron el polvo, alisaron su cabello y pidieron el carruaje mientras William se quedaba admirando a sus salvadoras desde los escalones torcidos y cubiertos de nieve de la mansión.

En estos días, las madres de las chicas solteras se habían vuelto más peligrosas. Habían aprendido de sus predecesoras y evitaban los obstáculos habituales, y, como chimpancés en evolución, se volvían más hábiles en atrapar a su presa.

Pero Elizabeth siempre parecía un paso por delante y aparecía a su lado como un trébol de cuatro hojas cada vez que la necesitaba. De otro modo, con su miserable infortunio, ¿cómo podía el techo romperse en un momento tan oportuno? Tenía que ser por la mano celestial sobre la hermosa y suave cabeza de Elizabeth.

Se acercó a las dos chicas, incapaz de decidir si admirar su rápida respuesta, sentirse conmovido o exasperado. Podía haberse salvado a sí mismo; simplemente Elizabeth nunca le permitía enfrentar esos desafíos solo.

La luz de la luna brillaba sobre él, iluminando sus pupilas llenas de emociones complejas. La brisa nocturna desordenaba su cabello, y un mechón oscuro caía encantadoramente sobre su frente, haciendo que su ya atractivo rostro se viera aún más deslumbrante.

—Gracias, pero tu ayuda era innecesaria —dijo él, con una voz que era un fino hilo reprimido en la caótica noche, pero Elizabeth lo escuchó.

Sus mejillas se sonrojaron, y giró la cabeza, alejándose con un movimiento.

El carruaje apareció como si hubiera sido convocado por sus ardientes ojos, y se marchó sin pronunciar otra palabra.

—¿Qué hice? —preguntó William confundido.

—Te atreviste a coquetear con la señora Phibbs delante de todos y desestimaste su intento de salvar tu virtud. Heriste los sentimientos de Eli.

William se tensó, y sus dedos temblaron ligeramente mientras apartaba el mechón de su cara.

—¿Los sentimientos de Eli?

—A veces, puedes ser tan tonto.

—¿Eh?

—Lleno de espuma. Burbujas vacías. —Jo suspiró y sintió lástima por su rostro destrozado—. Ella siempre te ha amado, primo. Nunca ha habido ni habrá nadie más.

Capítulo Veinticinco

Era tarde, tan tarde que los pájaros estaban a punto de despertarse y trinar. Un vaso de whisky imitaba las llamas que ardían frente a William, mientras el cigarro atrapado entre sus dedos laxos emitía en silencio plumas de humo fragante.

La tormenta de nieve cobró valor y comenzó a golpear con fuerza los cristales de las ventanas. Se alegraba de haber dejado el baile del conde Pettwood temprano; de lo contrario, podría haberse quedado atrapado en la mansión, esperando a que las carreteras se descongelaran durante media semana.

¡Bah! Había reflexionado sobre los efectos de la tormenta, se había preguntado por la ventana rota que resonaba en algún lugar de la casa, e incluso había pensado en la condenada seguridad de los gatos y ratones durante el invierno.

Aun así, no lograba inclinarse hacia atrás, cerrar los ojos y dormir.

Nada había interferido con su sueño antes: ni los prestamistas, ni la noche en que supo que debía casarse con Mary, ni los cobradores de deudas, ni el día en que Jo se fue al seminario, ni siquiera cuando su tío murió. Ninguna de esas personas o eventos le había robado el sueño.

Pero la señorita Elizabeth Fairweather lo había hecho.

Ella le había robado el descanso nocturno y lo había arrojado al purgatorio.

Y ahora, mientras Londres dormía, con solo el crepitar del fuego y una tormenta furiosa como compañía, no podía evitar recordar las palabras de Jo, atrapadas en los copos giratorios y dispersadas tan fácilmente.

Su mente había evitado reflexionar sobre ello toda la noche, pero necesitaba enfrentar el asunto que lo atormentaba.

Elizabeth Fairweather estaba enamorada de él.

Maldijo y golpeó el vaso contra la mesa, haciendo que el whisky saltara por el borde y le empapara la muñeca. Si tan solo su mente pudiera dispersar ese conocimiento en la nada, como el viento frío.

¿Lo amaba o lo veía como alguien inalcanzable y, por ello, le intrigaba?

Elizabeth siempre conseguía lo que quería, por lo que, para ella, él era un fruto prohibido. Su interés por él desaparecería en cuanto lo tuviera.

No lo amaba; nadie podía hacerlo.

Ah, las mujeres admiraban su aspecto y querían llevarlo a la cama, pero eso no era lo mismo que amar a alguien.

Escondía su oscuro y vengativo corazón y el rencor que sentía hacia la familia Ingram, nunca dejando que el mundo viera cómo lidiaba con los cobradores de deudas difíciles, las cartas de chantaje o incluso sus apasionados amoríos.

Nadie podía admirar o amar a alguien como él.

Querían al caballero erudito, de buen porte y linaje empobrecido. Lo compadecían y querían sanar sus heridas, pero él era más fuerte de lo que pensaban. Era lo suficientemente fuerte para contraatacar, y lo hacía, aunque desde las sombras.

Llevaba a sus enemigos a pensar que era un animal débil e indefenso, que se debatía en aguas profundas, incapaz de mantenerse a flote. Pero justo cuando pensaban que lo habían atrapado, atacaba como una víbora, dejándolos con espuma en la boca y retorciéndose hasta que se veían obligados a rendirse.

Había tratado con muchos jugadores difíciles de este modo, a veces sin importarle si sus

familias quedaban destruidas. Él no había hecho esas apuestas; así que pagaría hasta donde pudiera, pero si se trataba de arruinar su vida y la de Jo por el bienestar de otro, se negaba a ceder.

Era egoísta, con un fuerte deseo de sobrevivir. No era el mártir indefenso que todos asumían, y detestaba ser uno. Nunca se inclinaría ante nadie ni admitiría derrota. Nunca se escondería de la Sociedad, sin importar cuánto abuso le lanzaran.

Tenía una cosa, y eso era orgullo, y lo mantendría hasta el final.

En cuanto a esa chica tonta, no lo conocía ni lo entendía. Solo veía lo que él permitía que el mundo viera. Entonces, ¿cómo podría amarlo?

De repente, se echó a reír.

¿Acaso la menor de las señoritas Fairweather entendía siquiera lo que significaba estar enamorada de un hombre?

El vaso de whisky continuaba brillando, intentando tentarlo para que lo bebiera y calmara la tormenta en su corazón.

Arrojó el cigarro al fuego, tomando su decisión. Jo seguía soltera, y no podía permitir que Jane, Lady Savill, continuara financiando su temporada.

Este año sería la última incursión de Jo en el mercado matrimonial, y si no lograba encontrar a un hombre adecuado, entonces así sería su destino.

Él se retiraría de la sociedad de inmediato y dejaría que Lady Fowler, su vieja y olvidadiza tía que se había mudado tras la muerte de Mary Ingram, acompañara a Jo y la acompañara en las fiestas restantes.

Quizá, en su ausencia, las dos muchachas encontraran el amor.

Después, se mudaría a la casa familiar en el campo y viviría solo. Si Jo no se casaba, podría hospedarse con una compañera empobrecida en una cabaña junto al mar.

Sin darse cuenta, se condenó a ser lo que más odiaba. Se convirtió en un mártir débil, dispuesto a sacrificar su felicidad y la de Jo para proteger el futuro de Elizabeth. Su extraña decisión nunca le pareció inusual; por lo tanto, nunca la cuestionó.

Solo sabía que esto era lo correcto.

Sus ojos se entrecerraron, y el sueño finalmente lo llamó. Se levantó con esfuerzo y caminó hacia su habitación con pasos pesados. Durante toda esa noche, la señora Phibbs nunca cruzó por su mente, y el whisky permaneció intacto.

***

Mientras tanto, Elizabeth fue sorprendida robando el carruaje de Lord Snyder.

Lord Snyder quedó tan encantado con su aspecto, vestida como una salteadora de caminos con una capa de cuero de becerro negro y pantalones de gamuza, que decidió olvidar a Felicity Fortune y casarse con ella.

Elizabeth escapó esa noche, pero el asunto no terminó.

Lord Snyder llegó con la propuesta de matrimonio a la residencia del duque al día siguiente, pero fue convencido de retrasar su ferviente deseo, ya que la familia insistió en que Elizabeth estaba enferma y había perdido temporalmente la memoria.

Quince días después, en la casa de Richard Henry Bellmore, el conde de Savill, las hermanas se reunieron para visitar al bebé que Jane había dado a luz recientemente.

Lady Jane Savill le entregó el bebé a Penelope y desvió la conversación de los eructos y baberos hacia asuntos más importantes.

—La última vez que hablamos, Elizabeth fue sorprendida robando el carruaje de Lord Snyder.

Dorothy asintió.

—Sí, se disfrazó como un salteador de caminos y, junto con Dimbercove, detuvo su carruaje. Él llevaba una pistola, y los atraparon. Ese viejo lascivo, Lord Snyder, descubrió su identidad y de inmediato amenazó con contarlo a la Sociedad a menos que se casara con él.

Jane frunció el ceño.

—Recuerdo los detalles. Convencimos a Lord Snyder de darnos tiempo, y ahora vuelve a impacientarse y pide una respuesta. Elizabeth ha estado disfrutando su papel de mujer con amnesia, pero sigo pensando que lo mejor es enviarla a algún lugar para esconderse hasta que encontremos algo con qué amenazar a Lord Snyder y obligarlo a abandonar esa idea. Sabes que Eli tiene la costumbre de buscar el peligro, y si Lord Snyder la atrapa en una de sus escapadas, será difícil salvarla por segunda vez.

Penelope miró preocupada al bebé en sus brazos.

—Incluso el duque desconfía de Lord Snyder. Sospecha que el hombre está jugando un juego político insidioso que involucra a muchos miembros de la realeza europea. Su poderosa red es difícil de romper, y no podemos darnos el lujo de enojarlo. Esta vez, la situación es grave.

El niño empezó a llorar, tal vez percibiendo la atmósfera tensa. Dorothy tomó al bebé de manos de Penelope y caminó por la habitación, con el ceño fruncido de preocupación como las otras hermanas.

Tenían tantos niños ahora que cada vez que se reunían, nadie podía decir con certeza a quién pertenecía cada uno. Las hermanas cuidaban de todos ellos como si fueran propios.

El ambiente en la habitación era cálido y caótico, con el aroma de leche, pastel de limón y té dulce en el aire, en marcado contraste con el tema siniestro de la conversación.

Dorothy dejó al bebé en la cuna y se volvió hacia la cama.

—Jane, ¿qué quisiste decir el otro día cuando dijiste que ahora Eli desprecia a Lord Darby? Pensé que lo amaba.

Jane era la más cercana a Elizabeth y había estado financiando la temporada de Jo, por lo que estaba más al tanto de las corrientes ocultas que las otras hermanas. Les aclaró ahora:

—Después de que él exhibió su afecto por la señora Phibbs en la fiesta del conde, el corazón de Elizabeth se amargó. Después de eso, él se negó a acompañar a Jo a los eventos sociales y, en cambio, envió a Lady Fowler, una tía de Jo, como chaperona. Un día, se encontró con Elizabeth por casualidad en la calle Mayfair y la ignoró completamente. El orgullo de Elizabeth finalmente se hirió lo suficiente como para que renunciara a él.

—Ah, por eso ha estado buscando el peligro —comentó Celine con simpatía.

Penelope sopló un rizo gris de su cara.

—Hay una delgada línea entre el amor y el odio. Un paso en falso, y puede irse en cualquier dirección.

Las muchachas reflexionaron en silencio por un rato.

Penelope sacó a uno de los niños de debajo de la cama y puso a otro, que de alguna manera se había empapado, a secarse en un charco de luz solar que entraba por la ventana. Dijo:

—La suerte y nuestra protección han mantenido a Eli a salvo hasta ahora, pero temo que nos descuidemos, y que un día termine lastimada. Las calles de Londres son cada vez más inseguras y peligrosas, y hasta los guardias del duque están teniendo problemas para mantener la paz.

—Puede lidiar con los matones —replicó Jane—. Pero es de Lord Snyder de quien debe esconderse hasta que él se rinda y vuelva con Felicity Fortune.

Celine respondió pensativa:

—Lord Darby es el único que puede hacer que se comporte. No nos escuchará a nosotras.

—¿Pero cómo logramos que él la tome bajo su protección? —preguntó Dorothy.

Las hermanas guardaron silencio una vez más. ¿Cómo convencer a un viudo de que tome bajo su ala a la mujer a la que estaba evitando? Más importante aún, ¿cómo lograr que se enamore de ella?

Durante los últimos dos años, la Sociedad había emparejado a William y Elizabeth como enemigos y amantes, y no había funcionado, pero ahora las hermanas se encontraban en una situación en la que no les quedaba otra opción más que intervenir.

Si Lord Darby no se enamoraba de Elizabeth, la menor de las Fairweather seguiría buscando el peligro, lo cual podría eventualmente llevarla a un trágico final.

Los corazones de las hermanas temblaron al pensar en perder a su querida hermana.

No, nada podía dañar a la pequeña.

Debían hacer todo lo posible para arrancarla del borde del abismo y arrojarla de una vez por todas a los brazos de Lord Darby.

Capítulo Veintiséis

Lady Huxley, es decir, Dorothy, organizó una fiesta en su casa de campo, ya que la temporada había terminado.

Era un día agradable, justo en el umbral del verano, con flores en abundancia y el aroma de la hierba húmeda y los excrementos de animales perfumando el aire.

Jo y Lord Darby llegaron a regañadientes para dos días de picnic y baile. Lord Darby no quiso rechazar la invitación, redactada en términos firmes, ya que las hermanas habían cuidado excelentemente de Jo; por lo que, después de meses de hibernación, aceptó asistir a un evento social.

Como una rara orquídea, saltó fuera del carruaje y se dirigió al interior, mientras que Elizabeth pronto se llevó a Jo a otro lado.

Las jóvenes salieron a caminar con la señorita Laura Pekham, una antigua amiga de la escuela, y entre las rosas en flor, recordaron los buenos tiempos.

El sol brillaba, la vegetación estaba lozana y el cielo azul estaba lleno de nubes esponjosas.

Poco después de que la señorita Pekham regresara al interior para coquetear con su prometido, Elizabeth se volvió hacia Jo con lágrimas en los ojos.

—La señorita Pekham… pobre.

Jo la miró de reojo.

—¿Qué le pasa?

—Escuché que su padre se casó con una mujer joven, no mayor que ella. Estoy segura de que la nueva y vivaz madrastra maltrata a nuestra dulce Pekham. Pude ver la tristeza escapando de sus poros.

—A mí me pareció bastante alegre.

—¿Alegre? Jo, la mujer estaba gris y parecía estar al borde de la muerte —Elizabeth se llevó una mano al pecho—. Ah, Pekham es tan valiente. No puedo soportar mirarla.

Jo sacó una manzana de su bolsillo y le dio un mordisco crujiente.

—La madrastra de Laura tiene diez años más que ella y es muy amable. En cuanto a parecer que tiene un pie en la tumba, solo tiene un resfriado leve y está congestionada.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Por qué no me permites tener mis fantasías? Tengo ganas de sentirme triste y de buscar historias tristes. Quiero estar de mal humor. Siempre eres así.

—Ser miserable es una pérdida de tiempo.

—No me gustas.

—¡Bah! Entonces devuélveme los duraznos en conserva que te di.

Su discusión terminó cuando, de repente, Lord Darby apareció frente a ellas.

Elizabeth se quedó congelada de sorpresa.

Habían pasado unos meses desde la última vez que lo había visto. La última vez que se encontraron fue en Mayfair Street, cuando él la despreció.

Lo había visto desde el otro lado de la calle, le había sonreído educadamente y asintió, mientras él alzaba la nariz y se marchaba sin siquiera reconocer su presencia.

Su aventura con la señora Phibbs la había lastimado, pero su total desprecio hacia su existencia le había causado un dolor aún mayor.

Ese día, una daga invisible se había clavado en su corazón.

Había sufrido y sufrido hasta que su tristeza se convirtió en furia. ¿Cómo se atrevía ese

hombre a no brindarle siquiera la cortesía básica de un saludo?

Incluso ahora, él parecía inclinado a ignorar su presencia: miraba a todos lados menos a ella.

Quería alejarse furiosa, pero sus pies se negaban a moverse. Sus ojos lo recorrieron con avidez, absorbiendo todos los cambios que los últimos meses de separación habían causado en él.

Su piel había vuelto a palidecer y perdido ese tono dorado, pero el resultado no era desagradable. Parecía esculpido en marfil, etéreo y fuera de este mundo, pero sus ojos seguían siendo negros e incomprensibles como siempre.

Su piel se sonrojó y las puntas de sus orejas comenzaron a calentarse. Deseaba haber traído un parasol, eligiendo creer que era el maldito sol quien la estaba asando y no su presencia.

Él dejó de caminar, parpadeó y asintió, como si despertara tardíamente de un ensueño y se diera cuenta de que estaban allí.

Algo andaba mal.

Parecía... un poco perdido, un poco dulce y extremadamente desconcertado.

La ardiente ira en su corazón amenazaba con extinguirse, y sus anchos, invitantes hombros, cubiertos con un hermoso abrigo de lana oscura, la debilitaron aún más.

El amor no podía controlarse; de lo contrario, jamás se habría permitido sufrir tanto.

Él carraspeó, claramente incómodo, y finalmente ofreció otro educado asentimiento en su dirección general.

Las nieblas de atracción que nublaban su mente se despejaron momentáneamente para que notara una anomalía.

Él las miraba como si nunca los hubiera visto antes.

¿Eh?

Era comprensible si deseaba evitar su presencia como una muchacha enamorada y vulnerable, pero ¿por qué ignoraría a su querida prima? ¿Había, acaso, perdido la memoria o la razón?

La preocupación de Elizabeth por él inclinó la balanza, haciendo que tragara su orgullo y hablara primero. —Lord Darby, ¿se encuentra bien?

Pareció cobrar vida con su voz. —Eli, ¿hay mucha gente invitada esta noche a la cena?

Elizabeth se detuvo al ser alcanzada por otro pensamiento como un rayo. ¿Podría ser? Sin duda, su hipótesis era demasiado increíble, y, sin embargo, lo explicaba todo.

Su corazón tembló y dio un paso hacia él con cautela.

Durante todos estos meses, había decidido renunciar a su amor y avanzar hacia alguien más. No era la primera vez que tomaba una decisión así, pero como en cada ocasión anterior, su resolución de mantenerse indiferente se disolvía frente a él.

Él parecía tan perdido; ¿cómo podría su corazón permanecer impasible? Y si estaba en lo correcto, entonces...

—Unas veinte personas —finalmente respondió con una voz suave y tranquilizadora—. Algunos del pueblo, y el resto ha llegado desde Londres. ¿Debió haberlos visto ya, no?

—Sí, pero yo... no importa. Nos vemos en la noche.

Elizabeth lo miró fijamente, luego cerró repentinamente la distancia entre ellos y le sujetó la manga con la punta de los dedos. —Lord Darby, ¿puedo hacerle una pregunta?

Jo y Lord Darby se congelaron. ¿Iba a confesar?

Elizabeth se puso de puntillas y lo miró fijamente a la cara. —¿Tiene algún problema en los ojos?

Jo inhaló mientras él bajaba las pestañas e intentaba zafarse de la manga que Elizabeth tenía agarrada, pero ella no lo soltaba.

Finalmente, él cedió y confesó. —Ah, eso... ¿Cómo lo adivinó?

—Chocaba con la gente y no los reconocía. Me preocupaba que fuera su mente, pero si es por los ojos... no es tan malo.

Así que, aquella vez en Mayfair, nunca se había dado cuenta de que era ella. No la había ignorado intencionalmente; simplemente no la había visto.

Todo había sido un malentendido.

Lord Darby se sonrojó e intentó más enérgicamente liberar su camisa de los dedos de Elizabeth, retorciendo la tela y moviéndola de un lado a otro. —Le dije a Jo que no se lo contara a nadie. Como usted dijo, no es tan malo. No estoy ciego; solo que cuando las personas están muy lejos, solo veo sus figuras borrosas, y si están demasiado cerca, me cuesta enfocar sus rasgos. Solo tengo que situar el objeto o sujeto en el lugar adecuado para poder ver claramente. Es manejable.

Elizabeth soltó una carcajada al ver sus orejas enrojecidas. ¿Estaba el orgulloso Lord Darby preocupado por una cuestión tan ridícula? ¿Preferiría ofender a toda la alta sociedad con sus acciones antes que usar lentes?

Su agarre se tensó brevemente en su manga, como si todo su amor y emoción desbordante se condensaran en la punta de sus dedos.

¿Cómo podía alguien ser tan adorable?

Jo carraspeó, y Elizabeth se vio obligada a soltarlo. —Ahora que lo sé, podré ayudarle. No se preocupe por esta noche. Jo y yo cuidaremos de usted.

Lord Darby parecía aún más avergonzado, y sus espesas pestañas oscuras revoloteaban sin control. —Debería ser yo quien las cuidara a ustedes.

—Está bien, nos cuidaremos mutuamente —sonrió Elizabeth.

Era como si los meses previos de sufrimiento se hubieran disuelto, y volvía a tratarlo como siempre.

Sus ojos se apartaron de ella, y su boca se torció con un gesto de arrepentimiento. —Entonces, me retiro por ahora.

Las chicas observaron su espalda al alejarse antes de estallar en una risa incontrolable. El misterio del frío y distante Lord Darby finalmente estaba resuelto.

***

Más tarde esa noche, el pequeño salón de baile fue abierto para los invitados. La señorita Pekham insistió en tomar el control del piano y cantó algunas melodías con un tono nasal y ronco. Al observarla ahora, Elizabeth tenía que admitir que la joven lucía feliz y que solo padecía un resfriado.

Un poco de mucosidad casi escapaba de las fosas nasales de Laura, pero su prometido, quien estaba discretamente a su lado, le tendió un pañuelo, su rostro lleno de afecto.

Elizabeth se conmovió. Ojalá alguien amara cada parte de ella, no solo su apariencia exterior, sino también todo el caos, la rebeldía y la desobediencia que llevaba dentro. Ojalá pudiera mostrar su verdadero ser al mundo y ser libre.

Era una lástima que, incluso si lograba conquistar a Lord Darby, él solo amaría a la pulcra señorita Fairweather, y no a Eli, la bandolera.

Justo en ese momento, el objeto de sus pensamientos entró, causando un revuelo entre las mujeres.

Jo tomó a Lord Darby del brazo, lo apartó de las garras ávidas y lo condujo hasta donde Elizabeth estaba sentada.

Elizabeth inmediatamente le cedió su lugar, ya que estaba más cerca del fuego. Casi era verano, pero el frío en el campo aún no desaparecía por las noches. Sin el sol abrasador de día,

hacía el suficiente frío como para hacer temblar a cualquiera.

—No quiero su asiento —objetó de inmediato Lord Darby.

—Quiero ir a por una bebida —mintió Elizabeth con suavidad.

—Quiero un brandy —le dijo, acomodándose en la silla—. Usted también debería beber un poco; la calentará.

Elizabeth fingió horror. —Solo puedo con unos sorbos de vino aguado.

Lord Darby, que sabía que ella podía beberse media botella de brandy y aún cantar una canción, mantuvo cuidadosamente su expresión neutral.

Elizabeth se alejó dando brincos para traer las bebidas, mientras Jo se quedaba para proteger a Lord Darby de las mujeres que lo rodeaban como avispas hambrientas.

Elizabeth descubrió a la señorita Felicity Fortune conversando con su madre cerca de la mesa de refrigerios. —Me propuso matrimonio hace meses —susurraba.

—Pronto serás Lady Snyder —sonrió la señora Fortune—. Insistiré en fijar una fecha pronto. Le hemos dado suficiente tiempo.

—Pero, cuando lo vi el jueves, no parecía complacido. —Felicity miró su mano enguantada y se mordió el labio. La nuca la tenía cubierta de polvo.

Los ojos de Elizabeth se entrecerraron hasta parecer dos alfileres. Nadie se empolvaba la parte posterior del cuello, y si lo hacían, era para ocultar algo.

Frunciendo el ceño, se deslizó junto a las dos mujeres y llegó a la mesa de bebidas. Agarró las copas, giró y chocó con un joven.

Una buena cantidad de vino se derramó sobre su corbatín de seda, y ella se disculpó apresuradamente.

El conde de Leigh sonrió con amabilidad y se secó la ropa con el pañuelo que ella le ofreció. —Fue completamente mi culpa. Ah, no se preocupe, señorita Fairweather, tengo un cambio de ropa arriba. De verdad, no se preocupe.

Elizabeth le devolvió la sonrisa. —Espero que esté disfrutando de la velada, milord.

—Su hermana es una excelente anfitriona. ¿Tiene usted su misma habilidad?

Rieron y charlaron mientras regresaban al lugar donde estaba Lord Darby sentado. El conde se marchó tras extraerle la promesa de que bailaría un vals con él más tarde.

Elizabeth se inclinó y le entregó a Lord Darby la copa de brandy, con una sonrisa aun danzando en sus labios.

Capítulo Veintisiete

Su rostro estaba a pocos centímetros y era perfectamente visible para William. Podía ver bien si alguien estaba justo frente a él, pero sus ojos le fallaban si la persona estaba a unos cuantos pies de distancia o lo suficientemente cerca como para rozarle la nariz. Era exasperante.

Miró sus mejillas sonrojadas y frunció el ceño. Jo le había dicho que el hombre con el que había estado hablando era el conde de Leigh. Sabía algo sobre este joven. Había heredado de su padre el rasgo de ser controlador y egoísta.

Sus ojos se oscurecieron al pensar en Elizabeth cayendo en las garras de un hombre así. ¿Cómo alguien como ella podría casarse con un hombre como él? Su naturaleza alegre y generosa se vería sofocada.

Su tía se había apagado de manera similar en compañía de alguien como él. Sir Ingram la trataba con cariño, la acunaba en la sumisión y luego pisoteaba sus esperanzas y sueños.

Las palabras de su tío eran dulces, pero la intención era hacerla sentir inferior. Por ejemplo, a menudo la llamaba voluble por reír demasiado abiertamente, hasta que la sonrisa desapareció de sus labios para siempre.

Le daba suaves golpecitos bajo la barbilla, la llamaba avara y la alejaba de las tiendas de pasteles, ropa y baratijas. También fruncía el ceño y se volvía frío cuando ella estaba enferma, pidiéndole que se hiciera más fuerte y no evitara sus deberes como anfitriona para sus amigos, su familia y él mismo.

Al mismo tiempo, si ella deseaba salir sola y buscar compañía, la persuadía para quedarse en casa, recordándole su delicada constitución.

Al final de su vida, ella ya no sabía cuándo sonreír, qué desear o incluso qué hacer en su tiempo libre. Así, se desvaneció en el fondo y se convirtió en parte del mobiliario.

En la muerte, finalmente encontró paz.

Los ojos de William se llenaron de lágrimas al pensar en Elizabeth sufriendo el mismo destino que su tía.

La más joven de las Fairweather necesitaba ser apreciada, y su naturaleza encantadora debía ser consentida. Necesitaba un hombre que la colmara de regalos, que riera cuando ella riera y la calmara cuando estuviera triste. Necesitaba a alguien que permitiera que su espíritu fuera libre mientras la protegía desde el margen.

No, no permitiría que Elizabeth se apagase como su tía, así que de repente se puso de pie y tomó la mano de Elizabeth. —Bailemos —ordenó.

Su corazón dio un vuelco mientras lo seguía obedientemente hacia un rincón de la sala. Algunas parejas saltaban y bailaban al ritmo de la animada melodía, y William esperó hasta el final de la canción antes de ir al grano. —Aléjese del conde.

Su aliento le acarició el oído mientras hablaba, un poco sin aliento tras la alegre danza.

Ella se quedó inmóvil, y la animada atmósfera a su alrededor se desvaneció mientras todos sus sentidos se enfocaban en la punta de su oreja donde su aliento había rozado.

Su corazón comenzó a latir con fuerza, casi dolorosamente, y su estómago se sintió extraño. Esa sensación que recorría su cuerpo era desconocida, un poco incómoda y aguda, como si un puño apretara su corazón y muchas ardillas corretearan en su estómago.

—¿Me escuchó? —preguntó impacientemente.

Ella carraspeó y dio un paso atrás. La distancia permitió que su mente se despejara. —Lo escuché, milord. Pero, ¿por qué debería alejarme de un hombre joven y adecuado?

—No es adecuado. —Sus pupilas se contrajeron bruscamente, desafiándola a desafiar su orden. —Es voluble.

Ella se sintió cautivada por el toque de peligro en su actitud y se sintió aún más envalentonada. —Entonces, ¿puede señalarme un hombre adecuado?

Él asintió y examinó la multitud con seriedad. Desafortunadamente, no pudo encontrar a alguien adecuado porque no podía ver a la mitad de los presentes. Finalmente, algo de su enojo se calmó. —Le haré saber si pienso en alguien.

—¿Qué tal el señor Selby?

—¿Eh?

—¿Es adecuado?

—No, demasiado mayor.

—Tiene la misma edad que usted.

—Eso *es* demasiado mayor.

Elizabeth se echó a reír. —Mi madre y mi padre se llevan diez años. Cinco no son nada.

Él guardó silencio. Cinco años entre una pareja casada no era realmente tan malo; de hecho, era perfectamente adecuado.

—¿Está... celoso?

Se tensó ante su pregunta, y su expresión se volvió impenetrable.

Su corazón se hundió. Por un momento, había sido engañada al pensar que él sentía algo por ella. Su protección y la necesidad urgente de advertirle sobre un hombre elegible habían nublado su mente habitualmente aguda.

Pero las palabras ya estaban dichas, y su corazón había quedado expuesto: vulnerable, tímido y fácil de herir.

William de repente tomó una decisión. La condujo fuera de la sala y hacia los jardines iluminados con lámparas de gas, un lujo que solo unos pocos podían permitirse.

Escogió caminar en las sombras, lejos de las luces que imitaban al sol. Sus dedos eran fríos y firmes en sus codos, haciéndola temer lo que vendría.

Finalmente se detuvo y se giró hacia ella a una distancia prudente de la casa. Habló suavemente y con gran cuidado, como si no quisiera que los vieran así y malinterpretaran la situación.

Elizabeth sabía lo que iba a decir y se preparó para ello. Lo había sabido en el momento en que pronunció la palabra “celoso”.

—Señorita Fairweather, creo que ha malinterpretado mis intenciones hacia usted.

—Sé que no quiere casarse conmigo —interrumpió Elizabeth rápidamente.

Quería huir lo antes posible y terminar con esta conversación horrenda y difícil.

—Recientemente me di cuenta de su estima hacia mí. Pensé que era un encaprichamiento pasajero, infantil, y quizás lo sea aún...

Su temperamento se encendió. —No se burle de mis sentimientos ni pretenda entender cómo me siento. Mis años de dedicación, cuidado y amor no pueden ser llamados un simple capricho pasajero de una niña inmadura. Conozco mi mente y mi corazón.

Él inclinó la cabeza como si tratara de ver su expresión, pero la oscuridad que había elegido para ocultarse solo revelaba su respiración agitada y sus hombros tensos y elevados. Habló con suavidad, como si intentara calmar a un niño indisciplinado. —Usted cree que me quiere porque soy la única persona en su vida que no puede obtener simplemente con pedirlo.

Su tono se volvió tan frío que le provocó un escalofrío. —¿Cree que mi carácter y mi inteligencia son deficientes, milord?

Él se detuvo y tragó sus palabras. —No.

—Las personas que son queridas y amadas también tienen enemigos, problemas y sufrimiento. He perdido seres queridos por la muerte, al igual que usted. Quizás mi dolor no sea tan extremo como el suyo, pero lo he sentido y me ha herido. Mi vida no es tan feliz como usted supone.

Él dio un paso hacia ella, como atraído por la tristeza en su voz. Sabía que ella había tenido tiempos difíciles en el pasado; incluso ahora, era consciente de las maquinaciones celosas de las jóvenes y madres que constantemente desafiaban su posición en la sociedad. Además, las mechas y velas que llevaba en los bolsillos eran una pista del trauma que había sufrido de niña.

Su tono se suavizó aún más. —Pero ha ganado cada batalla que la vida le ha lanzado y ha salido victoriosa. ¿No ve sus bendiciones?

Dio otro paso, pero ella parecía no darse cuenta de su lento y constante acercamiento y dijo, con tono áspero: —Incluso el rey de Inglaterra es adorado por algunos y despreciado por otros. Si él no es libre de las lenguas crueles, ¿quién soy yo para escapar de los modos del mundo? ¿Cree que tengo la mano de Dios acunándome y haciéndome brillar con una luz que persuade a todos los que me miran para adorarme y desearme lo mejor?

Rio con amargura. —Tengo veinte años, milord, no diez. No soy una niña para caer en tales fantasías y creer en cuentos de hadas. Entiendo demasiado bien el significado oculto detrás de las sonrisas de la alta sociedad. Muchos están esperando a que un Fairweather cometa un error, muchos están esperando que yo cometa ese error.

— ¿Cree que mi vida es fácil simplemente porque mi familia me ama? Debo hacer mi parte para reprimir mi naturaleza y asegurarme de que nada manche el nombre de los Fairweather y que nada arruine su reputación. Entiendo la crueldad, la piedad filial y el amor. Menospreciarme y suponer que no entiendo lo que siento es cruel e injusto.

Él la envolvió en sus brazos justo cuando su voz se llenaba de desesperanza. —Nunca quise herirla. Yo... pero no es posible que estemos juntos. —Sostuvo su figura temblorosa y le acarició la espalda, sin saber cómo continuar. Si hubiera sido otra persona, habría declarado su indiferencia y se habría alejado, pero ¿cómo podría ser tan insensible con Eli?

El calor de su cuerpo penetró instantáneamente en sus huesos, y ella se aferró a él, queriendo prolongar el momento todo lo posible. Habían salido apresuradamente sin sus abrigos, pero solo ahora se dio cuenta de que su piel estaba erizada y sus pies estaban fríos e incómodos.

Habló en voz baja, con la voz ahogada por su camisa. —Puede pensar que soy frívola, consentida y traviesa, que lo soy, pero le ruego que no dude de mis sentimientos. Sé que no siente lo mismo que yo, y no necesita explicarse. Mientras continúe tratándome como siempre, nada tiene que cambiar.

Le frotó la espalda una última vez antes de dar un paso atrás.

—Usted y yo ya no podemos ser los mismos. A partir de ahora, mantendré mi distancia, señorita Fairweather.

Tenía que terminar con esta locura. Si seguía tratándola con el mismo cuidado, ella continuaría esperando y nunca sanaría ni encontraría a alguien más.

Ella era una compañía maravillosa tanto para él como para su hermana, y aportaba tanta alegría a sus vidas sombrías, pero no podían arruinar sus perspectivas solo por sus propios motivos egoístas.

Elizabeth sintió que un muro se levantaba entre ellos, tan tangible que parecía poder tocarlo. Su corazón dio un vuelco y se sintió tan mal que temió que, si se quedaba un momento más, acabaría vomitando.

Él abrió la boca para explicar su intención, pero ella ya se había dado la vuelta y corría por

donde habían venido. Bajó la mano que había levantado y se pasó los dedos por el cabello antes de seguirla lentamente.

Penelope, Celine, Dorothy y Jane emergieron de detrás de un gran arbusto espinoso. Dejaron escapar un suspiro colectivo al ver que las figuras de las dos personas que discutían se desvanecían en la distancia.

—¿Qué hacemos? —preguntó Penelope, retorciéndose las manos—. Quería pedirle a Lord Darby que mantuviera cerca a Elizabeth mientras lidiábamos con Lord Snyder, pero ahora...

—Te dije que mantuvieras a Eli alejada —gruñó Celine—. Era obvio que iban a empeorar las cosas.

—Oblígalo a casarse con ella —sugirió Penelope—. Como hicimos con Jane.

Jane negó con la cabeza.

—Podría resentirla en lugar de amarla.

Dorothy se secó las lágrimas.

—No puedo soportar verla tan destrozada. Penny, haz algo.

Jane carraspeó.

—Tengo una idea.

—Dínosla —ordenó Penelope.

Jane puso los ojos en blanco ante la duquesa y continuó:

—Lord Darby no sabe que lo escuchamos. Así que, cuando le proponga la idea de que tome a Elizabeth bajo su ala, no sabrá cómo negarse.

—Pero se negará —sollozó Dorothy—. Ese hombre puede tener una moral dudosa, pero se preocupa por Eli y nunca haría algo que crea que podría dañarla.

—No se negará —replicó Jane—. Porque cuando me acerqué a él con la intención de patrocinar la temporada de Jo, me rechazó, pensando que era caridad. Cuando insistí en que Jo solo sería elegible para casarse por unos pocos años y que el tiempo era esencial, aceptó y me dijo que me pagaría lentamente. Pero le dije que no necesitaba dinero, ya que estaba casada con el hombre más rico de Inglaterra; en cambio, le saqué la promesa de que, llegado el momento, haría algo por mí.

—¿Ya habías anticipado que llegaría un día así? —preguntó Celine, sorprendida.

A Jane no le gustaban los lugares concurridos ni socializar, pero, como artista, era sensible a los sentimientos de las personas y a las emociones subyacentes. Además, conocía a Elizabeth mejor que nadie y la entendía. Elizabeth se había enamorado de Lord Darby, y ese amor solo había profundizado con los años.

Con el carácter leal de Elizabeth, nunca podría amar a nadie más en esta vida. Era imposible; por lo que, anticipándose a este momento, había creado una situación en la que Lord Darby no tendría otra opción que aceptar su petición.

En cuanto a Lord Darby, ella había observado cómo su tono se suavizaba y su rostro se ablandaba cuando hablaba con Eli. Cambiaba aún más significativamente que cuando miraba a Jo, aunque él parecía no darse cuenta. Sus ojos se detenían en el rostro de Elizabeth más tiempo que en el de cualquier otra persona, y sonreía mucho más en su presencia, haciendo que la gente se preguntara si realmente era el joven frío, distante y maleducado al que estaban acostumbrados.

Era amor, pero si era platónico o romántico, era difícil de decir. Tenerlos viviendo bajo el mismo techo despejaría las dudas.

Quizá estaba mal forzar su mano, pero la felicidad de su hermana tenía prioridad sobre todo lo demás.

Capítulo Veintiocho

—Lord Darby —Jane lo abordó dentro de la biblioteca, una hora antes de que él partiera de la casa de campo. Algunas de las carrozas ya rodaban por el camino, y los gritos de risas y despedidas resonaban afuera—. Elizabeth quiere ser monja. Me lo dijo anoche.

William parpadeó incómodo. Los últimos dos días había estado asintiendo cortésmente a Elizabeth cada vez que la veía, pero su interacción no iba más allá de eso.

Era muy probable que la joven se sintiera herida y hubiera inventado esta extraña forma de lidiar con el desamor. Quería escapar de la sociedad, y él lo entendía.

—Mi dulce y delicada hermana —Jane se apoyó en el marco de la puerta y extendió el pie para bloquearle la salida de la biblioteca—. Es una pena que quiera renunciar al matrimonio. Me pregunto qué habrá provocado ese repentino deseo por el convento. Quizá un cambio de escenario mejore su ánimo. ¿Puede tenerla en Ingram House por un tiempo? Jo podría animarla.

—No creo que sea prudente —Los ojos de William se movieron por la habitación antes de detenerse en las ventanas saledizas. Contempló la idea de saltar, pero vio a Penelope de pie junto al rosal y a Celine sosteniendo un rifle de caza. Retrocedió el pie y obedientemente se volvió hacia Jane.

—¿Por qué no?

Él bajó la mirada.

—Soy viudo.

—Pero no vive solo; vive con Jo y Lady Fowler, una excelente acompañante.

—Sigo creyendo que no es prudente. No quiero manchar la reputación de la señorita Fairweather.

Jane se mordió el labio y tomó una decisión de inmediato. Mentiras y halagos no funcionarían con Lord Darby; tenía que ser honesta.

—Lord Snyder quiere casarse con Eli.

Él la miró atónito.

—Ese zorro tiene edad suficiente para ser su padre.

—Quiero que la esconda hasta la próxima temporada.

—Pero ¿acaso no basta con que lo rechace?

—La atrapó en una situación comprometida y amenaza con arruinar su reputación.

—¿Qué tipo de situación?

—Intentó robar su carruaje. Tiene testigos.

La cabeza de William dio vueltas.

—¿Eh?

—Está amenazando con contarlo a la alta sociedad a menos que se case con él —continuó Jane—. Si Eli se entera de que no hemos logrado convencerlo de desistir, se sacrificará por el bien de la reputación de los Fairweather.

William quería golpearse la cabeza contra la pared para comprobar si estaba despierto.

Miró fijamente a Jane.

Jane lo miró también.

Él parpadeó hacia ella.

Ella parpadeó, confusa.

¿Qué era esto? ¿Ella lo estaba imitando o este sueño lo había convertido en una mujer, y él se estaba mirando a sí mismo en un espejo?

Ah, la noche anterior, había bebido demasiado, y ahora el mundo se movía lentamente, como si el aire se hubiera vuelto viscoso. Su mente estaba nublada por los vapores del brandy. ¡Bah! Nada tenía sentido.

La dulce Elizabeth no robaba carruajes, y las elegantes hermanas Fairweather no bloqueaban a los jóvenes para que no salieran de las habitaciones usando la fuerza bruta. Todo esto estaba mal. Era un sueño borroso. Un sueño borroso y ebrio.

Se pellizcó discretamente, gritó y confirmó que estaba despierto.

Jane sintió compasión por él.

—Lord Darby, ¿está enfermo? ¿Escuchó lo que dije?

—¿Hmm? Ah, sí, sobre Lord Snyder. La señorita Fortune iba a casarse con él. Están comprometidos.

Jane sacudió la cabeza.

—Él la había estado persiguiendo durante años, pero una vez que la señorita Fortune aceptó, perdió el interés. Y cuando ocurrió el incidente con Elizabeth, tuvo un cambio de corazón.

—Ella necesita mantenerse alejada de Lord Snyder. — Aún no sabía cómo lo haría, pero estaba seguro de esto.

Lord Snyder nunca debía casarse con Elizabeth. Era peor que ese dandi que había estado coqueteando con Eli los últimos dos días. Era un hombre peligroso y no fácil de tratar. Todos conocían sus métodos engañosos para conseguir lo que quería, y ni siquiera los aristócratas estaban a salvo.

Se convertiría en un enemigo formidable.

¿Por qué, el mes pasado, se rumoraba que había matado a un oficial que se había atrevido a estornudar en su dirección?

Jane aprovechó su ventaja.

—Él nunca pensará en buscarla en su casa, considerando que tiene tantas hermanas con poderosos guardianes para protegerla.

—Algún primo lejano...

—Y el único que puede frenar sus pies aventureros es usted. No nos escucha.

Frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Elizabeth no es tan dócil como parece. Solo lo es frente a usted.

William quedó atónito una vez más. El robo en la carretera le había dado una pista de que todo no era lo que parecía, pero no tuvo tiempo para reflexionar durante esta conversación. Ahora, las palabras volvieron a su mente. Lord Snyder la había atrapado tratando de robar su carruaje.

Su cabeza zumbaba, y por un momento, se sintió como una abeja—una abeja que había recibido un golpe en la cabeza.

Elizabeth Fairweather había intentado robar un carruaje. ¿Por qué?

—¿Le preocupa su influencia sobre Jo? —preguntó Jane.

William sacudió la cabeza, aún aturdido.

—Ella tiene un corazón de oro y nunca guiará a Jo por el mal camino.

Los ojos de Jane de repente se llenaron de lágrimas. Su hermana pequeña había elegido al hombre correcto para amar.

—Pero todos estos secretos—focalizó de nuevo su mirada en Jane—. Necesito saber más antes de aceptar.

—Ah, sí. Le gusta robar carruajes junto con Dimbercove.

—¿Dimbercove?

—Su amigo de la infancia. Es el hijo de un famoso ladrón de caminos. Quizás lo conozca como la Cobra.

—Ya veo.

—Le gusta robar y alimentar a los pobres y recolectar tesoros por diversión.

—Ya lo veo.

—... pero sus objetivos son elegidos cuidadosamente. Criaturas horribles, todos ellos, que merecen algo mucho peor...

Él entrecerró los ojos desaprobadoramente.

—No creo que una joven sea la indicada para impartir justicia. No importa lo que esas personas hayan hecho, está mal robarles.

Jane asintió.

—Estoy completamente de acuerdo, pero no podemos detenerla. Se niega a escuchar, y si tratamos de frenarla, se pone muy infeliz.

—Está mimada hasta la muerte.

—Sí, eso también.

—¿Y si se lastima?

—Es una buena luchadora. Además, los guardias del duque la siguen a todas partes, pero ella no lo sabe, así que no se lo diga.

—No puede permitir que esta locura continúe.

—Nos hemos rendido, pero quizás usted pueda convencerla de seguir el camino correcto.

—¿Por qué yo?

—Porque en todos estos años, solo su existencia le ha hecho pensar antes de actuar. Nada más ha logrado frenar sus pies aventureros como lo ha hecho su presencia. Su nombre es como un hechizo que, una vez pronunciado, la deja aturdida y la hace comportarse. Ella lo necesita, Lord Darby; nosotros lo necesitamos.

William recordó las palabras de Jane cuando se le acercó para patrocinar la temporada de Jo y la promesa que le había extraído, pero esta vez Jane no usó eso para convencerlo.

—Por favor, Lord Darby. Elizabeth necesita su protección.

Él miró en blanco por la ventana, con su mirada fijándose en la borrosa Penelope de cabello canoso oliendo una rosa con una pistola de chispa apoyada contra su pierna. Ella estornudó cuando algo le subió por la nariz, quizás un insecto. Celine ahora estaba mirando hacia el orificio izquierdo de la duquesa, y pronto comenzó a hurgar con su dedo meñique para extraer la cosa que había volado por el paso nasal de su hermana.

Si hubiera dado un solo paso atrás, toda la escena se habría disuelto en sombras y líneas.

Jane esperó pacientemente su decisión, sin presionarlo más. Había dicho todo lo que podía, y sabiendo su suave disposición hacia Elizabeth, la respuesta era obvia.

Y tal como ella sospechaba, él bajó las pestañas y asintió.

—La mantendré a salvo.

Jane se apartó y finalmente le permitió salir de la habitación.

Sumido en sus pensamientos, se dirigió hacia su carruaje, sin notar la furiosa mirada de Jo en su espalda.

El embrollo emocional podía ser tratado más tarde; mantener a Elizabeth a salvo era más importante por el momento. No quería casarse con ella, pero eso no significaba que estuviera dispuesto a entregarla a los lobos.

***

El carruaje de Lord Darby partió, levantando un polvo de barro fino mientras se apresuraba a

irse. Un momento después, comenzó a llover—gotas gruesas y pesadas que empaparon la tierra y forzaron a las hojas y flores silvestres a inclinarse bajo su peso.

Elizabeth y Jo estaban sentadas cerca de la ventana, observando el campo empapado. No había tormenta, pero llovía sin ningún estallido de trueno o relámpago. Una lluvia sorda y constante caía del cielo gris mientras ellas se sentaban como muñecas atrapadas y descontentas encerradas en una preciosa bola de cristal.

La fiesta había terminado, y el repentino silencio trajo consigo todos los pensamientos que Elizabeth había mantenido a raya. No podía escapar de la casa tampoco, con el campo convirtiéndose en un lodazal, así que tenía que soportarlo.

Soportar el desamor.

Usó una vela de cera de abejas sin encender para trazar formas sin sentido en las ventanas empañadas mientras sus pensamientos vagaban. Ahora, con los invitados desaparecidos, ya no tenía que esconder las velas y los juegos de fuego, sino que podía sostenerlos en su mano. Así lo hizo—constantemente.

Su estómago y su pecho comenzaron a dolerle, y sus ojos ardían como si quisieran derramar lágrimas de duelo. Se sentía como si estuviera de luto, ya que lo había perdido por completo esta vez.

La vela trazó un nombre—William.

Todo este tiempo, había mantenido la esperanza. Después de todo, él no había sido consciente del amor que sentía por él, y con el tiempo, quizás, él habría correspondido, pero ahora... Se limpió el nombre con los dedos temblorosos hasta que pareció como si el nombre nunca hubiera sido escrito en primer lugar.

Jo estaba a su lado, rebosante de compasión y simpatía. Ese día, después de la horrenda conversación con Lord Darby, Jo había encontrado a Elizabeth temblando en su habitación, aferrándose a un cubo de velas con un agarre mortal. Se había enterado de lo que había ocurrido, perdió inmediatamente los estribos con su indiferente primo y se negó a volver a casa con él. Tenía la intención de quedarse hasta que Elizabeth se recuperara.

Aunque Jo tenía buenas intenciones, Elizabeth no quería que estuviera cerca, ya que su presencia le recordaba a Lord Darby. No podía decírselo y herir sus sentimientos, así que soportaba aún más.

—Quiero dormir —dijo Elizabeth, su voz era apenas audible sobre el estallido de la lluvia.

Jo dudó, luego finalmente la ayudó y la llevó a la hermosa habitación de cama de prímula que Dorothy había asignado a las chicas para compartir.

—Te despertaré a tiempo para la cena.

Elizabeth no se molestó en desnudarse, sino que se deslizó bajo las sábanas y cerró los ojos. Jo permaneció un momento más antes de cerrar suavemente la puerta.

En el momento en que los pasos se alejaron, Elizabeth estalló en lágrimas. Lloró hasta que le dolió la cabeza—quizás una hora o más, ya no lo sabía.

Una vez que las lágrimas se secaron, se obligó a salir de la cama y arrastrarse hacia el escritorio de palisandro. Tenía que distraerse, o se volvería loca de dolor.

Su mente y su cuerpo nunca habían dolido tanto, pero incluso mientras sufría un dolor indescriptible, tenía que atender algunos asuntos esenciales.

Saludos, Fantasma Acosado,

Investiga a Snyder, Felicity Fortune.

Avanza como el viento del norte, lleno de escarcha, dolor y presentimientos, y barre el continente, sin dejar rastros.

Lancelot.

Elizabeth suspiró mientras metía la carta en un sobre y la dirigía. Había elegido el nombre Lancelot cuando tenía dieciséis años, y la larga y florida línea que lo acompañaba era un código secreto para probar su identidad.

Ahora, lo lamentaba.

El nombre era totalmente romántico e inmaduro, mientras que la línea era ornamental, ridícula y ligeramente embarazosa, ocupando generalmente más espacio que el contenido de la carta. Era demasiado tarde para cambiarlo ahora, pero quizás poco a poco podría acortarlo a "El viento del norte no deja rastros" o cambiarlo por completo a "Las abejas descoloridas nadan en orinales".

¡Bah! Su cabeza dolía demasiado como para molestarse con estas tonterías.

Abrió la ventana de un tirón y silbó. Un momento después, Dimbercove trepó por la hiedra y rodó en la habitación.

Él cerró la ventana pensativamente, pero su forma empapada traía más agua de la que el viento podría haber barrido.

Su figura gigante eclipsaba la habitación, pero en lugar de miedo, se sintió un poco mejor. Era como un oso gigante y amistoso que traía consigo el calor del verano y el aroma de pan recién horneado.

—Envía esta carta al Fantasma.

Dimbercove la guardó en su bolsillo.

—¿De qué se trata?

—Creo que alguien está hiriendo a Miss Fortune. Y quiero saber más sobre Lord Snyder. El hombre ha quedado repentinamente en silencio después de haber estado tan decidido a casarse conmigo. —Frunció el ceño y se preguntó en voz alta— ¿Qué están planeando mis hermanas?

—El duque ha intervenido —respondió Dimbercove, con agua goteando por su cabello y ropa —. Pero el Duque de Blackthorne no tiene suficiente información para forzar a Lord Snyder a rendirse por completo.

Elizabeth le entregó un gran paño de muselina para que se secara.

—No te pedí que investigaras.

—Te concierne, así que tenía que hacerlo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas ante sus palabras. Era un reacio ladrón de caminos y un aún más reacio cómplice en sus tratos turbios, pero nada de eso importaba, ya que, en lo profundo de su corazón, era un leal y maravilloso amigo.

Se sonó la nariz y se limpió los ojos.

—Quiero visitar a Lord Snyder y golpearlo para que renuncie a la idea de casarse conmigo.

—No. Es demasiado poderoso para jugar con él.

Elizabeth golpeó rápidamente las espinillas de Dimbercove, haciéndolo llorar más de indignación que de dolor. La miró, sintiéndose agraviado.

—¿No podemos vivir en paz? —protestó—. Quiero una granja de pollos.

—¿Y casarte con una lechera? —preguntó ella.

Él quedó atónito.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No es eso lo que sueñan la mayoría de los hombres? Pero, por ahora, debes continuar con el legado de tu padre, procrear profusamente y esperar que uno de tus hijos asuma el venerado manto de la Cobra.

Sus mejillas se sonrojaron.

—¿Puedes comportarte como una joven gentil?

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—No.

—Por favor.

—No.

—Eli, compórtate.

Ella resopló.

Él frunció el ceño.

—Desearía que te casaras y te fueras.

—Ayúdame a atrapar a Lord Darby.

—No soy un casamentero. Seduce a tu propio hombre.

—Pensé que estábamos pretendiendo ser parte de la sociedad educada.

—Me voy.

—Que te vaya bien.

—Lord Darby es demasiado bueno para ti. —Dijo con un pie colgando por la ventana—. Nunca elegirá a una haragana como tú.

Elizabeth se lanzó hacia él, le agarró la pierna y lo arrojó por la ventana. No se molestó en mirar si se había roto la cabeza o la pierna.

Concluyó con frustración que probablemente ni siquiera había sufrido un rasguño con sus habilidades.

Era una pena que él hubiera crecido tanto y se hubiera vuelto más alto que ella. Cuando eran niños, había sido una cosita diminuta, blanda como una bola de masa que podía golpear a su antojo. Ahora, era como golpear un bloque de madera, y al final, eran sus propias manos encantadoras las que terminaron doliendo por el impacto.

Pronto, le encontraría una lechera con piel tan clara como la luna y un temperamento tan insípido como la sopa de pollo de su madre, mientras que su propia vida se gastaría en un convento.

Una lágrima rodó por sus ojos mientras el hermoso rostro de Lord Darby brotaba frente a ella una vez más como un narciso en primavera.

¡Señor! Nunca podría volver a verlo.

Capítulo Veintinueve

Elizabeth arrojó una bolsa de monedas en medio de la cama.

Seis doncellas, cuatro jardineros, un joven mozo de cuadra y la criada de la cocina miraban nerviosamente sus cartas.

La cocinera rompió un cacahuate y se lo ofreció a Elizabeth. —La señora piensa que está rezando.

—Bien —Elizabeth frunció el ceño ante el as en su mano.

—Quizás *deberíamos* rezar —susurró la joven criada de la cocina—. ¿No iríamos al infierno por mentir y jugar?

—Es tu turno —replicó la criada.

La criada de la cocina chilló y arrojó una carta sobre la pila.

Nadie quería discutir sobre moralidad y castigos; tenían asuntos más importantes en los que atender, como ganar más dinero del que se les pagaba.

Salvar el alma de uno del oscurecimiento para evitar el purgatorio era para los ricos ociosos. La mayoría de la gente estaba demasiado ocupada tratando de vivir como para preocuparse por si podían atravesar las puertas celestiales.

Ah, incluso la preservación del alma mortal dependía del estatus y la riqueza. Los pobres estaban condenados al infierno desde el momento en que nacían.

Alguien llamó a la puerta suavemente, tres golpes a intervalos iguales. Elizabeth hizo un gesto y el joven mozo de cuadra abrió rápidamente la puerta y dejó entrar al visitante.

Era Jo. —Tus hermanas te están llamando abajo. Tu madre ha llegado.

—¿Es hora de regresar a Finnshire?

Jo parecía agitada. Se detuvo antes de decir: —Baja y compruébalo por ti misma.

Elizabeth suspiró y arrojó sus cartas. —Dividan el dinero entre ustedes. Salió de la habitación, dejando a los caóticos sirvientes a pelear entre ellos.

Jo corrió por el pasillo. —Has arruinado a los sirvientes de Finnshire, y ahora ni la propiedad de campo de Dorothy se salva. Deberían estar trabajando.

—Estaba aburrida.

—¿Cómo te convertirás en monja? Las horas en una celda fría y oscura, comida simple y agua... —Jo se estremeció—. Morirás en un mes.

—Siempre puedo enseñar a las monjas a jugar.

—Cállate —Jo giró y le tapó la boca a Elizabeth.

Elizabeth puso los ojos en blanco y comenzó a bajar la escalera de caracol de madera. Jo pensaba que vivir en un convento era aburrido cuando, de hecho, su propia vida no era mejor. Se sentaba en una silla de terciopelo suave, con todas sus necesidades, deseos y anhelos cumplidos con un gesto de la mano. Pero su mente inteligente quería ser estimulada. Anhelaba problemas para poder resolverlos. Una vida monótona, tranquila y pacífica la deprimía.

Pero cada vez que enfrentaba dificultades, su familia se reunía a su alrededor como un escudo y las resolvía por ella. Por lo general, solo sentía una punzada de dolor antes de que se aliviara. Quería ser herida, vagar inquieta durante días y encontrar un bálsamo sanador utilizando sus facultades.

Oh, qué dulce sería el momento en que limpiara y sanara sus cortes y moretones. Ese sentido de logro era lo que anhelaba. Quería vivir en incomodidad solo por un corto tiempo, sentarse en un taburete duro y sin respaldo durante medio día y sentir cómo le dolían los huesos.

Penelope sonrió al ver entrar a Elizabeth en la habitación. —Jo, Eli, apresúrense y díganles a las doncellas que pongan sus baúles en la carreta. Saldrán hacia Ingram House en una hora.

Elizabeth parpadeó. —¿Jo se va?

—Tú también —Mrs. Fairweather abrazó a su hija.

La sonrisa de Penelope se amplió aún más. —Has estado miserable, y esta charla de ser monja nos ha puesto nerviosas. Un cambio de escenario te hará bien.

—¿No es suficiente cambio la casa de campo de Dorothy? —preguntó Elizabeth—. No quiero ir.

Mrs. Fairweather abrió los ojos de sorpresa. —Ah, pero has estado molestándome para que te envíe a Ingram House todos estos años. A veces pienso que amas más a Jo que a tu propia familia. ¿Y ahora no quieres ir? ¿Por qué no?

—No es decoroso —dijo Elizabeth después de un momento—. Después de todo, voy a ser monja y no puedo vivir bajo el mismo techo que un hombre soltero.

Jo susurró al oído de Elizabeth: —¿No visitaste seis burdeles el mes pasado para encontrar a algún criminal dudoso?

Elizabeth le dio un pellizco para que se callara.

Celine arrojó su tejido a un lado. —Has estado viviendo en la misma casa con muchos solteros durante la fiesta. La mitad de ellos vivía justo encima de tu alcoba.

Elizabeth sacudió la cabeza. —Esto es diferente.

Penelope hizo un sonido de desaprobación. —Soy la duquesa de Blackthorne, y digo que es decoroso. Incluso si te revuelcas con algunos hombres guapos en los establos, y digo que es decoroso, ¿quién se atreverá a negarlo? No importa lo que hagas, todo es decoroso. Además, aún no has tomado el voto.

Dorothy se inclinó hacia Penelope. —Su gracia tiene razón, como siempre. No tuvimos el lujo de hacer lo que queríamos, pero como la más joven, tú puedes. Tienes nuestras bendiciones. Nadie se atreverá a señalarte.

Celine asintió. —Precisamente, de lo contrario, se cortará el dedo.

Jo inclinó la cabeza de lado y una vez más susurró al oído de Elizabeth: —No es de extrañar que estés podrida. Ellas prácticamente te están animando a ser traviesa y a jugar a tu antojo. Quieren que seas... —se quedó sin aliento—, una mujerzuela. Siento que debería regañarlas.

Elizabeth volvió a pellizcar a Jo hasta que ella chilló de dolor.

Penelope acarició su cabello gris. —Empaca.

—No quiero ir —Elizabeth se mantuvo firme.

—Tienes que hacerlo —respondió Dorothy con un tono apologético—. Les estoy dando un respiro a los sirvientes, ya que han trabajado duro. Nadie se quedará aquí para cuidarte.

Celine asintió. —Todas nos vamos.

—Puedo regresar a casa —se opuso Elizabeth. Su corazón latía rápidamente y se sentía enferma del estómago. No podía enfrentarlo después de lo que había pasado, y la idea de verlo de nuevo la hacía sentir mal.

Debía convencer a sus hermanas de deshacerse de toda la ridícula noción.

Mrs. Fairweather aclaró la garganta. —Voy a quedarme con Jane y ayudar con el nuevo bebé. Tu habitación está llena de pulgas. Todos esos perros, ¡Señor! Estoy haciendo que se ventile y se limpie la casa. El clima se ha calentado y todos los colchones y almohadas necesitan ser expuestos al sol durante unos días, sin mencionar los cojines y la ropa.

—Puedo quedarme en otra habitación.

—Todas las habitaciones están llenas de pulgas —aclaró Mrs. Fairweather.

Jane sonrió y bebió té. —Dorothy y Elizabeth comparten un amor por los animales.

Mrs. Fairweather estuvo de acuerdo. —Son similares. Ambas lloran cuando muere alguno de los animales en la granja o son comidos. Ella lloró cuando murió la vaca, el conejo, un pájaro al azar, incluso cuando murió un pez en el estanque...

—¡Madre, basta! —rugió Elizabeth. Si se enteraban, su reputación quedaría hecha trizas. ¿Cómo podría darle un puñetazo a un hombre en la nariz después de que supiera que había llorado por la muerte de un pollito?

Jo acarició el brazo de Elizabeth. —Ella incluso lloró cuando esa ramita con dos hojas que trajo a la escuela finalmente se deshizo en polvo. Esa planta tenía un nombre... ¿cuál era? ¿Melódico? ¿Rama?

Elizabeth la fulminó con la mirada. —La traje de Finnshire para acordarme de casa y consolarme en mis días solitarios.

—Mira, sus ojos se están humedeciendo de nuevo —dijo Jo suavemente—. Ah, Eli, eres tan dulce y tierna.

Elizabeth se enfureció. —Soy una joven sensata, inteligente y valiente. ¿Quién se atreve a pararse frente a mí, ya sea hombre o mujer, y derrotarme en una ronda de golpes? Jo, ¿cómo te atreves a declarar que soy blanda? ¡Maldita sea! De hoy en adelante, corto todos los lazos contigo.

—¡Mrs. Fairweather! —gritó Jo y corrió hacia los brazos de la anciana—. Eli está siendo horrible de nuevo.

—Ah, no le prestes atención. Siempre te trataré como a otra hija —aconsejó Mrs. Fairweather.

Jane acarició la cabeza de Jo. —Ojalá fueras mi hermana también. Eli es demasiado ruidosa.

—¿Penny? —el labio de Elizabeth tembló y lanzó una mirada suplicante a su hermana mayor.

Penelope comenzó a ablandarse, pero Celine le dio una patada apresurada. Evitó la mirada de Elizabeth y dijo —Celine y yo nos vamos a Bath. Mis rodillas me han estado dando problemas.

Elizabeth fulminó con la mirada a su familia y a su mejor amiga. —No me quieren. Solo han estado pretendiendo cuidar de mí. En lugar de hacerme sentir mejor, se están burlando de mí. ¡Espero sinceramente que todas ustedes engorden!

Las mujeres exclamaron horrorizadas y gritaron indignadas.

—¡Retira eso!

—Eres tú la horrible.

—Siempre quisiste vivir en Ingram House, y ahora que estamos de acuerdo, de repente cambias de opinión.

—¡Eli, retira tus palabras! ¿Cómo puedes desearle a tu hermana algo tan malvado?

—¡Eli!

Elizabeth dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, con la intención de escapar.

Lord Adair, el marqués de Lockwood, y dos guardias vestidos de cuero negro aparecieron en la puerta. El hombre más apuesto de Inglaterra, su maestro y confidente, también la había traicionado.

—La llevaré a Ingram House —dijo Lord Adair con tono de disculpa.

Elizabeth se desmoronó. Con él cerca, acabaría donde él quisiera. La había entrenado, y aunque ella era mucho más joven que él, más vivaz y ágil, nunca podría derrotarlo, ni en una batalla de ingenio ni de puños.

Tendría que quedarse con ese horrendo, cruel y desalmado Lord Darby.

Debatió brevemente si contarles sobre su confesión, pero luego la vergüenza del rechazo y la atmósfera actual le hicieron morderse la lengua. No, se sentirían mal por ella y lo regañarían o

harían algo peor.

¿Qué pasaría si se enfadaran lo suficiente como para pasar por alto el hecho de que él era el primo de Jo y le hicieran daño?

—Mis perros —murmuró finalmente Elizabeth con debilidad.

—Los traje —la aseguró Mrs Fairweather—. Te acompañarán a Ingram House.

—Has pensado en todo —replicó Elizabeth sarcásticamente.

—Estoy bien preparada —asintió Mrs Fairweather con tranquilidad—. Después de todo, soy tu madre.

Elizabeth miró a su familia rodeándola—traidores, todos ellos—lanzándola a la guarida de un lobo. ¿Qué familia enviaría a una chica soltera a vivir con un soltero?

Incluso si sabían que ella podía derrotar al mencionado soltero en tres movimientos rápidos, aun así, no era correcto.

Ah, no les importaba ella, nunca les había importado. Todos la odiaban y pretendían amarla todo este tiempo.

Nadie la amaba.

Se sonó la nariz y sopló en su pañuelo. Su esperanza de chocar con un problema que su familia no había resuelto por ella se había hecho realidad, y de repente deseó que su vida pacífica regresara.

Oh, ¿cómo podría enfrentarse a Lord Darby después de ese horrible, horrible incidente? ¿Acaso no pensaría que era una sinvergüenza?

Ya no podía siquiera escapar, no con Lord Adair y los seis guardias del duque, vestidos de cuero negro, acompañándola escaleras arriba a su habitación y de vuelta hacia abajo con las diversas cajas y baúles que ya habían sido empacados.

Aparecieron seis guardias más a caballo, y así como la habían escoltado cuidadosamente a Atterberry House todos esos años atrás para evitar que se escapara, la llevaron hasta Ingram House como a una prisionera de guerra.

Era todo tan trágico que finalmente hizo lo que nunca había hecho antes: colocó una mano en su frente como una damisela en apuros y gimió.

El Escándalo Del Caldo

Capítulo Treinta

William había contratado a los sirvientes más baratos que pudo encontrar, por lo que no fue una sorpresa que fueran terribles. Todos ellos estaban en la puerta de la casa Ingram, boquiabiertos como peces, mirando la escena que se desplegaba ante ellos.

El elegante y exquisito carruaje negro de ciudad, con el emblema del Duque de Blackthorne brillando bajo la suave luz del atardecer, iba seguido de dos carruajes más pequeños, que finalmente se detuvieron frente a la casa Ingram.

Los caballos de guerra relincharon, con sus cascos resonando en un trote firme, y los guardias, vestidos con cuero negro y rostros fieros, se alinearon en una formación en V.

Un momento después, los dedos huesudos de Jo apartaron las cortinas rojas, sus ojillos verdes y brillantes asomaron, y, sin esperar la ayuda del lacayo, saltó del escalón del carruaje y corrió hacia William.

Él la sostuvo en sus brazos, su rostro lleno de risas. No importaba cuán mayor se hiciera, ella siempre volvía a ser su yo infantil cuando estaba frente a él.

Después de un momento, William la soltó y preguntó esperanzado:

—¿E… la señorita Fairweather escapó?

Jo bajó la voz.

—Lord Adair nos escoltó hasta la entrada de la finca antes de retirarse discretamente.

Si el marqués las había acompañado, entonces Elizabeth debía de estar todavía en el carruaje.

Las emociones de William se enredaron. Parte de él había esperado que ella convenciera a su familia de enviarla a otro sitio, pero al mismo tiempo, no confiaba en nadie más para protegerla tan bien como él podría.

Sin embargo, después de lo ocurrido en la casa de campo de Dorothy, su encuentro sería incómodo. Tendría que esforzarse mucho para hacerla sentir cómoda en su presencia, o vivir bajo el mismo techo sería desagradable.

Con un suspiro, se giró hacia el carruaje y se preparó.

Un pájaro trinó a lo lejos, y un perro ladró. Todos miraban la puerta del carruaje, esperando que Elizabeth apareciera.

La puerta permanecía obstinadamente cerrada.

Los caballos empezaron a inquietarse, e incluso los guardias comenzaron a aburrirse, por lo que William finalmente decidió acercarse al carruaje y echar un vistazo dentro.

Elizabeth estaba sentada al otro extremo del asiento de terciopelo carmesí, bebiendo vino. Se detuvo al sentir su presencia y rápidamente tomó otro sorbo para ocultar su rostro.

—Salga, o me veré obligado a sacarla por la fuerza —dijo William con firmeza. Su tono era el de un hermano mayor irritado, y funcionó justo como esperaba.

Ella se encendió al ser tratada como una niña traviesa, se bebió el vino de un trago y salió apresurada.

Él se hizo a un lado rápidamente para permitirle descender. Ella ignoró su mano extendida y saltó al suelo tal como lo había hecho Jo.

Sus mejillas estaban rosadas, sus ojos demasiado brillantes, y su boca apretada en una línea. Su corazón se ablandó, y quiso extender la mano, acariciarle la cabeza y decirle que no se preocupara.

Ajena a sus pensamientos amables, ella avanzó hacia la entrada antes de detenerse de repente y gritar:

—¡Polly Peachum!

Un pequeño pequinés salió disparado de uno de los carruajes más pequeños y corrió hacia Elizabeth, sentándose quieto y mirándola obedientemente.

Ella ignoró al perro y continuó gritando:

—¡Charlotte, Sophia, Violet, Edith, Drusilla, Peanut!

Siete pequineses se sentaron en fila frente a ella, esperando nuevas instrucciones.

William se puso cada vez más pálido a medida que los nombres eran llamados, y ahora estaba tan blanco como las nubes perezosas que flotaban horrorizadas sobre su cabeza.

Elizabeth finalmente sonrió, notando su espantosa expresión.

—Jo, ¿tomamos té en la sala familiar?

—Jo —William detuvo a las chicas—. ¿Sabe tu amiga que la mitad de las criaturas que ha traído son machos y, sin embargo, les ha dado nombres femeninos?

—Tres son machos —respondió Jo, mirando al suelo.

Su tono se tornó aún más frío.

—Jo, ¿acaso ella les puso esos nombres en honor a todas las mujeres con las que se dice que he… tenido aventuras?

Los sirvientes soltaron un grito ahogado mientras algunos guardias se caían de sus caballos.

Jo movió la cabeza de un lado a otro.

—No recuerdo a nadie llamado Peanut.

Todos los pensamientos cálidos y amables que William había momentáneamente abrigado hacia Elizabeth murieron trágicamente. Esa chica no era una chica, oh no, era una diabla disfrazada, una cosa horrenda y malvada que no merecía las consideraciones que él había planeado.

¡Bah!

Sus pupilas se contrajeron, y se giró para enfrentar a Elizabeth.

Sus pestañas temblaban, mientras sus mejillas se teñían de rosa. Mientras él la observaba, la punta de su lengua asomó para humedecer sus labios secos.

Parecía un gato patético y desolado que había sido alimentado y cuidado toda su vida y luego, de repente, había sido arrojado afuera. Estaba frente a la casa de su amo, maullando lastimosamente, preguntándose qué había hecho para merecer tan horrendo trato.

De repente, su corazón se contrajo, y las palabras duras que había pensado pronunciar murieron en su lengua.

Un pensamiento surgió de repente en su mente, como un destello de pez plateado saltando del agua. Ella nunca había esperado que él descubriera esto. Quizás esta había sido la única manera en la que había podido expresar sus celos, mientras él había ignorado su corazón dolido todos estos años.

Y *habían* pasado años desde que el perro más viejo tenía cinco. Recordó que Jo le había hablado del nuevo cachorro que Elizabeth había conseguido de Dorothy, y también del momento en que rodó en el establo con la señora Polly Peachum.

Exhaló un suspiro acumulado entre sus pálidos labios.

Con suerte, su estancia duraría solo unos meses, y mientras tanto, haría todo lo posible por evitarla. Alguien tan caótico como ella era veneno para su paz.

Y él valoraba su paz, ya que la vida le había dado suficientes emociones.

***

El suave viento veraniego agitaba las hojas de los grandes robles, y las flores silvestres temblaban de placer.

Elizabeth no podía mirarlo a los ojos ni dirigirle la mirada. La confesión y el rechazo habían sido suficientemente malos, pero incluso se había visto obligada a reconocer los nombres de sus mascotas en su presencia.

Se dio cuenta de que él lo descubriría pronto si vivían bajo el mismo techo, así que actuó desafiante y audaz cuando, en realidad, sus rodillas temblaban bajo las exquisitas enaguas de encaje recientemente traídas de contrabando desde Francia.

Lord Adair había entrenado a todas las hermanas Fairweather, y ella era su mejor alumna. A menudo le decía que tenía un talento notable para romper huesos sin romper la piel y una gran sed de sangre y batalla.

A menudo la llamaba valiente.

Y, sin embargo, justo ahora, se sentía aterrorizada. No era el mismo miedo que sentía cuando todo estaba en penumbras, sino un tipo de terror diferente que hacía que su corazón latiera como si una roca pesada aplastara uvas dentro de su pecho, o una manada de ciervos corriera sobre él, o tal vez, un hada hubiera hecho su hogar en su caja torácica y alternara entre cosquillear su corazón con una pluma y apuñalarlo con una espada afilada…

Como si estuviera consciente de su angustia, Jo le sostuvo el codo y le hablaba sobre el estado de la casa. Partes de la mansión eran inservibles, el techo comenzaba a tener goteras en algunos lugares, la madera estaba debilitada y no todas las chimeneas funcionaban.

Elizabeth permaneció en silencio todo el camino hasta la sala familiar, dolorosamente consciente de la alta figura de Lord Darby caminando detrás de ella. Casi podía sentir el calor de su cuerpo y apresuró el paso mientras los perros corrían delante de ella.

—Ah, ¿ha llegado su esposa? —Lady Fowler, la tía mayor de Jo, quien actuaba como chaperona y vivía con ellos, se acercó a Elizabeth y le tomó las manos, que se encontraban en shock—. Bien hecho, William. Elegiste una joven encantadora.

Todos se congelaron.

Lady Fowler continuó hablando tranquilamente.

—Lady Darby, venga y siéntese aquí; de lo contrario, el sol poniente le picará los ojos. Si me siento en esa silla, un rayo a menudo me atraviesa la vista a esta hora. ¿Han cenado ya? ¿Fue largo el viaje? ¿Cómo fue la boda? Lo siento mucho; estaba ocupada atendiendo la casa y controlando a los sirvientes, por eso no pude presenciar la feliz ocasión; las doncellas son nuevas, ¿sabe usted...?

—Tía —Lord Darby finalmente intervino—. Ella no es mi esposa.

—¿Cómo, aún no están casados? ¿Por qué no?

—No pienso casarme.

Los ojos de Lady Fowler empezaron a rodar en sus órbitas. —¿Sin matrimonio, pero… bajo el mismo techo, en la misma habitación, sin estar casados…?

Lord Darby respondió rápidamente antes de que su tía se desmayara. —Esta es la señorita Fairweather, amiga de Jo. Ella planea quedarse con nosotros un tiempo y ocupará la Habitación Violeta. Pasaste toda la mañana preparando la habitación para ella.

—¿Lo hice?

—Sí, y la conociste durante la temporada.

—¿La conocí?

—Más de veinte veces —murmuró Lord Darby.

—No lo recuerdo en absoluto. ¡Qué sorprendente! —Lady Fowler tocó el timbre—. ¿Tomamos un poco de té, Lady Darby? ¿Le gustaría unos sándwiches? ¿Es demasiado temprano para el brandy de cereza? Si no, me gustaría un poco del nuevo frasco que Mrs. Glastonbury

envió el otro día.

Elizabeth forzó una sonrisa.

El cojín azul que descansaba a su lado parecía gordo. ¿Podría rasgarlo, meter la cabeza en él y pretender perder la razón? Al mirarlo más de cerca, estaba un poco polvoriento y quizás nunca se había lavado.

Sabía que Lady Fowler tenía una pésima memoria, a menos que se tratara de brandy, y si una idea se le metía en la cabeza, era imposible sacarla. Si esto hubiera sucedido durante la temporada, ella habría estado encantada, pero ahora lo hacía todo aún más incómodo.

Jo le había dicho que Lord Darby no podía permitirse mantener a nadie más como chaperona, pero su tía tenía una pequeña renta anual que la mantenía. Solo necesitaba un techo sobre su cabeza y algo de compañía para escapar de una vida solitaria; por eso él le había pedido que se mudara tras la muerte de Mary para evitar que la gente hablara de los primos solteros viviendo juntos.

Lady Fowler no era una muy buena chaperona. En lugar de ocuparse de Jo, todos acababan ocupándose de ella y tratando de mantenerla fuera de problemas.

La última vez que estuvieron en una fiesta, Lady Fowler le dijo a una dignificada princesa que visitaba desde un país europeo que su bigote parecía suave y espeso, como las plumas de un búho marrón.

Con una palabra más y podría haber sido secuestrada y decapitada por el abuelo de la princesa ofendida, famoso por su temperamento.

En otra ocasión, se metió en la cama de Lord Greyson, confundiendo su habitación con la suya. Era una fiesta de té por la tarde, por lo que era desconcertante cómo Lady Fowler había decidido que ya era de noche.

Le costó mucho a Jo convencer al viejo soltero de que Lady Fowler no quería decir nada con eso. Después de eso, el lord de sesenta años se enamoró de Jo, y le costó un mes entero hacerle olvidar la idea.

Lady Fowler continuó charlando sobre el clima, los nuevos sirvientes y sus viajes al extranjero. Mientras tanto, Elizabeth sorbía su té caliente y dulce y observaba discretamente el perfil atractivo de Lord Darby. Su corazón dolía terriblemente, y el resentimiento y el dolor que había estado reprimiendo fueron de repente eclipsados por la esperanza que las palabras de Lady Fowler trajeron consigo.

Alguien la había llamado por primera vez Lady Darby, y eso la emocionó profundamente.

Tal vez vivir bajo el mismo techo los acercaría más. Pero esta esperanza era aún más angustiante que el dolor y el resentimiento que se habían estado acumulando dentro de ella esa última semana. Significaba que estaba cayendo nuevamente en el abismo, un ciclo vicioso y sin fin que no conduciría a nada, como siempre.

Era más fácil resentirlo y mantener la distancia que permitir que su deseo floreciera de nuevo.

No podía amarlo y no permitiría que su mente racional cometiera ese error nuevamente, pero para eso tendría que dejar de sentirse mareada en su presencia.

Lord Darby levantó la vista en ese momento y la sorprendió mirándolo. Sus pestañas cayeron, y se levantó rápidamente.

—El viaje fue largo; me gustaría retirarme ahora.

—Flora, ven aquí —llamó de inmediato Lady Fowler, y una doncella llamada Briget entró en la habitación—. Lleva a Lady Darby a la habitación de Lord Darby.

Jo se atragantó con una galleta.

Lady Fowler continuó: —Están recién casados, así que no los molesten a menos que sea

necesario. —Sonrió y acarició la mano sonrojada de Elizabeth—. Sería bonito tener algunos niños para alegrar esta casa tan triste. Vayan ya, no es necesario que se formalicen conmigo; después de todo, son familia.

Capítulo Treinta y Uno

Cajas de verduras, frutas, harina, dulces, ropa, cojines, sábanas, dosel, cortinas de cama, saquitos aromáticos, sombreros, zapatos, guantes, sombrillas, pañuelos, camas para perros, cuencos para perros, velas, yesqueros, pinturas, jarrones y muchas otras cosas necesarias para hacer que los próximos meses de Elizabeth fueran cómodos fueron descargadas de los carruajes y llevadas a la casa.

Durante las siguientes dos semanas, llegaron más cosas. Alfombras, flores, curiosidades, espejos, un candelabro y una fuente para aves fueron enviados a la casa como regalos para agradecer a Lord Darby por su generosidad al mantener a su hermana más joven en su hogar.

También se ofreció la creación de un nuevo estanque y un huerto de frutas, pero fue rechazado apresuradamente.

Elizabeth se sintió aliviada cuando Lord Darby aceptó los artículos más pequeños y no insistió en devolverlos. Temía que él se ofendiera.

Sus primeros días en casa fueron de observación. Su recuerdo de haber estado allí en el pasado, cuando Lady Ingram había muerto, estaba sumido en sombras. Los eventos de esa época eran grises y sombríos en su mente, decididamente desagradables. Tal vez por eso nunca había intentado regresar a esa casa, a pesar de que significaba vivir bajo el mismo techo que Lord Darby.

Su visita también había sido la primera vez que entendió la certeza de la muerte y el dolor que conllevaba. La incertidumbre, el vago terror y el horror en el aire hicieron una gran impresión en su joven mente, al igual que el momento en que la habían encerrado en la oscuridad aquellas escolares.

Ambos incidentes eran como elefantes y gansos, completamente únicos en experiencia y textura, pero el miedo y el sentimiento nauseabundo en su estómago al pensar en ellos eran similares.

Sin embargo, esta vez, sin la presencia de los melancólicos ancianos y la aterradora Mary Ingram, la casa parecía más relajada, como si todas las arrugas se hubieran alisado. Como si el sol y el viento la hubieran purificado de su oscura y mohosa aura, volviéndola un poco más brillante, enviando los recuerdos tristes de su pasado a las oscuras esquinas.

La rigidez podría haber desaparecido de sus paredes, pero en su lugar, una nueva especie de languidez se había infiltrado. Los sirvientes entendieron desde el momento en que fueron contratados que el dueño y los demás ocupantes no se preocupaban en absoluto por Ingram House.

Si se incendiara, Lord Darby probablemente suspiraría y se mudaría a una casa de ciudad; en cuanto a la señorita Ingram, sería casada pronto.

Pero Elizabeth sí se preocupaba, no por la casa, sino por el trato que los sirvientes daban a Lord Darby y Jo.

Elizabeth no tenía pretensiones ni le importaba la suciedad; después de todo, a menudo acampaba en los bosques esperando emboscar carruajes. Podía soportar las dificultades y, al mismo tiempo, apreciar las cosas buenas de la vida.

Pero las reglas cambiaban cuando el tema se refería a alguien de quien se preocupaba, por lo que el estado de las cosas en Ingram House la hacía sangrar de angustia.

Lord Darby estaba lleno de deudas; era un milagro que pudiera mantener a tantos sirvientes, pero en lugar de apreciar sus salarios y trabajar duro, los sirvientes trataban a la familia con

desdén.

Si Elizabeth tenía que soportar otro día de huevos quemados y tostadas chamuscadas para el desayuno, ¡gritaría!

—¿Te gustaría un maní mientras ordenas tus pensamientos? —preguntó Lady Fowler.

Elizabeth estaba de pie frente a la estantería polvorienta, trapo en mano. Todo lo que había hecho era desplazar el polvo de la estantería a la alfombra, así que abandonó la tarea, se puso el trapo sucio en la cabeza y se desplomó en el sofá.

El sol le estaba dando un dolor de cabeza cegador, la comida que había comido estos días había sido horrible, y el té, si llegaba, siempre estaba frío, a menos que lo hiciera su propia criada.

Había tantas cosas mal en esa casa que quería arrastrar a Lord Darby y casarse con él para tener el poder de poner todo en su lugar.

Elizabeth había saltado de una casa aristocrática a otra mientras crecía y había visto a sus hermanas entrenar bajo madres-informadas. No le interesaba el arte de la administración del hogar, pero al ver el estado de Ingram House, se dio cuenta de que había absorbido más de lo que pensaba.

Si tan solo pudiera controlar los asuntos del hogar, la vida de Lord Darby, Lady Fowler y Jo mejoraría drásticamente.

—¿Lady Darby? —insistió Lady Fowler—. Un maní por sus pensamientos.

—El abrigo de Lord Darby no fue cepillado esta mañana —Elizabeth ignoró el incorrecto tratamiento de la dirección—. Sus zapatos estaban cubiertos de tierra y su sombrero estaba aplastado.

Lady Fowler suspiró. —El mayordomo dijo que su esposa estaba muriendo, así que se ha ido al pueblo por unos días. El mayordomo está demasiado ocupado para ocuparse de estos asuntos y las sirvientas son pocas.

—Hace quince días, el mayordomo anunció la muerte de su esposa, derramó lágrimas gordas y se fue a su pueblo a llorar y organizar el funeral. Ahora va de nuevo a visitar a su esposa muerta, que milagrosamente revivió, se desenterró de la tumba y se volvió extremadamente enferma otra vez. ¿Tiene sentido esto?

Los ojos de Lady Fowler se abrieron de par en par. —¿La esposa estaba muerta y volvió a la vida? ¡Qué asombroso! ¿Podemos visitar a esta mujer?

Elizabeth frunció el ceño. ¿Por qué las personas tienen que ser tan extremadamente molestas?

Después de un breve y desagradable descanso, se levantó y llamó a una criada.

—Sujétame la cesta —ordenó—. Estoy de humor para matar algunas arañas y moscas. Las aplastaré y las tiraré dentro, prepárate para atraparlas. ¡Uno, dos, tres!

***

A la mañana siguiente, cuando los huevos quemados y el té frío se volvieron a colocar frente a Lord Darby, Elizabeth ya no pudo aguantar más. Su corazón ardía de angustia al ver a los primos intentando tragar la horrible comida, y la indiferencia del mayordomo mientras permanecía de pie a un lado hacía que su sangre hirviera.

Incluso las sirvientas eran groseras. Se iban sin verter el té y dejaban los platos de comida sobre la mesa como si no pudieran esperar para irse.

Dejó la cuchara y miró a Lord Darby con súplica.

Se habían acostumbrado a ser corteses durante las comidas y, aparte de un breve saludo, apenas intercambiaban palabras.

Así que esa mirada fija de Elizabeth hizo que él levantara la ceja.

En el momento en que ella recibió su consentimiento, comenzó a hablar:

—No me gusta estar ociosa, mi lord. Hablé con Jo, y ella está de acuerdo en que esta es la mejor manera de resolver los asuntos.

Él frunció el ceño. —¿Qué asuntos?

—Los sirvientes.

—No puedo permitirme más.

—Pero los que tiene no hacen nada en absoluto. Más le valdría quedarse con el dinero y despedirlos a todos.

Las manos del mayordomo temblaron detrás de Lord Darby, y los cubiertos en la bandeja que sostenía hicieron un ruido desagradable.

Elizabeth continuó con firmeza, alzando la voz por encima del ruido:

—Jo no tiene interés en dirigir el hogar; la temporada ha terminado y no tengo nada que hacer, así que permítame contratar a una buena ama de llaves y gestionar a los sirvientes.

Lord Darby miró al furioso mayordomo y, con un gesto de muñeca, lo despidió. Una vez que todos los sirvientes salieron, dijo:

—No tengo los fondos.

—No le haré gastar más de lo que ya gasta.

—Tampoco aceptaré su dinero.

—Entiendo perfectamente su cabeza dura—quiso decir "sus delicadas sensibilidades"—. No alteraré los libros de cuentas ni añadiré gastos al bolsillo de nadie más.

Sintiéndose que la tensa atmósfera estaba a punto de estallar, Jo intervino rápidamente:

—William, deja que Elizabeth intervenga. No importa mientras no gaste de más. Además, ella es una invitada y debemos hacer todo lo posible por hacerla sentir cómoda.

Lord Darby rompió el pan en dos, lo que le llevó un rato porque tenía la consistencia de madera mojada.

—Los sirvientes chismorrearán.

Elizabeth se burló. —Ya lo hacen.

—Aun así, hacerla trabajar...

—Una oportunidad. Déjeme encargarme durante un mes, y si fallo, las cosas pueden volver a como estaban.

Lord Darby frunció el ceño. —Supongo que está acostumbrada a vivir en lujo.

—No es eso —interrumpió Elizabeth—. Incluso los pobres mantienen sus casas limpias y las comidas comestibles, aunque sea comida simple.

—William, ella es tu esposa —dijo Lady Fowler, tomando un sorbo del brebaje frío—. Esta es su obligación.

—Por favor, William —suplicó Jo—. Preferiría volver al seminario antes que comer otra cena aquí.

Él vaciló.

—Oh —anunció de repente Elizabeth—. Creo que me voy a desmayar de hambre.

Lord Darby sabía de los pasteles, galletas y dulces que Elizabeth tenía a su disposición gracias a la generosidad de su familia, pero no eran comidas completas. ¿Cuánto podría satisfacer esa clase de cosas el apetito de una joven?

La miró fijamente, y de repente, sus cejas se fruncieron alarmado. ¿Y si algo le pasaba por la negligencia de su cocinero? Estaba bien que él sufriera, ya que no le importaba, pero no quería causarle ningún mal a Elizabeth.

Elizabeth puso una mano en el pecho y gimió.

Saltó de su asiento y se agachó a su lado. Jane le había escrito diciéndole que Elizabeth no soportaba a los médicos. Cuando era joven, había estado enferma durante mucho tiempo, y la constante visita de médicos, así como el alboroto de la familia sobre ella y su libertad restringida, habían resultado en su deseo de ser fuerte y saludable.

Colocó el dorso de su mano contra su mejilla; estaba un poco cálida. Recordó su costumbre de llevar rosas azucaradas siempre que ella estaba cerca y se alegró de haber guardado algunas en su bolsillo, envueltas en papel. Las sacó y estaba a punto de poner un dulce pétalo entre sus labios cuando se detuvo.

No era una niña, sino una joven soltera. Esto... esto no era apropiado.

Elizabeth, que no tenía tales reparos, vio la rosa, bajó la cabeza y robó el dulce con sus pequeños dientes blancos de entre sus sorprendidos dedos.

Él se quedó atónito por un momento, observándola masticar y tragar. Tras un momento, sacó otra rosa y esta también fue tomada de sus dedos de la misma manera.

¿Lo habría aprendido de sus mascotas? Se sacudió la cabeza y siguió alimentándola, sabiendo que estaba mal, pero, sin embargo, algo inexplicablemente correcto.

Se limpió el azúcar del rincón de su boca y preguntó: —¿Puedo gestionar la casa?

Sus ojos cayeron sobre su labio inferior húmedo y su cabeza se sintió un poco embotada, por lo que asintió instintivamente.

Ella saltó, su rostro feliz y sus mejillas de un rosa saludable. —Gracias, mi lord. Me esforzaré para no decepcionarlo.

Lord Darby, que había sido engañado para aceptar, solo pudo mirar boquiabierto y dejar que las mujeres hicieran lo que quisieran. Agitó la mano para despedirlas a todas y se sentó a engullir algunos trozos más de los huevos quemados.

Lo que él comiera no importaba, pero lo que Eli, Jo y Lady Fowler consumieran sí. Elizabeth tenía razón; solo había pensado en sus propios placeres y había descuidado hacer de esta casa un hogar.

Una parte de él secretamente animaba a la más joven de las Miss Fairweather.

***

Elizabeth se enfrentó al vivaz lacayo en el cuarto de la mañana.

Acababa de regresar de su aldea y se había bronceado considerablemente. La brisa de la ventana abierta soplaba su cabello negro hacia atrás, mientras sus ojos brillaban con desafío.

No temía al amo de la casa, entonces, ¿quién era esta insípida invitada para hacerle exigencias?

Elizabeth no perdió tiempo en palabras, simplemente enganchó su pie detrás de su tobillo y tiró. Él cayó de rodillas, y ella estrelló su codo contra su espalda, haciendo que chillara de dolor.

Cuando levantó la mano para defenderse, ella le hundió las uñas en un punto cercano a su codo, lo que provocó que los vellos de su cuerpo se erizaran por el dolor insoportable.

Muchos años atrás, Lord Adair le había enseñado pacientemente a Elizabeth que había muchos puntos en el cuerpo que podían sanar, causar dolor o matar. La presión adecuada, el lugar adecuado, y el efecto era inmediato.

Ella eligió el dolor por ahora.

Una vez que el lacayo atónito comenzó a sudar, Elizabeth retrocedió. Los hombres como él usualmente respetaban a los que tenían fuerza física, de ahí su asqueroso comportamiento superior hacia las mujeres y los niños.

Ahora que el respeto había sido ganado, fue directo al grano. —Si tu esposa, abuela o alguien de tu aldea muere de nuevo, encontraré tu casa y eliminaré personalmente seis generaciones de tu

familia.

—¿Y si alguien de la familia realmente muere? —preguntó el lacayo, con lágrimas en los ojos.

—Necesitaré ver el cuerpo. —Elizabeth esperó a que sus palabras calaran antes de continuar —. O haces bien tu trabajo y sirves a Lord Darby, o te cortaré una extremidad y me aseguraré de que no puedas trabajar en otro lugar.

El lacayo palideció. —Podría dejarme ir.

—Él te ha estado pagando durante dos años, necesitas devolverle los salarios que has ganado. Una vez que le hayas retribuido su bondad, podrás irte. Pero, si no estoy satisfecha...

—Mi señora, admito mi error. —Se golpeó la cabeza contra la alfombra varias veces, como un pollo picoteando un grano.

Ella abrió su abanico, lo agitó frente a su rostro para aliviar el calor del verano, y lo observó. Después de un rato, su manera se suavizó y le hizo una señal para que se levantara. —Sabía que eras un hombre razonable. Apúrate, no debes hacer esperar a tu lord, y recuerda no decirle a nadie esto, de lo contrario...

—Lo entiendo, su señoría—nuevamente se arrodilló y golpeó su frente contra el suelo varias veces.

Satisfecha con sus excesivos halagos y obediencia, ella lo despidió.

—Rose —giró hacia una de las criadas que había traído de Finnshire—. Quiero hablar con el cocinero ahora.

Capítulo Treinta y Dos

—La sopa de pollo no tenía pollo.

—Eso... era sopa clara.

—Jo pidió sopa de pollo.

—La próxima vez…

—Las tostadas y los huevos estaban quemados otra vez.

Después de enterarse de lo que le había sucedido al ayuda de cámara, la cocinera estaba un poco asustada, así que no se atrevía a ofender a esa señorita tan temible. Cualquiera capaz de dejar al ayuda de cámara con la mirada perdida de terror tras una única reprimenda merecía ser tomada en serio.

—No volverá a ocurrir.

—Busque otro lugar en dos semanas.

—¡Señorita!

—El ayuda de cámara hacía bien su trabajo cuando se lo proponía, pero usted jamás ha producido una comida decente, ni una sola vez. Busque otro oficio. Ya he contratado al cocinero de la posada local. Comenzará a trabajar el día de su partida.

—Tengo hijos.

—Lady Fowler es mayor y tiene un estómago delicado. No permitiré que sea maltratada por el bien de sus hijos. Se le dio empleo, y si de verdad le importara su familia, se habría asegurado al menos de que el pan no se quemara y de que las doncellas a su cargo trataran a Lord Darby con respeto.

La cocinera solo pudo llorar y suplicar, pero Elizabeth no se conmovió en absoluto.

Ya había hablado con el cocinero de la posada local, quien aceptó siempre que se le pagara bien. Como estaba acostumbrado a cocinar para muchas personas, solo necesitaba una ayudante en la cocina para servir a una familia pequeña. Por lo que Elizabeth despidió a las doncellas inútiles y conservó solo a una ayudante de cocina y a una joven fregona.

Mientras mantuvieran un límite razonable de platos en la cena, el nuevo cocinero podría manejarlo.

—Brigit —llamó Elizabeth tras despedir a la cocinera.

La chica de rostro redondo, que parecía un pequeño tomate encendido, entró apresurada. Las lágrimas ya brillaban en sus ojos, pero antes de que pudiera hablar, Elizabeth dijo: —Bien hecho. Te he observado durante un tiempo. Lady Fowler suele llamarte con nombres extraños, pero nunca te has inmutado y siempre has mantenido una actitud respetuosa. Las habitaciones que te han asignado para limpiar siempre están libres de polvo, y aunque no es tu tarea, ayudas a los otros sirvientes siempre que puedes.

La nariz de Brigit se puso roja, y una lágrima cálida resbaló por su ojo izquierdo. ¿Quién decía que la señorita Fairweather era un demonio salido del infierno? ¡Pero si era una persona razonable!

Elizabeth sonrió.

—Mi criada te entrenará para que te conviertas en doncella personal. En adelante servirás a Jo y recibirás un salario más alto.

Brigit quedó atónita. La señorita Fairweather no era humana; era un ángel, un absoluto y maravilloso ángel. Desde ese momento, la trabajadora doncella decidió dedicar su vida a ella.

Elizabeth terminó de ajustar castigos y recompensas basándose en sus observaciones de las

últimas semanas y tras discutir el tema con Jo.

La clave para manejar una casa era recompensar las buenas acciones y dar ejemplo de aquellos que titubeaban. Tenía que ser más estricta en esta casa de lo que acostumbraba, ya que las circunstancias eran extremas.

Cansada, se frotó la cabeza y bostezó.

***

Unos días después, William observaba con dolor de cabeza la fila de sirvientes llorosos frente a él.

—Llamen a Eli... a la señorita Fairweather —ordenó.

Elizabeth llegó, y de inmediato las lágrimas de los sirvientes se secaron. Los miró de reojo, pensando: ah, eran los que habían sido despedidos.

Él le indicó que se sentara, y ella se hundió en la silla frente a su escritorio.

—¿Por qué despediste a la cocinera?

—No sabe cocinar.

—Puede aprender; sus hijos...

—Tal vez usted disfrute comer tostadas y huevos quemados, pero su hermana, Lady Fowler, y yo no. ¿Es justo privarlas de una buena comida por la incompetencia de la cocinera? Lleva aquí medio año y podría haber aprendido a hacerlo mejor o, al menos, a no tratar al dueño de la casa con falta de respeto.

—No soy quisquilloso.

—Si lo tratan mal, a mí me importa.

Él perdió el hilo de sus pensamientos por un momento.

—Un cocinero mejor será demasiado caro.

Ella sacó las hojas de cuentas que había creado y las ató con un cordel.

Él las tomó de su mano y revisó los detalles. Su ceja se alzó a medida que avanzaba; Eli era sumamente capaz.

La cocinera y sus dos ayudantes habían sido despedidas. La fregona había sido ascendida a ayudante de cocina con un pequeño aumento de sueldo y dinero para el té. Un nuevo cocinero, un poco más caro, pero no demasiado, había sido contratado de la posada local, famosa por sus excelentes cenas.

El ama de llaves actual había sido despedida y reemplazada por otra más competente, mientras que el número de jardineros se había reducido drásticamente. Considerando el estado terrible de los jardines, esto tenía sentido. ¿Para qué tenerlos cavando si no hacían ninguna diferencia?

Él calculó y se dio cuenta de que, al final, aunque la ama de llaves y el cocinero le costarían más, seguiría pagando menos de lo que pagaba antes.

Ella le había ahorrado dinero.

Él miró los números, sintiéndose un poco aturdido. Por lo que, esta era la importancia de tener a una mujer encargándose de estos asuntos. En unos días, toda su casa estaba reorganizada para bien, y si esto continuaba, la carga sobre sus hombros se aligeraría considerablemente.

Él sonrió con afecto al ver su cabeza inclinada frente a él, deseando alargar la mano y revolver la masa sedosa recogida en un hermoso moño bajo en su nuca.

—Bien hecho —la felicitó suavemente.

Ella se enderezó y lo miró con deleite.

—¿No está enojado?

Él negó con la cabeza.

—Esto... ¿podría enseñarle a Jo?

—Lo haré. Mi lord, necesito discutir algo más.

Él entendió su intención y despidió a los sirvientes.

Una vez solos, ella pareció perder el valor y evitó su mirada al hablar:

—El ama de llaves trabajaba en casa de un conde en Londres, pero fue despedida en desgracia; por eso aceptó un salario tan bajo. Pregunté y descubrí que era inocente.

—¿Y?

—La posada local no está contenta de que me haya llevado a su cocinero.

Él observó sus ojos ansiosos y sus dedos nerviosos jugando con el borde de su pañuelo de encaje. De repente, comprendió. A muchas damas de la alta sociedad les gustaba visitar las cocinas de sus anfitriones, y ahora sabía que no era para felicitar al cocinero, sino para "robar" a los sirvientes bien entrenados.

—¿Está enojado? —preguntó de nuevo.

Él sonrió y le sirvió una taza de té.

—No.

—Si el ama de llaves hace algo que le ofenda, yo asumiré la responsabilidad.

—Está bien.

—En cuanto al cocinero...

—No visito esa posada, así que no importa.

—Ya veo.

—Señorita Fairweather, confío en usted. No necesita explicarse.

Su corazón se calentó. Estos eran sus sirvientes, sus preciosas libras y chelines, y aun así le daba acceso a ellos como si fuera Jo. Aunque su confesión de amor había creado una atmósfera tensa entre ellos, en el fondo, él seguía tratándola como familia.

Vamos, ni siquiera su propia madre le daría tal libertad para administrar la casa de los Fairweather. Sus padres no confiarían en ella, pero él parecía pensar que era capaz.

Parte de la vergüenza que sentía en su presencia se desvaneció, y la vieja comodidad que compartían volvió de inmediato.

Las personas se comportan de manera diferente según con quién interactúen. Por ejemplo, el duque de Blackthorne no se comportaría de forma cariñosa con su mayordomo como lo hacía con Penelope.

De igual manera, Lord Darby podría ser gruñón con la mayoría, pero con ella siempre era amable y cálido.

Ahora, solo tenía que lograr que él notara su individualidad y la considerara como una posible esposa. El primer paso de asumir la administración de su hogar y demostrar sus habilidades de esposa estaba cumplido.

¿Qué podía hacer para convencerlo aún más?

Capítulo Treinta y Tres

—Todavía estás enamorada de él —afirmó Jo.

Estaban sentadas en el jardín, rodeadas de cantos de pájaros y ladridos de perros.

Elizabeth sorbió su tónico revitalizante y cambió de tema—. Saldré esta noche.

—Eli, si William lo descubre...

—No lo hará.

—Si te casas con él, lo hará.

—Confío en mis habilidades.

—¿Habilidades para engañar? —el tono de Jo no era agradable, pero Elizabeth entendía la desaprobación de su amiga.

¿Quién querría que alguien querido se expusiera a robar y poner en peligro su vida constantemente?

Elizabeth levantó la mano, y los perros se callaron—. Me preocupa la relación entre la señorita Felicity Fortune y Lord Snyder. Le pedí a alguien que investigara y prometió reunirse conmigo esta noche para contarme lo que averiguó.

Jo cerró los ojos y alzó el rostro hacia el sol—. Si no se casa con él, quedará en la ruina. Su familia es despiadada y preferiría que muriera de hambre antes que mantenerla. Esa mujer no tiene otra opción para sobrevivir.

—Los hijos de Dorothy ya tienen edad para empezar la escuela. Necesita un tutor, y Felicity tiene excelentes calificaciones. Fue solo segunda después de ti en casi todas las materias.

—¿Es mejor ser maestra que señora de una mansión?

—¿Es mejor vestir seda y ser golpeada a diario o vivir una vida tranquila en el campo con lana sencilla?

Jo guardó silencio, reflexionando sobre sus palabras—. Llévate a Dimbercove contigo y vuelve en cuanto termines tu asunto.

***

William escuchó la conversación entre las chicas y se dirigió al interior. Una vez en el estudio, se dejó caer en la silla para pensar.

Sabía que Elizabeth se escabullía a menudo y que los guardias del duque la seguían siempre, pero aun así sentía inquietud.

¿Qué pasaría si un enemigo formidable comprara a los guardias?

El duque tenía muchos adversarios, y él también. ¿Y si estaban apostados fuera de su casa, esperando emboscar a sus familiares?

En cuanto a Dimbercove, ¿hasta dónde llegaría el hombre para proteger a su amiga de la infancia? ¿Era siquiera capaz?

Tocó la campanilla, y el ayuda de cámara entró apresuradamente.

William se sorprendió al verlo tan pronto. Estaba acostumbrado a tocar al menos tres veces antes de que alguien respondiera.

—Quiero que coloquen unas escaleras contra las paredes del jardín —ordenó William—. Que no las retiren hasta que yo lo diga.

El ayuda de cámara frunció el ceño—. ¿Y los ladrones?

—No tengo nada de valor en esta casa.

No le importaba que le robaran baratijas. Lo que le importaba era que Elizabeth se rompiera un hueso al intentar trepar las altas paredes de piedra que rodeaban la propiedad para escaparse

de noche.

—Como diga, mi señor.

—Dígale al cocinero que prepare comida que no se eche a perder si se deja fuera toda la noche. ¿Sabe el nuevo cocinero hacer dulces? Flores azucaradas, ciruelas en conserva y esas cosas. Quizá también deje tazones con frutas, nueces y semillas cerca de la entrada.

—¿Para los pájaros?

—Para las hadas. Siento que nuestra suerte ha cambiado a peor, y si alimentamos a un hada con flores dulces, las cosas mejorarán.

El ayuda de cámara lo miró confundido, pero asintió obedientemente.

William miró por la ventana—. ¿Hace frío?

—Solo cuando el sol se pone.

—Enciendan el fuego en la sala familiar esta noche y dejen suficiente leña para que dure hasta el amanecer.

—¿Planea usted quedarse despierto, mi señor?

—Quizá el hada quiera descansar sus pies después de comer. Ah, y deje una botella de brandy en la mesa.

El ayuda de cámara palideció—. Veo que mi señor planea atrapar a un hada borracha para exigirle una olla de oro para pagar las deudas. Este método... podría no funcionar.

—Escaleras, fuego en la sala familiar, brandy y... ah, deje también un bálsamo para cortes y moretones junto a la comida —enumeró William con calma—. No le diga nada de esto a nadie.

—¿Sobre el hada?

—Y sobre todo lo demás.

El ayuda de cámara abrió la boca y luego la cerró de nuevo. Sabía que los señores y damas tenían todo tipo de caprichos, y este asunto aún no era tan aterrador como el último lord para el que había trabajado. A ese hombre le gustaba coleccionar vellos de los dedos de los pies de cadáveres.

Se estremeció y salió apresuradamente.

Esa noche, después de una agradable cena, William estiró sus músculos y crujió los nudillos. Luego se enfundó en unos pantalones verde oscuro y una chaqueta delgada a juego que le permitirían camuflarse en la noche.

Iba a seguir a Eli y asegurarse de que estuviera a salvo.

Solo confiaba en sí mismo y le costaba fiarse de empleados contratados. Si se tratara de Jo, habría hecho lo mismo.

No, eso no era del todo cierto.

Nunca habría permitido que su prima fuera tan obstinada desde un principio, pero la familia había malcriado a Elizabeth, y ya era tarde para cambiar las cosas. Por lo tanto, estaba tratando de hacer lo que podía para mantenerla a salvo mientras tanto. Una vez que se casara, sería asunto de su marido, y él podría dejar de preocuparse.

Cuando las lámparas de la casa se extinguieron, salvo el fuego que rugía en la sala familiar, salió de su habitación.

En la sala familiar, pidió a la lavaplatos que cuidara el fuego toda la noche y evitara que la casa se incendiara. También le dio una bolsa de monedas por su arduo trabajo y le prometió dos días de descanso.

La muchacha estaba exultante y no podía creer que el señor de la casa la tratara tan bien. Estaba tan conmovida que se enamoró de él un poco.

Sin saber que había ganado otra admiradora, William fingió regresar a su dormitorio. Cerró la

puerta y saltó por la ventana, aterrizando suavemente en una alfombra de dientes de león.

Elizabeth salió de la casa poco después de medianoche, llevando una lámpara de aceite.

La luz de la luna perfilaba su figura mientras escalaba la escalera, y él la siguió lentamente.

Le habría gustado ver mejor, pero su oído se había agudizado, quizá porque uno de sus sentidos se había vuelto menos fiable. Tendría que bastar dadas las circunstancias.

Un faetón la esperaba al otro lado del muro, Dimbercove estaba en las riendas, y Elizabeth se acomodó a su lado.

—Quiero dormir —se quejó Dimbercove al verla.

Elizabeth le dio un manotazo en la cabeza—. ¿Despierto ya?

—Sí, sí, estoy despierto. Para de pellizcar, ay, ¡mi brazo, Eli! ¡Para!

—En marcha, entonces.

—¿Adónde?

—Me encontraré con Bucky en el Artista Corrompido —la suave voz de Elizabeth flotó hacia William.

William esperó hasta que se hubieron alejado un buen trecho antes de dirigirse al silencioso caballo negro atado a un árbol en un claro cercano.

Artista Corrompido... Frunció el ceño. Era una taberna regentada por un archicriminal llamado Bucky y un lugar totalmente desagradable para tratos turbios. Se había visto obligado a visitarlo en varias ocasiones y sabía dónde estaba.

Ah, esto era malo. No podía permitir que una joven entrara en semejante lugar.

Saltó sobre el lomo del caballo y cabalgó como un poseso persiguiendo el carruaje. Su corazón galopaba junto con los cascos al pensar en ella entrando en un antro de criminales.

Para cuando los alcanzó, Elizabeth y Dimbercove ya estaban fuera de una vieja casa que parecía pertenecer a un aldeano pobre. Dos antorchas quemaban al frente, iluminando una ventana rota en el primer piso. Unos cuantos ladrillos grises se habían desprendido de la pared y se apilaban, mientras que la puerta principal parecía tan fina que un solo golpe probablemente la partiría en dos.

William sabía que los signos de desgaste no eran por antigüedad, sino por las constantes peleas que presenciaba el lugar. Era un sitio popular entre los criminales para batirse en duelo y ajustar cuentas.

Llevó el caballo a las sombras y examinó los alrededores. Casi se le salta el corazón del pecho. ¿Qué estaban pensando al aparcar el carruaje tan descaradamente en el patio delantero?

¿Debería atraparla ahora y salir corriendo antes de que los descubrieran?

Dimbercove se levantó en su asiento y dijo—. *Avanza como el viento del norte, lleno de escarcha, dolor y premoniciones, y atraviesa el continente sin dejar rastro.*

Elizabeth pareció encogerse sobre sí misma, como si las palabras le dieran un dolor de muelas, mientras William se detenía y fruncía el ceño con desconcierto.

Esas palabras... esa frase le resultaba familiar; la había escuchado a menudo a lo largo de los años. Su cabeza comenzó a dar vueltas, pero alguien más pronunció el nombre que tenía en la punta de la lengua.

Capítulo Treinta y Cuatro

—Lancelot —apareció en la puerta un hombre alto y delgado, con dientes de conejo—. ¿Le gustaría pasar?

—No —respondió Dimbercove secamente—. Mi ama quiere una palabra.

—¿Ama? Ah, el dueño finalmente ha decidido visitar su casa. Esto merece un brindis, ¡Goldy! Sí, saca el mejor vino. El dueño está aquí.

Se escuchó un grito de júbilo desde dentro, y una docena de hombres tambaleantes salieron.

Dimbercove encendió una lámpara de aceite, la colgó de un palo y la levantó lentamente, revelando la delicada figura de Elizabeth sentada en el asiento. Llevaba una capucha grande que le cubría el rostro casi por completo, dejando solo la punta de su barbilla visible. Parecía delicada y frágil, pero la brillante capa negra de capuchino le daba un aire siniestro, como si en cualquier momento pudiera comenzar a entonar cánticos, degollar a los presentes y sacrificarlos a Hécate.

Un hombre se atrevió a acercarse al carruaje para verla mejor, pero el caballo lo pateó en el pecho, lanzándolo por los aires.

Los demás hombres, cautelosos, mantuvieron la distancia.

Bucky apartó al hombre atrevido y lo arrojó a un lado.

—Si no quiere que veamos su cara, solo dígalo —se quejó—. No es necesario lastimar a mis hombres.

—Soy una mujer —Elizabeth profundizó su voz—. Tengo miedo.

Los hombres parecieron aceptar la explicación y asintieron. Alguien gritó:

—Quizá no trabajamos honestamente, mi señora, pero no hacemos daño a los inocentes.

—Tinker, obligaste a tu esposa a entregar a su hijo. ¿Acaso los niños no son inocentes? —preguntó Elizabeth.

Estas palabras cortaron el aire, recordándoles a todos precisamente por qué la dueña de este lugar era temida. Ella conocía diez generaciones de sus secretos. Nada se le escapaba, y en cualquier momento cualquiera de esos secretos podía usarse en su contra.

Así era como los controlaba, como una maestra titiritera, sosteniendo firmemente sus hilos. Sabía todas sus debilidades, y si alguien no tenía ninguna, entonces era eliminado.

La delicada joven ante ellos era como una víbora; el veneno en su sangre era tan fuerte que podría acabar con un ejército simplemente escupiendo desde las sombras.

Los hombres se estremecieron. Algunos parecían asustados, mientras que otros apenas contenían el destello de ira en sus ojos. Sus expresiones dejaban claro que se preguntaban cómo podían permitir que alguien que poseía sus secretos siguiera viva. Ahora que había venido hasta ellos, harían todo lo posible por acabar con ella.

El sudor perlaba la frente de William mientras la tensión aumentaba. Su cuerpo se tensó tanto que sentía como si todos sus músculos estuvieran siendo estirados por hilos invisibles. Quería tomar esa figura menuda y esconderla de esas miradas vulgares y violentas.

Mientras tanto, Elizabeth interrogaba a Bucky con calma. El resto de la chusma no se iba; observaban, con sus ojos tratando de atravesar la oscuridad para averiguar cuántos guardias había traído esa mujer.

William también escudriñaba las sombras, con la esperanza de que los guardias del duque estuvieran con ella y fueran suficientes.

—¿Testigos? —preguntó Elizabeth amablemente, como si estuviera tomando el té con la reina.

Bucky dio una orden y alguien arrastró a un joven. Parecía confundido y un poco borracho.

—Di lo que sabes.

El muchacho, de constitución fuerte, indicaba que probablemente era un mozo de cuadra. Elizabeth aclaró la garganta.

—¿Viste a la señorita Fortune hablar con Lord Snyder?

El joven pareció calmarse al escuchar la voz delicada.

—Vi que le dio una patada en el estómago.

—¿Algo más?

—Solía mandarme a amenazar a sus pretendientes o a averiguar todo lo que pudiera sobre ellos. Últimamente no la he visto, ni él ha mencionado su nombre.

William reflexionó sobre sus palabras. Era posible que la señorita Fortune ya no tuviera pretendientes; después de todo, había pasado la edad de casarse y carecía de una buena dote.

Elizabeth agitó la mano, despidiendo al joven, y se dirigió a Bucky.

—Te pedí que averiguaras todo lo que pudieras en mi carta. ¿Eso es todo lo que has encontrado? ¿Él realmente la ama?

Bucky se rio con desprecio.

—¿Amor? Ah, aún es joven. Él tiene muchas amantes y a menudo visita… —se aclaró la garganta—. A menudo visita lugares que no puedo mencionar frente a una dama como usted.

—¿Burdeles?

Los hombres se quedaron boquiabiertos. ¿Cómo podía esta refinada joven decir algo así?

Bucky perdió la compostura un momento antes de asentir apresuradamente.

—Difundió chismes maliciosos para empañar su imagen. La ha aislado de la sociedad hasta que incluso su propia familia comenzó a dudar de su carácter.

Elizabeth dejó escapar un suave suspiro.

—Así que por eso la gran belleza y excelente estudiante de la casa Atterberry ha permanecido soltera. Es una pena.

—Pero ahora que la señorita Fortune ha aceptado casarse con él, ha cambiado de opinión —dijo Bucky—. Quiere a la señorita Elizabeth Fairweather.

William contuvo la respiración mientras observaba cuidadosamente su reacción.

—Estoy al tanto —fue todo lo que ella dijo antes de cambiar de tema—. Rómpanle las piernas y todo lo que haya entre ellas para que no pueda caminar el resto de su vida. No lo maten. Quiero que se case con la señorita Fortune, le dé el estatus de esposa, pero que no pueda dañarla ni acostarse con ella.

Bucky se estremeció al escuchar las órdenes.

—Buenas noches —Elizabeth asintió a los hombres, y Dimbercove tiró de las riendas y se alejó al trote de la casa.

William lo siguió poco después, sintiéndose inquieto. Ni siquiera había amanecido, y, aun así, sentía que había pasado días en El Artista Corrupto.

Su caballo galopaba por el estrecho camino rural. Las ramas de los robles y los densos setos se extendían sobre el sendero, haciéndolo sentir como si volara a través de un bosque. El denso aroma del barro y la hierba era agradable, pero el viento que rozaba su rostro se sentía helado para la época del año.

Estaría feliz de regresar a casa junto al fuego chisporroteante. Quería sentar a Eli y hablar de todo, y esperaba que ella se mostrara tal como era y no lo temiera.

Había sido tan distinta al tratar con esos piratas de tierra—segura y serena, muy diferente a la chica traviesa en casa.

Las herraduras golpeaban la tierra rítmicamente; el viento susurraba entre las hojas. Sus ojos miraban al horizonte, su vista velada por pensamientos profundos.

Aunque no podía ver su rostro, su porte elegante y el poder y la inteligencia que emanaban de su aura eran sobrecogedores.

Quería seguir escuchando su suave voz interrogar al hombre, pero su corazón latía con fuerza, temiendo que algo le sucediera si retrasaban más el asunto. Esa extraña y contradictoria sensación embriagadora lo había intoxicado, como el primer sorbo de vino o la primera calada de tabaco, llenando sus pulmones y estómago y luego ascendiendo a su cabeza de la forma más placentera.

Nunca había sentido algo así.

De repente, su caballo se sobresaltó y casi perdió el equilibrio. Alguien los seguía, o quizás seguía a Elizabeth. ¿Serían los guardias o los criminales?

Guio al caballo hacia los árboles, agradecido de haber descartado la idea de un carruaje. El barro suave amortiguaba los movimientos del caballo mientras aumentaba la velocidad.

Alcanzó a Elizabeth y, esta vez, eligió avanzar por el oscuro bosque que corría paralelo a su camino, sin importarle si lo descubrían.

Los estaban siguiendo.

No pasó mucho tiempo antes de que los perseguidores cerraran la distancia y rodearan el faetón.

Seis hombres, liderados por el hombre al que el caballo había pateado antes, salieron disparados de un carruaje oscuro y cerrado.

La sangre de William se heló al ver a las figuras acercarse al carruaje. En su visión borrosa, parecían espectros, aterradoramente inquietantes.

—¿Tienen algún deseo de morir? —gritó Dimbercove, mientras encendía una lámpara de aceite. —Retrocedan o no nos culpen por lo que suceda a continuación.

—Un hombre contra seis—se burló el líder. —¿Qué te hace pensar que perderemos?

—Error—Elizabeth se puso de pie y lanzó su capa al suelo. —Es una mujer contra seis hombres.

La lámpara de aceite se iluminó bajo las hábiles manos de Dimbercove, quien la alzó nuevamente sobre un palo para desterrar las sombras.

William se acercó a la carretera y se ocultó detrás de un gran roble, ahora lo suficientemente cerca como para discernir la escena y saltar en su defensa si era necesario. Eso hacía su posición más vulnerable, pero estaba dispuesto a arriesgarse.

Ahora podía ver mejor.

Ella llevaba un vestido negro tan delgado y ajustado que revelaba sus curvas, pero sus ojos estaban ocultos tras una máscara que ocultaba su identidad. Alzó el mentón, mostrando su largo cuello, que brillaba como un pétalo aterciopelado bebiendo luz de luna.

William estaba acostumbrado a verla vestida con ropajes finos llenos de volantes, faraláes y demás adornos, pero ahora su atuendo era simple y sin artificio alguno.

Tenía una figura atractiva.

Esta chica en un vestido sencillo, sin adornos y con el cabello recogido en un moño ordenado, lo dejaba sin aliento. Nunca la había visto así, y sentía como si estuviera frente a una joven desconocida.

Saltó del carruaje y aterrizó con gracia, como una bailarina. Reprimió su instinto de correr a salvarla, algo le decía que confiara en sus habilidades esta vez.

Además, con él, Dimbercove y los guardias del duque ocultos en las sombras, no estaba en

peligro.

No estaba en peligro, se repitió cuando ella comenzó a caminar hacia los hombres.

Su corazón latía con tal fuerza que se sentía algo mareado. Apretó el puño y plantó los pies un poco más separados, listo para saltar en su rescate.

Los hombres soltaron un rugido lujurioso y atacaron.

Ella reaccionó tan rápido que apenas distinguió los movimientos de su figura borrosa. Su cuerpo se torció, giró y pateó; una daga apareció en su mano, y una delicada muñeca cortó a los hombres con desenfreno.

Sus ataques eran precisos y veloces. Sabía exactamente dónde golpear y cuánta fuerza usar. Así, mientras los hombres se lanzaban contra ella sin un plan, ella era como una artista. Cada movimiento estaba calculado, y cada giro, embestida y vuelta de su cuerpo terminaba causando daño.

Sus manos y piernas reaccionaban rápidamente a cada rugido y crujido producido por los hombres mientras su falda se movía como tinta líquida, abrazando su piel y revelando las líneas que él nunca había visto.

Los hombres caían como piezas de ajedrez, incapaces de enfrentarse a alguien con tanta habilidad; después de todo, Lord Adair, el mejor espía de toda Inglaterra, le había enseñado los trucos.

Su respiración permanecía estable, sus dedos, como agujas, golpeaban puntos de acupuntura en los cuerpos de los hombres, paralizándolos, quizá de forma definitiva.

Él entendía que ella debía ser implacable para evitar que esa tontería se repitiera, pero verla luchar lo llenaba de aprensión.

No quería que ella sintiera la necesidad de ser cruel; quería que viviera la vida despreocupada que siempre había tenido.

Quería que fuera amada, mimada y protegida, sin tener que ver nunca la dura realidad de la vida.

Quería esconderla en una esfera de nieve, capturando un paraíso, protegida del viento y la lluvia para siempre.

¿Qué la había forzado a vivir así? Su estómago se retorció al sentir la respuesta burbujeando en su interior, pero se negó a aceptarla.

La pelea terminó en un lapso ridículamente corto, y los hombres yacían en el suelo embarrado, gimiendo y llamándola Su Alteza, la gran diosa y toda clase de halagos que parecían complacer a Elizabeth.

Ella sonrió ante los cumplidos y les ofreció una reverencia. —Gracias por sus amables palabras. Deberían irse a dormir ya; se está haciendo tarde. Buenas noches.

Los hombres, incapaces de mover las piernas, respondieron que lo harían. Un joven medio incorporado murmuró: —Cuídese, gran y divina dama. Los caminos son peligrosos estos días.

La risa de Elizabeth resonó en la noche oscura, dulce y a la vez emocionante, y regresó al carruaje.

El joven, aún medio arrodillado, entrecerró los ojos y lanzó un cuchillo a su espalda.

El cuchillo fue interceptado por una lanza que Dimbercove lanzó a tiempo. El arma cambió de dirección, pero aun así rozó su brazo.

El corazón de William se detuvo al ver el destello de sangre. Había venido para ayudarla a luchar, y todo lo que había hecho era quedarse allí como un tonto, como si estuviera viendo una carrera de caballos en Ascot, mientras ese joven había reaccionado más rápido que él.

Dimbercove lanzó otra lanza que atravesó el estómago del hombre que había osado atacar a

Elizabeth, matándolo en el acto.

Ella se dio la vuelta con cuidado, sin atreverse a mirar al hombre muerto, mientras Dimbercove colgaba la lámpara de aceite en un gancho cerca de la puerta del carruaje, tomaba las riendas y, con calma, se dirigía a Ingram House.

Ambos trabajaban al unísono y con una facilidad practicada, sin mostrar perturbación alguna por la emboscada. En lugar de eso, se comportaban como si hubieran salido a dar un paseo y hubieran enfrentado un pequeño inconveniente en el camino.

William tampoco era ajeno a la sangre, a las atrocidades o a los criminales, pero no podía tomarse el asunto con tanta indiferencia. No había fallado en actuar por miedo a la violencia, sino porque Elizabeth estaba en medio de ella.

La idea de que ella resultara herida había adormecido su mente, volviéndolo un necio.

¿Qué le sucedía?

Ignoró el caos sangriento de hombres en la carretera y corrió tras el faetón. Ella estaba herida, y esperaba que esta vez le permitiera ayudarla.

Capítulo Treinta y Cinco

Elizabeth saltó del carruaje afuera de los muros de Ingram House. Un rastro de sangre fluía desde su manga y cubría su palma.

Dimbercove frunció el ceño.

—Tu brazo, ¿quieres que me ocupe de él?

—Jo me ayudará —Elizabeth lo descartó con un gesto.

—Te regañará.

—No, si me ve sangrando.

—Niña lunática —chascó la lengua—, ¿dejarás de tentar a la suerte?

Eli le dio un pisotón en el pie.

—¡Pedazo de cordero mal criado!

—Cuida tus palabras. —Él le tomó la mano y la retuvo—. Me asustaste.

—Yo también tuve miedo —confesó Elizabeth en voz baja después de un momento.

—Los guardias del duque no estuvieron ahí esta noche.

—Sí estuvieron; escuché un caballo galopando detrás de nosotros.

Dimbercove frunció el ceño, con su alta y corpulenta figura proyectando una sombra sobre ella, haciendo que se fundiera en la noche.

—No podemos depender de hombres contratados. He oído que ni siquiera los guardias del rey son de fiar ya. Hombres así harían cualquier cosa por una bebida o una moneda.

—Puedo cuidar de mí misma.

—Si tuvieran una pistola...

—La tenían; desarmé al hombre que la llevaba.

Él se quedó quieto un momento antes de explotar.

—No iré contigo de nuevo. Voy a quejarme con la duquesa...

Elizabeth rio, su voz era tintineante como campanillas en la tranquila noche.

William se dio la vuelta mientras ellos continuaban discutiendo, sintiéndose intranquilo. Esta clase de intimidad entre un hombre y una mujer era... inusual.

Ató el caballo al árbol y lo frotó, mientras los eventos de la noche giraban en su mente en fragmentos desordenados.

¿Debería alejarla de Dimbercove? Ambos eran lo suficientemente grandes para saber que hombres y mujeres no salían solos de noche ni se acercaban tanto, y, sin embargo, de no ser por Dimbercove, Eli habría salido gravemente herida.

Había resultado ser más capaz de lo que esperaba.

William sabía que los dos habían crecido juntos como hermanos, pero no compartían la misma sangre. Por lo tanto, si surgieran sentimientos románticos... Vertió agua en el abrevadero e incentivó al caballo a beber.

Dimbercove le había salvado la vida a Eli esta noche, y aun así no podía sentir gratitud, y mucho menos simpatía por aquel bandolero.

Tan pronto como terminó de atender al caballo, se dirigió adentro con la intención de encontrarse con Elizabeth y lograr que hablara.

Eli y Jo susurraban en el salón familiar.

Había una armadura pulida en el pasillo que reflejaba la imagen distorsionada de la habitación. Apoyó la cabeza contra la pared mientras observaba y escuchaba a las chicas.

Lady Jane Savill le había dicho que Eli solo lo obedecía a él. Por lo tanto, si iba a protegerla y

alejarla del peligro, necesitaba entenderla. Estaba claro que la traviesa muchacha tenía muchos secretos.

En cuanto a su rebeldía y sed de peligro, sabía que nunca se los confesaría, pero tal vez, si la seguía de cerca, descubriría la razón.

Sus ojos se enfocaron en la escena dentro de la habitación nuevamente. La pinche de cocina dormía sobre la alfombra floral de tonos rosas y dorados, con la boca abierta y un hilo de baba brillando en su mejilla.

Jo y Eli estaban sentadas más lejos del fuego en sillones de cuero de alto respaldo. Hablaban en voz baja, pero él lograba captar las palabras y llenar los huecos.

Jo cortó la manga y miró la herida en el brazo de Eli con severidad.

—Basta. No tienes permitido salir de noche nunca más.

—Está bien.

—¡Ja! Sé lo que esa cabeza traviesa tuya está tramando.

—¿Y eso es?

—Simplemente no me lo dirás la próxima vez.

Los ojos de Elizabeth desviaron la mirada.

Jo aplicó un paño húmedo sobre la herida de forma brusca, haciendo que Elizabeth saltara.

—Prométemelo. Di que William morirá si faltas a tu palabra y vuelves a buscar aventuras de noche.

—¿Cómo puedo prometer tal cosa? —Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas de inmediato, y grandes gotas rodaron por sus pálidas mejillas—. Estoy herida y sangrando profusamente, y en lugar de consolarme, me estás regañando.

Los labios de William se curvaron con diversión. No había llorado al enfrentarse a esos demonios o cuando casi perdió la vida. Incluso la gran herida en su brazo no la había hecho flaquear, pero ahora, enfrentando la reprimenda de Jo, sollozaba como una cachorra huérfana.

Jo no se conmovió ante esas lágrimas frescas y gordas; en cambio, comenzó a lavar el brazo ensangrentado.

—Aquí hace calor y hay luz, es mejor atenderte aquí.

—Duele.

—Ojalá el dolor fuera suficiente para disuadirte de volver a hacer esto.

—Por favor, no te enojes.

Jo arrojó el paño ensangrentado en una palangana de porcelana.

—¿Sabes lo aterrador que es despertarse de noche, encontrarse con la cama vacía de una amiga íntima y luego descubrir su figura tambaleante y sangrante en el salón familiar? ¿Lo sabes?

—Eh...

—¿Comprendes el terror que siento desde que descubrí tus incursiones nocturnas? Soy como una cuerda tensa, lista para romperse porque espero malas noticias cada vez que sales de la casa. Mi madre, mi padre y mi hermana ya han muerto, y ahora solo quedan tú y William. Si no te importa tu vida, entonces cuida de la mía. Si algo te pasara...

Jo se ahogó, incapaz de continuar.

William cerró los ojos, cada palabra de su prima golpeando su corazón como un puño.

Él también había estado inquieto desde que supo de las peculiares aficiones de Elizabeth. También se sentía como una cuerda tensa, o una rama seca que se rompería al tocarla, o un pato ansioso con sus pequeños patitos ausentes en el estanque... Entendía a Jo completamente.

Elizabeth acarició la cabeza de Jo.

—Lamento haberte preocupado.

La voz de Jo se volvió helada; el leve temblor fue reemplazado por convicción.

—No volverás a salir de esta casa por la noche. No te lo permitiré. —Habló después de un momento, con un toque de súplica—. ¿Y si William se entera? ¿Aprobaría que una joven deambule por las calles como una loca?

—No me ama, no me desea ni le importo, así que ¿qué importa lo que piense?

William, que estaba temblando en el frío pasillo tras perseguir a esa criatura ingrata toda la noche, permaneció en silencio.

Jo suavizó el tono.

—Eli, sé que comenzaste a hacer esto por él, pero debes mantenerte a salvo por la misma razón. ¿Crees que estará feliz al verte herida así?

—Prometo que me portaré bien.

—Sin flores azucaradas ni frutas confitadas por una quincena.

Elizabeth se inclinó en derrota y dijo:

—Como desees.

Las pestañas de William temblaron al oír el tono dulce y obediente de ella, y de repente alcanzó la pequeña petaca en su cadera y bebió la mitad de su contenido.

Guardó la petaca, sus entrañas ardiendo. Sus ojos recorrieron las facciones de Elizabeth mientras Jo continuaba curando su herida.

Los grandes ojos marrones de Eli se contraían de dolor o se relajaban de alivio a medida que Jo limpiaba el corte.

Se preguntó si su expresión había cambiado de forma similar mientras luchaba esa noche. La máscara la había ocultado... todo lo que recordaba era su cintura girando y la brisa ocasional que hacía que su falda se pegara a su piel, revelando la forma de sus extremidades.

Su mirada desenfocada se posó nuevamente en el reflejo de las dos mujeres; lágrimas residuales brillaban en los ojos de Elizabeth... sintió el impulso de tomar el ungüento de Jo y terminar la tarea él mismo.

Quería consolarla y hacerla llorar al mismo tiempo.

Quería ver su cabello esparcido sobre su almohada, su boca temblando, y sus ojos húmedos por lágrimas no derramadas.

Sus manos se tensaron, sorprendido por sus oscuros pensamientos posesivos.

Nunca la había codiciado, pero esta noche, viéndola como una hermosa y carismática desconocida, su corazón había empezado a latir con fuerza.

Jo se recostó, y Elizabeth se deslizó al suelo y apoyó su cansada cabeza en el regazo de su amiga.

Un pinchazo de envidia lo atravesó; quería ser él a quien ella recurriera para todo.

Su cuerpo se calentó al pensar en ese espíritu fuerte volviéndose dócil en sus brazos. Que ese orgullo de los Fairweather se suavizara frente a él, que esas manos capaces de matar sostuvieran las suyas con las puntas de los dedos temblorosas, que esos ojos que intimidaban al mundo se llenaran de deseo por su causa... Quería... imágenes vagas alimentadas por la enloquecedora noche llenaron su visión borrosa.

Calor, terror y pasión se mezclaban en un remolino brumoso, y una extraña emoción comenzó a llenarlo como los inicios de una tormenta catastrófica.

El primer destello del amanecer brilló sobre la placa de la armadura, borrando la escena cálida dentro de la sala familiar. También golpeó sus pensamientos en espiral como un rayo, aquietándolos. Con un suspiro de desgana, se alejó y se dirigió a su habitación antes de que el sol

saliera y revelara su figura oculta.

Capítulo Treinta y Seis

—¿Té? —William alzó la tetera.

—Sí, por favor —asintió Jo.

—Café —William llenó la taza de Elizabeth—. Y chocolate para Lady Fowler.

Luego les sirvió tostadas, haciendo un gesto para que las doncellas y el mayordomo se retiraran mientras las observaba comer y beber. Ahora Elizabeth se quejaría de no tener leche, y Jo le daría una gota.

—Quiero crema en mi café —exigió Elizabeth.

—No —Jo mordisqueó una rebanada de bizcocho.

—Lord Darby, esta es su casa.

—Jo es la señora de la casa.

—Ahora soy yo quien lleva esta casa —replicó Elizabeth.

—Déjale un poco de leche —Lady Fowler parpadeó, confundida—. ¿No está esperando un hijo? Lo necesita.

Un breve silencio siguió a este anuncio atronador.

—Te duele el estómago si la toma —le recordó Jo por enésima vez.

Las palabras "no está esperando un hijo" quedaron sin pronunciar, pues pronto serían olvidadas.

—No puedo beber esta porquería amarga —se quejó Elizabeth—. Soy una invitada; no pueden tratarme tan mal. Necesito un poco de crema.

—Sin crema —Jo perdió la paciencia y gruñó—. Solo una gota de leche.

Elizabeth añadió dos cucharadas de leche y removió con satisfacción. Había pasado una semana desde el incidente en el Artista Manchado, y su herida estaba cubierta de costra y le picaba. La rascó distraída y sorprendió a William mirándola.

De inmediato dejó de hacerlo y alisó las arrugas en sus largas mangas.

William bajó la mirada, ocultando el brillo en sus ojos. Le sirvió un vaso de jugo de naranja frío y lo colocó junto a su plato. Las mangas largas debían de hacerla sentir calor.

Ella lo tomó con entusiasmo y dio un gran sorbo.

—Lord Darby, mire, Jo me está haciendo una mueca.

William suspiró y sirvió un jugo de naranja para su prima también.

—¡Infantil!

—Él me quiere más a mí —Jo le sacó la lengua a Elizabeth.

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—Nunca lo dudé.

La charla ligera entre las mujeres, las risas y el intercambio de chismes tontos le provocaron un dulce pesar en el corazón. Hacía muchos años que no veía a su familia sentarse a una comida cómoda. Su tía, su tío y Mary lo hacían imposible con constantes comentarios punzantes.

Con la presencia de Elizabeth, todos parecían animados. No se decían palabras malintencionadas, y la conversación permanecía ligera, honesta y agradable.

Esto era lo que significaba la calidez genuina entre mujeres, reflexionó mientras alimentaba a los perros bajo la mesa con trozos de tostada. Era completamente posible que las mujeres se llevaran bien.

Durante toda la comida, atendió tanto a las personas en la mesa como a los animales debajo de ella, como era su extraña costumbre. Las doncellas y el mayordomo, acostumbrados a sus

maneras, permanecían cerca de la mesa y de vez en cuando se movían para reponer las bebidas y la comida.

William terminó de alimentar a los perros con la última tostada en su plato y miró a las mujeres con desagrado. Le complacía que comieran una comida que él había proporcionado con esfuerzo; la idea le calentaba el corazón, pero ¿no podían incluirlo en la conversación?

Estaban ocupadas chismoseando entre ellas, olvidándose completamente de él. ¿Acaso había que ser del sexo opuesto para poder discutir cosas sin sentido?

Se sintió algo agraviado por el desaire indirecto que había recibido toda la mañana y se quedó en silencio hasta que Elizabeth hizo un gesto hacia su criada, quien se acercó con una cesta de tabacos variados.

Elizabeth se la entregó.

—¿Para mí? —preguntó sorprendido.

Ella asintió.

Jo sacó un pañuelo y se lo ofreció después.

—Lo bordé para usted.

—¿Por qué?

—Es su cumpleaños. Estábamos bromeando un poco fingiendo no recordarlo, pero no lo hemos olvidado.

—Yo lo olvidé —Lady Fowler se golpeó la cabeza. Sacó una pequeña bolsa llena de monedas y se la lanzó—. Cómprate algo.

William guardó las monedas y miró la seda bordada en su mano.

El ayuda de cámara, que acababa de entrar en la habitación, se quedó paralizado.

—Mi lord, ¿qué es eso? —habló sin pensar.

—Un pañuelo —dijo Jo, orgullosa—. Lo bordé yo misma.

William entrecerró los ojos al ver el diseño.

—¡Un palomo decapitado!

—¡Es un fénix! —Elizabeth y Jo hablaron al mismo tiempo.

—Lo llevaré —dijo William rápidamente, para tranquilizarla—. Es hermoso.

Jo quedó complacida y sonrió.

Mientras tanto, el ayuda de cámara se congeló de horror y le hizo gestos a Elizabeth pidiendo ayuda.

Elizabeth fingió no darse cuenta y dijo:

—Bien hecho, Jo; lograste terminarlo tras medio año de trabajo. A mi lord, le quedará perfecto con su abrigo verde.

Los ojos del ayuda de cámara se humedecieron y sus labios palidecieron. Se tambaleó por un momento, pensando frenéticamente.

La familia siguió comiendo, bebiendo y conversando alegremente.

—Gachas —pidió Elizabeth después de un rato, y William le sirvió un poco en un tazón.

Le dio un golpecito en la mano en señal de advertencia cuando intentó alcanzar la crema. Había olvidado que no llevaban guantes, por lo que su piel desnuda rozó la de ella por un momento, lo que lo sobresaltó.

Ella sopló la cuchara y la probó, sin percatarse de su extraña inmovilidad.

—Sin leche, sabe espantoso. Más azúcar, por favor.

Como él no reaccionó, Jo chasqueó la lengua y pidió a la doncella que sirviera a Elizabeth en su lugar.

—Mi lord. —Por fin, el ayuda de cámara reunió el valor y habló—. El pañuelo debería

ocultarse para siempre.

—¿Pañuelo? —William frotó sus dedos y parpadeó, confundido.

El ayuda de cámara parecía asombrado de que un asunto tan importante hubiera sido olvidado tan rápidamente.

—El que le dio la señorita Ingram... debería esconderse de miradas... envidiosas. Es tan hermoso que podría ser robado, y dado que es tan valioso, permítame guardarlo en un lugar seguro.

William miró el bordado destrozado pensativamente y luego lo entregó al aliviado ayuda de cámara.

Después del desayuno, las chicas instaron a William a regresar pronto después de su habitual hora de montar a caballo. Tenían mucho planeado para el día.

Justo cuando se iba, escuchó a las chicas discutir emocionadas sobre las tareas para el día.

La primera en la lista era el pedido de Elizabeth. Ella se aventuraría en la cocina e intentaría hacer un dulce para él.

Quería presenciar ese raro evento, pero se había prometido a sí mismo mantenerse alejado de Elizabeth tanto como fuera posible.

Estaba furioso consigo mismo desde que sintió ese destello de deseo por ella... Incluso había buscado una amante la noche anterior, pensando que estaba sediento de contacto físico después de tanto tiempo de abstinencia, pero al final, no había podido tocar a la encantadora mujer que no vestía más que una gasa brillante.

Repasó nuevamente las razones por las que era mejor evitar a Elizabeth, y, aun así, apartó el gran cuadro de la diosa Hera, que escondía la escalera hacia la cocina, y bajó.

Era su cumpleaños, y anhelaba observarla sin reservas por un rato. Solo por un rato, y luego se portaría bien.

Una pila de frutas reposaba en el mostrador de la cocina, macerándose en azúcar y especias y perfumando delicadamente el aire. Ráfagas de luz caliente entraban por la puerta que daba al jardín, aumentando el calor de las llamas que lamían el gran caldero adentro.

Elizabeth luchaba por remover algo en ese caldero, con hollín manchándole la mejilla sonrojada. Gotas de sudor brillaban en su nuca mientras se volvía hacia la gran mesa de madera para amasar una masa grisácea.

La observó divertido mientras se daba un manotazo en el rastro de sudor que desaparecía en su espalda. Quizá le picaba.

Su piel... ¿sabría salada o dulce?

El cocinero gritaba instrucciones y le daba ánimos desde la esquina de la habitación, y ella forzaba sus torpes manos a seguir sus consejos. Continuaba tercamente, negándose a permitir que alguna de las doncellas presentes la ayudara.

En verdad, el cocinero podría haberlo hecho, o Elizabeth podría haber comprado algo fino en Londres y haberlo enviado.

Pero, al verla así, le calentaba el corazón.

Significaba que cada momento que pasaba preparando este plato, estaba pensando en él.

Había sido inconsciente de todo lo que ella había hecho por él en el pasado, pero ahora lo notaba todo. La chica que había odiado la disciplina y seguir un horario cumplía las normas de su hogar sin una queja.

Comió todo lo que pudo de su plato, espantó y mató moscas porque no tenían suficientes criadas, incluso ayudó a desenterrar las verduras y organizó a sus sirvientes, simplemente porque lo respetaba y valoraba el dinero que él ganaba y no le gustaba desperdiciarlo.

Él se recargó en el marco de la puerta y cruzó los brazos con satisfacción.

Nunca le había pedido que siguiera las reglas de su hogar, pero ella lo hacía por consideración y cuidado. Se esforzaba por cumplir las virtudes femeninas en su presencia: moralidad, decoro, sencillez y diligente labor en la costura.

Pero a él le gustaba más su lado travieso, ese lado que ella le ocultaba, lleno de picardía y heroísmo.

Su corazón se hinchó de alegría al verla golpear una masa gris con el rodillo.

En el pasado había sentido ráfagas de felicidad, ya que su vida no era del todo sombría, pero ahora, este sentimiento era distinto.

Era una dicha tranquila, una emoción calmante y sanadora que le hacía sentir como si hubiera probado una manzana increíblemente dulce.

Nunca había sentido esto antes, este momento de felicidad en el que todo lo que deseaba era verla moverse por la habitación, con ese aire molesto e irritado, y no hacer nada más que sumergirse en este hermoso sentimiento por toda la eternidad.

El cocinero apartó la mirada del rostro de William y se movió discretamente hacia las sombras para situarse junto a la pinche de cocina. Se dieron un codazo y contuvieron las risitas.

No pasó mucho tiempo antes de que el desastre se hiciera presente.

Elizabeth abrió la lata de harina, derramando la mitad de su contenido en el suelo y cubriendo todas las superficies con un manto blanco, mientras que el contenido de la olla comenzaba a emitir humo negro.

El cocinero y la pinche chillaron y volvieron a la acción. Esta vez, sentaron a Elizabeth en una silla de madera mientras comenzaban a limpiar el desastre.

William observó la figura esbelta y molesta de Elizabeth, empolvada de harina, pensando que aquella visión era uno de los mejores regalos que jamás había recibido.

El cocinero hizo sonar la campanilla de servicio, y el ayuda de cámara y el mayordomo acudieron corriendo desde el jardín de la cocina. Ay, la vista apacible de Elizabeth bañada en luz y cocinando se convirtió en una caótica pantomima.

Tras otra mirada prolongada, William se obligó a retroceder. Después de todo, la lujuria no era amor, y ella merecía lo mejor.

El resto de su día pasó rápidamente, lleno de pequeñas sorpresas incomibles y risas encantadoras. Pero para la noche, estaba claro que algo andaba terriblemente mal.

Estaban sentados a la mesa, bebiendo vino y cenando, cuando Lady Fowler dijo de repente:

—Es una lástima cómo algunas personas permanecen en tu mente a pesar de que la distancia o la muerte se las haya llevado.

Jo frunció el ceño.

—¿Extrañas a alguien?

—A alguien —asintió Lady Fowler.

Elizabeth, que aún no había probado la sopa, habló con desgana:

—Extrañar a alguien es como una leve inquietud. Es un dolor constante que nunca desaparece y se manifiesta en momentos de silencio.

William la miró pensativo.

—Deberías comer —Lady Fowler le apretó la mano a Elizabeth—. Después de todo, estás encinta.

William ignoró las turbulentas imágenes que las palabras de su tía le provocaron y preguntó:

—Eli, ¿te duele el estómago todos los días?

Elizabeth apretó los labios y asintió.

—Me duele ahora.

—¿Más que antes? —preguntó Jo.

—Sí. Creo que estoy muriendo.

—No estás muriendo —sonrió Lady Fowler—. Es solo el bebé que patea.

—Ah, ¡entonces sáquenlo de mí! —exclamó Elizabeth de repente—. ¡No lo soporto!

William salió disparado de su silla y se arrodilló a su lado. Sus manos estaban heladas, y él comenzó a frotarlas apresuradamente.

—¡Jo, llama al médico! Lady Fowler, pídale a la criada que prepare su cama. ¡Rápido!

Capítulo Treinta y Siete

Penelope, Celine, Dorothy y Jane irrumpieron en la casa Ingram como una bandada de estorninos preocupados. Luego, pasaron toda la mañana entrando y saliendo de la habitación de Elizabeth, mientras dieciséis médicos atendían a la paciente.

La conclusión fue unánime: el tónico brillante debía desecharse, o en unos años, Elizabeth brillaría como la luna en un ataúd.

Las hermanas pasaron el resto de la tarde intentando convencer, amenazar y chantajear emocionalmente a Elizabeth para que renunciara a sus preciosos frascos de la Real Tintura de Flores Griegas, que prometía mejorar la tez, eliminar granos en un día y hacer que una brillara como una lámpara de gas.

William se mantuvo alejado, pero a medida que las caras ansiosas a su alrededor se volvían más sombrías y el sol amenazaba con esconderse en el horizonte, perdió la paciencia, tomó el cuenco de medicina de manos de una criada y entró en la habitación de Elizabeth.

Elizabeth escondió su rostro bajo las sábanas. —No mire, mi señor. Estoy espantosa.

Él ignoró a Jo y a las hermanas, que estaban reunidas en los divanes, y se sentó en la silla junto a la cama. Un plato de sándwiches yacía intacto en la mesa de noche. —Levántate y come algo.

Su voz apagada sonaba débil y lastimera. —No tengo hambre.

—Vamos, toma unos bocados.

—Me siento mal.

—Entonces bebe la medicina.

—Es demasiado amarga.

Penelope abrió la boca para regañarla, pero William levantó la mano, haciendo que la duquesa contuviera sus palabras, sorprendida.

Él dio unas palmaditas en la sábana junto a la terca cabeza de Elizabeth. —El médico dijo que el tónico está quemándote por dentro.

—Está mintiendo.

—Más de una docena de médicos lo confirmaron.

Elizabeth hundió su cabeza aún más en la almohada.

Sus dedos pálidos flotaron sobre su cabeza por un momento antes de que él decidiera apartarle la sábana del rostro.

Las hermanas contuvieron el aliento ante su audaz acción, pero no lo detuvieron.

Era un día cálido, y, efectivamente, su cuello estaba cubierto de sudor, y ella se negaba a abrir los ojos.

No pudo evitar sentir compasión por el dulce rostro fruncido, olvidando por completo las habilidades para romper huesos que ella había demostrado recientemente. —Tus mascotas te extrañan y quieren que te recuperes pronto para jugar con ellas. Los siete han estado sentados fuera de esta puerta, luciendo muy tristes. Además, si sigues bebiendo esa cosa vil, preocuparás a Jo y a mí. No podríamos soportar otra pérdida, Eli.

Al escuchar el nombre cariñoso en sus labios, su cuerpo se quedó inmóvil, como si escuchara atentamente.

Él tiró de un mechón de su largo cabello castaño. —Si no te importamos nosotros, ¿qué pasa con todas las mujeres que están bebiendo el tónico y acercándose rápidamente a la muerte? Tienen hijos, esposos, padres, mascotas… muchas morirán sin conocer la causa.

Ella giró su rostro sobre la almohada y le mostró un ojo enrojecido. —Las botellas están escondidas bajo las velas en el cubo debajo de esta cama. Puedes tirarlas. La mujer que las hace es la señora Crewe, de Ellsworth. Penny se encargará de ella.

Las hermanas y Jo lo miraron asombradas. Había persuadido a Elizabeth con tanta facilidad… ellas habían hecho el mismo argumento y no lograron conmoverla.

Sin ser consciente del efecto que había causado, William tomó el cuenco de medicina y lo olfateó: las hierbas verdes y amargas hicieron que sus ojos se llenaran de lágrimas. ¿Podría agregar un poco de miel para endulzarla?

Penelope dejó las agujas de tejer y dijo: —Enviaré a la señora Crewe al cielo nocturno a colgar junto a la luna. Hablando de la luna, mi primer nieto, Daniel, es un ángel. ¿Les conté que nació con las manos abiertas? ¿No es maravilloso?

—Tiene hoyuelos —murmuró Elizabeth desde la cama—. Y cabello dorado como el sol. Tiene una marca de nacimiento en forma de trébol, y su nariz es como un botón. Has hablado de él durante meses en tus cartas.

—¿Estás celosa? —replicó Penelope.

Elizabeth se incorporó de inmediato. Su cabello estaba enmarañado y su rostro rojo y caliente. —¿Celosa? No estoy celosa; estoy harta.

William sopló la cuchara y se la llevó a los labios enojados de Elizabeth, y ella la tragó sin pensar. —Estoy harta —repitió—. ¡Váyanse a casa! ¡Una madre es suficiente, y tengo cuatro más de las necesarias!

—Ah, ¿ahora nuestro cuidado empieza a molestarte? —respondió Penelope—. Vine hasta aquí, traje a los mejores médicos del país para verte, y ni siquiera puedo hablar de mi nieto, ¡maldita alga de charco!

—Estoy enferma, y en lugar de paz y tranquilidad todo el día, he estado escuchándote piar y ahora me estás insultando.

—Soy una duquesa; no pio.

Elizabeth les lanzó la almohada a sus hermanas. —¡Fuera! ¡Váyanse a casa! No beberé nada ni comeré nada hasta que se vayan.

Penelope de repente sonrió. Su semblante cambió de furioso a relajado tan rápidamente que Elizabeth parpadeó.

William colocó un pétalo de rosa confitado en los labios de Elizabeth, y solo entonces se dio cuenta de que su boca estaba llena de amargura. ¡Él le había dado todo el brebaje amargo mientras estaba distraída!

Ella atrapó el pétalo con los dientes, rozando sus dedos cálidos, y miró con enojo a sus hermanas. —Fuera.

Las hermanas hicieron una reverencia a William y se dirigieron alegremente hacia la salida.

—Volveré —prometió él antes de salir tras las hermanas—. ¡Espere, su gracia!

Penelope se detuvo en lo alto de las escaleras y levantó una ceja. —No es necesario que nos despida —dijo.

—Quería agradecerles.

Las hermanas parpadearon, sorprendidas.

—¿Agradecernos? —preguntó Dorothy—. Pero si tú eres quien está cuidando a esa criatura salida del infierno y ayudándonos.

William les indicó que siguieran caminando mientras se explicaba. —Cuando vi cómo trataban a Elizabeth y luego a Jo en su familia, comprendí que, entre casas de madera podrida, existen hogares hechos de granito cálido. Comprendí que el amor, la lealtad y el cuidado entre

miembros de la familia es posible.

—Pareces envidioso —observó Penelope.

—Lo estaba… lo estoy.

Las hermanas lo miraron con simpatía.

—Ustedes cuidaron de Eli; nosotras ayudamos a Jo —dijo Jane con suavidad—. No tienes que agradecernos más.

Él negó con la cabeza. —No entienden. Si no hubiera visto y sentido el amor familiar, nunca habría entendido cómo tratar bien a mi prima. La habría abandonado hace tiempo, perdido en amargura y lleno de pensamientos de venganza.

Su gracia, perdóneme por mi atrevimiento, pero escuché cómo fue una hijastra pobre y despreciada, y sin embargo, tras su excelente matrimonio, no abandonó a su familia, sino que ayudó a sus hermanastras a ascender junto a usted. Me enseñó a proteger a mi familia y dar lo mejor, sin importar cuán despreciables fueran las circunstancias o las personas.

Penelope no respondió, pero el leve brillo en sus ojos mostraba que sus palabras habían tocado su corazón.

Las carrozas ya estaban listas y esperando fuera de la puerta principal. Los caballos relinchaban y pateaban el suelo, mientras el brillante sol de verano calentaba la brisa vespertina.

Las hermanas instruyeron a los sirvientes para que comenzaran a cargar su equipaje. Tenían la intención de quedarse indefinidamente, pero al ver que Elizabeth estaba bien cuidada, decidieron marcharse.

Además, la casa Ingram no estaba equipada para visitas, y la mayoría de sus habitaciones estaban en ruinas.

Ojalá él tuviera una familia tan grande y maravillosa. No es de extrañar que Elizabeth fuera valiente. Estas mujeres poderosas habían creado un muro protector a su alrededor; así, no tenía nada que temer.

Penelope se volvió hacia él. —Sobre lo que dijo… Un ejemplo de familia como este está a la vista de todos, pero pocos eligen usarlo como inspiración. Probablemente, toman el camino fácil de ahogarse en la ira.

Él le sonrió, agradecido por su cumplido. —Jo tiene suerte de tenerlas en su vida.

—La tratamos como a una hermana pequeña; en cuanto a usted, vi un cambio en cómo mira a Eli ahora. De aquí en adelante, será querido tanto como ella.

Celine habló desde detrás de Penny, con una ligera risa.

—Lo que quiere decir es: bienvenido a la familia. Su interminable galantería le ha ganado el corazón.

Él quedó atónito.

—Usted ha entendido mal. Yo...

Las hermanas pasaron junto a él, ignorando sus palabras.

—¡Ay, dijo que lo entendimos mal! —exclamó Jane mientras empezaban a subirse a la carroza.

Las hermanas siguieron hablando de él como si su alta y apuesta presencia hubiera dejado de existir de repente.

—¿Malentendido? —Dorothy rodó los ojos—. ¿Vieron la paciencia con la que le dio de comer?

—Y la dulzura con la que ella lo bebió todo. Nosotras intentamos durante tres horas y fracasamos. Gracias al cielo alguien puede controlar a esa niña.

—¿Vieron cómo le limpió la boca con el dorso de la mano cuando se le escapó un poco de la

medicina?

—Eli ni siquiera parpadeó; significa que está acostumbrada a que él la cuide.

—Y la manera en que le sujetó la muñeca cuando intentó taparse la boca. —Jane se abanicó la cara caliente.

—Es un buen hombre. ¿Cuándo creen que será la boda?

—Parecía que se la comería viva en cuanto se recuperara. Yo diría que pronto. ¡Tenemos que ir de compras!

La carroza se alejó, llevándose las voces de las hermanas que hablaban de la boda.

Jo empujó ligeramente a William.

Él palideció aún más.

—¿Cuándo llegaste aquí?

—¿Cuándo será la boda?

—¡No fomentes esas tonterías!

Jo se echó a reír y se dirigió hacia adentro.

—¡Jo! Estas mujeres, estas hermanas... son exasperantes. ¿Cómo las soportas?

Ella se encogió de hombros.

—Cuando estabas en la universidad, a menudo me enviabas a vivir con ellas. Les debo lealtad a ellas, no a ti.

—¿Todavía estás resentida por eso? Ya me disculpé. No tenía otra opción…

Jo levantó la nariz y se alejó.

—¡Jo! —rugió él—. ¡No habrá ninguna boda!

***

William regresó al lado de Elizabeth, levantó la cortina blanca de la cama y la encontró profundamente dormida. Había lanzado la colcha a un lado, y su falda estaba enredada alrededor de sus caderas y piernas.

Apartó la mirada de inmediato. No estaba bien entrar en su habitación y era aún peor hacerlo mientras ella dormía.

No debía estar ahí, pero ¿qué pasaría si necesitaba algo y estaba demasiado débil para hacer sonar la campanilla? ¿Debería pedir a una criada o a Jo que permanecieran en la habitación?

Sus ojos volvieron a su rostro; estaba enrojecida y sudorosa.

Ató las cortinas de la cama con una cuerda de seda y abrió la ventana. Su ceño se relajó al entrar la brisa fresca.

Debería llamar a la criada para que la acompañara, pensó de nuevo, antes de sentarse en la silla y quedarse mirando el rostro dormido.

El dinero que generaban las propiedades Ingram, las ocho mil libras al año de su señoría y las rentas de las propiedades heredadas de su padre lograban cubrir las necesidades y algunos de los pagos cada mes.

Habría podido darle una buena vida a su familia de no ser por la desorbitante suma que Sir Ingram debía a media Inglaterra.

Sus pestañas cayeron, ocultando la frustración en sus ojos.

Cuando se hizo cargo de las cuentas de su tío, el libro de deudas tenía más de cien nombres. Aunque pasara toda su vida con sus ingresos actuales, no podría pagarlo todo. Quizás los acreedores se dieron cuenta de esto; por eso, comenzaron a tratarlo no como un lord desafortunado, sino como un sinvergüenza.

Tan pronto como Sir Ingram murió, empezaron a recurrir a la violencia y amenazas para que pagara. Cuando Jo casi murió en lo que pensó había sido un accidente menor de carruaje, él

recurrió a medios ilícitos para quitárselos de encima.

En esa completa oscuridad, Lancelot apareció como un ángel, impidiendo que se hundiera por completo y que se perdiera a sí mismo.

Había asumido que uno de sus amigos ricos de Cambridge lo ayudaba de forma anónima o que era un amigo de sus padres.

La ayuda oportuna de Lancelot le permitió salir de muchas situaciones difíciles e incluso evitó que manchara sus manos con sangre.

Apareció alrededor de la época en que se casó con Mary, el momento más difícil de su vida, y cuando había perdido contacto con Eli.

Sus espesas pestañas oscuras se alzaron de nuevo y se posaron en el pacífico rostro dormido de Elizabeth.

Lancelot lo había salvado… lo había salvado de caer en el abismo y cometer crímenes atroces.

No, eso no era correcto… Lancelot era una mujer.

Ya no podía negarlo. Ella lo había salvado.

La razón por la que había dejado una vida de confort y lujo había sido por él y Jo.

Había formado una red de criminales y comenzado a dirigir el Artista Manchado, manteniéndolo a salvo.

Antes de la aparición de Lancelot, había recibido unas cuantas palizas y lo habían acorralado en callejones, lo que lo había obligado a aprender a pelear y a usar armas, pero después de Lancelot, muchos de esos incidentes disminuyeron.

Ella había estado moviendo los hilos, poniéndose en peligro para protegerlo.

Como si se sintiera afectada por sus profundos pensamientos, Elizabeth murmuró en sueños y se giró. Él tiró de la cuerda rápidamente, ocultando la figura dormida justo cuando la falda alrededor de sus tobillos comenzaba a subir.

¿Debería confrontarla?

Pero ella no quería que le devolviera el favor o que siquiera supiera de este asunto. Lo había hecho desinteresadamente, y él ya no podía negar que ella lo adoraba y lo trataba mejor que a nadie.

Pero la chica parecía no comprender el amor romántico; su comportamiento hacia él no era el de una amante, sino el de una amiga cercana o un familiar querido.

Esta lealtad incondicional… no sabía qué hacer con ella. Había compartido la cama con muchas mujeres y hecho buenos amigos en su vida, pero cada relación había sido un intercambio. Nunca había confiado en nadie, salvo en Jo, sabiendo que los cobradores de deudas podían comprar a cualquiera por sus secretos.

Mientras tanto, las acciones silenciosas y ocultas de Elizabeth hacían que las murallas alrededor de su corazón se desmoronaran, como si un pequeño pero poderoso puño las hubiera golpeado. Ella había velado por él y Jo durante años desinteresada y alegremente. ¿Cómo podía permanecer indiferente?

Se levantó y se apartó de la cama con determinación, poniendo distancia entre ambos.

¿Qué debía hacer ahora que sabía la verdad?

¿Fingir que nada había pasado, tal como ella deseaba, e intentar compensarla poco a poco, a su manera, cuidándola?

O... ¿debería casarse con ella?

¡Absurdo! Sus puños se cerraron, y las uñas se le clavaron dolorosamente en las palmas.

No podía arrastrarla a su vida, plagada de deudas interminables. En segundo lugar, él no era digno.

Además, nunca había visto un atisbo de deseo en sus ojos mientras él... Tragando en seco, se retiró bruscamente de la habitación y cerró la puerta detrás de sí.

Necesitaba acabar con esos sentimientos; no era correcto sentir algo así por alguien como Eli, que merecía mucho más que su corazón oscuro y vacío.

Le debía demasiado como para arruinarla.

Pero, Dios, cuánto deseaba arruinarla...

Capítulo Treinta y Ocho

Elizabeth se volvió tan obediente una vez que sus hermanas se fueron que casi parecía dócil. Mientras Lord Darby le diera la medicina, no le resultaba amarga, y mientras él la acompañara en las comidas, comía algunos bocados.

Le resultaba difícil decirle que no, tal vez por el hábito adquirido de años de pretender ser una joven culta y bien educada frente a él.

Sin embargo, su atenta vigilancia también significaba que no podía tomar leche ni nata, y cuando descubrió que le salían ronchas rojas en la piel si comía grosellas, esa inocente fruta desapareció de su vida.

Todas las grosellas y sus derivados desaparecieron de Ingram House. Cada arbusto de grosellas en el jardín fue arrancado y quemado, y cuando le suplicó a Dimbercove que le consiguiera un poco de mermelada de grosellas en el pueblo, regresó con las manos vacías, diciendo que Lord Darby las había comprado todas y las había donado a la escuela local.

Sacudió la cabeza con enojo. ¿Qué estaba haciendo, desperdiciando sus monedas en comprar toda la mermelada de grosellas que Inglaterra podía ofrecer? Solo le salían unas pocas ronchas con comerlas, y además, esas desaparecían después de una hora.

¡No era como si las frutas pudieran matarla!

¿Acaso eso era ser sensato? ¿No tenía deudas? ¿No era un pobre hombre sin un céntimo y, además, sumamente atractivo?

Desperdiciando sus preciosos chelines en maldita mermelada. ¡Válgame! Posiblemente su hígado se había vuelto extraño; debía recordar darle una dosis de láudano.

***

Elizabeth se recuperó en un mes, y su vigor recuperado la puso de buen humor. Decidió perdonar a Lord Darby por el incidente de las grosellas. En agradecimiento y para celebrar su recuperación, Lord Darby y Jo la llevaron a montar a caballo.

Ella quería montar el semental, pero solo le permitieron subir a una dócil yegua marrón llamada Cherry.

Elizabeth montaba bien, con una postura elegante. Los rizos sueltos enmarcaban su rostro y danzaban en la brisa, mientras su boca se curvaba en una sonrisa de alegría al escapar finalmente de la casa. Cherry parecía captar su buen ánimo y trotaban con un ligero brinco en sus pasos.

Montaron durante una hora y se detuvieron a admirar el paisaje junto al lago, justo después de Primrose Hill.

El aire estaba caliente y húmedo, perfumado con manzanas ácidas, bayas y madera. El suelo estaba cubierto de coloridas flores silvestres y hierba que brillaba bajo la intensa luz dorada del sol de verano.

Pero todo aquello palidecía ante la presencia del impresionante lago, cuyas aguas cristalinas resplandecían bajo el sol y reflejaban el cielo azul y los imponentes árboles antiguos que lo rodeaban.

La majestuosa escena los hizo detenerse y apreciar la grandeza de la naturaleza en silencio.

Elizabeth, a quien no gustaba de permanecer quieta por mucho tiempo, saltó del caballo y se acercó al borde del lago, ansiosa por mojarse los dedos y probar su calidez.

Estaba helado.

Sin desanimarse, encontró una encantadora roca gris y plana que parecía perfecta para sentarse. Saludó y gritó: —Jo, mi lord, vengan a ver esto.

La encontraron sentada en la roca, de espaldas al agua, sosteniendo un cristal negro redondo.

Jo entornó los ojos y se cubrió del sol. —Ah, un espejo de Claude.

—Jane me lo dio —dijo Elizabeth—. Mira, el paisaje cambia cuando se refleja en él.

Jo sostuvo el preciado objeto con cuidado y observó el paisaje reflejado. —Qué maravilla, Eli. El espejo ha apagado los colores, haciéndolo parecer una pintura mística.

Lord Darby también estaba intrigado, y se inclinó sobre el hombro de Elizabeth para ver mejor. Su aliento se esparcía sobre su cuello, y el calor de su cuerpo le calentaba la espalda. Podía ver sus brazos musculosos estirados desde el rabillo del ojo y su mano, colocada firmemente en la roca, a un centímetro de sus caderas.

Era un abrazo, pero no lo era... Estaba rodeada por él, sin tocarlo.

Su corazón comenzó a retumbar, y su pecho se sentía como si alguien se hubiera sentado sobre él. No podía respirar, y junto con esa sensación vino el pánico. Quería huir, y al mismo tiempo, deseaba poder recostarse y descansar contra su pecho.

Este... este sentimiento contradictorio era peculiar.

—Hermoso —dijo de pronto él en un tono ligeramente ronco y casi áspero, como si fuese una cosa delicada y tangible acariciando su oído.

Ella se estremeció y rápidamente le lanzó el espejo a Jo. —Yo... voy a dar un paseo. ¿Es eso una zarza de moras?

Saltó de la roca con prisa y puso distancia entre ellos.

—Ata a tu caballo —dijo Jo.

Elizabeth cuidó de la yegua; sus movimientos eran deliberadamente lentos. Le tomó un momento contener ese extraño murmullo de emoción en su interior antes de recuperar la compostura.

Acarició la cabeza de Cherry y sonrió ante la expresión de disgusto en los hermosos ojos marrones de la yegua. ¿Parecía ella así cuando alguien intentaba atar sus pies aventureros?

Incluso si le ataban los pies, eso no la detendría. Siempre lograba salirse con la suya, excepto cuando se trataba de él.

Lord Darby.

Se frotó la hendidura entre el cuello y el hombro. Lo había conocido por primera vez a los catorce años, y en ese entonces, él le había sujetado la muñeca con suavidad, tan ligeramente que apenas fue perceptible.

Ese agarre invisible en su muñeca se había formado sin que ella lo supiera o lo entendiera. Su yo infantil nunca comprendió por qué se sentía tan fascinada por él, ni por qué le rogaba a Jo por cada chisme sobre él.

Con el paso de los años, la fuerza de ese agarre había aumentado, y ahora era como si sus dedos se hubieran fundido en su carne, su sangre y sus huesos, unidos por un nudo gordiano. Mientras él tirara en una dirección particular, ella lo seguiría.

¡Bah! ¡Qué pensamientos tan fantasiosos!

Se frotó la muñeca frenéticamente.

Pero, por más que lo negara, no podía evitar notar que ese sentimiento esquivo que había rozado su corazón en su adolescencia había comenzado a crecer, como si la brisa constante de adoración que siempre había mantenido cerca estuviera escapándose de su control, transformándose en una peligrosa tormenta.

¡Crack!

Una rama seca se rompió detrás de ella, y se giró para encontrar al objeto de sus pensamientos acercándose lentamente.

La luz del sol se filtraba a través de las hojas moteadas e iluminaba su hermoso rostro. Sus ojos brillaban como el espejo Claude que ella había sostenido recientemente, pero esta vez reflejaban su propia figura asustada en tonos apagados.

Con cada paso que él daba, su corazón comenzaba a latir más y más fuerte.

Su instinto era correr, pero su cuerpo no reaccionó a tiempo, como si estuviera sumergido en un caldero de miel espesa y viscosa.

Entonces, de repente, él estaba frente a ella.

—¿Te sientes bien? —preguntó, quitándose el guante.

Ella dejó de respirar.

Muy lentamente, él extendió la mano para tocar su mejilla con el dorso de la mano y probar su temperatura.

Su piel estaba cálida a pesar de su apariencia pálida.

Demasiado pronto, ese toque desapareció, dejándole una sensación de pérdida.

Su boca empezó a moverse de nuevo, posiblemente regañándola como de costumbre, pero las palabras no penetraron en su cerebro, ya que sus oídos parecían estar llenos de lana caliente.

Él continuó hablando, y ella cambió “lana” por “ovejas”. Tenía una oveja demasiado caliente atrapada en cada oído.

Él le dio un golpecito en la cabeza con los nudillos.

—No has estado tomando esos tónicos otra vez, ¿verdad? Eli, no necesitas tales artificios.

Su mente estaba aturdida, y sus palabras la envolvían como agua sobre piel de óleo.

¿Terminaría pronto su sermón?

Su cuello se tensó, y desvió su mirada de su sombrero a sus botas.

Justo cuando logró hacer brotar una lágrima para parecer convincentemente arrepentida, él le sujetó la barbilla y la inclinó hacia arriba.

—Mírame.

—Entonces siéntate —explotó ella—. Eres demasiado alto, y me duele el cuello de tanto mirarle hacia arriba.

Se quedaron mirándose, congelados por un momento, como si su arrebato hubiera encendido una chispa.

Nubes grises profundas corrieron a cubrir el cielo, y la cálida brisa empezó a acelerarse, volviéndose fría y afilada.

Su piel se erizó, y se frotó los brazos, incapaz de soportar la intensidad de su mirada.

Las pupilas de él se estrecharon, y su cabeza se inclinó apenas lo suficiente como para que, si sus sentidos no estuvieran en alerta, lo hubiera pasado por alto.

El fuego titiló bajo su piel, cálido y dulce.

¿Qué quería hacer? Era una expresión que nunca había visto en su rostro antes... era un poco aterradora.

Se había transformado en un extraño en un abrir y cerrar de ojos.

Un extraño muy atractivo.

Sus labios se presionaron en una fina línea, y su expresión se endureció.

¿Estaba enojado?

De repente, sintió el impulso de caminar hacia sus brazos, acurrucarse en su hombro y disculparse.

Acurrucarse como un pequeño y dulce animal.

¿Eh? ¿Estaba transformándose en un gatito? ¿O simpatizando con sus perros?

Su cabeza comenzó a sentirse confusa de nuevo, y las ovejas calientes regresaron, intentando

acomodarse en sus oídos.

Sus ojos, sin que ella lo supiera, estaban aturdidos.

Él aclaró su garganta y dio un paso atrás.

—Yo... debemos regresar.

Ella tragó saliva y asintió.

—Jo-Jo está...

—Sí. Ella está...

—Bien.

—Sí.

—Ya veo.

—Bueno, entonces... —Él se dio la vuelta sobre su talón, y el movimiento repentino hizo que un papel se deslizara desde debajo de su abrigo de montar y flotara hasta el suelo.

Él no lo notó y se dirigió de vuelta hacia el lago.

Ella se mordió el labio inferior, apretándolo lo suficiente para sentir dolor y despejar su mente. Una vez hecho, recogió el papel, con la intención de devolvérselo, cuando las palabras llamaron su atención.

Era una nota exquisitamente escrita que amenazaba con quemar la Casa Ingram a menos que él devolviera cierta deuda. La cantidad la hizo llorar; sería imposible para él conseguir una suma tan grande en el breve plazo que le habían dado.

La chispa de conciencia que se había despertado en su pecho se desvaneció de su mente mientras este nuevo y complejo problema se presentaba.

Dimbercove tendría que investigar en su nombre, ya que la habían confinado a la casa bajo la vigilancia de mamás gallinas y un gallo.

Capítulo Treinta y Nueve

Cuando regresaron a casa, Elizabeth se apresuró a su habitación, asomó la cabeza por la ventana y trinó.

El sol ya se ocultaba en el horizonte, y la gran figura de Dimbercove se dibujaba contra el cielo anaranjado. Lord Darby le había dado una habitación en el primer piso con un balcón y un enrejado resistente, perfecto para subir y bajar sin romperse un hueso.

—Hay tantas escaleras apoyadas contra las paredes —murmuró Dimbercove al aterrizar a su lado—. Los sirvientes son sordos y ciegos a nuestras idas y venidas. Es más conveniente llevar a cabo nuestros asuntos aquí que en Finnshire.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿No estarían en ventaja los cobradores y ladrones?

Él negó con la cabeza.

—Parece que los sirvientes son hábiles para notar el menor peligro desde afuera, pero se vuelven unos atolondrados cuando se trata de nuestros movimientos.

Sus pestañas temblaron.

—¿Crees... que él sabe?

—¿Qué clase de caballero permitiría que una joven anduviera de noche e hiciera lo que le plazca? No parece de ese tipo.

—¿Entonces?

—Probablemente, no les paga lo suficiente y solo siguen órdenes directas. Puede que no les hayan mencionado que debían vigilarte, así que no lo hacen. En cuanto a las escaleras, creo que los sirvientes mismos las pusieron para escaparse al pueblo a beber, ya que los hombres que guardan la puerta son eficientes.

—Esos guardias deben costarle una fortuna.

—Creo que Lord Savill se los envió a Lord Darby tan pronto como supo de qué Jane se había encariñado con Jo.

—Sus sirvientes son desleales. No lo tratan como a un amo y lo mantienen desinformado —se enfureció Elizabeth—. Incluso ese ayuda de cámara.

—Sobornaste al ayuda de cámara con seis bolsas de monedas para que cambiara su lealtad hacia ti.

Mientras Elizabeth balbuceaba, Jo entró en la habitación y le sonrió a Dimbercove.

—Buenas noches.

Él se sonrojó y se inclinó apresuradamente. La primera vez que Jo los había sorprendido conversando en la habitación del Seminario, los había reprendido a ambos. Le tomó tiempo tratarlo con cortesía, y aunque toleraba su presencia, su desaprobación era evidente.

Elizabeth se quitó los guantes y se secó las manos sudorosas en su falda.

—Estaba por preguntar sobre Lord Snyder y la señorita Fortune.

—Están casados —informó Dimbercove—. El novio fue llevado al altar porque sus piernas ya no funcionan y probablemente no sanarán.

—Y Felicity... Lady Snyder —preguntó Jo—. ¿Cómo se veía?

—Encantada —dijo Dimbercove—. Bebió varias copas de champán, sonrió de oreja a oreja y les sacó la lengua a su madre y a todos sus parientes antes de dirigirse a su nuevo hogar.

Jo aplaudió.

—Ah, Eli, a veces no puedo evitar sentirme orgullosa de que seas una real granuja

atolondrada.

Elizabeth tomó sus palabras como un cumplido y sonrió alegremente. Luego de despedirse de Dimbercove, bajaron a cenar con un ánimo de celebración.

Elizabeth se detuvo cerca del aparador de ébano de licores. Quería algo delicioso; Jane había enviado un excelente clarete el otro día... ¿dónde estaba?

Lord Darby la vio frunciendo el ceño y preguntó riendo:

—¿Nada de esto satisface su paladar refinado?

—Una querida amiga acaba de casarse. Quiero celebrar —dijo, frunciendo los labios al observar las filas de brandy, marsala, madeira, oporto y whisky.

—La señorita Fortune se casó con Lord Snyder —afirmó.

Se congeló... ¿había imaginado ese rastro de alegría en su voz? No creía que él conociera a ninguno de ellos...

Él sacó una botella de champán y se la entregó.

—Pruebe esta. La compré cuando era estudiante, al heredar mi título y la casa de mis padres. Una extravagancia rara, pero aún no he encontrado una ocasión lo suficientemente feliz para beberla. Me temo... que nunca la encontraré.

Ella se sorprendió una vez más. Era tan generoso, como si quisiera que ella tuviera lo mejor mientras él se negaba esos mismos lujos.

Como si su felicidad fuera más importante para él que la propia.

Si trataba así a una invitada, entonces a su esposa...

...se alejó de él bruscamente.

—Creo que debería guardarla para una ocasión mejor, mi señor.

Él le puso la botella en los brazos.

—Tales lujos le pertenecen solo a usted. Yo no... no me importan esas cosas.

Ella sintió que su corazón se encogía al escuchar esas palabras. Era tan maravilloso, amable y afectuoso con los suyos. La había cuidado de maravilla cuando enfermó. No le había dado tiempo de extrañar su hogar y parecía anticiparse a sus necesidades, cumpliéndolas con paciencia.

Y no solo con ella; siempre le daba a Lady Fowler la tostada más caliente mientras repartía los mejores cortes de carne y las frutas más dulces entre las mujeres bajo su atenta mirada.

Era una pena que los lujos no se distribuyeran según la bondad; de lo contrario, él sería el hombre más rico del mundo.

Ella le dio un par de pellizcos en la manga.

—Puede celebrar mi recuperación y el hecho de que todos estamos vivos y sanos, o podemos celebrar el hecho de que Polly Peachum espera cachorros, y pronto seremos abuelos.

La mirada perdida en sus ojos desapareció, y una sonrisa comenzó a formarse en sus labios.

—¿Abuelos?

Ella fingió no entender y lo arrastró hacia el comedor.

—Otra alegría pasada por alto es que ahora tiene una excelente ama de llaves, cocinera y sirvientes, un lujo casi imposible hoy en día en Inglaterra.

Su sonrisa se amplió, y él la miró a los ojos, haciendo que su corazón se acelerara y su mente se nublara.

Olvidó lo que estaba a punto de decir.

Su lengua atada se salvó de formar una frase coherente cuando una suave y profunda voz comenzó a cantar.

La noche es oscura; la lámpara ilumina la vista,

Las hojas doradas comienzan a temblar;
El Este trae noticias de mi adoración por ti.

El mayordomo tocaba el violín y cantaba. Penelope y Dorothy lo habían sobornado bien para potenciar el romance entre Lord Darby y Elizabeth, y él se había sumado con entusiasmo a la emoción. Así, continuó cantando:

Estoy fragmentado, sin dulzura,
Como pétalos caídos en el suelo,
Totalmente cubierto de rocío.

Lady Fowler aplaudió e insistió en que Lord Darby bailara con todas las mujeres presentes mientras el mayordomo continuaba su interpretación. Elizabeth y Lord Darby fueron empujados el uno en brazos del otro y se encontraron bailando por la sala.

Bah, endulza mis desvaríos,
Son solo palabras para arrullar tu hermosa cabeza.
Pero ¿me creerás cuando digo,
que quiero morir mil muertes?

Habían bailado incontables veces juntos, pero hoy, el ritmo familiar, las bromas usuales y la comodidad de la amistad parecían haber terminado.

Elizabeth no se atrevía a mirarlo a los ojos y esperaba que los demás no notaran su extraño comportamiento ni adivinaran que su corazón latía fuerte.

¿Abrirás tus brazos ruborizados,
y me dejarás vivir diez mil vidas en vez?

El contacto reconfortante en su cintura tenía fuego, y su mano enguantada sujetando la de ella hacía que su piel se sonrojara como si hubiera bebido un galón de vino.

Ah, en esta noche profunda y oscura con su lámpara encendida,
las hojas doradas comienzan a temblar.

Tan pronto como la canción terminó, se separaron y ella se hundió torpemente en su asiento.

El mayordomo cambió la canción traviesa por una alegre melodía, permitiéndoles recuperar la compostura.

—Champán —pidió Elizabeth, con voz ronca.

Los dedos de Lord Darby rozaron su espalda al pasar junto a su silla, un toque fugaz de consuelo y entendimiento antes de inclinarse ante Lady Fowler y llevarla al centro de la sala para el siguiente baile.

Finalmente, Elizabeth se aseguró de que la mayor parte del champán fuera a parar a la garganta de Lord Darby. Esta era su botella; era justo que él bebiera la mayor parte.

El resultado fue que quedó completamente borracho.

Capítulo Cuarenta

Todos estaban borrachos como emperadores. Las mujeres estaban aturdidas, los sirvientes andaban en las alturas, e incluso los perros habían robado un sorbo o dos y perseguían sus colas con desgano.

Después de vaciar la botella de champán, trajeron más bebidas. Los brandis de durazno, ciruela y manzana fueron probados y elogiados por todos.

Abajo, los sirvientes de dentro y fuera de la casa captaron el ánimo festivo como si fuera una plaga y se ahogaron en ginebra.

Ya pasada la medianoche, una Lady Fowler ebria insistió en que Lady Darby se quedara con Lord Darby y lo cuidara toda la noche, ya que estaba también aturdido.

Jo, la sensata, no objetó esta noción escandalosa, ya que se había quedado dormida junto a la sopa y solo podía emitir un suave ronquido en respuesta.

Así que Elizabeth, con la cabeza llena de dulce vino, se encontró empujada hacia la alcoba de Lord Darby.

Las puertas se cerraron con un golpe decisivo, dejándolos a los dos solos.

En algún momento había empezado a llover, y ahora el rugido del trueno afuera de la ventana ahogaba su respiración rápida y su corazón desbocado.

Se quedó mirando la puerta, con la cara enrojecida por el alcohol y algo más. Él parecía igualmente aturdido, inmóvil y en silencio después de la larga y ruidosa noche.

El silencio entre ellos pronto se volvió ensordecedor.

Ah, si él no hablaba pronto, ella moriría.

La lluvia seguía cayendo, trayendo consigo un leve frío, pero aun así no lograba enfriar su piel enrojecida.

Y el silencio permanecía.

Apretando los dientes, se giró lentamente.

Una sola vela en un alto candelabro de plata decorado con tres cabezas de león iluminaba la amplia y pulcra alcoba.

El cuarto tenía muebles, pero no los veía. Si alguien le preguntara en ese momento de qué color eran los cojines, habría fallado en responder.

Después de lo que pareció una eternidad, desvió la mirada hacia el hombre que había llenado su ser de nerviosas mariposas.

Su figura alta y apuesta se recortaba contra las cortinas de la cama de un rojo profundo, que se movían suavemente con la brisa.

La brisa se escapaba por una rendija bajo la puerta del balcón e incluso hacía que la luz de la vela temblara.

El juego de luces caía sobre su rostro.

Sus ojos negros y penetrantes la miraban con pereza, la neblina del licor fuerte apagando la inteligencia habitual que solía brillar en su profundidad, haciéndolo parecer vulnerable, como presa.

Nunca lo había visto tan en desventaja, y eso tiraba de su corazón travieso, tentándola y atrayéndola a tal punto que apenas podía contenerse.

Su figura tambaleante, la gran cama, el silencio... de repente cedió bajo la intensidad de todo aquello, y sus piernas se doblaron.

Cayó con las piernas cruzadas sobre la alfombra de color té y cerró los ojos con

determinación.

¡Era demasiado! ¡Todo esto era demasiado! ¿Cómo podía una dama mantener la cabeza y la virtud en tales circunstancias?

Lord Darby rio, y su rostro, habitualmente apuesto, se transformó en algo tan exquisito que parecía de otro mundo.

—Pareces una gallina incubando huevos.

—Pareces alguien que cayó en un barril de vino —levantó las pestañas y replicó.

—Un gatito que no sabe caminar.

—Un vagabundo.

—Un querubín —dijo al final, confuso. Parecía que había olvidado el juego.

—Carrete de tejer —ella también lo había olvidado.

Se sentó al borde de la cama, con los ojos repentinamente vidriosos y el rostro apuesto, adorablemente desconcertado.

Sintió el impulso de frotarle el pulgar sobre el labio inferior y besarle los párpados. Traviesa, traviesa, se reprendió mentalmente.

—Debo irme —colocó la mano en su rostro y murmuró—. Llámalo; tengo que irme a casa.

Elizabeth se arrastró hacia él y le quitó cuidadosamente los zapatos.

—Ésta es su alcoba, mi lord.

Él tarareó.

—¿Es usted una criada?

No quería irse, así que asintió.

—Lo soy. ¿Desea algo?

—Un cigarro.

—No.

—Tabaco.

—Es hora de dormir.

—¿Brandy?

—Definitivamente no.

—¿Soy o no soy su amo? —exigió con un tono malhumorado.

Le causaba gracia ver su lado infantil, como si fuera un niño pequeño haciendo un berrinche. Curiosamente, le gustaba así, ya que sabía que después de que sus padres murieron, nadie le habría prestado atención sin importar lo molesto o caprichoso que estuviera. Lo habrían ignorado, a diferencia de ella, a quien toda la familia atendía con frenesí si derramaba una lágrima.

—Usted es mi amo —lo calmó rápidamente—. Acuéstese, mi lord. Iré a buscar al ayuda de cámara para que lo ayude a cambiarse...

Su cabeza cayó hacia atrás y se posó en la almohada.

—Háblame, Eli.

Se congeló y le miró el rostro. Sus ojos estaban cerrados como si estuviera dormido.

—¿Eli?

—Mmm.

—¿Dónde está la criada?

—Se fue a buscar al ayuda de cámara.

—Acércate.

Se inclinó hacia él.

Sus ojos se abrieron de golpe y sus manos rodearon su cintura. Por un momento, sintió como

si el mundo girara antes de encontrarse de espaldas junto a él.

De repente, dejó de llover, sin nada, ni siquiera el chisporroteo de un fuego, que ahogara el sonido de las respiraciones rápidas y los latidos apresurados de los corazones.

Miró de reojo y encontró su rostro a unos pocos centímetros del suyo. Sus ojos recorrieron su barbilla, su nuez de Adán, más abajo, hasta la parte expuesta de la clavícula sobre la camisa.

Su piel parecía oro fundido.

Su lengua se asomó para humedecer su labio inferior.

Él levantó su mano, extendió sus dedos y dejó que la luz de la vela se filtrara entre ellos.

—Cuando confesaste... no lo creí.

—Ya veo —su mente estaba completamente enfocada en sus manos enguantadas entrelazadas y no en sus palabras impregnadas de vino. Incluso a través del satén, podía sentir el calor de su palma.

—No quise hacerte daño.

—Lo sé.

—¿Por qué?

Parecía entender su discurso entrecortado como solo una persona ebria podía comprender a otra.

—Eres un buen hombre.

Él rio.

—No.

—Tratas bien a Jo. Un vínculo tan desinteresado con una prima cuyos padres y hermana te trataron con dureza es admirable. Solo alguien con un gran corazón puede hacer eso.

—No tengo un corazón generoso. Mis motivos son egoístas, y es un secreto —susurró—. ¿Puedo contártelo?

Lo miró, sintiéndose conflictuada. ¿No sería aprovecharse de su estado? Escuchar secretos que no estaban destinados a sus oídos...

... ¿Y si él estaba enamorado de Jo?

¿Cómo no había pensado en eso antes?

¿Cómo nunca había cuestionado si ese amor fraternal era una fachada para algo más? Mientras ella había esperado convertirse en la cuñada de su amiga íntima, su amiga íntima iba camino a casarse con su esposo...

Su cabeza comenzó a doler.

Mary se había casado con él, entonces, ¿qué en el mundo lo detenía de casarse con Jo?

Mary.

Penelope, la duquesa, una vez tuvo una gallina llamada Mary. Se cayó de un acantilado y murió, y luego el duque se la comió.

Era trágico, pero esto era más trágico.

Estaba tumbada junto a su amado, y su moral no le permitía que sus manos traviesas vagaran y se aprovecharan de un hombre ebrio.

Y estaba pensando en si él estaba enamorado de su prima...

¡Dios santo! ¿Cómo era que no tenía reparo en golpear a un lord y tomar sus joyas, pero no podía siquiera atreverse a tomar la mano del hombre que tenía al lado?

¿Por qué su valentía se escondía como una tortuga asustada ante él?

Ah, ¡si tan solo pudiera gritar y llamar a la alta sociedad para presenciar esta visión hedonista y ser 'obligada' a casarse con él...!

Él continuaba murmurando, ajeno a sus pensamientos tumultuosos.

—Eli, es un secreto que nadie conoce. Pero quiero contártelo por tus hermanas.

—¿Hermanas?

Su agarre se apretó casi dolorosamente sobre su mano.

—Mi madre estaba embarazada.

El corazón de Elizabeth se hundió ante sus palabras. Todo el asunto de repente se volvió claro, y lamentó haber entrado en esa habitación.

Él continuó, arrastrando las palabras:

—Estaba nevando mucho. Mi padre y yo estábamos sentados en el suelo de la cocina, junto al fuego, tallando juguetes en madera. Mi madre y los sirvientes se habían retirado, y solo estábamos nosotros susurrando y riendo mientras esculpíamos. Yo quería hacer un elefante, pero el resultado fue terrible. La trompa era demasiado larga y las patas parecían pies humanos, pero mi padre dijo que el bebé amaría morder todas las protuberancias y hendiduras.

—No necesitas decirme más...

Él suspiró y soltó su mano.

—No tengo nada más que decirte. Mi madre murió, y también mi hermano en su vientre. Cuando conocí a Jo, ella se metió en mi vida, insistiendo en que la tratara como a una hermana menor; era como si me hubieran dado un hermano a cambio del que me fue arrebatado.

El corazón de Elizabeth se dolía por él. Odiaba verlo sufrir, y todo su ser deseaba poder regresar al pasado y prevenir ese accidente. Si sus padres no hubieran muerto, él habría sido un hombre diferente, y aunque eso significara que quizás no se habrían conocido, preferiría que él nunca hubiera sentido ese dolor tan profundo.

Se quedó mirando el techo ornamentado, y algo que él había mencionado antes volvió a su mente.

—Dijiste que querías hablarme de esto por mis hermanas, ¿por qué?

Él se giró hacia ella y apoyó la cabeza en su mano mientras su codo se hundía en la almohada.

La miró hacia abajo, sus ojos nublados por la embriaguez.

—La duquesa ayudó a sus hermanastras a pesar de que tu madre la maltrataba. Me inspiró a seguir tratando a Jo como a mi hermana, aunque a veces mi corazón estaba lleno de dudas, ira y odio hacia sus padres.

—Ya veo.

—Eli, te he confesado todo y te he contado mi mayor secreto. ¿Recibo una recompensa?

—¿Qué te gustaría?

—A ti.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida.

¿A ti?

Él dijo que quería... ¿qué-qué quiso decir?

¿"A ti" queriendo decir a ella?

¿Acaso había escuchado mal? Tal vez dijo “qui,” pero eso no tenía sentido, ni “mí,” ni “sí,” ni “ni” ...

Con un suspiro, la brisa apagó la vela.

La oscuridad se intensificó, y su única palabra continuó hiriendo su acelerado corazón.

Su audacia habitual se retiró, y de pronto fue consciente del hombre que la miraba desde arriba —consciente de su fuerza, de su calor, de su aroma.

No le era desconocido lo que ocurría entre un hombre y una mujer; después de todo, se había topado con suficientes libros eróticos en su vida loca, y, sin embargo, ahora se sentía como un pequeño bote enfrentándose a una peligrosa ola.

De repente sintió miedo de ahogarse. Quería huir.

Como si percibiera su creciente pánico, él deslizó los dedos en su cuero cabelludo electrizado y la aprisionó.

Sus pestañas temblaron, y su boca se entreabrió por la sorpresa.

Se inclinó más cerca, con su aliento cálido en su mentón—tan cálido como si acabara de tragarse la llama de una vela.

Sus labios, cuando descendieron sobre los de ella, fueron aún más ardientes.

La tormenta que había terminado afuera ahora la llenó por completo, junto con truenos y relámpagos.

Sus labios se movían firmes, hábiles sobre los de ella, incitándola y enseñándole.

Todo su cuerpo y alma temblaron y respondieron a este beso tan esperado.

El beso se profundizó, las lenguas se entrelazaron, y ella perdió toda capacidad de pensar.

Su mano estaba ahora en su cintura, amasando, acariciando, danzando... sus uñas se clavaron en su carne, las extrañas sensaciones eran demasiado para soportar.

Él se quitó el guante con los dientes y extendió la mano con impaciencia para sujetarle la nuca.

Su pulgar se deslizó por su piel, dejando una estela de fuego… como una quemadura de hielo.

Ella gimió.

El sonido de su voz devolvió su cordura y sus sentidos el tiempo suficiente para separarse de ella.

Sus brazos sintieron el frío de repente, y sus ojos se abrieron y recorrieron la habitación hasta que lo encontraron de nuevo.

La puerta al balcón estaba abierta, y él estaba allí, con la cabeza ligeramente inclinada hacia arriba, permitiendo que la luz de la luna y la llovizna de la madrugada empaparan su rostro y aplacaran su deseo.

Las lágrimas brotaron en sus ojos y humedecieron sus mejillas. Él quería que se fuera… ella lo entendió y, naturalmente, obedeció.

Tenía su orgullo.

Capítulo Cuarenta y Uno

Se despertó con un dolor de cabeza terrible y con un recuerdo claro de todo lo que había ocurrido la noche anterior.

La había besado y luego ella había huido.

En ese momento... ella había sido como una copa de excelente vino que él sabía que se deslizaría por su garganta de la forma más deliciosa, pero después de que sus labios se tocaron, aunque estaba extremadamente ebrio, supo que no podía pedir más... que no podía buscar más.

Y ahora esa botella de vino flotaría frente a él todo el día, tentándolo a tomar un sorbo, solo un pequeño trago, pero temía ceder a ese impulso enloquecedor.

Esto era novedoso, y también lo era su lucha por el autocontrol. Nunca antes había tenido que contenerse en tales asuntos, y ahora que tenía que hacerlo, toda la situación se volvía aún más tentadora.

Quería atraerla a sus brazos y sostenerla cerca, más cerca de lo que nadie la había sostenido antes.

Quería que ella se disolviera bajo él... Su mente volvió a pintar imágenes hedonistas en las que los dos estaban entrelazados.

¡Al diablo! Ella lo estaba convirtiendo en un adolescente.

Su cabeza palpitaba, y se enterró en la almohada.

No entendía el riesgo que había corrido anoche, o no habría entrado en su habitación.

Oh, sabía bien lo que ocurría en la cama entre una pareja, pero la necesidad agresiva que un hombre siente en tales momentos, lo delicada que es la situación y lo fácil que sería para él usar sus habilidades para ponerla en desventaja, no entraba en su tonta cabeza.

Pensaba que podría golpearlo y escapar... pero nunca se dio cuenta de que esa batalla sería consigo misma.

Y era probable que la perdiera.

Si hubiese sido otra persona... su mente se quedó en blanco al pensarlo, y su estómago se revolvió.

Estaba sufriendo los efectos de haber bebido demasiado... esta extraña sensación nauseabunda debía ser por sus viejos huesos.

Había envejecido de un día para otro.

—Las gotas de Goddard —anunció el ayuda de cámara desde la puerta.

William hizo una mueca. No estaba de humor para beber huesos de cráneo seco ya que se sentía lo suficientemente atormentado. —Leche con hollín será suficiente.

El ayuda de cámara sacó una segunda bandeja de plata de detrás de su espalda con la bebida solicitada.

—¿Las damas han desayunado? —William tomó la leche y la dejó a un lado.

—Todavía están dormidas.

La campana de la iglesia sonó doce veces, y el ayuda de cámara corrió las cortinas. El sol estaba particularmente abrasador ese día.

—Comeré fuera —dijo William, volviendo a recostarse—. Creo que ahora comeré fuera más seguido.

Más tarde en la noche, regresó a casa y encontró a las damas reunidas en el salón familiar. Sus ojos se dirigieron a Elizabeth, y ella se sonrojó.

Nunca la había visto tan tímida, incierta y confundida. Sus manos se movían torpemente a sus

costados como un gorrión desquiciado, como si hubiera perdido la habilidad de usar sus extremidades en su presencia.

Se veía adorable e increíblemente rosada. Sus mejillas y las puntas de sus orejas estaban teñidas de un tono tan hermoso que se preguntó si el resto de ella también habría tomado ese encantador matiz.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Jo.

Bajó la mirada y asintió. —¿Comiste?

Después de años tratando con la alta sociedad, era un maestro en ocultar sus emociones. Por lo que mantuvo su semblante sereno y su agitación bien oculta. Se sentó junto a Lady Fowler y comenzó a conversar como si no recordara nada de la noche anterior.

Elizabeth poco a poco se relajó. Sus manos temblorosas se calmaron, y pronto, estaba bebiendo té y riendo de sus anécdotas.

Al día siguiente, partió a Bath por una semana. Cuando regresó, trajo un gran baúl lleno de estambre.

—Fui a visitar a una tía enferma —explicó—. Quería regalar esto ya que sus articulaciones le duelen demasiado para tejer.

Jo hizo una mueca; detestaba tejer, al igual que Lady Fowler. Así, las madejas de lana cayeron en el regazo encantado de Elizabeth.

A Elizabeth le encantaba el trabajo de aguja de todo tipo, pero no le gustaba admitirlo. En secreto, a menudo se sentaba a tejer o bordar en su habitación, ya que le permitía descansar su mente.

William observó su expresión feliz y no pudo evitar sentir alegría. Exteriormente, fingió estar irritado de tener que cargar con todo el baúl. Las pequeñas fibras de lana, gruñó, volaban por todas partes y lo hacían estornudar.

Nadie podía imaginar cuán cuidadosamente había elegido la lana más suave, los hilos más sedosos y los colores más brillantes, y los había pagado sin dudar.

Era una disculpa secreta, y esperaba que ella nunca lo supiera.

***

Las flores de verano se desvanecieron, el aire se enfrió y el sol comenzó a ponerse un poco antes. La nueva temporada estaba casi sobre ellos, pero esta vez, las cosas eran diferentes.

A Elizabeth no se le permitió asistir a la temporada y debía mantenerse oculta, salvo en algunas reuniones familiares.

Aunque Lord Snyder ahora estaba lisiado y casado, se había vuelto aún más peligroso e inestable. Había deducido correctamente que la familia Fairweather había tenido algo que ver en su desgracia. Por lo tanto, se rumoreaba que había decidido acabar con Elizabeth.

Los cuñados de Elizabeth estaban tratando de idear un plan para calmar las aguas, pero necesitaban más tiempo. Lord Snyder era un hombre desconfiado, y después de perder sus extremidades, se volvió aún más reservado y difícil de disuadir.

Así, Elizabeth continuó escondiéndose en la Casa Ingram, y para explicar su ausencia, se reveló que una pariente muy cercana había fallecido: una querida tía.

Esto se basaba en una verdad parcial, ya que una tía lejana de los Fairweather había muerto, pero Elizabeth la había visto solo tres veces en toda su vida.

Las hermanas se aseguraron de que unos pocos selectos la vieran en algunas fiestas para sofocar el rumor de que estaba embarazada, pero durante ese tiempo no se le permitía mezclarse con los invitados. Tenía que sentarse en una esquina y aparentar estar lo más miserable posible.

—Eres una excelente actriz —se maravilló Jo en una de las raras reuniones a las que se les

había permitido asistir—. ¡Vaya, hasta tus labios están pálidos!

Elizabeth no quería admitir que no era una actuación. Las cosas habían cambiado en el último mes. Lord Darby estaba constantemente ausente en las comidas, con Jo ocupada haciendo visitas y corriendo por el pueblo para cumplir con sus deberes, y Elizabeth se quedaba sola para deambular por los terrenos salvajes.

Su espíritu estaba abatido y entristecido, mientras su mente pensaba constantemente en la noche en que se besaron.

Ahora, no solo estaba su alma sola, sino también sus labios.

—Mira eso —declaró Jo mientras observaba a una joven coqueteando con tres hombres a la vez—. Ser tan coqueta, ah, es un arte.

—Entonces eres una pésima artista —Elizabeth miró al feliz cuarteto.

—Cierto —suspiró Jo—. Por eso nunca atraparé a un hombre. Es buena cosa que me haya retirado de esta temporada para hacerte compañía.

Elizabeth levantó el abanico para ocultar sus labios. —Jo, si tuvieras un hijo en edad casadera, ¿qué le dirías?

—Le enseñaría todos los trucos que aprendí de joven para ayudarlo a evitar caer en la trampa.

—La mayoría de los hombres aquí tienen madres y hermanas; ¿qué te hace pensar que no los han advertido igualmente?

—¡Dios santo! Tienes razón.

—Los hombres solo se dejan atrapar si quieren. A menos que sean muy tontos.

Jo sonrió. —Entonces, el número de hombres tontos en Inglaterra es notablemente alto.

—Es por eso por lo que tu primo es un blanco popular. No tiene madre que lo guíe.

La sonrisa desapareció de los labios de Jo. —Entiendo.

—Y los hombres chismean mucho más que las mujeres.

—¿Realmente?

Elizabeth asintió. —Los he escuchado hablando de mujeres elegibles de la manera más vergonzosa. ¿Qué más crees que hacen en un club de caballeros? ¿Fumar puros y quedarse en silencio?

—¿Te disfrazaste de hombre? ¿Y si te atrapaban?

—No lo hice. Estaba colgada boca abajo del techo y espiando por la ventana.

Jo estaba horrorizada. —¿Y si te caías? ¿Cómo pudiste hacer tal cosa?

—Dimbercove sostenía mis tobillos.

—¿Y si los soltaba? ¿Y si sus palmas se volvían sudorosas? ¡Eli, dejaste que un hombre tocara tus tobillos!

—Sus manos son notablemente secas, y llevaba pantalones y botas.

—¿Me llevarás contigo la próxima vez?

—No.

—¡Cielos! Ya no quiero hablar contigo.

Elizabeth observó a Jo enfurruñarse con emociones encontradas. Aunque vivían bajo el mismo techo, no habían podido pasar mucho tiempo juntas. Jo había empezado a aprender a ser una dama y a llevar la casa, pues había comprendido la diferencia que las habilidades de Elizabeth habían marcado.

Por lo tanto, siguiendo los consejos de Elizabeth, comenzó a hacer visitas matutinas, a revisar diligentemente las cuentas y a asumir poco a poco las responsabilidades de cuidar la finca. Elizabeth estaba complacida con este cambio, ya que significaba que, una vez que Jo se casara, sería capaz de manejar su nuevo hogar y no sería devorada por una multitud de parientes ávidos

y codiciosos.

En cuanto a Lord Darby, al principio pensó que no recordaba lo sucedido aquella noche, pero desde entonces, él había estado un poco arrepentido.

Elizabeth era lo suficientemente astuta como para darse cuenta de que él recordaba todo y que se sentía apenado. Podría engañar a los extraños, pero no a alguien que había observado cada uno de sus movimientos con adoración durante muchos años.

Estaba tan incómodo con ese pequeño desliz que su presencia lo había llevado a salir de su propio hogar.

Entendía el mensaje que él quería transmitirle en silencio.

Le estaba diciendo, a su manera gentil, que no tomara ese beso en serio ni pensara que significaba algo.

Había sido el champán, el vino y el brandy.

Él sabía que su enamoramiento de infancia probablemente se reavivaría y echaría raíces demasiado profundas como para ser arrancadas fácilmente cuando llegara el momento.

No quería que ella sufriera, por lo que se comportaba no de manera hiriente, sino con suficiente distancia para enviar el mensaje de que la veía como nada más que la compañera de su hermana y una invitada.

Las palabras que intercambiaban durante la cena eran breves. No podía decir que él fuera descortés, pero tampoco encontraba calidez o pasión en sus palabras.

Esta era la primera vez en su vida que enfrentaba un verdadero desafío, un dilema que su familia no podía resolver por ella. Era una prueba de amor, y estaba decidida a salir victoriosa. Poco sabía él que, para disuadirla, debió haberle rogado que se casara con él, perseguirla y colmarla de regalos.

En cambio, ella veía que, aunque claramente necesitaba dinero y conexiones, se negaba a utilizarla.

Su honestidad se mostraba en sus acciones, y eso probaba qué buen y amable hombre era. Si alguna vez mostraba algún afecto hacia ella, significaría aún más, pues sería genuino y sincero.

Era un caballero en un mundo lleno de galanes diabólicos y fatuos manipuladores. ¿Cómo podía dejarlo ir tan fácilmente?

Capítulo Cuarenta y Dos

William sabía que no era un caballero ni tenía un corazón bondadoso. Si la muchacha hubiese sido cualquiera menos Elizabeth, se la habría llevado a Gretna Green y habría usado su dote la misma noche en que pasaran juntos.

En lugar de eso, pasó las semanas siguientes saliendo temprano en la mañana, sin importar el clima, para cabalgar o caminar. Al regresar, se encerraba en el despacho para ocuparse de asuntos o volvía a salir para lidiar con acreedores furiosos.

Pero no podía evitarla para siempre; después de todo, vivían bajo el mismo techo.

Un día regresó con el labio ensangrentado y un hermoso ojo morado. Mantuvo la cabeza baja y se apresuró hacia el despacho.

—¿Qué ha pasado? —se quejó el ayuda de cámara a su lado—. Pensé que habían dejado de usar medios tan rudos.

William divisó la figura congelada de Elizabeth al final del pasillo y soltó una risa leve.

—No es nada.

Los ojos de Elizabeth destellaron con dolor.

—Deja de sonreír —apartó al ayuda de cámara, tomó su brazo y lo condujo hacia el salón de la mañana—. Esa sonrisa empeora la herida.

Él plantó los pies en el suelo.

—No quiero que nadie me vea…

—Tardará días en sanar; no puedes esconderte todo ese tiempo.

—Pero…

—Los sirvientes ya lo habrán notado en cuanto entraste, y pronto se correrá la voz. Ocultarse solo despertará su curiosidad —su voz era firme, pero los dedos que sostenían su brazo temblaban ligeramente. William se dio cuenta de que era la primera vez que ella lo veía así, y le costaba mantener la compostura.

Sintió un dolor repentino, como si hubiera comido algo demasiado dulce. Ese dolor era más difícil de soportar que el latido de su labio.

Derrotado, le permitió guiarlo.

El ayuda de cámara empujó la puerta del salón de la mañana, y encontraron a Jo y a Lady Fowler riendo junto al fuego.

—¿Qué ha pasado? —chillaron en cuanto William entró.

Elizabeth lo condujo hasta un sillón.

—Un esposo o amante celoso, ¿qué más podría ser? Seguro otra jovencita cayó rendida ante tu apuesto semblante.

William la miró sorprendido. Ella era Lancelot, así que sabía que el motivo de la agresión eran sus deudas, y, sin embargo, con una sola frase, le había devuelto el honor.

Él se relajó y enfrentó a todos con confianza. Era agradable que alguien protegiera su orgullo.

—Siéntate aquí —ordenó ella, empujándolo hacia el sillón.

Él quiso agarrar la mano que había tocado su pecho y sostenerla firmemente.

—Si me haces el favor —corrigió él, y se sentó.

Elizabeth dudó un momento antes de tomar el ungüento que el ayuda de cámara le ofrecía. Le tomó seis respiraciones más quitarse el guante, mojar el dedo en el frasco y acercar su rostro al de él.

El corazón de William empezó a latir mientras sus ojos bajaban hasta sus labios.

—¿Duele? —preguntó Elizabeth, presionando sobre su ojo hinchado.

—Soy un hombre —dijo él, y se aclaró la garganta.

—Habla con el creador sobre eso —Elizabeth frunció el ceño—. ¿Te duele algo más?

—Sí, duele —finalmente cedió, derrotado—. Todo duele. ¡Por favor, basta, Eli!

—Pensé que los hombres no sentían dolor —le dio otro golpecito.

Mientras él tartamudeaba, Jo se apiadó de él, apartó a Elizabeth y terminó de aplicarle el ungüento.

Cuando las mujeres terminaron de atenderlo a su gusto, se marcharon para recibir a una visita de la mañana.

Finalmente, solo, William sostuvo su vaso de whisky y se recostó.

—Muttons —llamó al ayuda de cámara—. ¿Alguna novedad?

—Ha llegado un nuevo guardia de la finca del duque.

—Hmm, no olvides indicarle que finja estar dormido si ve a Elizabeth salir de noche.

—No ha salido de la casa en las últimas semanas.

William frunció el ceño. También hacía un tiempo que Elizabeth no salía de día. Incluso en las últimas reuniones que su familia le había permitido asistir, había tenido que mostrarse abatida.

Sacó la invitación que le había dado el conde de Leigh justo antes de ser emboscado.

Había pensado en rechazarla, pero ahora comprendía que eso era justo lo que Elizabeth necesitaba: una fiesta en el jardín. El conde tenía una hermosa casa señorial y unos jardines increíbles, y su madre era conocida por su amor por las flores.

Elizabeth podría pasear por los terrenos, oler las rosas y beber champán, y el cambio de ambiente ayudaría a devolver el brillo a sus hermosos ojos castaños.

Capítulo Cuarenta y Tres

Elizabeth resplandecía mientras avanzaba por el campo de rosas blancas, sosteniendo una sombrilla amarillo pálido que combinaba con su vestido de muselina.

Las jóvenes detrás de ella susurraban y reían, rebosantes de chismes. Apenas habían salido al mundo y, por lo tanto, eran jóvenes y llenas de asombro.

Naturalmente, su conversación se dirigía a los hombres elegibles y a quiénes de ellos eran los más apuestos.

Jo estaba al final de este grupo, mientras Elizabeth las guiaba como ovejas.

—Lord Darby —dijo en tono bajo la señorita Sherry, cuidando que la brisa no llevara sus palabras hacia Jo— sigue siendo el más apuesto, pero un poco frío y difícil de engañar.

—He oído un rumor —canturreó en voz alta la señorita Day. Era hija de un conde adinerado, muy atractiva, y con tres hermanos elegibles para el matrimonio. Esto, naturalmente, la convertía en la líder del grupo.

—¿Qué? —preguntaron las chicas.

—Que no le gustan las mujeres —la señorita Day arqueó las cejas—. ¿Por qué más sigue soltero a pesar de tener una gran deuda? Muchas hijas de comerciantes ricos quieren casarse con él, pero no puede porque, una vez que lo haga, la verdad será…

Al momento siguiente, la señorita Day se encontró boca arriba en el suelo, con el pie de Elizabeth sobre su abdomen.

—Ese tipo de charla es peligrosa —dijo Elizabeth, con los ojos brillando como gemas pulidas —. Si oigo que se propaga, créeme, no vivirás para contarlo.

La señorita Scarlet Day también era buena peleando, ya que tenía ocho hermanos, cuatro de ellos varones. Así que agarró el tobillo de Elizabeth y tiró, derribándola. Peleó con la arrogancia de un brote primaveral.

Las dos chicas forcejearon entre los rosales, y la señorita Day fue derrotada rápidamente en dos movimientos. Así, cubierta de ramitas y espinas, corrió hacia su padre con lágrimas en los ojos.

El conde Day estaba sentado entre la generación mayor en el jardín oriental. El alegre sonido del piano flotaba desde las ventanas abiertas de la mansión, mientras el sol iluminaba el hielo en los vasos llenos de limonada dulce. Un ligero aroma a flores y frutas acompañaba las risas suaves y las charlas relajadas.

El conde Day estaba apostando, y cuando su hija le contó lo ocurrido, él la apartó con la mano.

—Habla con tu madre.

Parecía que el hombre creía que era asunto de mujeres ocuparse de los problemas relacionados con sus hijas, pero la condesa no había tenido interés en asistir a la fiesta.

La señorita Day resopló un momento frente a la asamblea de cabellos blancos antes de emitir un impresionante aullido. Al ver que nadie le prestaba atención, se alejó corriendo con lágrimas formando surcos en sus enfadadas mejillas manchadas de barro.

Elizabeth estaba disgustada; su primer plan había fracasado, y tendría que usar otros medios para enfurecer al conde Day.

Y debía enfurecerlo, pues fue su carta la que cayó del bolsillo de Lord Darby aquel día junto al lago. La idea de que a Lord Darby le gustaban los hombres también parecía haber surgido de los planes de este hombre.

Estaba construyendo una trampa lenta alrededor de Lord Darby, pero antes de que pudiera ser

ejecutada, debía recuperar la letra de cambio que mencionaba la deuda que Sir Ingram tenía con él.

Elizabeth buscó a Jo y la encontró jugando a las canicas con un extraño; no, no era un extraño; era el conde de Leigh. Él fue el motivo por el cual ella había confesado a Lord Darby y había sido rechazada.

Se dio la vuelta y vio a tres mujeres colgadas del brazo de Lord Darby. Bajó la vista y comenzó a buscar lombrices en el césped.

Por una vez, nadie le prestaba atención.

Sus cuñados estaban ocupados viendo las carreras de caballos en el otro extremo del terreno, mientras que sus hermanas chusmeaban dentro de la casa.

¡Perfecto!

Se escabulló de la fiesta y se apresuró hacia las carrozas estacionadas.

—Dimbercove —saludó al hombre sentado en un castaño. Aunque era alto y corpulento, había logrado camuflarse con un chal verde cubierto de hojas—. Ve a la casa de Lord Savill, roba una reliquia polvorienta y tráela. Debe ser un objeto bien oculto, no de fácil acceso y probablemente olvidado.

Dimbercove preguntó sin emoción:

—¿Quieres robar a tu propia familia? ¿Hasta dónde has caído?

—Sí, ahora haz lo que te digo. Lo quiero en una hora.

—Me niego.

—Por favor, querido hermano. Solo puedo depender de ti.

Él se ruborizó y perdió el habla.

Poco después, Elizabeth se encontraba frente a Lord Savill.

—Mi señor, ¿recuerda que solía acompañar al famoso bandido, el Cobra, y a su hijo mientras asaltaban carruajes?

Su boca se torció.

—Sí.

—Me avergüenzo de mi pasado. Era rebelde, inculta y una idiota.

Él cruzó los brazos y la miró desde arriba.

—¿Qué quieres, Eli?

Dejó la farsa.

—Encontré esto durante uno de los asaltos. Tiene las iniciales de su casa, y pensé que podría ser importante. ¿Lo es?

Dicho esto, le ofreció el puñal polvoriento que Dimbercove había robado hacía menos de una hora.

—¡Es una reliquia familiar! No me había dado cuenta de que estaba desaparecida.

—¿Es valioso?

—No, pero pertenecía a mi bisabuelo. Una de sus pocas posesiones restantes, así que es invaluable.

—Entonces le hice un favor.

Sus ojos se afilaron.

—Sí.

—Entonces me debe un favor a cambio.

—Así es.

—Quiero cobrar este favor. Deme seiscientas libras.

Sus cejas se levantaron.

—¡Pero! Eso es una pequeña fortuna.

—Usted dijo que esta es una reliquia familiar e invaluable. Está obteniendo un beneficio en este trato.

—¿Pero seiscientas libras?

—Usted es el hombre más rico de Inglaterra, y la suma no afectará sus arcas. Vamos, deseche las cadenas dogmáticas y salga de su insularidad…

Él frunció el ceño.

—Está bien, considérelo un regalo de bodas anticipado. Pero debe decirme para qué necesita este dinero.

—No quiero el dinero; quiero que lo use para hacer una apuesta. Dígale al conde Day que apostará seiscientas libras a que el hombre que gane la carrera de caballos de hoy será derrotado por una mujer en la próxima ronda. Si gana, obtiene seiscientas libras; pero si pierde, no podrá devolverle el dinero. En ese punto, pídale la letra de cambio que menciona que Sir Ingram le debía cuatrocientas libras y olvide todo el asunto.

Su rostro apuesto se suavizó.

—Solo tenías que pedirlo, Eli. No hacía falta que rodearas el tema como un pavo real.

—Gracias. Ahora, por favor, discúlpeme. Tengo que prepararme.

—¿Para qué?

—Esta es la última ronda de la carrera de caballos. Yo soy la mujer que derrotará al hombre que gane hoy.

***

William, junto con el resto de los invitados, se reunió para ver al coronel Hemming enfrentarse a Elizabeth. La cantidad de la deuda había sido anunciada, así que todos se habían reunido para presenciar esta emocionante carrera.

La más joven de los Fairweather se convirtió de repente en el centro de atención, y todas las miradas se fijaron en ella. Este solo movimiento anulaba las últimas semanas tratando de permanecer en las sombras.

Su oponente de hoy era el coronel Hemming, un excelente jinete conocido por su increíble velocidad. Siempre ganaba, por lo que la multitud creía que Elizabeth no tenía oportunidad.

Pero la familia de Elizabeth sabía que, con el entrenamiento de Lord Adair, sí tenía una posibilidad. Así que todo el asunto se volvía aún más emocionante.

La carrera sería reñida.

William no podía entender por qué las hermanas de Elizabeth le permitían hacer esto. Era peligroso, y la suma y la apuesta eran absurdas.

La observó mientras Elizabeth saltaba ágilmente sobre el lomo del oscuro corcel. Se sentó erguida, vistiendo un elegante traje de montar en azul celestial que realzaba su figura. Se inclinó hacia adelante mientras ajustaba su agarre y deslizaba los pies en los estribos.

Quería tomarla y llevarla de regreso a su casa, pero luchó contra el deseo de mantenerla a salvo porque ella estaba sonriendo por primera vez en días. Su verdadero yo brillaba, y de repente comprendió por qué su familia a menudo le permitía salirse con la suya.

Era como si finalmente hubiera cobrado vida.

—¡Adelante! —la señora de la mansión ondeó la bandera, y los dos caballos, uno negro y uno blanco, partieron.

La audiencia estaba en silencio y un poco escandalizada por el espectáculo que una joven dama estaba dando de sí misma, y también ansiosa por un buen espectáculo.

En unos momentos, estaba claro que Elizabeth era tan hábil como el Coronel Hemming.

Pronto se convirtieron en una mancha en la distancia, pero debían regresar al punto de partida para determinar al ganador.

William maldijo su vista.

—¿Qué está pasando?

Jo respondió ansiosa.

—Siguen siendo dos puntos, difícil de decir.

—¿Ahora?

—Igual.

—¿Y ahora?

—Están regresando.

—¿Será un empate?

—Probablemente —Jo se llevó un puño a la boca. Se dio cuenta de que estaba mordiendo los nudillos salados de Lady Fowler, por lo que los escupió apresuradamente y los reemplazó con los suyos.

William rompió una cáscara de maní.

—¿Y ahora?

Jo le dio una palmada en el brazo.

Después de un momento, las dos figuras borrosas en blanco y negro aparecieron más claras a su vista.

Parecía que nadie ganaría, pero, en el último momento, Elizabeth dejó escapar un rugido que sonaba más como un ronroneo de gatito, se levantó en su asiento, se inclinó hacia adelante y golpeó con sus talones el costado del caballo.

El caballo negro liderado por Elizabeth aceleró y tomó la victoria por un centímetro. La multitud estalló en un estruendoso aplauso.

—Debo reprenderla —le dijo William a Jo—. Incluso si su familia le permite hacer estas cosas, no puedo quedarme sin hacer nada viendo estas tonterías. Mi corazón casi falló al final.

—¿Piensas que las mujeres no deberían competir?

William lentamente relajó sus dedos y se secó el sudor con un pañuelo.

—No es la competencia lo que me molesta, sino el peligro en que se puso al jugar este juego impetuoso. ¿Y si el caballo la hubiera lanzado? No estaba familiarizada con él.

Cuando iban en el carruaje de regreso a la Casa Ingram, William sacó el tema de su temeraria acción.

Sus pupilas se encogieron en el oscuro interior del carruaje, y la luz de la tarde se reflejaba en su rostro cada vez que las cortinas se movían con el ritmo del carruaje.

Ella había vuelto a ponerse la muselina amarilla y parecía nuevamente una joven recatada en lugar de la guerrera enloquecida de antes.

—Lo hice por Jo —explicó apresuradamente.

Jo dejó de mordisquear una manzana y levantó una ceja.

—¿Eh?

—El conde no podía pagar una suma tan grande, así que Lord Savill pidió esto en su lugar — Elizabeth le entregó un papel.

Él lo miró en silencio, su corazón y sus emociones enredados.

—¿Por Jo?

—No quería que perdiera su hogar.

Jo parpadeó.

—¿Eh?

William lo dobló cuidadosamente y lo guardó en su bolsillo.

—¿Cómo lo supo?

Elizabeth sacudió su vestido como si estuviera cubierto de pelusas invisibles.

—Leí la carta del conde. Ese día que salimos a cabalgar, se cayó de su bolsillo. Sé que estuvo mal leerla, pero no me arrepiento.

Los ojos de Jo pasaron de su primo a su amiga. Parecía que quería decir “eh” de nuevo, pero se contuvo.

—Explíquense.

Entonces, mientras Elizabeth apresuradamente exponía los hechos, William corrió las cortinas y observó el paisaje. Las hojas se habían vuelto rojas y doradas, haciendo que pareciera que el mundo entero estaba en llamas.

Otra de sus preocupaciones había sido borrada, como la lluvia que borra arañazos en el barro seco.

Cerró las cortinas, se quitó el abrigo y lo colocó sobre las piernas de Elizabeth y Jo. Ahora que el sol casi se había puesto, comenzaba a hacer frío.

Toda su vida, había tenido que encontrar el bálsamo para sus heridas y las soluciones para sus problemas él solo. Desde el día que entró a la casa de los Ingram, no había sentido más que dolor y constantemente soñaba con la vida que había dejado atrás.

Observó el delicado y pálido rostro frente a él, temblando ligeramente de frío. Elizabeth había estado ayudándole a lograr la paz esquiva que ansiaba, como si conociera sus deseos más profundos y, desde las sombras, moviera los hilos para ordenar su mundo.

Empezaba a darle miedo.

—Estuvo mal —habló en voz baja—. ¿Sabe por qué?

Elizabeth asintió rápidamente.

—Leí la carta sin permiso.

—¿Y?

—Debí habérselo dicho a usted o a Jo.

—Hmm, continúe.

Elizabeth cubrió sus hombros con su oscuro abrigo azul y frunció el ceño.

—¿Debí usar ropa más abrigada?

Él se inclinó hacia adelante y le dio un suave toque en la mejilla.

—No debió ponerse en peligro ni poner a Lord Savill en una situación así. Planeó todo, tendió la red y atrapó al pez, pero ¿y si, al hacerlo, se hubiera ahogado?

Elizabeth subió el abrigo hasta que su nariz desapareció.

—Lee demasiados libros, mi señor. No es bueno para sus ojos ni para su cabeza.

Él suspiró y miró hacia otro lado. Discutir era inútil… protegerla era más difícil de lo que había asumido.

Sus hermanas habían hecho un buen negocio al pedirle que la cuidara. Debió haber intentado con el rifle de caza y saltar por la ventana cuando Lady Jane Savill lo abordó con esa ridícula propuesta.

Elizabeth estornudó y frotó su adorable nariz en su abrigo.

¡Bah! No podía esperar para regresar a la Casa Ingram y descansar su cansada cabeza.

Cómo habían cambiado los tiempos. La casa que antes evitaba con tanto celo ahora era un lugar al que quería regresar para descansar.

Las otrora silenciosas paredes de la Casa Ingram ahora resonaban con visitas, ya que Elizabeth tenía muchas hermanas, sobrinos, sobrinas y amigos. Por la noche, algún extraño aparecía bajo el

gran roble, sosteniendo una misiva en sus temblorosos dedos, mientras Elizabeth, vestida con una gran capa, realizaba furtivamente sus negocios.

Incluso había animado la condenada, mórbida y chirriante casa.

Las habitaciones ahora estaban luminosas y limpias, y el cocinero creaba banquetes con la emoción de alimentar a distinguidos invitados que dejaban generosas propinas.

El mayordomo, después de recibir tantas propinas por la afluencia de personas adineradas, no podía evitar sonreír.

Todos y todo parecían resplandecer en la presencia de Elizabeth.

Aunque debería haber detestado el ruido y el bullicio, no le molestaba que la casa estuviera ajetreada día y noche.

Sus comidas se le servían a tiempo, su ropa siempre estaba impecable, el té estaba a su disposición cuando lo deseaba, sus cuentas estaban hechas, y la mitad de sus cartas eran leídas y respondidas por Elizabeth.

Tenía un talento notable para ello.

Mientras él se devanaba los sesos pensando en las palabras y agonizaba con las frases, ella era rápida y eficiente. Respondía sin pensarlo mucho y, de alguna manera, decía lo correcto.

Era un placer tenerla cerca, y por eso ella le resultaba aterradora.

Se había convertido en su alegría, y cuando saliera de su vida, él quedaría, una vez más, desolado y sumido en el dolor.

Este momento de paz terminaría, y la cortina de temor caería nuevamente sobre la Casa Ingram, poniendo fin a la conmovedora obra.

Capítulo Cuarenta y Cuatro

Una conocida del pueblo había enviado aviso por decimoséptima vez de que estaba enferma y moribunda.

La última vez, fue por una dolencia imaginaria; esta vez resultaron ser retortijones causados por ingerir setas silvestres.

William, Jo, Lady Fowler y Elizabeth dejaron seis tipos de jalea y un saco de manzanas antes de regresar a casa en el carruaje.

Estaban de un humor espantoso, habiendo desperdiciado medio día en un viaje inútil.

—Escuché un rumor —intentó Jo alegrar el ambiente en el carruaje. Miró a Lady Fowler y, asegurándose de que dormía, continuó suavemente—. El conde Day insiste en que su esposa use bigote en la cama. Tiene un baúl entero de barbas y cosas para ella.

—Ah —Elizabeth abrió los ojos, tratando de parecer sorprendida.

William no se dejó engañar. Sabía que esto era obra suya. El mismo rumor que el conde había estado usando para destruir su reputación se le había vuelto en contra. Ahora que lidiaba con chismes desagradables, el conde no tenía tiempo para asuntos relacionados con un cierto e insignificante Lord Darby.

La señorita Elizabeth Fairweather era una enemiga formidable y una excelente aliada. Aunque tal vez no fuera brillante en sus estudios académicos, nadie que la conociera podía negar que era una de las personas más inteligentes de Inglaterra.

Jo le dio un toque en el brazo con su abanico.

—William, ¿por qué miras a Eli?

El carruaje dio un brusco giro, lanzándolo hacia adelante antes de que pudiera responder. Su nariz quedó muy cerca de la de Elizabeth, quien estaba sentada frente a él.

Las narices se sonrojaron.

Necesitaba comprar un carruaje más grande… Así podrían sentarse más cómodos, un poco más separados.

No, debía conservar este carruaje.

Jo tosió.

William se enderezó rápidamente y corrió la cortina para averiguar por qué se habían detenido de repente.

Un pequeño arroyo corría junto al camino.

Jo frunció el ceño.

—Nuestra casa está aún a una milla. ¿Le habrá sucedido algo al caballo?

—¡Aaaa!

Un grito resonó.

Salió volando del carruaje, seguido por las chicas.

Su carruaje estaba rodeado por veinte hombres armados. Su cochero yacía en el suelo, gimiendo, con una gran herida en el muslo.

William palideció y empujó a las chicas detrás de él. Su tono, sin embargo, era burlón y no mostraba el terror que sentía al preguntar:

—¿Tantos hombres para lidiar con dos mujeres y un hombre?

Un hombre alto y corpulento levantó un arco y apuntó hacia su pecho.

William se dio cuenta de que les habían ordenado no perder tiempo en hablar y actuar rápidamente. Su espalda se cubrió instantáneamente de sudor, y su camisa interior se le pegó

incómodamente al cuerpo.

¿Cómo iba a lidiar solo con esta emboscada? Podía enfrentar a la mitad de los hombres, pero ¿qué pasaría con el resto?

Su conjetura se confirmó cuando la flecha fue disparada.

El abanico de Elizabeth salió disparado y la desvió.

—Quédese fuera de esto, mi señor. Yo me encargaré.

—¿Usted se encargará? —espetó él. Esa se suponía que era su línea—. Jo, arrastra a esta idiota dentro del carruaje —ordenó y corrió hacia el hombre con el arco, golpeándolo con el pie. La nariz del hombre sangró y su arco cayó con un golpe sobre la hierba mojada.

Esto hizo que el resto de ellos se lanzaran hacia el grupo aparentemente pequeño e indefenso con un rugido.

—¡Eli, Jo! —gritó William—. ¡Les dije que al carruaje, ahora!

Las chicas ignoraron la advertencia de William. Un cuchillo brilló en sus manos, sacado de un bolsillo oculto en sus enaguas, y comenzaron a rodearlo como bailarinas.

Los hombres cargaron, su mente quedó en blanco y todo lo que pudo pensar fue que debía proteger a las mujeres.

Su cuerpo se movía con destreza, más por memoria muscular que por pensar rápidamente, sus patadas más afiladas y fuertes que nunca. Nunca había sentido tanto terror al ser emboscado antes porque el objetivo siempre había sido él, pero esta vez…

…era como si dos pedazos de su corazón se hubieran desprendido de su cuerpo y ahora estuvieran en peligro.

A su lado, Jo luchaba como una pequeña y hábil criatura, sus movimientos eran precisos, firmes y eficientes. Quedó asombrado por su habilidad. ¿Cuándo había aprendido su prima a derribar a un hombre con un rodillazo en la entrepierna?

Elizabeth, por otro lado, era como una artista. El cuchillo en su mano podía reemplazarse por un abanico, y el suelo fangoso por una brillante pista de baile. Giraba y cortaba a los hombres, haciendo que la sangre salpicara por todos lados y cubriera el suelo, y aun así, parecía encantadora al hacerlo.

La había visto pelear antes… pero en ese momento, su estilo había sido más salvaje. Su boca se torció cuando le vino a la mente un pensamiento increíble.

Estaba tratando de parecer elegante y femenina. Un gatito persa había reemplazado a la fiera salvaje que había visto pelear.

Este cambio, se dio cuenta, era para su beneficio. Ella había modificado deliberadamente sus movimientos.

En una situación tan aterradora, ¿cómo podía pensar en esas cosas?

¡Bah! Su vanidad era increíble.

Después de un rato, parecía que los roles se habían invertido. Las chicas lo protegían deliberadamente con sus cuerpos, como si él fuera quien necesitara ser salvado. ¿Sus habilidades eran tan terribles?

Observó con fastidio cómo Elizabeth una vez más dirigía su pie calzado en satén al cuello de un joven en lugar de permitirle a él derribar al hombre.

¡Maldición! Él también quería derribar a algunos. ¿Por qué las chicas se llevaban toda la diversión?

Le lanzó una mirada a Elizabeth, pero sus ojos estaban fijos en su objetivo: el hombre más alto y fuerte del grupo.

Mientras continuaba mirándola fijamente, su tobillo quedó brevemente expuesto; la piel rosa

pálida cubierta con una fina media de seda translúcida brillaba a la luz del sol de la manera más provocadora y era tan delgada que él podía fácilmente sujetarla con sus dedos y arrastrarla a través de la cama…

Una flecha silbó hacia su brazo y otra hacia su pecho. Elizabeth giró de nuevo, pero esta vez solo pudo desviar la que apuntaba a su punto vital con su abanico, mientras que la otra le rozó el hombro.

Su corazón se detuvo al ver la sangre en su manga. Tonto, maldijo y se lanzó sobre los hombres con más fervor.

Salvó a Elizabeth tres veces y a Jo seis; solo entonces su ego masculino herido quedó satisfecho. También era posible que le hubieran permitido salvarlas, pero prefirió pensar lo contrario.

Las flechas ahora caían sobre ellos como lluvia, y sus cuerpos mostraban señales de agotamiento.

Justo cuando decidieron resignarse a la muerte, Dimbercove llegó al lugar junto con los guardias del Duque de Blackthorne.

Los tres se desplomaron de alivio.

Dimbercove saltó del caballo y les entregó una galleta a cada uno mientras los guardias terminaban limpiamente con los atacantes.

La galleta era algo que comían los hombres en los barcos, seca y polvorienta, pero a William le pareció que sabía mejor que cualquier cosa en el mundo.

Sabía a victoria; sabía a vida.

Poco después, William y las chicas arrastraron sus cuerpos de regreso al carruaje.

El mar negro de guardias se apartó, permitiendo que el viejo y ruidoso carruaje continuara su camino.

Dentro, Lady Fowler despertó de su siesta y miró a sus compañeros sangrantes.

—¿Cayeron en un barril de mermelada de frambuesa?

William rio, y no pudo dejar de reír durante mucho, mucho tiempo.

***

Ya era pasada la hora de la cena en la Casa Ingram, por lo que se sentaron todos en la sala familiar comiendo sándwiches después de que el médico los revisara.

La chimenea estaba encendida para disipar el frío, y todos sostenían una bebida en sus manos.

William quería verter el whisky en su cabeza y prenderle fuego al recordar los eventos de la noche. Había oído de imperios cayendo por la belleza de una mujer; nunca lo había entendido hasta ahora.

Había visto a incontables mujeres sin una sola prenda, y sin embargo, ver el inocente tobillo de Elizabeth casi lo había matado.

Hablando de muerte, hoy todos habían estado cerca de perder la vida.

Dejó su bebida.

—Me gustaría un momento a solas con Elizabeth.

Lady Fowler se levantó rápidamente y arrastró a Jo fuera de la habitación.

—Dejen a los esposos solos. Quizás sea sobre el bebé.

—¿Bebé? —La voz de Jo se desvaneció—. ¿Qué bebé?

Tan pronto como se quedaron a solas, él se acercó a Elizabeth, tomó la copa de vino de su mano, la dejó a un lado y la obligó a ponerse de pie.

—Lo siento —dijo ella, inquieta—. Sé que debí quedarme en el carruaje, pero…

Él la observó en silencio.

—Estoy de acuerdo.

Ella lo miró por debajo de las pestañas.

—Mi señor, me siento un poco indispuesta.

Estaban tan cerca el uno del otro que, si él levantaba los brazos, podría abrazarla.

Sus ojos se entrecerraron, y su boca se tensó con obstinación. Hoy no permitiría que ella se escapara de la reprimenda que había planeado.

—Mis dedos están temblando —ella extendió sus manos.

Él miró sus largos y delicados dedos y frunció el ceño. Hoy había sido una prueba terrible.

Ella continuó en voz débil:

—Es la primera vez en mi vida que he tenido que poner en práctica lo que Lord Adair me enseñó cuando era niña. No tenía intención de pelear, pero…

No había tenido miedo al enfrentar a los asesinos, pero ahora temblaba de terror.

Él entendía por qué. Su máscara había caído frente a él, pero ella no sabía que él ya conocía todo sobre ella.

—Lord Darby —dijo ella suplicante—. No quise desobedecer.

Algo se rompió en él, y la arrastró hacia sus brazos.

—Ya no estoy enojado —confesó—. Si hubiera sido alguien más, habríamos perdido la vida hoy. Estoy agradecido por su ayuda y por enseñar a Jo a defenderse. No necesita disculparse.

Ella estaba rígida en sus brazos, insegura y atónita; después de un momento, él se apartó con desgana.

—Lo hizo bien hoy —repitió con firmeza.

Sus manos se retorcieron juntas.

—Debí haberme visto espantosa.

No pudo evitar la sonrisa que floreció en su rostro.

—Casi muero gracias a su belleza.

Ella puso los ojos en blanco.

—Mi señor, está diciendo tonterías. ¿Tal vez sigue hambriento?

Sus palabras hicieron que sus ojos se oscurecieran.

Después de un momento, dio un paso atrás.

—Eli, yo… soy un alma desafortunada. Tan infortunada que incluso el agua se te quedaría atorada entre los dientes si se acerca demasiado a mí.

—Entonces beberé vino —inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró como si fuera un tonto—. Llamaré para que nos traigan más comida. Quizás, también envíe por un médico a Londres…

Él quería asegurarle que la comprendía y que la adoraba aún más por sus habilidades. No necesitaba ocultar su verdadero ser y fingir, pero eso solo le daría esperanzas.

Miró su hombro herido, cubierto por un suave chal crema. Había dudado de su amor, pensando que era un capricho pasajero, pero ahora, ante la verdad innegable, finalmente admitió su derrota.

Ella lo amaba.

Pero su entendimiento del amor era diferente: el de ella era una devoción gentil, mientras que el suyo era una pasión devoradora. Temía arrastrarla a su oscuro pozo de deseo.

Sus ojos brillaban con un fuego más potente que las brasas que calentaban la habitación. Ella debía entender que necesitaba alejarse de él si quería sobrevivir, pero como ella no estaba dispuesta a hacerlo, él tendría que forzar las circunstancias.

Después de todo, hoy había recibido la flecha destinada a él.

Capítulo Cuarenta y Cinco

William se lavó el olor a almendras amargas de la piel y se levantó de la bañera. El agua goteaba de su piel pálida y salpicaba el suelo.

El ayuda de cámara le tendió una tela para que se secara.

Él la tomó y pisó el suelo frío.

—Quema esto —señaló la pila de ropa que había arrojado en la esquina—. ¿Dónde está ella?

El ayuda de cámara entendió a quién se refería, ya que en estos días oía esta pregunta con frecuencia.

—La señorita Fairweather está en el salón de la mañana recortando mechas.

—¿Con quién está?

—Con la señorita Ingram, Lady Fowler, Lady Savill y sus dos pequeños —el ayuda de cámara deslizó un abrigo forrado de piel verde musgo sobre los hombros de William y comenzó a quitarle la pelusa con un cepillo de plata—. También recibimos visitas esta mañana, pero la señorita Ingram se aseguró de que la señorita Fairweather no apareciera frente a ellos. La señorita Ingram también le ha prohibido salir al jardín delantero para que no la vean.

—No tiene sentido esconderla por más tiempo —William se puso los guantes de terciopelo negro que el ayuda de cámara le ofrecía en una bandeja de plata y flexionó los dedos—. La gente ha notado su apego por Jo y posiblemente se han dado cuenta de que vive aquí. El ataque que sufrimos el otro día fue prueba suficiente.

El ayuda de cámara frunció el ceño.

—Entonces… ¿qué hará?

—Enviarla lejos —respondió secamente y salió de la habitación—. Ahora está a salvo.

—¿Eh?

No dio más explicaciones, y el ayuda de cámara, reconociendo la expresión terca, dejó de hacer preguntas. Se apresuró para alcanzar las largas zancadas de su amo.

—¿Va a salir, mi señor?

—Quizá cabalgue.

—Va a llover.

—Entonces daré un paseo —rectificó, y se detuvo de mala gana en el vestíbulo para tomar el pesado paraguas de seda que el ayuda de cámara le extendía.

Se dirigió hacia el estanque en la parte trasera. Aquel lugar guardaba recuerdos desagradables de Mary empujándolo y de su casi ahogamiento.

Normalmente evitaba ese sitio, pero hoy quería sentirse incómodo y castigarse por lo que planeaba hacer y por lo que ya había hecho.

Pero al mirar el estanque verde y marrón ahora, parecía más pequeño, menos aterrador. El terror y horror que había sentido de niño se habían desvanecido, casi hasta volverse insignificantes.

Quizás ya no se apreciaba a sí mismo, y así, con la falta de miedo a la muerte, su fobia al agua también había disminuido de forma natural.

Alrededor del estanque, la vida parecía haber estallado. Las plantas se retorcían y enroscaban con entusiasmo, cubriendo el suelo, mientras que enredaderas sueltas se entrelazaban alrededor del muro de piedra roto con deleite al otro lado de donde él estaba.

Jo había venido esta mañana para hablar de asuntos domésticos. Recordó la conversación ahora. Ella se había preguntado por qué mantenía a todos esos sirvientes si no podía costearlos.

Él no había respondido entonces porque, ¿cómo podía confesarle que había soportado las penurias por ella, la joven encantadora a quien consideraba su hermanita? Los había mantenido porque quería conservar el estándar que sus tíos habían tenido, para que Jo tuviera lo que sus padres le habían dado y nada menos.

Después de su muerte, Mary, su esposa, no había calentado su lecho, pero al menos había mantenido una apariencia de disciplina entre los empleados. Ellos le temían, por lo que se comportaban.

Pero la forma en que ella les hablaba, con la boca torcida y el mentón altivo, lo había disgustado tanto que ya no podía reprender a los sirvientes. Además, había esperado que Jo se hiciera cargo de los asuntos domésticos.

Se detuvo para tomar una profunda bocanada de aire frío y húmedo, su mente revuelta por pensamientos, sin poder hallar paz.

Un dulce aroma lo distrajo, sacándolo de su melancolía. Encontró la fuente: un gran arbusto lleno de rosas melocotón. Arrancó una flor suave y redondeada, la sostuvo entre sus manos y la llevó a su nariz.

Tenía un perfume floral ligero, a diferencia de la fragancia profunda y seductora de la popular rosa damascena, que ahora se encontraba en los cuidados jardines de Inglaterra.

Prefería esta fragancia, esta belleza sutil y vibrante oculta en el paisaje salvaje. Observó el jardín desbordado, consciente de que, incluso con la ayuda de Elizabeth, los estándares habían decaído. La verdad era que le gustaba esta belleza indomable; encajaba con su oscuro carácter. No era gentil, nunca lo había sido, y esa explosión de naturaleza parecía reflejar la parte más profunda de su corazón.

Arrojó el paraguas, rompió una parte del tallo espinoso de la rosa y lo lanzó al agua para observar las ondas.

Las ondas crecieron y se expandieron antes de disiparse, y la agitación terminó en una nota de quietud.

Su mente se relajó poco a poco y apartó el horror de la noche anterior.

El cielo estaba cubierto de nubes, y el aroma a vegetación verde oscura impregnando el aire frío y húmedo no resultaba desagradable. Cerró los ojos y mantuvo la imagen del paisaje tranquilo en su mente.

Después de un tiempo, sintió una cálida punzada en el cuello y se giró para encontrar a Elizabeth de pie a unos pocos pasos de él.

Llevaba un vestido de seda verde pálido y una chaqueta Spencer en tono melocotón maduro.

Pero él no sabía eso.

Desde donde estaba, su figura se veía borrosa, apenas podía identificar las telas; por lo que, para él, ella simplemente se veía como la rosa en su mano.

Caminó hacia adelante hasta que su rostro se hizo más claro.

Sus miembros estaban extrañamente inmóviles, y su expresión, que apenas podía distinguir, era extraña. Tenía los labios entreabiertos, sus ojos sostenían un brillo acuoso, y un leve rubor teñía su cuello y mejillas.

Parecía como si lo hubiera estado observando durante un buen rato y estuviera absorta.

Esa mirada... su corazón comenzó a latir rápidamente al comprender vagamente la razón.

Su atracción hacia él estaba al borde de un precipicio, tambaleándose y amenazando con transformarse en un abismo profundo de amor apasionado.

Sus ojos comenzaron a moverse lentamente desde sus oscuras cejas, bajando por la pendiente de su nariz hasta posarse finalmente en sus labios.

De la devoción, sus sentimientos comenzaban a transformarse en un deseo posesivo.

Era el momento de apartarse, dejarla sola, temblando en la fría y solitaria brisa. Debía permitir que el frío se filtrara a través de su piel y enfriara su ardor, pero en cambio, sus pies comenzaron a avanzar hacia la frágil figura.

Sus ojos se abrieron con temor, y el miedo destelló en su mirada; sus pasos se detuvieron.

La rosa en su mano quedó aplastada, y los pétalos cayeron al suelo.

Respiró despacio, calmándose.

Si ella llegaba a asustarse de él y escapaba, sería difícil impedir que volviera a Finnshire para siempre.

Y ahora que ella finalmente había despertado... esa avalancha de emociones no era fácil de sofocar; debía ayudarla a superarlo.

Lentamente.

Ah, estaba en conflicto, justificándose porque... era increíblemente hermosa.

Su boca estaba pálida por el frío. Quería morderla y besarla para devolverle su color cereza habitual. Sus pestañas que revoloteaban eran gruesas y abundantes, mientras que sus ojos suaves y marrones estaban aturdidos, como si ya la hubiera poseído.

Su rostro era tan abierto y expresivo, y su dulce deseo de complacerlo constantemente apelaba a sus sentidos diabólicos... le gustaba tanto que apenas podía soportarlo.

Otra profunda respiración devolvió algo de razonamiento a su mente.

—¿Eres tú, Eli? —su voz era ronca, y aclaró su garganta—. ¿No tienes frío?

Ella no habló.

Deliberadamente desvió la mirada de su rostro y señaló el estanque—. Una vez que pague las deudas, podremos contratar algunos jardineros para limpiar esto.

Su tono calmado e indiferente pareció surtir efecto.

Después de un momento, su respiración agitada se normalizó y sus puños se relajaron.

La miró de reojo y vio una gota de lluvia golpear su mejilla, deslizarse por su cuello como un pequeño arroyo y desaparecer en el leve abultamiento de su pecho.

Sintió que caía; ya se había condenado al infierno, ¿qué importaba un pecado más?

Las llamas brillaron en sus ojos, y dio otro paso hacia ella.

Sentía celos de esa gota de agua.

El miedo volvió a sus ojos, pero él ya no estaba de humor para ser paciente. Dejó la pretensión y preguntó con una voz que ya no era amable, sino llena de un desafío perverso—. ¿Tienes miedo? Creí que eras valiente.

Dio otro paso.

Un viento frío sopló, tirando de ellos y jalándolos como para enfriar la sangre ardiente en sus venas.

Falló.

Claro que falló en atenuar la aterradora pasión que giraba en sus corazones. Habían tardado años en llegar a este punto; ¿cómo podría extinguirse tan fácilmente?

Él entendía esto, pero ella apenas había florecido. Esta avalancha de emociones era demasiado para ella; ese calor era abrumador e insoportable.

Un momento más, y sus pieles se agrietarían, permitiendo que sus necesidades primitivas dominaran sus mentes racionales y los dejara aturdidos.

Sus ojos se abrieron más, y su cuerpo se tensó como un pájaro a punto de alzar vuelo, como si pudiera sentir lo que él deseaba.

Quería huir de él.

¿Quería correr? Su enojo estalló, y gritó burlonamente—. ¿Eres un león sin dientes? ¿Un águila sin garras? ¿Un tigre de papel, hmm?

—Eh —la voz de Jo surgió detrás de él, apagando las llamas invisibles—. ¿Por qué hablas de animales? ¿Piensas abrir un circo?

Elizabeth dejó escapar un suspiro de sorpresa y alivio, pero aún no se atrevió a hablar. Su lengua seguía enredada en nudos.

Se abrazó a sí misma y comenzó a frotarse, dándose cuenta de pronto de lo fría que estaba y luego fijó su mirada en Jo, como si fuera su estrella del norte y ella una viajera perdida en el mar.

Jo tiró del brazo de William, y él volvió en sí. ¿Qué había estado a punto de hacer? ¿Realmente habría seguido el rastro dejado por esa gota en su piel?

Había tenido muchas mujeres, pero ninguna lo había acercado tanto a perder toda razón.

Lo único que había hecho la chica fue quedarse de pie frente a él con una película de deseo y confusión en sus ojos, y eso lo había vuelto un salvaje.

***

—Un cerdito, dos cerditos, tres cerditos, asado —exhaló lentamente Elizabeth mientras observaba a lord Darby desaparecer en el interior de la casa. Finalmente, su corazón agitado se calmó.

Cantar la canción de los cerditos cuando estaba angustiada y necesitaba poner una cara serena siempre funcionaba, pero hoy, él se veía tan apuesto que la dejó aturdida y sin sentido.

No era como si el sol brillara sobre él o una gruesa capa de nieve hubiera caído para crear un hermoso paisaje que lo mostrara de la mejor manera.

No, había sido un día nublado y miserable, y él estaba en el terreno salvaje con un abrigo verde de piel, mirando sin ver al agua gris.

La rosa en su mano... tragó saliva. Algo en la forma en que la había sostenido y frotado hasta que los pétalos cayeron le había parecido indecente.

Miró hacia las gruesas nubes grises. Una ligera llovizna comenzó a caer, y una neblina se levantó a lo lejos, envolviendo el paisaje.

Últimamente, sus ojos habían comenzado a notar pequeños detalles sobre él, como la forma en que presionaba su dedo índice con el pulgar cuando estaba molesto, cómo su fría y dura boca se levantaba apenas para mostrar su diversión o cómo su manzana de Adán subía y bajaba cada vez que tragaba.

Solía sentirse cómoda en su presencia, arrebatándole golosinas de sus dedos con los dientes, burlándose de él sin piedad, o incluso tomándole el brazo sin pensarlo y arrastrándolo a la pista de baile para bailar un vals.

Y ahora, levantando la cabeza hacia la lluvia y cerrando los ojos, no se atrevía. ¿Qué había causado el cambio entre ellos?

¿Era su mirada o la de él?

De cualquier manera, lo mejor era evitarlo hasta que supiera la respuesta.

—Está lloviendo —su doncella sostenía un paraguas sobre su cabeza—. Entre.

Elizabeth se dejó llevar al interior de la casa.

Su doncella refunfuñaba mientras la ayudaba a secarse el cabello y cambiarse de ropa—. ¿Habló con su señoría?

—Quizás —Elizabeth frunció el ceño. Parecía como si hubieran tenido una larga conversación, y sin embargo, no se habían intercambiado palabras.

—¿Qué le dijo?

—¿Hmm?

La doncella le frotó la cabeza con un poco más de fuerza—. ¿Olvidó decírselo?

—¿Qué cosa?

—Tenía que hablar de las cuentas con su señoría, además de lo que descubrió sobre el ataque.

¡El ataque a la carreta!

Por eso lo había estado buscando y, en algún momento, había perdido la cabeza ante su atractivo.

—¿Dónde está? —saltó de la silla.

—En su estudio. No, vuelva aquí y póngase decente antes de ir —la doncella la sujetó y la inmovilizó en el suelo—. No va a andar por los pasillos en camisa de dormir y escandalizando a los sirvientes.

Le lanzó una mirada fulminante a su doncella y le pidió que se apresurara y la ayudara a vestirse entonces. Debía decirle lo antes posible que había descubierto el nombre del culpable detrás del intento de asesinato.

Capítulo Cuarenta y Seis

Elizabeth entró apresurada al estudio con siete pequineses siguiéndola.

—Mi lord —dijo, hundiéndose en el sofá cerca de la ventana—. Descubrí quién envió a esos malditos sabuesos que atacaron nuestra carreta.

William mojó su pluma en tinta y continuó escribiendo.

Elizabeth acarició la cabeza de uno de los pequineses con entusiasmo, haciéndolo chillar—. No fue su culpa. Aquella desgracia del agua-vino de la que balbuceaba... ya no tiene por qué preocuparse. Todo esto es por mi culpa. —Sonrió, triunfante—. Fue Lord Snyder quien intentó extinguir mi existencia; usted nunca fue el objetivo.

Él se detuvo.

—¿Extinguir su existencia?

—Sí, suena más encantador que asesinato. ¡Mi lord, estuvo a punto de perder la vida por mí! Toda la culpa es mía. ¿No es maravilloso?

Él la miró y la encontró observándolo, junto con todos sus perros: ocho pares de ojos llenos de afecto, adoración y necesidad parpadeaban rápidamente.

Dejó la pluma y se frotó la sien. Con esa mirada cálida clavada en él como un sol ardiente, olvidó cualquier carencia de afecto paternal en su vida y se sintió como si estuviera colmado de amor ancestral de muchas generaciones sin espacio para más.

Al ver que no apartaban la mirada, se rindió y chasqueó los dedos. Los perros se lanzaron hacia él de inmediato, y él rio, permitiéndoles trepar por todo su cuerpo.

Elizabeth se inclinó hacia adelante, con los dedos de los pies presionados contra la alfombra.

—Ya basta —regañó a los ruidosos perros.

Él la miró, entre divertido y exasperado, al ver que estaba celosa de sus propias mascotas.

Una vez que los perros se calmaron, ella continuó:

—Sabe que hace un tiempo tuve un conflicto con Lord Snyder; por eso estoy aquí, escondiéndome de él.

—¿Qué clase de conflicto?

Él se quitó los pelos de perro de la camisa y volvió a tomar la pluma. Los secretos y las barreras entre ellos se desmoronaban rápidamente; se preguntaba si eso cambiaría algo entre ellos, pero esperaba el día en que pudieran ser completamente honestos el uno con el otro.

Ella se congeló ante la pregunta, y sus pestañas temblaron mientras trataba de inventar una mentira adecuada.

—Robé su carreta —confesó en voz baja.

Una vez más, el miedo se reflejó en su rostro.

Él suavizó su tono.

—Ya veo. ¿Alguien resultó herido?

—No —aseguró rápidamente—. Solo estaba jugando a ser una bandolera con el hijo menor de Cobra, Dimbercove. Cobra es gran amigo de Penelope, y yo...

—Eli, ya lo sé. Su hermana me lo explicó todo antes de su llegada. ¿Por qué otra razón habría accedido a su petición y permitido que se quedara aquí después de lo sucedido?

Ella volvió a acariciar a los perros, y ahora, al escucharlo confesar una verdad en respuesta a su sinceridad, sus manos acariciaban el pelaje cada vez más rápido hasta que el pobre perro quedó aplastado contra el cojín con las patas extendidas.

Su piel comenzó a enrojecer, y sus ojos brillaban confundidos; era como si su mundo entero se

hubiera puesto de cabeza de repente.

Sus expresiones no estaban contenidas, y él podía leerlas con facilidad. Primero, hubo vergüenza por recordar el momento en que había confesado su amor, seguida de ira por la traición de su hermana y luego alivio porque él había sabido la verdad desde el principio y no la había tratado de manera diferente.

¿Cómo era posible que alguien luciera tan dulce incluso al pensar en pensamientos asesinos sobre sus propios hermanos?

Sacudió la cabeza, aturdido, para despejarse y pidió té.

Parecía que la experiencia emocional había agotado a Elizabeth, y ahora yacía bajo el rayo de sol que se colaba a través de las ramas de un árbol afuera de la ventana, como un gato bien alimentado.

Mientras tanto, él continuaba sentado en la fría sombra, revisando los libros de cuentas.

Pasó mucho tiempo antes de que ella pudiera absorber todo lo que había aprendido y finalmente hablar.

—¿Mi lord?

—¿Hmm? —No se molestó en levantar la cabeza.

—¿Por qué busca la soledad?

Era una pregunta extraña; tal vez pensaba que lo mejor era fingir que la conversación anterior no había ocurrido. Él decidió complacerla.

—No estoy solo.

—Pero ¿realmente desprecia la compañía?

Debería haberle pedido que se marchara una hora antes, pero tenerla cerca era agradable, y se mostraba reacio a terminar con esa paz. Tomó un abrecartas y abrió un sobre mientras hablaba.

—Cuando estaba en Cambridge, un viejo profesor decidió compadecerse de mí e insistió en que dejara los libros y socializara. Sorprendentemente, una vez que hice amigos, descubrí que lo disfrutaba. Pero ahora que soy mayor, mis pensamientos han vuelto a ser los de antes.

—¿Qué quiere decir?

—No es mi intención ser grosero o indiferente ya que mi visión se vuelve borrosa cuando la gente está demasiado cerca o demasiado lejos de mí, pero a veces, finjo no ver a alguien que no quiero ver porque he aprendido algo en mi vejez...

—¡Bah! No es viejo.

—Seis años mayor que usted—le recordó—. Me di cuenta de que, si no gastara sus libras ganadas con esfuerzo en la persona que tiene frente a usted, entonces no le de su tiempo. El dinero puede ganarse de nuevo, pero el tiempo no.

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—El tiempo es más precioso que las libras y los chelines.

Él esparció arena para secar la tinta en la hoja.

—Entonces, ¿por qué desperdiciarlo en personas que no lo merecen?

Ella jugaba con la oreja de un perro mientras meditaba sus palabras.

—Entonces debe odiar tratar con los cobradores de deudas. No solo le quitan el dinero sino también el tiempo.

Un destello de dolor cruzó su rostro.

—A menudo quiero dejar esta casa y esta identidad y no volver nunca.

Sus dedos se detuvieron, y ella habló con fiereza.

—Un día, se librará de todas tus deudas, se lo prometo.

Parecía infantil, pero como era ella quien lo decía, él quería creerlo. Después de todo, había

estado compartiendo sus cargas e intentando ayudarlo durante muchos años.

El silencio volvió al estudio, con solo el sonido de los perros jadeando perturbando la quietud. Después de un rato, cuando pensó que ella se había quedado dormida, su voz resonó en la habitación como una campanilla, temblando ligeramente.

—Mi lord, ¿cree que soy digna de su precioso tiempo?

Era su turno de alarmarse. Intentó mostrarse severo al levantar la cabeza y mirarla.

Ella tenía la cabeza apoyada en un cojín, una mejilla sonrojada presionada contra el brocado amarillo pálido. La luz que entraba iluminaba los mechones de su cabello que enmarcaban su rostro, haciendo que parecieran hilos de oro antiguo.

Su mirada descendió.

Parte de su nuca estaba expuesta a su mirada, lisa y sin defectos. Aunque estaba sentada demasiado lejos para notar los detalles más finos, sabía que entre el hueco de su clavícula había una pequeña mancha oscura, un lunar que contrastaba sorprendentemente con su piel suave.

Todo en ella era suave.

Ella notó su intensa mirada y se sentó. Un mechón grueso de cabello se escapó de su moño, se deslizó por su hombro y se posó sobre las visibles curvas de su pecho.

Se negó a mirarlo, y su expresión suave y tímida lo hizo apretar los puños.

Había pasado demasiado tiempo desde que había estado con una mujer, por lo que no era de extrañar que pensamientos como esos invadieran su mente otra vez.

—Debería prepararse para la cena —su voz era como el hielo.

Su labio inferior tembló, pero ella se quedó en su lugar.

—No hasta que responda mi pregunta.

—La pregunta que planteó es incorrecta. Yo debería preguntarme si soy digno de sus preciosas horas... y no lo soy.

Sus ojos brillaron, y finalmente, lo miró directamente. Estaba furiosa, y su mirada directa parecía perforarle el corazón. Odiaba verla molesta, y ahora que lo estaba... se sentía perdido. Había sido honesto, y tal vez su tono había sido involuntariamente áspero, pero...

Ella salió de la habitación junto con los perros antes de que él pudiera explicarse.

—¡Eli! —llamó, levantándose a medias de su asiento.

La puerta se cerró de golpe, y esta vez, el silencio que descendió en la habitación fue absoluto.

Miró en blanco el tintero volcado que había estado frente a ella sobre la mesa. Ella lo había derribado al salir, y ahora la vívida tinta azul, que era diferente de la suya, más barata, comenzó a extenderse sobre la alfombra floral de rosas.

Dejó que manchara.

***

¿Esa era una respuesta? Elizabeth salió del estudio enfurecida.

Estar cerca de Lord Darby comenzaba a doler.

Era exquisitamente doloroso sentarse cerca de él cada día y fingir no importarle más allá de lo que se le permitía a una querida amiga. Y ahora, él había tomado la costumbre de envolver su rechazo en un ramo de flores en lugar de apuñalarla directamente con palabras concisas y agudas como antes.

Esta vez, no había pretendido confesar ni coquetear; realmente había sido una pregunta inocente. Había estado sentada en su estudio toda la tarde y se preguntaba si había sido una molestia, pero él había aprovechado la oportunidad para ponerla en su lugar.

Bien. No era lo suficientemente buena para él y nunca lo sería. Ahora lo comprendía. Al fin y al cabo, ¿quién querría a una joven caprichosa e indisciplinada? Además, él conocía todo sobre

el incidente del robo de la carreta y la había visto pelear; por lo que la mayoría de sus secretos estaban descubiertos. No era de extrañar que no pudiera caer bajo sus encantos.

Dolía demasiado. Tenía que irse en ese mismo instante; cada momento era una agonía...

La puerta principal se abrió de golpe, y una repentina brisa entró, echando su cabello hacia atrás. Una vez que su visión borrosa se aclaró, encontró a una recién llegada de pie en el vestíbulo.

La señorita Rose Thornburgh, vestida elegantemente con un vestido de color hoja de té pálido, colocó un parasol de encaje blanco contra la pared y ajustó sus guantes de satén.

Elizabeth conocía a esta joven. Habían asistido juntas al Seminario de Atterberry, pero ahora aquella muchacha habladora de mejillas rosadas y rostro expresivo se había transformado en una dama refinada con un peinado impecable, joyas delicadas y modales gentiles.

Era la hija de un comerciante adinerado que ostentaba algunas conexiones aristocráticas, y además era prima materna de Jo. Sus padres viajaban a menudo por negocios, y para evitar que familiares avaros y poco confiables aprovecharan a su única hija, habían decidido enviarla al Seminario de Atterberry.

Lord Darby se detuvo en su persecución de Elizabeth al ver a la recién llegada.

—Prima, pensé que llegarías más tarde, por la noche.

—No es tu prima, sino la mía. Deja de robarla —rio Jo y saludó a Rose.

Elizabeth tosió ligeramente en su pañuelo y se acercó al grupo.

Jo sonrió ampliamente.

—Elizabeth, olvidé decirte, Rose se quedará con nosotros unos días. Fuimos juntas al colegio, ¿recuerdas?

—¿Cómo estuvo tu viaje? —Elizabeth sonrió educadamente.

—Cansador —respondió débilmente—. No pudimos venir en nuestra propia carreta, que es bastante cómoda, usamos una de repuesto, por lo que...

Puso la mano en su cabeza, pero antes de que pudiera concluir su acto de doncella desmayada, Elizabeth se desplomó en el suelo y cerró los ojos.

Jo gritó, y Lord Darby, quien había extendido los brazos, listo para atrapar a Rose, corrió hacia Elizabeth. Rose vaciló un momento antes de recobrar su postura y enderezarse.

Habían asistido al mismo colegio; ¿cómo podría Rose olvidar? Habían aprendido todos los trucos juntas; por lo tanto, sus intenciones estaban claras. En cuanto a regresar a casa, Elizabeth decidió hacerlo justo después de que esta joven señorita fuera “manejada”.

—Eli —sollozó Jo.

Rose se inclinó sobre la figura tendida.

—¿Qué le ha pasado? ¿Olvidó comer?

Jo colocó una mano fresca en la frente de Elizabeth.

—Le dolía el estómago otra vez.

—¡Botones! —llamó Lord Darby al mayordomo—. Vaya a buscar al doctor Craye en el pueblo.

Elizabeth rascó ligeramente la palma de Jo para indicarle en secreto que estaba bien.

—No, un poco de descanso es todo lo que necesita.

Él ignoró sus palabras y la levantó como si no pesara nada.

Olía a naranjas amargas hoy, naranjas amargas y tinta.

Su oreja, pegada a su pecho, podía escuchar su corazón latiendo rápidamente, como el suyo. Su mente se nubló, y su capacidad de pensar fue robada por su presencia y su toque.

El calor de sus dedos se filtraba a través de su vestido y le calentaba la cintura, haciéndola

sentir un ligero cosquilleo.

De repente, comenzó a forcejear.

Él la sostuvo aún más cerca mientras subía las escaleras.

—No se mueva —ordenó—. O ambos caeremos a nuestra muerte.

Estaba empezando a arrepentirse de su decisión de competir con la señorita Thornburgh. Después de todo, esta era una amiga de la familia y una joven amable y dulce con una excelente dote. No era ninguna villana, sino una pareja adecuada para Lord Darby.

Cuanto más pensaba en ello, peor se sentía, y el malestar que había fingido se volvía cada vez más real.

Este sentimiento agudo y ácido, como si hubiera tragado un balde de limones, era nuevo. Incluso cuando él se había casado con Mary, había estado enfadada, molesta y triste, pero no tan terriblemente asustada.

Quizás era porque sabía que él nunca podría amar a Mary, pero Rose, en cambio, podría capturar su corazón y su mente.

Él la dejó en la cama, y apenas su cabeza tocó la almohada, ella se encontró con su mirada. Él siempre había destacado como una luciérnaga sobre un río oscuro y fangoso: distante, mágico y hermoso, sin que la suciedad mancillara su alma brillante. Su porte era como el de un alto y flexible roble, balanceándose con la brisa y observando, pero sin mezclarse nunca con el mundo caótico.

Pero ahora que ella era mayor, más cercana a él, esta distancia se había acortado, y podía ver el alma oculta y frágil: no tan bella, no tan perfecta, pero llena de dolorosos golpes y grietas.

Si tan solo pudiera derretirse en un bálsamo sanador y llenar sus pedazos rotos y ausentes, fusionar su alma con la de él y hacerle brillar aún más para cegar los ojos del mundo crítico.

—¿Te gustaría un poco de té? —la voz de Rose era disonante, áspera e intrusiva.

Elizabeth apretó los labios y cerró los ojos. ¿Acaso Rose ya se imaginaba como la señora de la casa? ¿Cómo se atrevía a preguntar si quería té? ¿No era el lugar de Jo o de Lord Darby hacer esa oferta?

¿Estrangularía Dimbercove a la mujer si le pagaba lo suficiente? ¿O la arrojaría a una bañera llena de erizos hasta que quedara llena de pinchazos?

—Quiero dormir —dijo Elizabeth, girándose y enterrando el rostro en la almohada—. No es necesario llamar al médico.

—La despertaré cuando llegue el doctor —replicó Lord Darby, bajando las cortinas de la cama.

Una vez que se marcharon, ella volvió a alcanzar los pensamientos esquivos que la habían tentado todo el día. Finalmente, comprendía el amor.

No era una pasión devoradora, una amistad eterna ni emociones extremas, sino una comprensión suave, el saber que pertenecían el uno al otro. Era aceptar a la otra persona por completo, valorar sus defectos y sus logros, celebrar cada paso hacia adelante y acurrucarse el uno con el otro para consuelo cada vez que las cosas se rompían.

El amor era la creencia inquebrantable de que su corazón solo estaría tranquilo, en casa, a su lado; que existirían como el yin y el yang, cada uno diferente pero siempre juntos, con un poco de él en ella y ella en él.

Era una pena que él no pudiera ver la verdad, y que se quedaran rotos para siempre por el resto de sus vidas.

El médico llegó, recetó algunos tónicos y se fue. Declaró que no era nada grave, y la casa se relajó.

Cuando Elizabeth se encontró con Rose nuevamente a la hora de la cena, hizo una reverencia.

—Hice tu primer día aquí desagradable —se disculpó mientras imaginaba a sus perros mordiendo los cabellos de la joven—. Mañana debemos hacer algo entretenido para compensar hoy.

—Solo si te sientes mejor; de lo contrario, Jo es compañía suficiente —respondió Rose sonriendo.

Lord Darby, ajeno a las indirectas que volaban sobre su cabeza, apartó los platos más ricos de Elizabeth y los reemplazó por unos más ligeros.

Luego pasó unos minutos quitando los huesos de un pescado y poniendo la carne blanca y escamosa en los platos de Jo y Elizabeth.

Rose esperó con anticipación su turno. Cuando este no llegó, su boca se curvó hacia abajo y sus ojos brillaron.

Jo bajó la voz y compartió un chisme.

—La señora D fue sorprendida besando al Lord L.

—¿Lord L? —Elizabeth estaba intrigada—. Pero ¿no es Lord L el primo del suegro de la señora D?

—Exactamente. Estuvieron besándose apasionadamente bajo la mesa en la fiesta de la señora B.

Elizabeth probó el pato; el calor le quemó la boca, lamió sus labios y miró a Lord Darby.

Él había terminado con el pescado y ahora cortaba el trozo de carne más tierno para la señora Fowler.

Toda esta charla sobre besos hizo que se preguntara cómo sería besarlo apasionadamente.

El beso borracho que compartieron no contaba, ya que el maldito brandy había enturbiado su memoria al respecto.

¿Podría fingir estar borracha otra vez y aparecer en su habitación esta noche? Sería una pena marcharse de Ingram House sin besarlo al menos una vez mientras estuviera en sus cabales.

Él captó su mirada y apartó la vista.

Cuando ella siguió mirándolo aturdida, Jo la pinchó y susurró:

—Recupérate, Eli. No es un ciruelo azucarado.

Elizabeth recobró la compostura, alisó su boca fruncida y se sonrojó. ¿Había notado él su comportamiento y se había dado cuenta de lo que pensaba? Perdió el apetito, miró la comida y arrugó la nariz, preguntándose si podría usar la excusa de antes, sobre tener dolor de estómago, para retirarse temprano.

—Eli —dijo él de repente—. ¿Me pasa la sal?

Ella parpadeó; su cabeza aún se sentía un poco nublada, llena de demasiados pensamientos y sentimientos.

Él entrecerró los ojos y le lanzó un guisante a la cabeza.

—¿Tiene algo mal en los oídos además de en el estómago?

—Mi lord —replicó ella, lanzándole un guisante de vuelta.

Él lo atrapó con destreza y se lo metió en la boca.

—No desperdicie la comida.

—Usted empezó —gruñó ella, tomando su cuchara.

La atmósfera volvió a la normalidad, y sus ojos se suavizaron mientras la observaba comer. Mientras tanto, Rose, que había estado sosteniéndose la cabeza, pretendiendo tener dolor de cabeza todo el tiempo, fue ignorada. Finalmente, ella también se dio por vencida y metió un trozo de pescado lleno de espinas en la boca.

Capítulo Cuarenta y Siete

A la mañana siguiente, fiel a su palabra, Elizabeth se levantó temprano, lista para entretener a Rose y mantenerla lejos de Lord Darby. Sin embargo, resultó que la mujer era más hábil de lo que había anticipado; ya se había ido a dar un paseo con él.

Elizabeth sacó a Jo de la habitación y corrieron fuera de la casa sin capa ni sombrilla. Encontraron a Rose caminando delante de Lord Darby junto al estanque.

Las chicas se sentaron bajo un arce y comieron cacahuates mientras los observaban con atención.

—Quiere casarse con él —murmuró Elizabeth—. Su familia la descuida, así que comparte un pasado trágico con él, tiene una excelente dote y es dulce, amable, sensata y poeta. Mientras que yo no soy nada de eso. Soy exigente y me aburro fácilmente. Gasto en cintas sin pensarlo y hago pucheros cuando no consigo lo que quiero.

Jo rompió una cáscara de cacahuate.

—¡Ah! Eso fue lo que percibí anoche entre ustedes dos. Hostilidad.

Elizabeth suspiró.

—No puedo seguir despreciándola solo porque le gusta él. No es mío para esconderlo, por más que lo desee.

—Estás siendo magnánima —los ojos de Jo se abrieron con sorpresa—. ¿Por fin has madurado, Eli?

Elizabeth le lanzó un cacahuate a la cabeza.

—Mantén los ojos en ellos. Podríamos presenciar el inicio de un romance tórrido.

Jo volvió a observar a la pareja mientras caminaban lentamente por la orilla.

—¿No intentarás detenerlo?

Los ojos de Elizabeth se tornaron vacíos.

—Ha estado demasiado tiempo sin compañía ni felicidad.

Jo frunció el ceño.

—No creo que Rose haga algo. Es demasiado tímida.

Elizabeth se recostó contra el tronco del árbol. La corteza y el suelo estaban fríos, y el frío empezó a colarse por sus medias y enaguas, pero no tenía intención de regresar al interior.

Un momento después, Rose fingió resbalarse, pero Lord Darby, que estaba varios pasos detrás de ella, no reaccionó.

—Ah, el primer movimiento —dijo Elizabeth.

—¿Eh? ¿Qué te hace decir eso?

—Eligió el único árbol en flor para resbalarse debajo.

—Pero él no la ayudó a levantarse.

—Porque está medio ciego y no lo notó. Ella, en cambio, no lo sabe.

—Pobre Rose.

—Pobre Rose —repitió Elizabeth con falso pesar.

—¿Y ahora qué?

—Lleva puesto un vestido blanco.

—¿Y?

—¿No recuerdas nuestras lecciones de etiqueta?

—Ah, va a caer en el estanque.

Elizabeth se puso de pie de un salto.

—Ah, ahí va.

Rose giró de costado y cayó en el agua fría.

¡Splash!

Jo también se levantó.

—La chica está cortejando a la muerte para ganarse su afecto. Debe amarlo de verdad.

—Busca una capa y llama a las doncellas para que la ayuden a entrar —dijo Elizabeth—. Si se enferma, no se irá en quince días.

Mientras Jo se apresuraba a irse, Elizabeth se acercó a la orilla.

Lord Darby estaba concentrado en algo en el suelo con un palo, por lo que aún no había visto el maravilloso espectáculo de Rose en ropa casi transparente.

—¡Ayuda! —gritó Rose mientras se hundía y emergía en el agua.

Lord Darby finalmente reaccionó y se acercó a ella. Se paró en el borde del estanque y entrecerró los ojos para mirar su figura chapoteando.

—El estanque no es profundo donde estás; solo permite que tus pies toquen el fondo.

Rose, quien había estado esperando que él saltara heroicamente, se detuvo.

—¿Ayuda? —intentó de nuevo, después de encontrar el suelo firme.

Él le ofreció el extremo del palo que estaba sosteniendo.

—Me temo que el agua está un poco fría. ¿Tal vez pueda sostener este extremo y la sacaré?

Elizabeth reprimió una risa y se acercó al lugar donde él había estado concentrado. Miró curiosa y encontró un caracol medio enterrado en el barro. Ah, estaba intentando salvar a la criatura cuando Rose lo llamó. Se inclinó y, sin preocuparse por sus guantes de seda, rescató al pequeño de una muerte temprana.

Luego se acercó a la pareja y notó que Rose había salido del estanque y llevaba su abrigo.

—Elizabeth —llamó Lord Darby sin girarse.

Se detuvo, sorprendida; ¿cómo sabía que era ella?

Él se giró y dijo:

—¿Podría pedir que alguien traiga una capa?

Estaba dirigiéndose a un joven manzano, así que Elizabeth miró el árbol, encontró que el tronco era bastante delgado y se sintió complacida.

Mientras tanto, Rose parpadeó, confundida, al ver que Lord Darby seguía hablando con el manzano.

—Eli —apremió a una rama que se balanceaba—. Rápido.

Elizabeth obedientemente se movió frente al árbol al que él estaba hablando y respondió:

—Las doncellas estarán aquí en cualquier momento; ya mandé pedir ayuda.

Lord Darby debería usar sus gafas, pensó Elizabeth divertida. Había comprado unas, la rompió y luego la consideró demasiado costosa para comprar otra, por lo que abandonó el asunto.

Además, una vez le había dicho que solo veía a prestamistas, así que era mejor estar ciego.

Las doncellas y algunos lacayos llegaron, envolvieron a Rose como una momia egipcia y la cargaron.

Lord Darby caminó hacia Elizabeth y finalmente la vio claramente.

—¡Usted tampoco lleva abrigo y está caminando al aire libre en zapatillas de casa!

La tomó en brazos y pasó junto a Rose, quien estaba siendo cargada horizontalmente por los sirvientes.

Las chicas se miraron al pasar, ambas con una expresión de desconcierto.

Más tarde esa noche, encendieron todas las chimeneas en la sala familiar, y las tres chicas se sentaron sorbiendo chocolate caliente y estornudando.

—Un mensaje urgente —anunció un lacayo al mayordomo mientras pasaba por la sala.

Jo y Rose estaban ocupadas riéndose y chusmeando al otro lado de la habitación, por lo que no notaron nada.

Elizabeth dejó su bebida y salió apresurada. ¿Otro poderoso lord en apuros, amenazando a Lord Darby por dinero?

El lacayo corrió hacia el estudio de Lord Darby, se detuvo frente a la puerta, tocó y luego entró.

Elizabeth esperó hasta que el lacayo salió nuevamente con las manos vacías antes de acercarse a la puerta.

Se quedó merodeando afuera, preguntándose si debería entrar y preguntar de qué se trataba.

—Lord Snyder ha muerto —informó el ayuda de cámara a Lord Darby.

—¿Cuál fue la causa? —preguntó Lord Darby.

—Se quitó la vida.

—Ah. ¿Quién encontró su carta de confesión?

—Lord Adair.

—Envíale unas botellas de nuestro mejor vino.

—¿Cómo lo logró?

La pregunta del ayuda de cámara hizo que Elizabeth se estremeciera, pero antes de poder reflexionar sobre ello, la puerta se abrió de golpe y Lord Darby la miró hacia abajo.

—Entre —ordenó.

El ayuda de cámara pareció captar algo, por lo que dejó la puerta entreabierta antes de retirarse discretamente.

—¿Té? —preguntó Lord Darby.

Ella negó con la cabeza.

—Debería regresar con las chicas.

—Siéntese.

Se humedeció los labios, repentinamente nerviosa. Él lucía como siempre, pero sentía una extraña tensión que emanaba de él, una especie de peligro que sus sentidos habían aprendido a notar con los años.

Era la misma sensación que la embargaba justo antes de que alguien la atacara desde las sombras, una especie de percepción sobrenatural que la advertía repetidamente y le salvaba la vida.

—Lo maté —declaró.

Se desplomó en el asiento, impactada.

—¿A L-lord Snyder?

Él asintió, con su expresión en blanco, como si estuviera hablando del salario del mayordomo.

—Lord Adair ha tenido la amabilidad de permitirme evitar el castigo.

Empujó un vaso de brandy hacia ella y observó cómo lo tomaba con dedos temblorosos.

—Usted nunca ha matado a nadie, ¿verdad, Eli?

Su tono era calmado y gentil, igual que siempre, y, sin embargo, cada centímetro de su piel se erizó ante sus palabras.

—¿Cómo? —preguntó finalmente.

—Un pequeño pastel de frutas hecho con almendras amargas. No demasiado; no quería que muriera rápidamente...

—Pero el mensaje decía que se había suicidado.

—Le dije que estaba envenenado; podía sentirlo. Así que le dije que le daría el antídoto si

escribía todos sus crímenes. Empezó a escribir y murió a medio camino.

—Entonces, parecía que estaba confesando en sus últimos momentos después de haberse envenenado él mismo —concluyó ella.

—Informé a Lord Adair. Llegó a tiempo para encargarse del asunto.

—¿Por qué lo involucró?

—La carta habría desaparecido y nunca se habría hecho pública si Lord Adair no hubiese estado involucrado. Solo él puede enfrentarse a los aristócratas y ganar.

—Arriesgó su vida. Lord Adair podría encarcelarlo por sus acciones.

—Valió la pena el riesgo.

Él la observó mientras bebía el brandy, cada gota, sin siquiera pestañear.

—Ambas máscaras se han caído ahora, Lancelot. Finalmente nos enfrentamos con la verdad.

Su piel se volvió aún más pálida. Había luchado, robado y chantajeado, pero sus manos nunca se habían manchado de sangre, mientras él parecía indiferente a que su alma estuviera condenada eternamente.

—¿Era necesario? —preguntó ella.

—Intentó matarla, y habría seguido intentándolo. ¿Cómo podría permitir que lo lograra? Esta era la única manera de liberarla. Nunca le ha gustado estar controlada, y su existencia significaba que siempre estaría encadenada y vigilada.

Él caminó lentamente alrededor del escritorio, la levantó y la obligó a mirarlo.

—Este soy yo. Violento, cruel, desesperado.

Vete, parecía decir su mirada; no soy un caballero, sino un hombre peligroso.

Ella podía ver la confusión en su rostro; sus emociones no estaban completamente bajo control por una vez.

—¿Ha matado a alguien antes? —preguntó, temblando en su agarre.

—No, pero he lastimado a muchos.

—Entonces, ¿por qué tomó una medida tan atroz? No le debía nada.

—Se atrevió a hacerle daño.

Ella se quedó atónita y dio un paso hacia la puerta. Su corazón latía con fuerza, mientras él mantenía una expresión rígida.

Sus manos cayeron a su lado, sus ojos desolados.

—D-debo irme. —Dio otro paso hacia la puerta—. Podemos hablar de esto mañana…

Necesitaba pensar; necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había descubierto. Él dijo que no la amaba ni deseaba casarse con ella… pero entonces, ¿por qué había matado por ella?

Él continuó observándola con ojos insondables, sin desviar la mirada. Ya no ocultaba su intensidad; ya no le importaba si la aterrorizaba.

Ella dio otro paso, y él de repente se interpuso frente a ella y cerró la puerta de un golpe.

—Eli —murmuró; había perdido el control.

Inclinó la cabeza y mordisqueó sus labios, haciéndola sangrar.

—Eli.

Ella cerró los ojos, su mente en blanco bajo el calor y la fragancia de él.

Él se movió de nuevo para succionar su labio inferior.

—Cree que soy un buen hombre, un alma gentil. Pero no me conoce, y no puede amar a alguien que no conoce; por eso no le creí entonces, ni creo en las emociones en sus ojos ahora.

Profundizó el beso, deteniéndose brevemente para preguntar:

—¿La asusto y le doy asco?

Ella hundió las uñas en sus hombros y negó firmemente con la cabeza. No lo entendía, pero

nada de lo que él pudiera hacer en esta vida le causaría repulsión.

—Ha hecho grandes esfuerzos para proteger a la familia Ingram y ahora a mí. Si las circunstancias no lo hubieran empujado, nunca habría hecho tales cosas. No lo culpo.

—Robó carruajes y se encargó del Artista Tóxico para ayudarme. Lo sé todo —la levantó y la sentó sobre la mesa, luego le separó las piernas para colocarse entre ellas. Le besó la frente, los ojos y las mejillas—. Sé que me ha ayudado desde las sombras durante muchos años, incluso cuando era demasiado joven para entender las consecuencias. Y ha usado tu pequeña mente afilada para controlar las cuerdas de muchas mentes dementes y peligrosas. Pero, nunca intentó engañarme ni atraparme en matrimonio.

—No puedo pensar, mi señor —jadeó ella mientras él seguía hablando y repartiendo besos en su cuello—. Sus palabras se desperdician.

—Respire —sus labios rozaron su piel; su lengua lamió el pequeño lunar en su cuello—. ¿Aún necesito recordarle? Ya no es una niña.

—He visitado burdeles —tembló bajo sus dedos hábiles—. Lo sé todo.

Él rio y profundizó el beso.

Ella rodeó su cuello con los brazos y arqueó la espalda, tratando de acercarse más.

—Sus botones son bonitos, mi señor, pero lastiman. Quizá, ¿se pueda quitar la ropa?

Él se rio y luego se serenó de repente, apoyando su cabeza contra la de ella.

—Estoy perdiendo el control ahora —retorció un puñado de su falda—. Puedo ser despreciable para el mundo, pero prometo no serlo… con usted. Traigo desgracia.

De repente, dio un paso atrás y alisó su ropa y cabello. Su expresión era nuevamente tranquila, mientras la oscura mirada ferviente de antes había desaparecido.

¡Bah! ¿No era esto una cruel provocación? Ofrecer un sorbo, pero no saciar la sed.

Ella atrapó su mano y lo arrastró de regreso, queriendo más besos.

—No, sea despreciable. Tan despreciable como quiera, mi señor. No tengo objeción.

Él la miró, negándose a sonreír o ceder de nuevo.

Ella le mordisqueó el mentón.

—He sido bendecida toda mi vida, y si nos casamos, nuestras vidas estarán equilibradas. El mundo dirá que es mi mala suerte casarme con usted, mientras que es su buena fortuna casarse conmigo.

—Lord Snyder está muerto. Por lo que ya no tiene razón para esconderse en mi casa.

Al no continuar, el corazón de ella se enfrió. ¿Le estaba pidiendo que se fuera, verdad? ¿Por qué otra razón diría eso?

Había matado a Lord Snyder no por algún gran amor romántico, sino para sacarla de la casa porque la encontraba insoportable.

¿Es eso lo que estaba diciendo? ¿Era ella tan terrible?

Las lágrimas nublaron su visión mientras de repente saltaba de la mesa y huía. Su rostro estaba totalmente enrojecido de humillación.

Lo odiaba—odiaba a ese hombre horrible. Él lo sabía todo y, sin embargo, la había engañado durante meses. Desesperada, se puso un abrigo y salió corriendo a la oscura y fría noche invernal.

Capítulo Cuarenta y Ocho

—Elizabeth —Dimbercove le tomó el brazo—. ¿A dónde vas?

—Rápido, los piratas de tierra se reúnen hoy; llegaremos tarde —balbuceó ella.

—Pensé que no ibas a ir. Es muy peligroso si te reconocen.

—No necesitas acompañarme.

Dimbercove le rodeó la cintura y la cargó sobre su hombro como un saco de trigo.

—No necesitas acompañarme —repitió él en voz aguda—. Sin zapatos o zapatillas, y vas a encontrarte con un grupo de bandidos. Si no te matan ellos, el frío lo hará. No puedo dejar que mueras, ya que tú pagas mi salario.

Él siguió quejándose mientras se dirigía hacia la parte trasera de la casa. Finalmente, le instó a subir a su habitación, vestirse más abrigada y bajar nuevamente.

Elizabeth, curiosamente obediente, hizo lo que le decía, por una vez. Así que cuando siguió las instrucciones de Dimbercove, se puso apresuradamente un vestido fino de lana, sacó de debajo de su cama un saco con cosas necesarias como velas, una manta, frutas secas, un cambio de ropa y armas, y bajó apresurada, él la miró por un largo momento.

—¿Tienes fiebre? —preguntó.

—No.

—¿Eres una impostora, entonces?

Ella bajó la cabeza y comenzó a caminar hacia los altos muros de la finca, cubiertos de vidrios rotos. No estaba de humor para bromear.

Lord Darby había matado a alguien por ella, y aun así decía que no la amaba. Y esos besos... su mente comenzaba a divagar, por lo que se apresuró a concentrarse en la reunión que se avecinaba.

Había comenzado a ser una bandida rebelde y a robar carruajes para obtener información que ayudara a Lord Darby. Creaba obstáculos para aquellos a quienes les debía dinero Sir Ingram, los distraía y le ganaba tiempo a Lord Darby.

Había formado una vasta red solo para protegerlo y había mantenido en secreto todas sus actividades para evitar que sus hermanas la detuvieran.

En cuanto a pedir la ayuda de sus hermanas, no quería involucrarlas en actividades criminales. No, había decidido que era mejor enfrentar la situación sola, mientras pretendía ser una criatura sin moral alguna. Una señorita aburrida y consentida que buscaba emoción y aventura sin importarle nada.

Parte de ello también era su lealtad hacia Jo. Ver sufrir a las dos personas que amaba le rompía el corazón y le daba un propósito en la vida.

Cuando las cosas empezaron a mejorar para ellos, eso le daba alegría, y cada paso positivo se volvía un impulso que buscaba como un jugador.

—Dimbercove —dijo en voz baja mientras se sentaba detrás de él en el carruaje—. Sabe que soy Lancelot, y ahora que sabe que sé que lo sabe, no me permitirá ayudarlo en el futuro.

—Él es capaz de encargarse de sus propios asuntos —la consoló Dimbercove—. No puedes seguir luchando sus batallas por él. Es momento de enterrar a Lancelot.

—No me ama.

—¿A Lancelot? No puede, ya que no existe.

—¡Dimber!

Él sonrió.

—Has intentado poseerlo como una joya rara. ¿En qué te hace diferente de las demás mujeres de la alta sociedad? Él no quiere ser controlado, al igual que tú no quieres que te digan qué hacer; de lo contrario, se habría casado con una rica señorita hace tiempo.

Ella lo miró con admiración.

—Dimbercove, a veces no eres tan tonto.

—No eres la única con ingenio. Aprende a confiar y depender de otros.

Ella permaneció en silencio un rato mientras avanzaban por el pueblo dormido.

Un sereno golpeó su bastón contra el suelo y gritó en voz seca:

—Pasadas las dos, casi tres. Que tengáis un buen día.

Pronto, el sonido de aquel esforzado guardia de la noche y la luz de su lámpara tambaleante se desvanecieron en la distancia mientras avanzaban más en el camino rural.

Finalmente suspiró y dijo:

—Ojalá hubiera elegido otro nombre. Lancelot es un nombre horrible. Me avergüenza que lo sepa ahora.

Dimbercove no sabía cómo responder. ¿Ese era el asunto que le preocupaba y no el hecho de que él supiera sobre su pasado de robo, chantaje y deshonra?

***

William ató su caballo y subió a un árbol. Se recostó contra el tronco y apoyó una pierna mientras la otra colgaba de la gruesa rama.

La capa oscura que envolvía su cuerpo lo ayudaba a mezclarse con las sombras y lo volvía invisible a menos que alguien supiera dónde buscar.

A lo lejos, la luz de la luna iluminaba a un grupo de infames caballeros rebeldes, ladrones y bandidos.

Sus ojos eran débiles, pero podía oír bastante bien. Por sus charlas ásperas, era evidente que iban a pelear hasta que surgiera un ganador.

La razón de aquel gran alboroto era que uno de los hombres había llamado "mujerzuela dimber" a la madre de un joven. Algunos hombres pensaban que no era correcto involucrar a las madres al hablar de negocios, y así, los ánimos se encendieron mientras discutían sobre lo que se podía y no se podía decir.

La discusión se intensificó con una ronda de insultos creativos, cada uno más colorido que el anterior, pero al final, nadie resultó victorioso.

Cuando llegó el momento de sacar las armas, una voz suave y débilmente firme se escuchó:

—Esperen.

Casi cuarenta hombres peligrosos se quedaron inmóviles con sus armas, y de entre ellos, un joven que no parecía tener más de catorce años dio un paso adelante con valentía.

William se enderezó y miró en dirección a la voz, y sus palmas comenzaron a sudar.

El joven volvió a hablar: —Avancen como el viento del norte, lleno de escarcha, dolor y presagios, y barran el continente sin dejar rastros.

Frunció el ceño y continuó: —Idealmente, debería acortarse a “el viento del norte no deja rastros.” Lástima que sea tarde para cambiarlo.

Los hombres se quedaron paralizados. Todos habían oído esta frase y respetaban enormemente su origen. A lo largo de los años, habían cosechado muchas recompensas al tratar con esta persona, quien les había dado los momentos y lugares correctos para robar a personas acaudaladas. Era su conexión más apreciada, y no se atrevían a menospreciarla, así que se quitaron los sombreros, bajaron las antorchas y escucharon respetuosamente.

Solo un joven alto, de pie junto al muchacho, se atrevió a lanzar un brazo protector alrededor

de sus delgados hombros.

El joven se lo quitó de encima, por lo que el hombre grande lo tiró detrás de sí.

Al final, el muchacho se puso de puntillas y habló sobre el hombro del hombre grande:

—Lancelot envía sus saludos y unas palabras de sabiduría.

Los hombres respondieron con un grito, como si estuvieran frente a una estricta directora y estuvieran en su mejor comportamiento.

El joven continuó: —Estas son las palabras de mi maestro.

Abrió un papel y leyó en voz débil pero firme: —Mis queridos amigos, vuestros enemigos son ricos. Tienen sangre azul corriendo por sus venas y ríos de oro y joyas en sus sótanos. Nos tratan como basura, viéndonos rebuscar la cena mientras alimentan a sus tigres y elefantes con deliciosos manjares. Consideran sus rosales más valiosos que las vidas humanas.

Los hombres alzaron el mentón, el resentimiento y la amargura claros en sus ojos.

El joven elevó la voz: —Pero esto no debería ser así. Aprendan del vasto mundo. Por ejemplo, en París, ningún ladrón pasa hambre. Todos se retiran a un pintoresco pueblo cuando son demasiado viejos para continuar. ¿Por qué creen que es así?

—¿Por qué? —preguntaron obedientemente los hombres.

—Por la unidad —tronó el joven en respuesta—. Queridos hombres, en lugar de pelear y matarse entre ustedes, véanse como hermanos y reconozcan que tienen un enemigo común. Deben formar un sindicato, unirse y crear armonía. Aparten unas libras para los caídos y sus familias, marquen claramente las tierras y reclamen territorios. Estas son las sabias palabras de Lancelot. Así, incluso si mueren, sus hijos y sus viudas tendrán una buena vida. ¿Acaso no tomaron este difícil y torcido camino por sus amigos y familias? Entonces trabajen juntos para mantenerlos alimentados y seguros.

Los hombres rugieron mientras el joven dejaba de hablar.

El joven se puso de puntillas de nuevo y levantó un dedo; los hombres se callaron rápidamente, como cachorros esperando ser alimentados. Guardó el papel en blanco en su bolsillo y continuó:

—Pero somos hombres que disfrutamos de una buena batalla. Esos débiles lores y damas no pueden satisfacer nuestra sed de sangre; así que debemos competir entre nosotros para mantener afiladas nuestras garras y nuestro ingenio. Propongo que cada año nos reunamos en este día y continuemos con el legado de nuestras familias. Por ejemplo, todos ustedes saben que este hombre frente a mí es hijo del Cobra.

Algunos de los hombres se inclinaron respetuosamente hacia Dimbercove.

—El Cobra dominaba los caminos en su época —dijo alguien.

El joven, con su tono educado y refinado, continuó resonando:

—Precisamente, y todos deben conocer el famoso baile del Halcón. Frente a mí está el hijo mayor del otro famoso bandido, el Halcón. A su lado está nuestro hermano más nuevo y talentoso, el Hombre Pluma de Pollo. Aprendan de ellos y bailen. Quien tenga la actuación más aterradora, gana.

Los hombres se miraron entre sí, desconcertados. Habían sido golpeados tantas veces en sus vidas que era comprensible que algo de su inteligencia se hubiera visto afectada.

En resumen, tardaron en entender.

Por otro lado, los tres hombres llamados dieron un paso al frente y comenzaron a bailar. Uno se deslizó en el suelo y siseó, otro batió sus alas y el tercero movió la cabeza como un pollo picoteando arroz.

Una vez terminado el espectáculo, regresaron a sus posiciones.

Algunos hombres se rascaron la cabeza.

El joven se inclinó solemnemente hacia los hombres que habían actuado y continuó:

—En lugar de pelear con armas y cortar cabezas, bailen para decidir quién es el mejor. Si no pueden bailar, entonces premien al mejor cazador, arquero o cocinero. Luego celebren una competencia final entre todos los ladrones de Inglaterra para decidir quién es el mejor de todos.

Un grito de júbilo estalló cuando los hombres finalmente entendieron el significado del joven. Empezaron a discutir los detalles, llenos de emoción.

Esta idea era emocionante.

Un hombre encendió un cigarro de tabaco barato y exhaló absorto hacia la cara del joven. Era el más educado y anciano del grupo; por lo tanto, su estatus no era menor que el de Lancelot. Era conocido como el Fantasma Atormentado, y ahora hablaba con voz temblorosa, llena de profunda emoción:

—Esta es la base para establecer unas Olimpiadas de ladrones. Brillante. Además de deportes, trepar muros, moverse en las sombras, trucos de carterismo y más se pueden usar para decidir quién es el mejor de los mejores. Esta es una maravillosa, increíble oportunidad para finalmente demostrar nuestro valor y terminar con las disputas insignificantes.

El joven tosió al inhalar humo barato, y los hombres se volvieron hacia él con preocupación.

William también se tensó al ver los ojos de Elizabeth enrojecerse mientras continuaba tosiendo.

El sonido era demasiado delicado, demasiado femenino; maldición, la iban a descubrir.

El joven se secó los ojos. —Mi cuerpo es débil; debo regresar y descansar.

Los hombres se inclinaron con tristeza, renuentes a permitir que alguien tan esclarecido se fuera. Uno de ellos se atrevió a preguntar: —¿Quisiera Lancelot ser nuestro líder?

—El líder debería ser el ganador de la competencia y debe cambiar cada año; eso es lo que él desea. En cuanto a su participación, cof, ha decidido retirarse. Esta es su despedida final.

Unos cuantos ojos se enrojecieron al escuchar esta noticia; algunos incluso comenzaron a derramar lágrimas.

El joven sonrió y, en medio del sonido de los criminales llorando, seguido por el hijo menor del Cobra, desapareció en la noche para siempre.

Poco después, una sombra que se parecía notablemente a William se desprendió de un árbol y, junto con los guardias del duque que habían estado escondidos entre los arbustos y los hombres de Lord Savill que habían estado colgados de las ramas, siguió al joven travieso hasta su casa.

Unas horas más tarde, de regreso en la Casa Ingram, William se encontraba en el estudio rodeado por los cuñados de Elizabeth. Había pensado que la noche hercúlea había llegado a su fin, pero justo cuando estaba a punto de dormir, una nueva oleada de visitantes nocturnos hizo su aparición.

.

Capítulo Cuarenta y Nueve

La luz de las velas parpadeaba, proyectando sombras inquietantes que trepaban por las paredes e iluminaban a los hombres reunidos en el estudio.

El fuego casi se había apagado, y el frío comenzaba a filtrarse. William deliberadamente no llamó a un sirviente para avivarlo.

Esperaba que el frío animara a estos visitantes nocturnos a concluir rápidamente sus asuntos y marcharse.

Los observó con mirada cansada, sin ánimo para ocultar su irritación, aunque todos frente a él estaban envueltos en riqueza y poder, y, si lo deseaban, podrían quitarle la vida con un simple gesto.

Debería haber sentido miedo, pero estaba demasiado cansado, y todo lo que podía pensar era en su cálida y suave cama.

Lanzó una mirada al duque de Blackthorne y maldijo silenciosamente su mala suerte. El duque era viejo y, en teoría, ya debería estar dormido. Sin embargo, estaba sentado con la espalda recta, mirándolo fijamente con ojos alerta e inteligentes. La única señal de su avanzada edad era la salpicadura de canas en su cabello, un surco profundo alrededor de su boca y las manchas de la edad en el dorso de sus manos.

Mientras tanto, el esposo de Celine, el conde de Devon estaba medio recostado en el sofá con un ejemplar de los poemas de Philbert Woodbead sobre los ojos. William sospechaba que este hombre sensato estaba dormido y sintió una simpatía inmediata hacia él.

El esposo de Dorothy, Lord Huxley, tenía a los siete perros sentados sobre él, de modo que sólo eran visibles algunas partes de su cuerpo. Mientras tanto, Lord Savill estaba sentado junto al duque y lo observaba con ojos calculadores.

—Enciérrenla en su habitación —ordenó el duque—. No la dejen salir.

—Lord Snyder está muerto —le recordó William—. Ya no soy responsable de ella. —Todavía no, añadió para sí mismo, pero no estaba dispuesto a mostrar sus cartas ante este grupo maleducado.

Lord Savill se pasó una mano por el rostro.

—Se plantó entre una manada de perros diabólicos sin mostrar ni una pizca de miedo. ¿Es acaso torpe? Incluso les habló y los incitó en contra de la clase a la que pertenece.

—¿Por qué no la detuvo, Lord Darby? —espetó Lord Huxley, escupiendo pelo de perro y fulminándolo con la mirada—. No debería haber permitido que saliera de esta casa.

William se sintió molesto. Eran sus futuros cuñados y, si no se defendía ahora, lo intimidarían para siempre en las reuniones familiares.

Habían irrumpido en su casa en plena noche y ahora estaban exigiendo cosas. Aunque estaba tan preocupado como ellos por la imprudencia de Elizabeth esa noche, eso no significaba que permitiría que lo interrogaran como si fuera un criminal.

Cierto, no había sido claro con sus intenciones hacia Elizabeth antes en el estudio, pero estaba avanzando hacia ello.

¿Acaso no había llovido besos sobre su cuello?

¿Pensaba que era del tipo de hombre que rehuía asumir responsabilidades? El momento había sido íntimo, difícil, intenso, y él estaba tan desconcertado como ella, susurrándole tonterías al oído.

¡Al diablo! No era una paloma y, sin embargo, había arrullado.

Nunca había arrullado en su vida ni permitido que una mujer se marchara antes de haber consumado el acto.

¿No revelaba su autocontrol en ese momento apasionado sus verdaderos sentimientos?

—Es un idiota —las palabras del duque le atravesaron el cráneo.

William perdió los estribos.

—Podría haber cortado las cabezas de cada uno de esos bandidos, considerando que envió un ejército a protegerla desde las sombras y haber solucionado todos los problemas de Inglaterra esta noche.

—Necesito a algunos de esos hombres. No puedo mantener a raya a mis enemigos, que son una amenaza mucho más siniestra, sin contar con un par de tipos desagradables a mi lado —respondió el duque con calma—. Y si mis hombres hubieran actuado, ella habría estado en un peligro aún mayor.

William apretó el vaso de brandy en su mano. Era un milagro que no se rompiera bajo su presión.

—Si quieren encerrarla, háganlo. Yo no lo haré.

—Nadie debería —dijo finalmente Lord Savill, poniéndose del lado de William—. La última vez que lo intentamos, se negó a comer hasta que la dejamos salir y, al final, perdió una buena cantidad de peso. Esa chica es lo suficientemente terca como para enfermarse solo para salirse con la suya. Todo lo que podemos hacer es seguir protegiéndola en secreto.

William frunció el ceño.

—Pero, ciertamente, no podemos ignorar sus acciones y dejar que corra por ahí como un ganso libre.

El duque sonrió.

—Entonces cásese con ella, dele un par de bebés, y estará demasiado ocupada para pensar en mucho más. Quiere emoción; désela en la cama.

—¿Eso funcionó con la duquesa? —preguntó Lord Huxley con un brillo travieso en los ojos.

El duque apretó los labios.

—La duquesa... es como Eli, pero no tan insensata ni mimada. Jamás pondría en peligro su vida.

—Celine lo haría —intervino el conde—. Se coló de nuevo en el Desperate Lark, el barco pirata de Black Rover. Quería ver un nuevo lugar. Yo sólo puedo seguirla donde vaya, rezando por nuestra seguridad.

—Lord Darby, cásese con Elizabeth —ordenó el duque—. Pagaré todas sus deudas.

—Pagaré mis propias deudas —gruñó William.

—No obstante —se encogió de hombros el duque—, debe desposarla. Elija una fecha.

William inclinó la cabeza con curiosidad.

—Su gracia, no entiendo; ¿por qué debo ser yo quien la despose? Estoy halagado, pero confundido. Seguramente, toda la sociedad compite por casarse con una joven tan hermosa, con una excelente dote. Además, todo el mundo sabe cuánto quiere usted a Eli. Casarse con ella significaría formar parte de la familia del duque de Blackthorne. Mejor aún, cada persona en esta sala está emparentada con ella y tiene una cantidad asombrosa de riqueza, respeto y conexiones. Todos juntos podrían gobernar Inglaterra.

El duque lucía impaciente.

—Es pasada mi hora de dormir.

William no se amilanó; en cambio, entrelazó los dedos y esperó con calma.

El duque murmuró entre dientes y finalmente dijo: —Esta noche, todos hicimos que nuestros

hombres siguieran a Elizabeth, pero entre los guardias había un joven que no pertenecía ni a la compañía de ladrones ni a la nuestra. Estaba en un árbol, escondido entre las sombras, tenso y alerta. Cuando Eli dio un paso al frente para hablar, apretó las manos con tanta fuerza que sus uñas se clavaron en las palmas, rompieron la piel y dejaron marcas en forma de medialuna.

El duque se inclinó y forzó los dedos de William para mostrárselas como prueba antes de continuar:

—Mató a Lord Snyder, una hazaña que ni siquiera yo me atreví a realizar por temor a provocar la ira del rey. Arriesgó su vida para protegerla, entró solo en un nido de ladrones y cumplió cada uno de sus deseos mientras vivía bajo su techo. Y eso sin mencionar el asunto de la mermelada de grosella. Esto sólo puede significar una cosa: la ama. No por su riqueza, estatus o conexiones, sino a ella.

William palideció y desvió la mirada, sintiéndose como si lo hubieran despojado de toda su ropa y obligado a bailar.

Era la primera vez que alguien recitaba sus acciones y desnudaba su corazón ante él y el mundo. Había evitado reconocerlo todo este tiempo, llamándolo atracción, afecto y todo tipo de tonterías que no definían realmente la profundidad de sus sentimientos.

Ahora, enfrentándose a la expresión comprensiva del duque, ya no podía negarlo.

El duque dejó escapar un suspiro cansado y vertió un vaso de brandy sobre la palma herida de William, haciéndolo gritar de sorpresa.

—Estaba tan preocupado por Eli que ni siquiera notó que estaba sangrando —dijo mientras sacaba un pañuelo con el emblema de Blackthorne bordado en el borde y limpiaba la mano de William con movimientos suaves, como si estuviera acostumbrado a cuidar de los más jóvenes —. Todos los presentes nos hemos enamorado de una Fairweather, y queremos lo mismo para la más joven. Ahora, ¿entiende por qué sólo puede ser usted?

William retiró la mano y la escondió bajo el escritorio para ocultarla. Sus espesas y oscuras pestañas temblaron mientras enfrentaba a los hombres con su secreto al descubierto.

La lámpara parpadeante a su lado iluminaba la mitad de su pálido y apuesto rostro, dejando la otra en sombras. De repente, parecía muy joven y perdido, suavizando los corazones de quienes lo miraban.

Había asumido que no era digno de Elizabeth, pero ahora, con las palabras del duque resonando en su mente, se dio cuenta de que quizá eso no era del todo cierto.

El amor no podía comprarse, ni con riqueza ni con conexiones, por lo que era mucho más valioso, y los hombres frente a él claramente entendían esta verdad.

Un esposo rico y poderoso podría ofrecerle un hogar estable, pero ¿se preocuparía por ella cuando desapareciera por la noche y la seguiría sin importar su propia seguridad? ¿Sabría cómo hacerla feliz o cómo lidiar con sus cambiantes estados de ánimo?

Su corazón se encogió al pensar en ella acostada sola, desamparada y enferma, demasiado orgullosa para admitir ante sus hermanas que no tenía a nadie a su lado en momentos de necesidad. Su espíritu se rompería lentamente, y en ese momento, la riqueza y las conexiones no aliviarían su corazón dolorido.

Pero si él estuviera a su lado, sabría qué hacer, cómo hacerla sonreír y cómo calmar su incomodidad.

Sus ojos se posaron en la alfombra rosa, y vagamente, en la penumbra, distinguió la mancha de tinta que no había podido borrarse por completo. Eli había derramado el tintero ese día cuando le preguntó si era digna de su tiempo.

Ella era digna, tan digna que él quería darle todas sus horas, toda su maldita vida.

En cuanto a él, su amor lo hacía digno de ella.

Otros hombres en la sociedad jamás lo entenderían, pero sabía que no necesitaba mantenerla en casa con un hijo cada vez que buscara aventuras. En cambio, sólo tenía que pedirle que administrara su propiedad, porque ella era mucho más capaz que él para hacerlo y lo disfrutaba.

Pagar sus deudas, ocuparse de las finanzas y emprender nuevos negocios mantendría su mente activa y entretenida.

Ningún otro hombre en Inglaterra le daría a una mujer esa clase de libertad y respeto.

Finalmente, inclinó la cabeza en derrota.

—He recibido muy poco en mi vida, y cuando he obtenido algo sin dar nada a cambio, ha sido aún más valioso. Eli ha hecho mucho por mí.

—Es pasada mi hora de dormir —le recordó el duque con impaciencia.

William forzó las palabras.

—Quiero casarme con ella, no para retribuir su devoción, sino porque lo deseo.

El duque aplaudió.

—Haré que la duquesa...

—Espere —lo interrumpió William apresuradamente—. La he ofendido, y ella malinterpretó mis intenciones. Déjeme cortejarla como es debido. No puedo ni quiero forzarla.

Lord Savill asintió con aprobación.

—Tiene razón; este asunto no debe apresurarse. Aún son jóvenes, después de todo. No hay necesidad de correr.

Hablaron del tema un poco más, pero la conclusión siguió siendo la misma. William cortejaría a Elizabeth, como era su derecho, antes de fijar una fecha para la boda.

Cuando los hombres se marcharon, William se apartó de la puerta y se colocó junto a la mancha en la alfombra. Tras un momento, tomó el tintero de su escritorio y vertió cuidadosamente unas gotas de tinta junto a la marca existente.

El sol comenzó a elevarse sobre el horizonte, y como si jarras de acuarelas hubieran sido volcadas, un tenue tono rosa y naranja empezó a extenderse por el cielo.

A la luz del amanecer, observó cómo las dos manchas de tinta se fundían, sus labios se curvaron hacia arriba y un atisbo de su lado travieso brilló.

¿No sería maravilloso tener siempre cerca a la persona que tenía el poder de iluminar su vida desde cincuenta millas de distancia?

¿La merecía?

Tal vez no, pero ¿qué hombre en su sano juicio aceptaría a una novia que asaltaba carruajes? Si la obligaban a casarse con un caballero correcto, se convertiría en una sombra.

No, ella necesitaba a un pícaro como él, alguien que conociera cada faceta de su ser y aceptara alegremente su locura.

Pero primero, debía seducirla a fondo hasta que no pudiera escapar.

No permitiría que escapara.

—Mi señor —el ayuda de cámara golpeó la puerta—. La señorita Fairweather volvió a Finnshire mientras usted estaba ocupado charlando.

Capítulo Cincuenta

Jo observó a William desde la silla junto al hogar en el salón de la mañana.

—¿Por qué estás mirando con tanto odio el sombrero de Elizabeth?

El sombrero marrón tejido que colgaba de su dedo índice estaba adornado con frutas hechas de lana colorida y cintas de seda; era horrendo.

—Elizabeth envió un mensaje; quiere que le devolvamos sus pertenencias —respondió William con brusquedad.

—Tendré que reunirlas; los sirvientes no tienen permitido tocar sus cosas. ¿Enviará un carruaje por ellas?

El sombrero en su mano era tan grande que cubría por completo la cabeza de Elizabeth, escondiendo su hermoso cabello castaño claro. William entrecerró los ojos, lanzó el sombrero al fuego y lo observó arder.

—Si quiere sus cosas, tendrá que volver a buscarlas ella misma.

—¿Por qué hiciste eso? Ay, a veces no te entiendo, William —suspiró Jo, frotándose la frente —. Me voy a dormir. Me ha dolido la cabeza todo el día, y hace tanto calor...

William parpadeó y miró por la ventana los árboles cubiertos de nieve que brillaban bajo el crepúsculo.

¿Calor?

Frunció el ceño y la despidió con un gesto, mientras su mente vagaba por otros pensamientos.

Al principio, cuando descubrió las intenciones de Elizabeth hacia él, quiso mantenerse alejado. Se comportaba con mesura y reserva porque no quería aprovecharse de su confianza ni de sus sentimientos, simplemente porque era mayor y más experimentado.

Ahora que ella se había convertido en una joven inteligente que entendía sus necesidades y deseos, él podía bajar la guardia y verla como su igual.

Las máscaras habían caído, y por fin se enfrentaban tal como eran, pero antes de que él pudiera disfrutar de este nuevo entendimiento entre ellos, ella había decidido huir.

Alguien que podía doblegar a criminales curtidos había huido.

Bebió un vaso de brandy y sintió cómo le quemaba la garganta y le calentaba el estómago. Tras unos momentos observando el sombrero calcinado, se dirigió furioso hacia la habitación de Elizabeth.

Rara vez se aventuraba a esa ala de la casa, y al encontrarse frente a la puerta de Elizabeth, se detuvo, preguntándose si debía cruzar el umbral.

El brandy, el sombrero y las voces de sus futuros cuñados lo impulsaron, así que empujó la puerta y entró.

Era una habitación encantadora, delicada, floral, llena de seda y encajes. Estaba repleta de adornos preciosos que parecían fuera de lugar en la empobrecida Casa Ingram.

Se asomó dentro de un jarrón alto junto a la puerta y encontró una espada con una empuñadura enjoyada oculta en su interior. Un arco y unas flechas descansaban sobre el armario, con los extremos asomando apenas sobre el borde, delatando su existencia, mientras una barba postiza había sido olvidada en la alfombra.

Elizabeth sólo permitía que su doncella limpiara su habitación, y considerando los secretos de la joven, esto era comprensible.

Se acercó al escritorio junto a la ventana y encendió una vela. El sol se había puesto hacía rato, y la última luz del atardecer estaba a punto de desaparecer. Una suave lluvia mezclada con nieve

comenzó a caer, y el golpeteo de las gotas en el cristal bailaba al ritmo de su corazón.

Sobre el escritorio descansaba una caja de escritura de sándalo rojo. La abrió y encontró un diario anidado en el compartimento forrado de seda.

Sus dedos se detuvieron sobre el diario y luego, con apenas un ligero pinchazo de conciencia, lo abrió.

El inicio del libro estaba lleno de garabatos que parecían el trabajo de un grupo de gusanos bañados en tinta y arrojados desde un acantilado, pero más adelante, la caligrafía mejoraba y la tinta se volvía más brillante.

Leyó la primera página.

'Hoy conocí a la señorita Josephine Ingram y a su primo, Lord William Edmond Darby. He decidido casarme con él porque es pobre, apuesto y parece dócil.'

Él soltó una risita y pasó la página.

'Debo aprender todo lo que pueda sobre él si voy a ser su esposa. No le gustan las cosas dulces, detesta la sopa y adora el brandy. Lee The Gentleman's Magazine, Blackwood's Edinburgh Magazine, The Literary Gazette y libros enormes cuyos nombres no recuerdo; de todos modos, todos parecen terriblemente aburridos.'

'Sus ojos son bonitos, al igual que los míos, por lo que nuestros hijos tendrán ojos hermosos, incluso si el resto de su apariencia es como la de un sapo.'

'Le gusta dormir hasta el mediodía, lo cual, con toda razón, debería ser la norma, ya que levantarse temprano es una completa desgracia y una falta de respeto a la noche, cuando comienza la diversión.

No fuma mucho ni toma rapé, pero sí bebe un poco de brandy cada noche antes de dormir. Me pregunto si su cara se pone roja al embriagarse. Seguro que entonces no sería tan apuesto. Me gustaría verlo borracho alguna vez y burlarme de él por ello.'

'No creo que nada pueda hacerlo menos hermoso. Lo vi completamente hundido en sus copas de vino esta noche, y su piel sonrojada sólo lo hacía más atractivo. Tal vez, si contrajera la viruela, podría ser un poco menos apuesto. Si alguna vez enfermara gravemente o padeciera alguna enfermedad, me retiraría a un pintoresco pueblo para cuidarlo hasta que recupere la salud.'

'Le pregunté a Jo si parecía enfermo o tenía un cuerpo enfermizo y le supliqué que me avisara de inmediato si alguna vez estaba gravemente enfermo. Ella cree que soy horrible por desear algo así. Debo preguntarle a Penny si lo encerraría en una casa de campo para mí.'

'Penny se negó y llamó a un médico para que me diera alguna pócima amarga.'

Pasó las páginas, y las entradas ahora reflejaban a una Eli adulta. La sonrisa se desvaneció de sus labios.

'Jo mencionó a Mary esta noche, y él salió de la habitación en cuanto escuchó su nombre. Esa mujer lo persigue incluso después de su muerte. Ojalá hubiera sido mayor, más sabia y poderosa cuando lo obligaron a caminar hacia el altar. Nunca lo habría permitido.'

'Debo recordar decirle al ayuda de cámara que insista en que lleve un paraguas cada vez que salga. Le resulta incómodo cargarlo, pero se resfría con facilidad.'

'Lord S vuelve a acosarlo para que pague la deuda. Lo vi esta noche y le advertí que se mantuviera alejado. Lord S no necesita el dinero; simplemente disfruta haciendo sentir

insignificantes a los demás. Además, sospecho que las notas promisorias en su poder son falsificadas. Es un zorro astuto y casi descubrió mi identidad. Me lastimé la rodilla al escapar de su casa; el muro era más alto de lo que esperaba, y el hombre tenía lobos en lugar de perros cuidando su patio. Más tarde, en la Casa Ingram, oculté bien el dolor, y creo que Jo no descubrió nada. Me duele.'

Frente a un amor tan ardiente y apasionado que sólo había crecido con el tiempo, ¿cómo podía permanecer indiferente?

Pasó a la penúltima página, con los dedos temblorosos.

'Esta noche me confió un gran secreto, y discutimos algunos otros asuntos de los que no puedo escribir. Sé que no me ama, y he hecho las paces con ese conocimiento, pero lo que desgarró mi corazón fue que dijera que no lo conocía. ¿Cómo puede decir palabras tan crueles?

Él sabía que yo era Lancelot, y por lo tanto estaba al tanto de la mayoría de sus actos. La verdad no es que no lo conozca, sino que él no me conoce a mí, porque ¿de qué otra manera podría pensar que yo podría amar a un hombre tonto y cobarde? Siempre supe que era de voluntad fuerte y capaz, pero él sólo me veía como una niña difícil y rebelde.'

Pasó la página, con un nudo en el corazón.

'No puedo seguir; duele demasiado. Por lo tanto, esta noche pondré a Lancelot a descansar, enterraré la espada y regresaré a Finnshire. Él puede resolver sus propios problemas; mi intervención no es deseada.

Mañana, dejaré de amarlo.'

Una gota cayó en la última página, junto a una mancha de lágrima similar, como si fuera un sello que marcara el final de algo profundo.

—Mi señor —jadeó el mayordomo—. La señorita Ingram se ha desmayado.

Capítulo Cincuenta y Uno

El viento azotaba los árboles, las ramas raspaban contra las paredes de la casa, y una fría corriente de aire silbaba constantemente por los pasillos, robando todo vestigio de calor. La lluvia helada incluso caía por algunas chimeneas rotas e inundaba un par de habitaciones en ruinas.

Pero a William no le importaba en absoluto el viento rugiente ni la lluvia azotadora mientras observaba preocupado a Jo, que yacía en la cama.

—William, simplemente no comí lo suficiente, y el corsé estaba demasiado apretado —Jo le apretó la mano, sus uñas clavándose en los guantes de él—. No tengo fiebre, tos ni escalofríos. ¿Por qué llamarías al doctor Medley por una tontería como esta?

William frunció los labios, escéptico.

—Te daré un día, y si sigues indispuesta... —se detuvo cuando el ayuda de cámara llamó a la puerta—. Ah, Muttons, por fin llegas. Necesito enviar un mensaje urgente.

Jo lo fulminó con la mirada.

—Dijiste que me darías un día.

Ignoró a su prima y escribió rápidamente una nota.

Señorita Fairweather,
Jo está gravemente enferma. Puede que no sobreviva la quincena.
Vuelva a casa con urgencia.

Jo, mientras mordisqueaba una galleta, leyó el contenido de la carta y parpadeó confundida.

—¿Eh?

—Recuerda actuar como si estuvieras en tu lecho de muerte cuando llegue —selló el sobre y se lo entregó al ayuda de cámara—. Dáselo a Buttons y haz que lo envíe de inmediato.

—Eres perverso y cruel —Jo entrecerró los ojos—. William, déjala en paz, te lo ruego.

—Quiero casarme con ella.

La galleta se le cayó de la mano a Jo.

—¿Realmente?

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo... le tengo afecto.

—¿Estás bromeando?

—No.

—¿Saltarías al Támesis por ella?

—En un cálido día de verano, sí.

Jo lo fulminó con la mirada.

—William, no quería admitirlo, pero me estás forzando a ello. Si la hieres y tengo que elegir entre ustedes dos, escogeré a Elizabeth.

—¡Jo!

—Tiene más libras y mejores conexiones.

De repente, William sonrió.

—La amo. ¿Es suficiente razón para convencerte?

Jo se quedó atónita por un momento antes de aplaudir con deleite. Su enfermedad parecía haber desaparecido con esta noticia.

—Oh, estoy tan feliz, pero bien merecido lo tendrás si ella se niega a volver. Necesitas

añorarla tanto como ella ha sufrido.

Él bajó la mirada.

—¿Sufrió mucho?

—Sí. William, prométeme que la harás feliz, o te prohibiré casarte con ella.

Él apartó su mano con un gesto y se levantó.

—¿Eres su prima o la mía?

—Te estás sonrojando —dijo Jo, sorprendida—. Ah, ahora puedo morir feliz.

—No hables de eso.

—Tú eres el que escribe sobre mí en mi lecho de muerte.

—Ve a dormir.

—Ve tú a dormir.

—Yo no soy quien se desmayó como una damisela.

Jo le lanzó una almohada a la espalda mientras él se alejaba.

—Cuida tus palabras, o le diré a Eli cuando regrese que fuiste horrible conmigo mientras estaba enferma.

—Lo espero con ansias.

***

Mientras tanto, en Finnshire, Elizabeth tenía dolor de estómago. Sus labios estaban pálidos con un tinte azulado, y apenas podía levantar la cabeza mientras le rogaba a su doncella, Molly, que le diera algo de comer.

—¿Qué le gustaría, señorita? —Molly retorcía sus manos nerviosamente.

—Comida —respondió Elizabeth, sintiéndose como si estuviera en un barco con mareo.

—¿Qué tipo de comida?

—Pan —murmuró Elizabeth débilmente al final.

—¿Solo pan? ¿O té también? ¿Lo quiere con mantequilla? No el té, sino el pan. Su gracia ha enviado un pan de frutas; ¿es eso lo que quiere decir?

—Hmm.

—Quizás ya se haya terminado… Han pasado algunos días. Señorita… Señorita, ¿está dormida?

Jane entró a la habitación con paso firme, echó un vistazo al rostro pálido de Elizabeth recostada sobre el escritorio y exclamó:

—¿Qué ha pasado?

—La señorita pidió algo de comida, pero no me dijo que quería —balbuceó Molly—. Luego se quedó dormida.

—Se ha desmayado —Jane contuvo su frustración y tocó la frente de Elizabeth—. Cuando una persona está enferma, no la interrogues, sino haz lo mejor que puedas para ayudarla dándole lo que creas que necesita. Si no puedes ayudar o no sabes qué hacer, busca a alguien que pueda. Una persona enferma no puede tomar decisiones por sí misma porque su mente está confundida.

Los ojos de Molly se llenaron de lágrimas.

—Yo…

Jane estaba demasiado preocupada e impaciente para lidiar con ella.

—Corre y busca a un lacayo. Necesito a alguien que me ayude a levantarla y llevarla a la cama.

Molly se apresuró a salir, pero en lugar de un lacayo, regresó con Dimbercove.

—Mis disculpas —Dimbercove se quitó el sombrero e hizo una reverencia—. No quería entrometerme, pero escuché a Molly decir que Eli—la señorita Fairweather—se ha enfermado.

Lord Darby me dijo que esto podría ocurrir y le preocupaba que su doncella lo olvidara.

Sacó unas hojas de papel llenas de una letra fuerte y elegante y se las entregó a Jane.

—Él escribió esto.

Jane leyó la nota.

"El uso prolongado del tónico luminoso ocasionalmente la hace sentir mal, pero el médico me ha asegurado que no hay motivo para preocuparse. Sin embargo, debemos prevenir que recaiga, por lo que por favor denle la mezcla herbal que ha recetado cada día. Es amarga y solo la tomará si se le ofrece algo dulce después.

Eviten la leche, crema y alimentos pesados, pero no debe saltarse las comidas y debe comerlas puntualmente. He incluido algunas recetas de sopas ligeras que le gustan…"

Jane continuó leyendo y sus cejas se alzaron con asombro. La carta estaba llena de detalles sobre los gustos y disgustos de Elizabeth que ni siquiera Molly, quien había estado con ella durante diez años, había logrado deducir.

Lord Darby no consideraba a Elizabeth caprichosa ni una molestia, sino que se preocupaba meticulosamente por atender cada una de sus necesidades. No se burlaba de su crianza privilegiada, ni ignoraba ni descartaba su enfermedad, como harían la mayoría de los hombres, ni la dejaba a merced de su doncella.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas mientras apartaba el cabello húmedo de la frente de Elizabeth.

—Elegiste a un buen hombre. Bien hecho, Eli.

Al día siguiente, Elizabeth se sintió lo suficientemente bien como para sentarse en la sala familiar con su madre y hermanas.

La señora Fairweather observó cómo Elizabeth soplaba el té y tomaba un sorbo.

—Eli, ¿te gustaría que secuestrara a Lord Darby?

Elizabeth dejó la taza de té en la mesa y respondió con calma:

—No, gracias.

—¿Podría atarlo y obligarlo a confesar? —insistió la señora Fairweather.

—¿Tortura? —intervino Celine con entusiasmo—. ¿Con plumas?

—Podríamos darle mucho dinero —sugirió Dorothy—. A los hombres les gusta el dinero.

—¡Ya sé! —exclamó Penelope, aplaudiendo—. Arruinemos sus perspectivas, dejémoslo en la miseria, y cuando esté en la calle, hambriento y viviendo con ratones, llegarás en un elegante carruaje sosteniendo una botella de whisky y un cuenco de avena caliente para ofrecerle salvarlo. Entonces te amará.

—No —respondieron unánimemente las demás.

—Un poco de besos, entonces —dijo la señora Fairweather tras un momento—. O algo más, y luego podremos atraparte en el acto y enviarte a Gretna Green.

Elizabeth tomó la taza de té y bebió su contenido caliente, ocultando su rostro intensamente ruborizado.

La señora Fairweather y sus hermanas continuaron ofreciendo consejos. No podían ver a Elizabeth triste y la acosaron con planes, todos los cuales rechazó.

Elizabeth sabía que su familia lo hacía con buenas intenciones, pero cada mención de Lord Darby era como una puñalada en su corazón. Todos esos meses escondida en su casa la habían acostumbrado a su presencia, y ahora que no podía verlo todos los días, se sentía enferma.

Su hogar ahora parecía menos familiar que la casa de él, y sentía como si ya no pudiera respirar si no compartían el mismo aire.

A medida que pasaban los días, sus emociones empeoraban constantemente y apenas podía

contener las lágrimas.

Esta desesperación por otra persona era algo que nunca había sentido antes. Ahora entendía que lo que había creído amor era una pálida sombra de la realidad: un boceto áspero de un paisaje vívido y lujoso que insinuaba vientos ocultos y hermosos valles más allá de lo imaginable.

Ahora que lo comprendía, era abrumador e intenso, tanto que apenas podía soportar el torrente de emociones, pero justo cuando pensó que se desintegraría, llegó un mensaje instándola a regresar de inmediato, ya que Jo estaba gravemente enferma.

El corazón de Elizabeth se hundió, el miedo se apoderó de sus huesos y, sin perder tiempo, se apresuró a prepararse para partir.

La señora Fairweather y sus hermanas se despidieron de ella con alegría mientras subía nuevamente al carruaje rumbo a la Casa Ingram. Esta vez, la acompañaban baúles llenos de los vestidos más hermosos y escandalosos, recordándole que debía usarlos diariamente a la hora de la cena.

Sus hermanas le aconsejaron que debía aprovechar al máximo su escote. Los hombres no podían pensar ante la visión de suaves colinas, y si esas pequeñas montañas llegaban a rebotar, el cerebro de un hombre se derretía por completo y lo volvía estúpido.

—¡Debes usar tus armas y conseguir la victoria! —celebraron mientras el ruborizado carruaje avanzaba hacia la Casa Ingram.

Capítulo Cincuenta y Dos

Elizabeth saltó del carruaje y aterrizó sobre la nieve blanda, enviándola a volar hacia arriba. Sus medias se mojaron, pero no lo notó porque Lord Darby avanzaba hacia ella con una mirada intensa y decidida.

Sintió una punzada de miedo e incertidumbre. ¿Acaso no quería que regresara? Pero aquel mensaje había sido escrito por él… sus pensamientos se desvanecieron cuando él la envolvió en sus brazos, sin preocuparse por los sirvientes escandalizados que los rodeaban.

Su corazón retumbaba mientras el aroma y el calor de él la envolvían, disipando el frío invernal. Quiso hablar, apartarlo, pero su mente y su corazón parecían librar una guerra, dejándola confundida y aturdida, como un pájaro volando directo hacia una ventana, olvidando que la última vez se había golpeado el pico y perdido el conocimiento.

Cuando él retrocedió, sus ojos estaban ligeramente enrojecidos.

—Jo no se ve bien, estaba angustiado...

—Lo entiendo —respondió ella con la mayor frialdad que pudo.

El abrazo de hace un momento... Él simplemente estaba alterado y necesitaba consuelo; no había necesidad de explicaciones. Las personas hacían cosas extrañas cuando estaban alteradas. Su vecino, el señor Devon, lamía el papel tapiz cada vez que su hija lo visitaba, y su prima segunda había corrido vueltas alrededor de su casa antes de la noche de su boda.

Él la miró por un momento y luego, de repente, tomó su mano.

—Los sirvientes nos vieron...

—No importa. Están bien pagados y son discretos.

Su boca se torció, y Elizabeth frunció el ceño, confundida. ¿Por qué parecía molesto? Seguramente no pensaba que ella exigiría un viaje a la iglesia solo por eso.

La arrastró hacia el interior mientras ella aún reflexionaba sobre su extraño comportamiento.

—Eli, me alegra que esté aquí —dijo con sinceridad.

Dijo sin pensar. —Es familia; por supuesto que vendría en un momento así.

Ambos se quedaron inmóviles, y ella deseó poder zambullirse en la nieve y enterrarse en ella, como un cisne buscando peces en un lago.

Él reprimió una sonrisa después de un momento, pero no lo discutió.

Ella carraspeó.

—Quiero decir, todos somos hijos de la tierra, británicos de nacimiento, en un sentido, una gran familia. Todos los humanos estamos relacionados. Después de todo, nacimos de Adán y Eva. Son nuestros tatarabuelos muchas veces, por lo que estamos emparentados.

Su rostro se enrojeció mientras balbuceaba tonterías, y aunque había llegado con el viento y el hielo, su cuerpo comenzó a sentirse caliente e incómodo.

Él asintió con seriedad.

—Entiendo y estoy totalmente de acuerdo con cada palabra que dice. De hecho, somos una familia.

Su corazón comenzó a latir con fuerza ante sus palabras, y su mente se quedó en blanco. ¿Por qué se comportaba de manera tan diferente? Sus ojos tenían una nueva calidez, y la miraba como si fuera un delicioso conejo asado al que quisiera devorar.

¿La enfermedad de Jo le había afectado la mente?

Era posible, dado que había perdido a toda su familia y a todos los que amaba. Era natural que temiera perder a Jo.

—Sobre lo de antes —murmuró justo antes de entrar a la sala de la mañana—. ¿Podría golpear su cabeza contra la pared unas cuantas veces, hasta que olvide lo que ocurrió hace un momento?

—¿Quiere que olvide que nos abrazamos? ¿O la parte en que nos llamó nietos de Adán y Eva?

—Silencio —susurró ella con un gemido—. Todo, olvídelo todo.

—Me temo que quiero recordarlo por el resto de mi vida.

Todo su rostro ahora ardía.

—Finja que lo olvida entonces y nunca hable de ello, mi señor, por favor.

—No.

—Pensé que era un caballero.

—Un grave malentendido de su parte. No soy nada de eso. Ahora, hace demasiado frío.

Le quitó los guantes y el abrigo, comportándose como si todos los sirvientes se hubieran convertido en fantasmas invisibles, y la condujo a la sala familiar, donde tres grandes chimeneas ardían con entusiasmo.

—Siéntese junto al fuego.

—Eli —dijo Jo, acomodada en un gran sillón, sonrió radiante.

Se veía fresca y sonrosada, incluso un poco más robusta, y Elizabeth se preguntó si había sido engañada para creer que estaba enferma.

Jo, ajena a las sospechas de Elizabeth, se levantó de un salto y se dirigió hacia ella.

—Estoy tan contenta de que estés aquí. Lady Fowler está durmiendo la siesta y estaba tejiendo un sombrero nuevo para ti. William quemó el otro; lo vi arrojarlo al fuego. Déjame abrazarte…

Pero no llegó a los brazos de Elizabeth, porque de repente, su voz se apagó, su cuerpo se desplomó y cayó desmayada.

***

Jo despertó poco después de que la acostaron en la cama. Su piel había palidecido, y la delgada piel bajo sus ojos parecía amoratada bajo la luz de la tarde.

Alguien había ido a buscar al médico. Mientras tanto, Elizabeth, viendo a su amiga en ese estado, se sintió consternada.

—¿Voy a morir, Eli? —susurró Jo.

—No —la voz de Elizabeth tembló—. No pareces tan enferma, solo un poco desmejorada. Una buena noche de sueño es todo lo que necesitas.

Jo asintió y obedientemente cerró los ojos mientras Elizabeth salía de la habitación.

No podía soportar quedarse más tiempo en la casa. Las paredes de la Casa Ingram parecían de repente impregnadas de miedo y angustia, y se sentía asfixiada.

Había dejado de nevar, y el sol estaba bajo en el horizonte, pero, sin importarle la temperatura helada ni la inminente llegada de la noche, se puso una capa roja oscura y salió apresuradamente al exterior.

Caminó con rapidez hacia el lago artificial de la propiedad, donde quedó sorprendida al ver a alguien caminando sobre su superficie como una criatura sobrenatural.

Era Lord Darby, quien también había escapado de la casa debido a la inquietud que había dejado el desmayo de Jo.

—¿Y entonces? —preguntó él cuando los sirvientes se retiraron con las lámparas.

Elizabeth, sin darse cuenta, se inclinó más cerca de él mientras reanudaban su paseo y continuó recordando:

—Eso fue solo un incidente entre muchos. Mi familia intentó ocultarme que mi pato mascota había muerto porque lo alimenté demasiado, y cuando rompí mi muñeca, la reemplazaron por una nueva diciendo que la habían reparado. Todos parecían pensar que estaba hecha de porcelana

y que una verdad amarga me rompería. Así que decidí no ser más de corazón tierno, porque si lo eres, las personas empiezan a esconderte cosas.

—Entonces decidió ser fuerte —él le sonrió desde arriba.

Ella asintió.

—No es agradable ser engañada constantemente y que no te digan las cosas. Me hacía sentir infeliz, como si no fuera alguien en quien pudieran confiar, sino una carga a la que había que proteger. Quería que mi madre llorara en mi hombro y que mis hermanas compartieran sus preocupaciones conmigo. ¿No es eso lo que significa ser parte de una familia?

—No lo sé, pero suena bonito.

Él pasó un brazo alrededor de sus hombros y la acercó más.

—Está temblando —dijo.

—Usted también —respondió ella, al sentir cómo sus dedos temblaban—. Tome mi calentador de manos. Ha estado en el agua más tiempo que yo.

Él tomó su mano enguantada, la colocó sobre el calentador y la cubrió con la suya.

—Podemos compartirlo.

Su pecho se sintió como si cien conejos retozaran dentro de él, y ese calor extraño subió otra vez, tiñendo su piel.

—Esto no es apropiado.

—Los sirvientes son discretos —repitió él, devolviéndole sus propias palabras.

Elizabeth miró sus manos entrelazadas y tiró varias veces para intentar liberarse, pero él se negó a soltarla.

Dijo que no era un caballero, y empezaba a entender por qué.

—El médico ha llegado —el mayordomo corrió hacia ellos, haciéndoles señas con urgencia.

Las piscinas de luz dorada proyectadas por los faroles de aceite que los sirvientes sostenían iluminaron el camino mientras se apresuraban hacia la casa.

Sus manos seguían firmemente unidas.

Después de un momento, como si quisiera distraerla de la inminente conversación con el médico, él acercó sus labios a su oído y dijo: —No terminamos nuestra conversación porque corrió de vuelta a Finnshire.

Todo su cuerpo sintió un cosquilleo cuando el aliento de él rozó su sensible oído.

—¿Q... qué?

Él pareció satisfecho con la expresión aturdida en su rostro y se enderezó.

—Nada, ya llegamos. Cámbiese la ropa mojada y encuéntreme en la habitación de Jo.

Capítulo Cincuenta y Tres

Había una tormenta de nieve afuera. Copos blancos caían del cielo como azúcar glas, y el viento los lanzaba juguetonamente en todas direcciones.

Elizabeth caminaba de un lado a otro en la habitación mientras el médico tomaba la muñeca de Jo y le revisaba el pulso. Le hizo algunas preguntas, y su rostro arrugado y enrojecido se volvía más grave a medida que Jo respondía.

El médico se volvió hacia la joven asistente a su lado, susurró unas palabras y corrió las cortinas de la cama.

La mujer examinó a Jo a continuación y finalmente anunció en voz baja: —Señorita Ingram, está embarazada.

Elizabeth se echó a reír. —Eso no puede ser.

El médico carraspeó y dijo, disculpándose: —Tendré que informar a Lord Darby.

Elizabeth miró a Jo divertida.

—Jo, diles que es imposible.

La sonrisa desapareció de sus labios al no recibir respuesta desde detrás de las cortinas de la cama.

—¿Jo?

—No se lo diga a mi primo —la mano de Jo salió disparada de entre los cortinajes y agarró el brazo del médico—. Por favor. No podrá soportarlo.

—Lo entiendo, pero es solo cuestión de tiempo antes de que comience a notarse —respondió él con suavidad.

Elizabeth seguía confundida.

—Pero ella no está casada. ¿Cómo puede ser?

—Creciste en una granja, Eli —replicó Jo con angustia—. ¿Te has vuelto estúpida?

Elizabeth miró a su amiga, asimilando lentamente la noticia, pero aún no lograba entender.

¿Cómo podía ser?

Jo era una buena chica: bien educada, correcta y amante de los libros, que no pensaba en nada más.

Pero aun así, ¿con quién podría haber tenido una aventura? Vivían juntas, comían y bebían juntas, y compartían cada pensamiento, ¿o no?

—No entiendo —dijo Elizabeth, sintiendo de repente una enorme angustia, casi ofreciendo su propio pulso al médico—. ¿Cómo es esto posible?

—¿Acaso los hombres no pueden desearme? —preguntó Jo con franqueza.

Elizabeth no discutió con ella como en el pasado, ni salió corriendo, sino que se sentó en silencio mientras Jo sorbía una taza de té que la enfermera le había dado.

Elizabeth observó a su amiga esconder sus labios temblorosos detrás de la taza y sintió un nudo en el corazón.

Las preguntas podían esperar.

Se inclinó hacia adelante y apartó un rizo detrás de la oreja de Jo. —No tengas miedo; yo me encargaré de esto.

Jo rompió a llorar y la abrazó. —¿Cómo vas a arreglar esto, Eli? ¿Cómo?

—Dime quién es el responsable, y haré que se case contigo.

—No.

—Es la única manera.

—¿Puedes ocultárselo a William?

—Confía en él. No es tan mezquino como crees.

—Le romperá el corazón.

—Jo, él lo sabrá tarde o temprano. ¿No preferirías que lo escuchara de ti?

—Espera. Solo hasta que hable con el responsable.

—¿Puedes confiarme el nombre? Jo... por favor.

Jo mordió su labio y soltó: —El conde de Leigh.

Elizabeth parpadeó. —¿Cuándo te volviste tan cercana?

—Quería cortejarte —Jo desvió la mirada—. Me pidió ayuda el día que confesaste tus sentimientos a William. Me atosigó con cartas hasta que cedí y lo ayudé diciéndole lo que te gustaba o a quién planeabas visitar... cosas tontas, inofensivas. Nos encariñamos mientras seguíamos intercambiando cartas, y luego visité su casa.

—Las carreras de caballos —recordó Elizabeth.

—Me di cuenta de que nos habíamos tomado cariño. Por lo que, mientras tú pensabas que estaba ocupada aprendiendo a ser la señora de una mansión y haciendo visitas matutinas, comencé a encontrarme con él en secreto.

—Entonces, cuando lo sepa, se casará contigo.

Jo negó con la cabeza. —Su madre no lo aprobará.

—Entonces huyan.

—Eli, el mundo no piensa ni actúa como tú. Él adora a su madre y nunca irá en contra de sus deseos.

—No buscó su aprobación cuando estuvo contigo —espetó Elizabeth—. Ese hombre tiene que asumir la responsabilidad por lo que ha hecho.

—Este asunto no es de tu incumbencia —gritó Jo—. Creo que deberías regresar a Finnshire.

Elizabeth acomodó una almohada detrás de Jo. —Me quedaré hasta verte casada.

—¡Elizabeth! No queremos que estés aquí, ni yo ni mi primo.

Elizabeth palideció ante las duras palabras, pero no se rindió.

—No partiré hasta que este asunto esté resuelto, por crueles que sean tus palabras.

***

Un relámpago cruzó el cielo, y un trueno resonó como si un dios estuviera enojado.

William se alejó de la puerta que llevaba a la habitación de Jo y volvió a su estudio. Se quedó junto al fuego, con la esperanza de que el calor disipara el frío que se había instalado en sus huesos.

Esta nueva circunstancia era una broma cruel, como si alguien controlando su destino estuviera jugando con los hilos de su corazón. Había estado cansado de reprimir su amor por Elizabeth, sin importar las consecuencias, y entonces, le recordaron su mala suerte.

¿Cómo podría conseguir lo que deseaba tan fácilmente? ¿Acaso no era esta la razón por la que había dejado de desear cosas?

—William —Elizabeth había entrado en algún momento sin que él se diera cuenta, y escuchar su nombre en sus labios lo devolvió al presente.

—Eli, ¿quiere una copa?

Ella aceptó el vaso de whisky y un cigarro.

—Parece... ¿el médico se lo dijo?

—Escuché su conversación.

Ella soltó un suspiro. —Él se casará con ella.

—Y si no lo hace, tendré que ocupar su lugar.

Las manos de Elizabeth temblaron mientras cortaba el cigarro. —Todavía no todo está perdido.

Él se giró hacia ella. —Estoy asustado.

Ella lo miró, sorprendida. —Lord Darby, confía en mí, encontraré una solución. Jo no es Mary.

—No quiero casarme con ella... Nos haría muy infelices a ambos.

—Si el conde se niega, podemos esconderla en el campo. Ya no asistirá a la temporada, así que unos meses lejos...

—Ella no abandonará al niño. Jamás lo permitiré.

—Fingiré que es mío y lo criaré; después de todo, algo así se espera de mí.

Sus pestañas temblaron, y su piel, como un melocotón perfectamente maduro y sonrojado, pedía ser mordida.

Él maldijo por lo bajo y se acercó a ella. En un instante, ella estaba en sus brazos, y él la besaba.

Sus emociones estaban desbordadas, y se sentía perdido; ella era su única ancla.

La levantó y la presionó contra la pared. Se separó brevemente para susurrarle:

—Abre la boca.

Ella obedeció... naturalmente, obedeció. Su cuerpo entero se volvió inerte y se derritió como miel bajo sus labios.

La besó apasionadamente, negándose a dejarla ir. Todo le había sido arrebatado, de a una cosa a la vez; todo lo que le daba alegría y amor había desaparecido.

Pero esta vez no quería rendirse ante el destino. Esta vez quería proteger y valorar a la única persona que significaba más para él, y curiosamente, no era el nombre de Jo el que venía a su mente, sino el de Elizabeth.

Se apartó de sus labios, cayó de rodillas frente a ella y se recostó en su abrazo.

—Todo estará bien —prometió en voz baja—, porque esta vez lucharemos juntos.

Capítulo Cincuenta y Cuatro

A la mañana siguiente, el Conde de Leigh se presentó en la sala de estar de Ingram House.

—Señorita Ingram, la amo ardientemente —declaró.

Elizabeth, sentada en el banco del piano, asintió con ánimo.

El conde miró la cabeza asintiendo de Elizabeth, palideció y se arrodilló. —Cásate conmigo, mi querida Josephine.

Elizabeth levantó la mano, preguntándose si debería añadir una melodía romántica para realzar el ambiente.

El conde se sobresaltó y se postró ante Jo. —Moriré sin ti.

William observaba todo el espectáculo con una chispa en los ojos.

Jo, mientras tanto, mordió una uva, la tragó y preguntó:

—¿Tu madre no tiene objeciones?

—Soy un hombre adulto —tembló el conde—. No tengo miedo ante el amor.

—Puede irse —William ya estaba harto de tanta tontería.

El conde parecía confundido. —¿Cuándo será nuestra boda?

—No habrá boda —respondió William cortésmente.

El conde cruzó la mirada con Elizabeth y de inmediato soltó unas lágrimas.

—Vengo de una familia decente. Nos adoramos, rezamos, ¿por qué deben separarnos?

William decidió ser directo. —Su cara me desagrada.

El conde mostró los dientes intentando parecer más atractivo.

—Tendremos un plato para usted grabado con su nombre en nuestro pequeño nido. Estaba pensando en pintar las paredes de azul para que coincidan con sus ojos.

—Los ojos de Jo son verdes.

—Me expresé mal.

—Haré de cuenta que también se expresó mal cuando dijo que quería casarse con ella.

—¿Entonces nada cambiará su opinión?

—No.

—Rechazo la dote y le pagaré en su lugar.

—No.

—¿Por qué no?

—Mi lord —dijo William amablemente—, usted es un buen hombre. Estamos en medio de un lío familiar. No quiero ser grosero, pero sería mejor que se marchara. En cuanto a casarse con Jo, es imposible.

El conde hizo una reverencia, mordisqueó su sombrero un momento y luego se dio por vencido.

Una vez que se fue, William se frotó las cejas.

—Eli, pensé que íbamos a resolver esto juntos.

—¿Pero no es maravilloso? —Elizabeth parpadeó—. El hombre vino por su cuenta y confesó su amor. No tuvimos que hacer nada.

Jo observó con calma: —Lo has golpeado.

William despidió a los sirvientes que se habían reunido en el pasillo, cerró la puerta y volvió a su asiento.

—Esta mañana descubrí que la esposa del hermano mayor del conde fue asesinada porque dio a luz dos hijos muertos y no produjo un heredero vivo. Se volvió a casar en menos de un año.

Elizabeth quedó atónita.

—El conde no parece cruel.

Él continuó como si ella no hubiera hablado: —¿Crees que Jo estaría segura en una familia así? El conde de Leigh es muy consciente de los hechos, por eso no quiere enfrentarse a su madre. ¿Cómo podría una familia así aprobar a Jo como su esposa? Lo más probable es que se deshagan de ella antes o después de la boda.

—Pero el conde la protegerá —objetó Elizabeth—. Ellos… concibieron un hijo, así que debe amarla.

—El deseo de un hombre no tiene nada que ver con el amor —le dijo él con franqueza—. ¿Realmente eres tan ingenua para creer eso?

Ella enrojeció y bajó la mirada. Tras un momento, preguntó:

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Puede quedarse en casa, estar protegida y cuidada, en lugar de vivir en un lugar donde será descuidada o algo peor. La alta sociedad ya nos margina de todas formas...

—El niño sufrirá —señaló Elizabeth—. Ahora no te importa, pero después…

—No me casaré contigo, William.

Jo estaba cansada de que discutieran sobre ella como si no estuviera en la habitación.

—Prefiero tener a este hijo siendo una mujer soltera, enfrentar la ira de la sociedad y ser rechazada, que hacer lo que hizo mi hermana.

William levantó la mano en un gesto conciliador.

—Jo, escúchame…

—No —lo interrumpió, molesta—. ¿Cuánto más vas a cargar con los errores de mi familia? Nada de esto es tu culpa.

Rompió a llorar y lanzó el cuenco de uvas al suelo. Este golpeó la alfombra sin romperse, lo que la enfureció más.

—Basta, William, deja de ser un mártir; me enfermas. Estoy harta de verte hacer todo por mi felicidad: tu bondad me pesa. Debo comportarme y ser una joven disciplinada porque has sacrificado toda tu vida y tu felicidad por mí. ¿Por qué no puedo tener la libertad que tiene Eli? No quiero enterrar la cabeza en los libros, aceptar mi destino y ser una solterona. Por favor, deja de tratarme tan bien, te lo suplico.

Él palideció y pareció visiblemente afectado, como si cada palabra de Jo lo hubiera golpeado físicamente.

Elizabeth estuvo momentáneamente indecisa, pero al final optó por acudir al lado de Jo.

—Cálmate, pensaremos en algo. Tenemos tiempo. Deja de llorar; ven, toma un poco de té. ¿Quieres pan tostado? ¿Naranjas? Mi hermana envió algunas desde su invernadero.

Jo continuó llorando mientras William las observaba, descontento. Sus problemas parecían no tener fin.

***

Los ojos de Elizabeth se abrieron de golpe al oír a alguien correr frente a su habitación. Rápidamente se puso una bata, agarró un candelabro y se dirigió al pasillo.

Vio una figura girar en la esquina.

Las campanas de la iglesia a lo lejos daban las dos, indicando que era tarde en la noche.

Elizabeth tragó su miedo a la oscuridad, apagó la vela para no delatarse y se apresuró a seguir al intruso.

Aquel zorro de piel color crema sobre el hombro de la figura le resultaba familiar.

Las paredes parecían exhalar un aire helado, enfriando el ambiente, robándole el calor de la

piel y haciéndola temblar en la fina bata de satén que había puesto sobre su camisón.

Cuando acortó la distancia entre ellas, reconoció que no era una sirvienta ladrona, sino Jo.

Siguió sus pasos con cautela mientras su mente bullía de confusión.

¿Adónde iba?

Jo no podía estar yendo al encuentro del conde, ya que esa mañana había mostrado indiferencia hacia él y lo había rechazado incluso después de que este le suplicara matrimonio.

Su cabeza estaba llena de preguntas... ¿Cuántos secretos guardaba Jo?

La oscuridad amplificaba el terror en su corazón mientras de repente se daba cuenta de lo sola que estaba en una mansión que no era su hogar.

En los últimos dos días, Jo se había vuelto una extraña, llena de secretos y planes que la inquietaban y la hacían dudar de su lugar en esa casa.

Una brisa gélida la envolvió, haciéndola temblar sin control. No podía encender una vela ni tenía un plan; dos cosas que siempre la reconfortaban en momentos como ese.

Aceleró el paso y casi corrió tras Jo, pero su amiga era más rápida. Abrió la ventana del salón y saltó.

Elizabeth la siguió, agradeciendo la luz helada de la luna que se derramaba en el alféizar. Su corazón se tranquilizó al acercarse a la claridad, y su mente comenzó a trabajar de nuevo.

¿Planeaba la chica hacer algo imprudente, como escapar para liberar a Lord Darby?

Descartó la idea tan pronto como surgió. Jo no era de las que tomaban decisiones cobardes ni tan necia como para desaparecer sabiendo que eso heriría profundamente al lord.

Cansada de especular, se inclinó sobre el alféizar y miró hacia afuera. Tuvo suerte, pues Jo no se había alejado mucho, sino que estaba lo suficientemente cerca del salón como para poder escuchar.

La luna, casi llena, bañaba a dos personas que permanecían juntas en un estrecho sendero de piedra.

Jo sostenía la mano de un hombre, una figura alta y delgada que le resultaba familiar... terriblemente familiar.

No era el conde; no, esa persona era mucho más alta y, por la ligera joroba en la parte superior de su espalda, mucho mayor también.

Inclinó la cabeza para escuchar mejor.

—No respondiste a mis cartas… se enteraron —Jo sollozaba incoherentemente.

—Salí tan pronto como recibí tu mensaje urgente sobre nuestro hijo. Después, me retrasé por las secuelas de la tormenta. La nieve estaba apilada y los árboles caídos bloqueaban los caminos. Nunca abandonaría a mi familia.

El hombre inclinó la cabeza y besó a Jo en los labios.

El beso fue profundo, apasionado y voraz, y ninguno de los dos se molestó en ocultar el sonido de sus labios y gemidos.

La cara de Elizabeth ardió, y apartó la vista. Esa voz… era familiar, la había escuchado muchas veces.

—Jo —dijo el hombre con voz ronca—, inclina la cabeza hacia la derecha… a un ángulo de veinte grados. Así está bien.

Ah, lo reconoció; era el profesor de matemáticas, el señor Marlowe, de la casa Atterberry. ¡El que había enamorado a todas las mujeres!

—¿Quién es ese hombre?

Elizabeth casi gritó al oír un susurro tras ella. Se giró de golpe y encontró a Lord Darby observando con furia a la pareja abrazada.

Su corazón latía con violencia, pero recordó colocar un dedo sobre los labios de él para indicarle que guardara silencio.

Él frunció el ceño y, distraídamente, tomó su mano, comenzando a calentarla entre las suyas. Ninguno de los dos llevaba guantes, por lo que aquel repentino contacto desnudo abrasó su piel.

Tras un momento, él acercó los labios al borde de su oído y preguntó: —¿Lo conoce?

Ella asintió e intentó alejarse, pero el alféizar de la ventana se le clavaba en la espalda, dejándola sin escapatoria.

—¿Debería detener esto? —susurró él, con un atisbo de enojo en el rostro—. Ellos están...

Sus ojos bajaron hasta los labios de Elizabeth, y esta, con rapidez, le sujetó la muñeca. Un tenue vaho escapó de sus labios al hablar: —C-cálmese.

Al no parecer convencido, ella se inclinó hacia él, imitando el gesto anterior de él, y habló con la boca cerca de su oído: —Creo que es el padre del bebé.

Él la miró, aturdido. —¿Eh?

—Silencio... escuche. —Elizabeth volvió a observar a la pareja.

Jo seguía hablando, pero ahora su conversación era demasiado baja para entenderla.

Elizabeth intentó concentrarse y se inclinó un poco más hacia la ventana, pero todo su cuerpo hormigueaba, como si el aire entre ella y Lord Darby se hubiera condensado, volviéndose tangible. Podía sentir el calor del cuerpo de él y ya no lograba concentrarse en la pareja que se encontraba a unos pasos.

Jo seguía hablando con su amante, pero Elizabeth ya no podía descifrar las palabras. El hombre detrás de ella había captado todos sus sentidos.

Podía oír la respiración constante de Lord Darby y el ruidoso roce de su bata de satén contra la ropa de él. Todo lo que sentía era el rápido y furioso ritmo de su aliento sobre su nuca, junto con el calor que emanaba de su cuerpo, protegiéndola del viento gélido de la noche.

La pareja, a unos pasos de distancia, continuaba hablando en voz baja y, de vez en cuando, se besaba. Finalmente, justo cuando Jo comenzó a girarse hacia la sala de la mañana, Lord Darby tiró de Elizabeth hacia sus brazos, se apartó de la ventana y se escondió detrás de una silla alta de cuero rojo.

Fue un movimiento suave y silencioso, propio de dos personas experimentadas en el arte de no dejarse sorprender.

La oscuridad los envolvía, lejos de la brillante luz de la luna. A su lado, la chimenea permanecía fría y silenciosa. Solo el suave y rápido aliento de ambos emitía un leve sonido, y las blancas columnas de vaho que escapaban de sus bocas se entrelazaban con ansias.

El corazón de Elizabeth latía desbocado; Lord Darby la envolvía por completo. Era la primera vez que un hombre la sostenía estando ella vestida apenas con un fino camisón y una bata de satén. La situación escandalosa en la que se encontraba, atrapada y sin poder emitir un sonido, la hizo estremecerse.

Él confundió su temblor con frío y la acercó aún más.

La mente de Elizabeth se nubló, y su cuerpo se movió como si no tuviera voluntad propia.

El calor de él era tan agradable, tan placentero, que casi se acurrucó contra su pecho como si estuviera embriagada.

Sus labios rozaron el cuello de él, una sola vez, como por accidente, y él se tensó, clavándole las uñas en el brazo a modo de advertencia.

El sonido de Jo regresando al interior fue lo suficientemente ruidoso y torpe como para devolverla a la realidad. Elizabeth centró su atención en el ruido del petimetre de Jo y las zapatillas aterrizando con fuerza sobre la alfombra. Su respiración era tan rápida y descompasada

como la de ellos.

Jo no miró a su alrededor, claramente absorta en otros asuntos. Apresuradamente, tomó el mismo camino por el que había llegado, y Elizabeth exhaló el aliento que había estado conteniendo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lord Darby.

Elizabeth se dio cuenta de que seguía aferrada a la camisa de él y apoyada en su calor. Soltándolo de inmediato, se puso de pie de un salto. —Hablaré con ella y descubriré la verdad.

—¿Cree que ella... cuántos...? —No pudo terminar la frase.

—Jo no es así. Tengo el presentimiento de que el conde fue solo una distracción. Siempre ha estado enamorada del señor Marlowe.

—¿El señor Marlowe?

—Nos enseñó en el seminario, y muchas chicas lo admiraban. Nunca tomé en serio el interés de Jo por él, ni pensé que él pudiera corresponderle. —Su mente estaba revuelta, y su discurso, desordenado—. No tengo del todo claro lo que está ocurriendo... pero deme algo de tiempo para averiguarlo.

—Un día —cedió finalmente—. Mi prima besando a un extraño en mi propia casa... si no me hubiera detenido, lo habría matado.

—Si lo hubiera matado, habría terminado en la cárcel, y su prima estaría sola para cuidar al bebé.

—Pero la tenemos a usted —replicó él suavemente—. Jamás dejaría sola a Jo. Además, si yo terminara en la cárcel, usted me sacaría de allí y me escondería para siempre. ¿No es eso lo que más desea?

Él levantó la mano y la acercó a su rostro; al ver que ella no se apartaba, acomodó un mechón rebelde detrás de su oreja. Su dedo trazó una línea por la mejilla enrojecida de Elizabeth y se detuvo cerca de la comisura de sus labios.

En la oscuridad, cada palabra y cada toque se intensificaban, y la imagen previa de la pareja besándose apasionadamente añadía al ambiente una sensibilidad que crecía hasta volverse insoportable.

Sentía como si estuviera cayendo en un pozo profundo; su estómago se revolvía, y su piel ardía como si hubiera atrapado fuego. Un gemido escapó de sus labios, sobresaltándolos a ambos.

—Elizabeth. —Él dio un paso hacia ella, pero ella, recuperada del impacto, retrocedió con rapidez. Aquel no era el momento para detenerse en asuntos egoístas—. T... tengo que hablar con Jo antes de que se duerma.

—Quiero una explicación lo antes posible —le dijo mientras ella se alejaba—. Solo puedo tolerar hasta cierto punto, Eli. Un día más y llamaré al responsable para retarlo a un duelo.

Capítulo Cincuenta y Cinco

Elizabeth encontró a Jo en su habitación, con las velas encendidas iluminando cada rincón. Había un baúl abierto sobre la cama, y ella lanzaba cosas dentro apresuradamente.

—¿Te marchas? —preguntó Elizabeth con suavidad.

—¡Eli! —Jo se giró sobresaltada. Sus ojos verdes estaban anormalmente brillantes y abiertos, sin rastro de sueño. Su cabello caía sobre sus hombros, suelto y desordenado.

—¿Golpeé al conde sin razón?

Jo se sonrojó y evitó mirarla.

—Me besó y declaró su afecto. No pasó nada más entre nosotros. Sabía que perdería el valor frente a su madre y se negaría a casarse conmigo. Además, William nunca permitiría que me casara con una familia así; por eso, yo... yo lo tenía todo planeado. Olvidé tomar en cuenta tu opinión.

—Ya veo. Él pensó que había descubierto sus sentimientos y que, simplemente porque te había besado, decidí que debían casarse.

Jo asintió.

—Algo así.

—Entonces, ¿el padre del bebé?

—Richard... el señor Marlowe.

—¿Cuándo dejaste de confiar en mí, Jo?

El silencio descendió en la habitación.

Después de lo que pareció una eternidad, Jo alzó la mirada, sus ojos rojos de angustia.

—Richard es pobre, mucho mayor que yo y no tiene familia. Tú y William me habrían disuadido... y no pude evitar ocultarlo.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Dos años. En la escuela, no me notaba... pero nos encontramos nuevamente. Es pariente de la señora Farrow, en el pueblo, y la visita con frecuencia. Lo encontré cuando le llevaba un caldo mientras estaba enferma. Comenzamos a hablar y... nos enamoramos.

—¿Esto es la verdad?

Jo escondió el rostro entre las manos.

—Tenía miedo de esperar... de confiar. Pensé que me quedaría soltera. Todos esos hermosos vestidos que Jane consiguió para mí en las temporadas no sirvieron de nada. Ningún hombre me quería, excepto él. Yo también quiero casarme y formar una familia, Eli, y pensé que, si eso no era posible, al menos podría tener un romance discreto y vivir el resto de mi vida con esos recuerdos. Al final, el bebé... lo cambió todo, y ahora ha salido a la luz.

—¿Por qué estás empacando?

—Vamos a Gretna Green. Quiere casarse conmigo.

—Felicidades —la voz de Elizabeth era fría—. No te detendré, y si me lo hubieras confesado antes, quizás hasta te habría ayudado.

Jo agarró las frías manos de Elizabeth.

—Lo siento, tenía miedo y estaba confundida. Confío en ti.

Elizabeth dio un paso atrás.

—Fui una tonta al inmiscuirme en tus asuntos familiares todos estos años. Soy yo quien debería disculparse por entrometerme en asuntos que no son míos.

Un vasto abismo parecía haberse abierto entre ellas. Elizabeth había hecho nada más que

apoyarla todo este tiempo, pero Jo había seguido ocultándole cosas y mintiéndole. Estaba herida y no podía perdonarla tan fácilmente.

—Eli...

—Vete; debe estar congelándose, esperándote en este clima. Les deseo felicidad a ambos.

Jo dudó por un momento antes de suspirar con resignación.

—Te ganaré nuevamente —prometió con fiereza—. No todos podemos ser tan honestos y de corazón limpio como tú, Eli. Algunos hemos tenido una vida difícil y nos cuesta amar tan abierta y apasionadamente. Perdóname esta vez.

Elizabeth apretó los labios y miró hacia la fría y oscura noche, ocultando sus ojos húmedos.

Jo hizo una profunda reverencia en señal de disculpa y se marchó. En el momento en que sus pasos desaparecieron, Elizabeth corrió hacia el ala oeste.

La puerta de la habitación de Lord Darby estaba abierta, y una vela ardía tenue, iluminando una figura detrás de las suaves cortinas transparentes de color blanco. La débil luz parpadeante apenas iluminaba parte del cuarto, creando un pequeño círculo dorado que añadía una sensación de intimidad, separándolo del resto de la oscura y expansiva estancia.

La figura en la cama se giró hacia la luz, y Elizabeth aminoró sus pasos al acercarse.

Lord Darby ya estaba dormido, respirando de manera acompasada. Sus hermosas pestañas oscuras descansaban indefensas contra su piel pálida, proyectando una sombra sobre sus mejillas como las alas de un ángel oscuro tendidas sobre sus párpados cerrados.

Su labio inferior brillaba ligeramente, como si lo hubiera humedecido en sueños.

Después de toda la emoción de la noche, sus sentimientos habían salido a la superficie, amenazando con estallar si no los liberaba.

Separó las cortinas de la cama y vaciló... Era raro verlo en paz, y no podía pedir a los sirvientes que lo despertaran para contarle sobre la fuga; era el tipo de asunto que debía manejarse con discreción.

Tendría que despertarlo ella misma.

Un aroma profundo y almizclado mezclado con tabaco y brandy impregnaba la habitación, casi intoxicante por lo diferente que era de las fragancias florales a las que estaba acostumbrada en su propio dormitorio femenino.

El aroma se había impregnado en el aire, haciéndolo denso y pesado, y tuvo que hacer un esfuerzo mayor para inhalarlo.

Observó su figura dormida, disfrutando del lujo, aunque consciente de la urgencia de la situación.

Un momento más, se dijo a sí misma y se inclinó hacia él, acercándose a su rostro, deseando satisfacer su curiosidad.

¿Sería este embriagador aroma más fuerte cerca de su piel?

Un pensamiento peligroso la instó de repente a abandonar la precaución. Jo había sido lo suficientemente valiente como para ignorar las normas y dar el salto solo para crear recuerdos.

Elizabeth ahora deseaba lo mismo; quería deslizarse debajo de las sábanas.

De repente, la llama de la vela creció y crepitó en advertencia, devolviéndola rápidamente a la realidad. Dio un sobresalto, pero una mano salió disparada y le agarró el cuello, evitando que pudiera escapar.

—Te he atrapado. — Sus ojos se abrieron de golpe, y la miró por un momento.

Ella se quedó quieta, su corazón latiendo como si hubiera corrido hasta Finnshire y vuelto. Las emociones burbujeaban ahora, calientes y agitadas, haciendo que su mente se quedara en blanco.

El silencio entre ellos pareció alargarse, y a esa hora, cuando el mundo dormía, la sensación de

crisis se intensificó. Ambos estaban al borde de un precipicio, y por más traviesa que fuera Elizabeth, esa era una línea aterradora que no quería cruzar.

Se dio cuenta de que no era tan valiente como Jo. Frente a él, estaba completamente desconcertada y aturdida como una niña pequeña.

Él, en cambio, parecía completamente consciente y despierto. Sus ojos brillaban con tanta vida y determinación que ella no sabía qué pensar. La mano que sujetaba su cabeza masajeó suavemente la base de su cuero cabelludo antes de aplicar presión y acercar su rostro al suyo.

Sus labios quedaron suspendidos sobre los de ella durante un momento tentador, esperando algo, pero el cerebro de Elizabeth ya se había convertido en un desastre hacía mucho, acostumbrado a satisfacer todos sus caprichos sin cuestionarlos; simplemente le permitió hacer lo que quisiera.

Sus pestañas parpadearon, y los dedos sobre su cuello temblaron brevemente antes de acercarla aún más hasta que sus labios se encontraron con los suyos.

Se sintió como si la hubieran quemado.

Ya se habían besado antes, pero esta vez, en su cama, era de alguna manera más emocionante. Todos sus sentidos estaban más agudizados, y cada parte de ella se sumía en un torbellino confuso de placer.

En alguna parte de la casa, un perro gimió.

Se separó, llevando consigo la manta. ¿Cuándo la había agarrado? Miró la tela calentada por su calor, sujeta entre sus dedos, y de repente se la echó sobre la cabeza.

Si él no podía verla, entonces no había sucedido.

Quizá estaba soñando, y todo lo que había ocurrido ahora era una absurda fantasía, y cuando abriera los ojos, el mundo se pondría en su lugar, y él ya no la miraría como si quisiera...

—¿Tímida? — Su voz era grave, sin rastro de diversión.

Su cabeza emergió de la manta, y sus ojos brillaron. —¿Tímida? ¿A quién llama tímida? No soy una debutante joven e inocente ante el mundo y sus pecados.

Él levantó una ceja, y ella se metió debajo de la manta nuevamente.

Esta vez, él sí se rio. Cuando su diversión se desvaneció, intentó quitarle la manta de las manos con fuerza. —¿Vino aquí por besos o qué?

Sus ojos se abrieron de par en par, y saltó fuera de la cama. Su cabello estaba despeinado, y su piel había tomado un tono rosado. —Se van a Gretna Green; debe apresurarse.

Lo tiró de los brazos, queriendo arrastrarlo también. —No se quede ahí mirando estúpidamente. El señor Marlowe y Jo ya están en camino. Debemos ir tras ellos.

La ira reemplazó rápidamente la diversión, y él saltó a la acción. Caminó hacia su vestidor y lo abrió de un tirón. —Iré solo.

—Yo voy con usted —, discutió ella y luego soltó un gritito.

Él ya se había quitado la camisa y ahora se estaba poniendo otra nueva, y la tenue luz iluminó brevemente su torso desnudo.

Cuando recuperó el aliento, continuó, —Tenemos que asegurarnos de que estén a salvo y que se casen. Aunque no creo que él le haga daño, nunca se sabe. La gente puede volverse extraña y guardar secretos...

Él volvió hacia ella y la besó en la boca, callándola. —Entiendo.

Ella estuvo momentáneamente sin palabras antes de sacudir la cabeza y dar un paso atrás. — Usted... basta.

—¿Basta qué? — Esperó, y cuando ella no respondió, dijo: —No pensé que fuera de las tímidas. Es intrigante.

—¿Por qué está tan feliz? ¿No le importa Jo?

—Estoy intentando aferrarme a este raro interludio... aquí... juntos.

Ya se había puesto el abrigo y ahora tiraba de los guantes.

Ella siseó por lo bajo y le tomó la mano para ayudarlo. Tenía razón; la vida podía terminar mañana, y todo lo que quedaría sería el arrepentimiento.

Sus dedos fríos tocaron su piel desnuda mientras deslizaba sus dedos dentro de los guantes.

—Aún no lleva capa, le regañó, quitando la manta de la cama y envolviéndola en ella. —No se resfríe; mi corazón no lo soportará.

Se quedó quieta al oír sus palabras. —¿Se comió una olla de azúcar? ¿Por qué está tan dulce hoy?

—Probé la miel en su lengua.

Ella se estremeció y se apartó. —Me está haciendo sangrar los oídos.

La sonrisa que respondió no llegó a sus ojos.

De repente se dio cuenta de que estaba intentando distraerla de sus preocupaciones. Su manera de burlarse era para calmarla.

¡Bah! No era tonta. —Tengo que prepararme también. Espere un momento. Solo necesito una capa.

—Necesito que se quede aquí, — dijo, bloqueándola para que no pasara junto a él. —Lady Fowler está sola y no sabe lo que pasa. Si se despierta y encuentra la casa vacía, se alarmará. Además, estaré más tranquilo si sé que está segura en casa.

Ella lo miró, queriendo discutir, pero se dio cuenta de que lo que decía tenía sentido. —Lleve algunos guardias; ahora que Snyder está muerto, no necesito protección. Dimbercove es suficiente.

Él se quedó quieto. —Nunca más se encontrará con Dimbercove sola por la noche.

No le preguntó por qué; en su lugar, lo empujó. —Apúrese. Dudo que hayan ido muy lejos.

Él no se movió, pero la miró con una expresión compleja.

—¿Qué sucede? preguntó ella.

—Si quiere irse, no lo haga sin despedirse.

Sus ojos brillaron a la luz titilante, y su corazón comenzó a doler al entender el significado detrás de sus palabras.

Sus padres no le habían dicho adiós antes de dejarlo solo en este mundo, ni había podido despedirse de su hermano, el niño no nacido que nunca tuvo la oportunidad de mostrar su rostro.

Incluso Jo se había marchado sin informarle.

Y ahora temía que ella regresara a Finnshire y nunca volviera. Todos estos años, había sido ella quien lo perseguía, pero ahora parecía que él también temía que ella desapareciera de su vida.

—Esperaré su regreso, — prometió ella. Cuando él siguió mostrando reticencia a moverse, se dio cuenta de que él también sentía lo mismo, que le costaba separarse de ella.

Eso hizo que su corazón se contrajera dulcemente, y lo empujó nuevamente.

Él se mantuvo firme, su mirada era ardiente y más cálida que la llama de la vela.

Un empujón más, y finalmente se giró y salió de la habitación.

Ella observó su espalda mientras se alejaba, sintiendo que había vivido un año en una sola noche. Regresó a su habitación, con pasos lentos y firmes, y cuando finalmente se metió de nuevo en la cama, su corazón había dejado de latir con fuerza.

No podía dormir, así que permaneció allí, mirando la delgada capa de cortina que caía sobre la cama con dosel.

Este estado en el que se encontraban—besándose, pero sin definir claramente su relación—era peligroso y excitante. Era como si él supiera que bailar sobre este borde de incertidumbre sería increíblemente estimulante para ella.

Sin embargo, quería que él hablara, que confesara, porque si no lo hacía, su corazón explotaría de tanto latir, y luego moriría.

No quería morir, y por una vez, quería estabilidad y paz. Esta cháchara juguetona y coqueta era demasiado incluso para su espíritu aventurero.

Se dio vuelta y enterró la cabeza en la almohada.

Después de un momento, un pensamiento triste y errante se coló en su mente. Él había dicho una vez que un hombre puede desear a una mujer sin estar enamorado, ¿sería eso lo que estaba pasando?

Si no definían esta ambigüedad y le daban un nombre, ¿desaparecería como una gota de tinta en un lago?

¿Desaparecería como una ola que rueda hacia la orilla, pero nunca llega, y se disuelve de nuevo en el agua?

Quería que chocara con ardor, que enviara los vapores volando para que el mundo lo viera. Ya no tenía paciencia para esperar.

Y, sin embargo, con él fuera, eso era lo que tendría que hacer.

Capítulo Cincuenta y Seis

William observó a la pareja recién casada bajar las escaleras. La luz del sol brillaba sobre las cabezas inclinadas de Jo y el señor Marlowe. No sonreían, pero de alguna manera, la felicidad y el alivio llenaban su tranquila caminata.

Salió del carruaje y se mostró ante sus miradas sorprendidas.

—William —dijo Jo, tambaleándose con incertidumbre, y el hombre a su lado agarró instintivamente su codo para estabilizarla.

La ternura y la preocupación en la mirada del señor Marlowe al observar a su nueva esposa eran genuinas. Un nudo en el corazón de William se disolvió y se asentó, pero no les permitió ver su alivio.

—Suban al carruaje —dijo William, apartándose para dejar pasar a la pareja.

Jo miró a su esposo y, con su asentimiento alentador, obedeció.

William se sentó frente a la pareja y golpeó las paredes del carruaje. Las ruedas comenzaron a moverse y los caballos relinchaban.

—Están casados —dijo finalmente William.

Jo asintió; una pálida sombra gris de nerviosismo había reemplazado el resplandor feliz que llevaba antes. —¿Adónde nos llevas?

—De vuelta a Ingram House, a menos que la vivienda que él haya elegido sea más cómoda.

—Puedo cuidar de mi esposa.

Los ojos de William brillaron con furia fría. —No tienes dinero ni familia. Ese pequeño apartamento para soltero cerca de la casa de Atterberry no puede ser lo suficientemente decente para una mujer recién casada y esperando un hijo.

—No me importa —respondió Jo, con tono cortante.

—A mí sí me importa, y si él es un caballero, querrá lo mejor para su familia.

—¿Qué sugiere? —preguntó el señor Marlowe con calma.

—Ella es vulnerable y necesita ser cuidada. Quédense con nosotros un tiempo, y mientras tanto, busquen un alojamiento mejor. Con la dote de Jo, podrán permitirse algo más apropiado para una familia joven.

—No voy a vivir en tu casa —argumentó Jo.

—Es tu hogar —respondió William con brusquedad. —Yo simplemente soy su guardián.

—William...

Él levantó la mano, silenciándola. —Eli está esperando en casa; si puedes convencerla, te permitiré hacer lo que desees.

Jo se desinfló al oír el nombre de Elizabeth, y William se giró para ocultar su expresión satisfecha. De repente, su vida no parecía tan sombría y los planes maravillosos empezaron a revolotear en su mente.

Si tan solo no le hubiera pedido al duque tiempo para cortejar a Elizabeth, podría haber dejado a Jo en Ingram House y llevado a Eli a Gretna Green sin demora.

¡Maldita sea! Quería retroceder en el tiempo para darse un golpe en la cabeza y aplastar su orgullo. Si no fuera por aquella decisión idiota, habría estado de pie junto a Jo y su nuevo esposo, disfrutando también de la vida matrimonial.

Esa noche, podrían haber compartido una cama.

Lanzó una mirada furiosa a Mr. Marlowe, celoso de su buena fortuna.

Mr. Marlowe malinterpretó su oscura mirada y se apresuró a disculparse por su escandalosa

conducta al acostarse con su prima.

William ignoró al balbuceante hombre. Lo hecho, hecho está, y al final, Jo parecía feliz, y eso era lo único que importaba.

Durante el resto del trayecto, ignoró a la pareja coqueteando, con la mente completamente enfocada en Elizabeth.

Había desperdiciado tantos años en darse cuenta de su amor, mientras que esos dos habían superado su indecisión y hecho todo lo necesario.

El amor debía llegar en el momento justo, se consoló. Si llegaba demasiado pronto, sería agrio y desagradable como ciruelas verdes; si llegaba demasiado tarde, estaría podrido.

Ahora estaba perfectamente maduro.

Ah, si tan solo pudiera volar de regreso a casa en ese instante... cada día lejos de ella era doloroso.

***

Cuando el carruaje llegó a la Mansión Ingram, los pasajeros se apresuraron a sus habitaciones para arreglarse y prepararse para enfrentar a Elizabeth.

Mr. Marlowe estaba confundido de por qué una simple joven les inspiraba tanto temor.

Cuando Jo, Mr. Marlowe y William finalmente entraron al comedor, encontraron a Elizabeth mordisqueando algo blanco.

Un extraño sonido de crujidos llenaba el aire.

El grupo palideció al darse cuenta de que Elizabeth estaba masticando un hueso, y frente a ella había una pila de huesos ya despojados del tuétano.

Eso no era todo; los perros bajo la mesa también comían huesos.

Tantos huesos.

Los afilados dientes humanos y animales se concentraban en su extraña cena, ignorando a los recién llegados.

Mr. Marlowe comenzó a sentirse nervioso. Quizás las reservas de Jo y Lord Darby no eran infundadas.

—Eli —la llamó Jo con vacilación.

—¿Hmm? —Elizabeth no levantó la mirada.

—Me he casado.

—Te deseo felicidad —respondió Elizabeth con calma.

Las sillas rasparon brevemente el suelo mientras los tres se unían a Elizabeth en la mesa.

Los perros levantaron la cabeza, observaron a Mr. Marlowe y ladearon sus cabezas como debatiendo si valía la pena olfatear al desconocido, pero, al igual que su dueña, decidieron que no valía el esfuerzo y continuaron royendo.

Lord Darby colocó un cuenco de sopa frente a Elizabeth. —Ya basta, come algo diferente.

Ella no levantó las pestañas. —Lady Fowler recibió un mensaje urgente. Está en el salón de recepción hablando con el mensajero. Parecía extranjero. He instruido al ayuda de cámara y al mayordomo que la vigilen.

Lord Darby la observó un momento antes de explicar en voz baja: —Hicimos una parada para descansar, por eso nos retrasamos. Jo se sintió mal durante el camino.

Elizabeth finalmente lo miró y tomó la cuchara para beber la sopa.

La sala quedó en silencio mientras la veían comer. Nadie más parecía tener apetito.

—Eli —Jo golpeó la mesa para captar su atención.

Elizabeth no levantó la mirada. Había pasado toda la semana pensando en Jo y Lord Darby. Recordó todas las veces que Jo la había protegido y estado a su lado. En todos los años que se

conocían, los momentos felices habían superado con creces los desagradables.

Las relaciones siempre tenían altibajos, pero mientras los momentos buenos fueran más altos que los malos, valía la pena luchar por ellas.

Le dolió que Jo asumiera que habría impedido su matrimonio con Mr. Marlowe debido a su falta de riqueza y posición, pero entendía también el temor de Jo. El hombre no era adecuado, y quizás, en su momento, habría objetado o intentado detenerla.

Por ello, había perdonado a Jo, pero no podía admitirlo en voz alta.

Jo sintió que Elizabeth comenzaba a ceder y saltó de su silla.

—¡Eli! —Jo corrió hacia ella.

Elizabeth giró la cabeza a la izquierda.

Jo saltó al otro lado. —¡Eli!

Elizabeth miró a la derecha.

Jo le sujetó el rostro con firmeza. —Eli, debemos contarles a todas las chicas del seminario sobre mi boda. ¿Te imaginas sus caras? —sonrió y comenzó a llenarla de besos en la cabeza malhumorada.

Finalmente, los perros reaccionaron, abandonaron sus huesos y ladraron mientras saltaban sobre las dos mujeres.

Elizabeth finalmente se rio y abrazó a Jo. Ah, todo quedaba en el pasado ahora; su amiga estaba casada y claramente feliz. No quería seguir guardando rencor y arruinar la alegría de la recién casada.

Eso fue todo lo que necesitaron para reconciliarse.

La verdadera amistad era así; rara vez necesitaba largas explicaciones para resolver problemas. Las formalidades, la cortesía y el orgullo eran para extraños o conocidos.

—No es tan difícil de convencer —comentó Lord Darby—. Es un tigre sin dientes, un gatito sin garras.

Jo reaccionó más rápido que Elizabeth y le dio un golpe en la cabeza con los nudillos. —Déjala en paz. Es más valiente que tú.

Elizabeth ignoró las disputas de los primos y se dirigió a Mr. Marlowe: —Felicidades. Espero que haga feliz a Jo.

Lord Darby resopló.

—O lo encerrará en una mazmorra y la llenará de ardillas hambrientas hasta que se arrepienta.

—No lo haré —negó Elizabeth en voz alta.

—Lo hizo con Lord Sniggs —le recordó Lord Darby.

—Eso fue hace mucho tiempo. Espere, ¿cómo lo sabe?

—Lo sé todo sobre usted, Lancelot.

Ella lo fulminó con la mirada. ¿Acaso no le importaba su imagen de joven delicada frente al señor Marlowe?

¡Por Dios! Se había vuelto insoportable.

Una doncella entró con una botella de champán, y finalmente dejaron de lado todas las tensiones para hablar del matrimonio y las aventuras en el camino.

Elizabeth miró los platos frente a ella y no encontró nada que le apeteciera. Entonces se inclinó para observar lo que tenía Lord Darby.

—Eso no —advirtió Lord Darby cuando ella señaló con la cuchara.

Su boca se torció, y él admitió a regañadientes:

—Es carne de conejo.

Oh, el dolor se reflejó en su rostro al escuchar la noticia. Los conejos eran demasiado

adorables para comerlos, así que obedientemente atacó el ave que él le pasó en su lugar.

Después de un rato, Lord Darby preguntó de repente a Jo: —¿Te gusta esta mansión?

—La detesto —respondió Jo sin dudar.

Él pareció sorprendido por la respuesta.

—La mantuve por ti.

—¿Por qué? Solo guarda recuerdos desagradables.

—Es tu hogar, donde creciste. Al fin y al cabo, pertenece a tu familia.

—Nunca se sintió como un hogar —contestó Jo—. No hasta que Elizabeth vino a vivir aquí y alegró el lugar.

Las llamas de las velas se alzaron como si quemaran algo, y los sirvientes entraron con el siguiente plato.

El señor Marlowe le preguntó brevemente a Elizabeth si le gustaría recibir lecciones de aritmética, horrorizándola hasta hacerle perder el apetito.

Cuando los sirvientes se retiraron, Lord Darby miró a su prima y habló con vacilación:

—Jo, a mí tampoco me gusta este lugar.

Las palabras parecieron salir a la fuerza, como si hubieran estado en la punta de su lengua durante mucho tiempo y finalmente escaparan.

—¿La vendemos?

Tres personas y siete perros se giraron para mirarlo.

Bebió un sorbo de vino antes de continuar:

—He estado pensando en ello desde el momento en que te casaste. No tuviste reparos en mudarte a esa horrible… casa suya —agitó tres dedos en dirección al señor Marlowe. Parecía que aún no perdonaba al hombre por haber dejado embarazada a su prima fuera del matrimonio —. Me he resistido a vender esta mansión porque pensaba que estabas apegada a ella, pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocado. Vendámosla y usemos el dinero para pagar la mayoría de las deudas, y con lo que sobre buscaremos un nuevo hogar para ti. No será tan grande ni grandioso, pero una pequeña cabaña…

Jo aplaudió emocionada.

—Es una idea maravillosa. Finalmente podrás regresar a tu hogar familiar y ser libre. Una vez que Richard y yo nos estabilicemos, ayudaremos a pagar el resto de las deudas, y con tus ingresos anuales como lord, podrás llevar una vida bastante buena.

—¿Por qué no la vendió antes? —rio el señor Marlowe, pero recibió una mirada fulminante desde el asiento opuesto.

—Ya explicó por qué —intervino Elizabeth con un tono helado.

El señor Marlowe se replegó como un caracol en su caparazón, mientras Jo le daba unas palmaditas en la mano para consolarlo.

Quedó claro que nadie podía hablar mal de Lord Darby, o Elizabeth se volvería mortal en un abrir y cerrar de ojos.

—Entonces, está decidido —sonrió Lord Darby, sirviendo una copa de champán a todos—. Venderé la propiedad y la mayoría de sus pertenencias. Jo pasará los próximos meses apartando lo que quiera conservar. Señor Marlowe, busque una casa al mismo tiempo.

—Regresaré a Finnshire —dijo Elizabeth.

Lord Darby le metió una uva en la boca para callarla.

—No. No puede abandonar a Jo en esta situación. Ella necesita ayuda; debe quedarse.

Jo asintió.

—No puedo hacerlo sola, no en mi estado. Necesito una mujer competente conmigo…

Veamos, los sirvientes pueden seguir a William a su propiedad. Yo me quedaré con mi criada y quizá la pinche de cocina. Eli, ¿qué opinas?

El resto de la velada transcurrió entre planes felices, y si Lord Darby se mantuvo cerca de Elizabeth, haciéndola sonrojar en más de una ocasión, se dejó pasar como si fuera lo más natural del mundo.

Capítulo Cincuenta y Siete

Un grito hizo que William y el señor Marlowe salieran disparados del despacho al día siguiente.

El tono severo de Elizabeth siguió al chillido:

—¡Polly Peachum, Charlotte, Sophia, Violet, Edith, Drusilla, Peanut! ¡Vengan aquí!

En medio del alboroto, se escuchó la delgada y preocupada voz de Lady Fowler:

—Ese perro robó mis prendas íntimas, Jo. Debemos recuperarlas antes de que los hombres las vean.

—Vamos, Peanut —intentaba persuadir Jo—. Deja de correr.

—Polly —regañó Elizabeth—. Realmente, ¿qué comiste hoy? ¡Cómo te atreves a portarte mal!

—No la rasguen —suplicó Lady Fowler—. Es de seda y un regalo de un amante.

—¿Cuántos amantes ha tenido? —preguntó Elizabeth, pausando un momento.

—Diecisiete —sonrió Lady Fowler—. Incluso hice que un príncipe se desmayara a mis pies con solo ofrecerle un recorte de la uña de mi dedo más pequeño.

—Drusilla, no mastiques las cortinas —volvió Elizabeth a reprender a los perros.

El sol entraba a raudales por el pasillo donde estaba William, y las paredes a su alrededor parecían bañadas en oro. Se apoyó en el marco de la puerta mientras escuchaba a las mujeres gritar, a los perros ladrar y el sonido de patas resbalando. Esos nombres pertenecían a sus antiguas amantes, y escucharlos de esa manera lo hacía sentirse exasperado y divertido a la vez.

—¡La encontré! —gritó Jo.

Lady Fowler se apresuró a esconder la prenda blanca entre su escote y salió corriendo.

Vio a William y al señor Marlowe, y se detuvo en seco.

—¿Ese es el esposo de Josephine?

La primera vez que había hecho esa pregunta había desconcertado a todos. Parecía que los fragmentos perdidos de su memoria habían sido reemplazados por la habilidad de ver qué hombre estaba destinado a qué mujer.

El señor Marlowe saludó al hombro izquierdo de Lady Fowler. Sus ojos dolidos intentaban evitar mirar la prenda que asomaba desde el valle de su generoso escote.

William estalló en carcajadas.

Esas frías y grises paredes de la Casa Ingram se habían calentado, los duros ecos del pasado se habían apagado, reemplazados por risas. Esa sensación de pertenencia, perdida el día en que sus padres habían muerto, había sido arrancada de vuelta por Elizabeth Fairweather y empujada a su pecho.

Se asomó a la habitación y vio a Elizabeth de pie, con las manos en las caderas, mientras siete perros se sentaban frente a ella con la cabeza baja.

Era delgada como un hada, pero sus ojos brillaban con la determinación de un dragón feroz. Buscaba alegría en la vida cotidiana y quería que todos los que amaba fueran igual de felices.

Esta forma de vivir era rara entre la gente común, que parecía disfrutar de la miseria.

La observó mientras regañaba a sus mascotas, luego suavizaba su tono al ver que movían la cola y se acercaban lentamente. Finalmente cedió, sentándose en el suelo y dejando que se subieran sobre ella, sin importar su caro vestido de muselina.

El sendero de hielo negro que había estado pisando se derritió, revelando suelo firme. En el futuro, si ella quería aventuras, él la protegería; pero si quería paz, él sería su hogar.

Su corazón vaciló ante la idea de tenerla a su lado, y un extraño temor volvió a surgir. Todos los que había amado le habían sido arrebatados, como si la alegría fuera un charco de sol imposible de contener, pero tras el miedo vino la ira y la determinación.

Se negó a dejar que el destino dictara su vida y la llenara de miseria. Esta vez, aunque fuera solo un instante, la tendría.

Ella se giró, como si sintiera su mirada ardiente, y su risa se apagó.

—¿Lord Darby?

—Sus palabras se han hecho realidad.

Ella lo vio acercarse, tensando los hombros.

—¿Hmm?

—Una vez me dijo que tiene abundante buena fortuna, y que, si la compartía conmigo, las cosas mejorarían.

—Oh.

Él se detuvo a un pie de distancia, su actitud contenida. Parecía estar reprimiendo una avalancha con pura fuerza de voluntad, y una palabra equivocada de ella lo rompería.

Elizabeth agarró a dos perros y enterró su rostro en su suave pelaje.

Él recordó de repente todas las veces que había salido a cabalgar temprano y se había retrasado. Su estómago rugía todo el camino hasta que, al entrar en casa, la espera por el desayuno se volvía insoportable, casi dolorosa.

Ahora, mirándola, sentía algo similar. No faltaba mucho para poder tenerla, pero debía esperar, aunque la impaciencia lo hiciera salivar.

Sus ojos estaban ligeramente enrojecidos y su voz era ronca y baja cuando continuó:

—Ahora que Jo está casada y la Casa Ingram se venderá, me gustaría que usted...

Ella lo interrumpió:

—Ah, me duele el estómago, mi lord. Necesito descansar.

Él la conocía demasiado bien, y el terror en sus ojos al comenzar a hablar la había delatado. Temía que le pidiera regresar a casa.

—Quédese un momento —ordenó él.

Elizabeth se agarró el estómago y soltó una sarta de improperios que habrían hecho sonrojar a un pirata.

Él sonrió de repente.

—Es increíblemente dulce, Eli. Incluso las palabras vulgares suenan melosas en su boca.

—Ciego como un topo —gritó Jo, horrorizada, mientras esquivaba la figura colapsada de su esposo, cuyas delicadas sensibilidades habían sido sacudidas por la sarta de improperios—. William, ¿crees que has perdido parcialmente la cordura o que ya eres un completo imbécil? ¿Llamo al médico? Y, Eli, me prometiste que no volverías a usar esas palabras.

—Tu esposo está gimiendo —comentó William con calma.

Jo frunció el ceño y se giró para mirar al señor Marlowe, que se retorcía en el suelo.

—Ayúdame a levantarlo.

William accedió, y Elizabeth aprovechó la distracción para salir corriendo de la habitación.

Arrojó al señor Marlowe en el sofá, lanzó una botella de sales aromáticas en dirección a Jo y salió tras Elizabeth.

Estaba decidido a proponerle matrimonio antes de que terminara el día; no le importaban en absoluto las normas de decoro. Se conocían desde hacía suficiente tiempo como para prescindir de tales formalidades ridículas.

Lamentaba haber pedido permiso a los cuñados para cortejarla. Había perdido la paciencia y

ahora solo deseaba cargarla sobre sus hombros e insistir en que se quedara con él para siempre.

¡Al diablo con ser un caballero!

Maldijo una vez más su maldito orgullo, que había asomado frente a sus cuñados, y abrió de golpe la puerta de la habitación de Elizabeth, solo para descubrir que estaba vacía.

Se dirigió apresurado hacia la cocina. Había sacrificado toda su vida por los demás solo porque estaba ligado a ellos por sangre, pero ahora quería ser egoísta. Quería todas las noches de Elizabeth hasta el día en que muriera.

Quería reclamarlas todas.

—No más huidas —murmuró al verla tendida en el césped, disfrutando de la luz del sol como si no tuviera nada que ver con el caos que rugía dentro de él.

Capítulo Cincuenta y Ocho

Penelope, Celine, Dorothy y Jane empujaron hacia adelante a un hombre tan delgado que parecía que volaría si el viento soplaba con demasiada fuerza.

Penelope preguntó en voz baja: —¿Qué está pasando, señor Phunny?

El hombre llamado Phunny asomó la cabeza desde detrás del alto arbusto de zarzamora en el que todos se habían reunido y habló con una voz que coincidía con su figura. —Miss Fairweather está dormida, y Lord Darby la está mirando.

—Qué encantador —aplaudió Dorothy.

—Silencio —regañaron las demás.

—¿Y ahora qué? —preguntó nerviosa Jane.

Celine respondió: —Phunny atraerá la atención de Lord Darby. Una vez que se dirija hacia aquí, sus hombres lo secuestrarán, y luego Elizabeth vendrá a salvarlo, como es natural.

—¿Penny? —Jane tiró de la manga de la duquesa—. ¿Tenemos que hacerlo? Lord Darby quiere tiempo para cortejarla.

—Él tiene el tiempo —respondió Penelope bruscamente—. Pero el sastre no.

—¿Sastre? —preguntó Phunny—. ¿Quién es el sastre?

—El modista de Mayfair Street —le explicó Dorothy—. El mejor de toda Inglaterra y Francia. Solo estará disponible en dos semanas para tomarnos las medidas para la boda; después, estará ocupado durante un año.

Phunny tembló como una flor de manzano en un día ventoso. —¿Recurrir a tales medidas por un sastre? ¿No es... demasiado?

—No —Celine espetó—. Es completamente razonable. Tienes una cabeza dura y, por lo tanto, no entiendes.

Phunny se puso verde, como una ciruela pequeña e inmadura. Estaban planeando secuestrar a alguien para que se casara con su propia hermana simplemente porque el sastre no estaría disponible más tarde.

Esas mujeres eran viles.

—Es el mejor —explicó amablemente Dorothy—. Y la ropa es lo más importante en una boda. Ella es la más joven de nosotras, y realmente nos gustaría una boda lujosa que nadie olvide mientras viva.

—Algo que rivalice con la de George y Caroline —dijo Penelope con cariño—. Escuché que las mujeres en las puertas del palacio se desnudaron hasta las enaguas y gritaron durante la fiesta de bodas de él.

Phunny se balanceó ligeramente, no solo debido a una brisa repentina, sino también por el hecho de que hablaban del rey como si fuera un amigo de la infancia, lo cual podría ser probable dado que la mayor de ellas era una duquesa.

¡Maldita sea! Estaba de pie junto a una duquesa.

Inicialmente pensó que el oro en su bolsillo era suficiente para el trabajo, pero ahora... se ahogó internamente...

—¿Qué está pasando ahora? —Penelope lo pinchó en las costillas con la punta de un parasol.

Phunny tragó su miedo y respondió valientemente: —Lord Darby la ha dejado durmiendo en el césped y ha regresado al interior.

Dorothy sacó una botella de vino de debajo de sus enaguas y les ofreció un vaso a todos. —Él regresará —dijo con confianza mientras les servía a todos una copa.

Celine abrió una canasta llena de comida. —Podemos comer algo; ya está cerca la hora de la cena.

Penelope se giró hacia el aterrorizado felón una vez más: —Ahora, cuando Lord Darby regrese, muéstrale un arma. ¿Qué has traído? Ah, este arco y flecha servirá. Apúntale, pero no dispares. Una vez que te vea, te perseguirá.

—Luego —continuó Celine, donde su hermana se detuvo porque se distrajo con una rebanada de pastel de frutas—, los hombres que trajiste lo capturarán y lo llevarán hasta el carruaje, y luego lo llevarán a la casa que hemos elegido para mantenerlo.

Phunny preguntó con cautela: —¿No deberían secuestrar a la dama y que el hombre la salve? ¿No es así como suelen hacerse las cosas?

—Has pasado demasiado tiempo viendo obras de teatro —regañó Dorothy—. Nuestra hermana es del tipo que hace el rescate.

—¿Cómo lo encontrará su hermana a él? —se atrevió a preguntar otra vez Phunny.

—Podemos esperar a que ella pregunte, pero eso podría llevar demasiado tiempo. No quiero que Lord Darby sufra. —Jane sacó un pedazo de papel—. Aquí está la nota con la dirección; cuando estemos corriendo, déjala en el camino a la vista para que ella la encuentre.

—¿Has entendido el plan? —preguntó Dorothy.

—Es un poco defectuoso —respondió Phunny honestamente.

—Nosotras, las Fairweather, tenemos mucha suerte —dijo Penelope con confianza—. Nada saldrá mal mientras tengamos un plan vago en mente.

—¿Tienes el plan en mente? —Celine lo miró con desconfianza.

Phunny enderezó su espalda, pinchado en su orgullo. —Atraeré su atención y correré; él me perseguirá; mis hombres lo meterán en un carruaje y lo llevarán, mientras yo dejaré una nota a la vista para que su hermana sepa adónde ir y salvarlo.

Dorothy sonrió. —Eres más astuto de lo que pareces. Buen chico, aquí, muerde una fresa.

Phunny mordió obedientemente la fresa y decidió no discutir con sus amas que pagaban bien. Guardó sus reservas para sí mismo.

—Él ha regresado —anunció Phunny después de un rato—. Ah, había ido a buscar un parasol... lo está sosteniendo sobre su cabeza para protegerla del sol mientras ella duerme.

Los ojos de las hermanas se agrandaron y se humedecieron, como si acabaran de ver un conejo gordo y nevado y no pudieran soportar lo adorable que era.

—Apúrate —instaron emocionadas—. ¡Agita tu arco!

Así que Phunny obedeció, salió del arbusto y lo agitó hacia Lord Darby.

Lord Darby miraba el jardín crecido, sus ojos suaves y gentiles. Luego, su mirada pasó por encima de Phunny sin reaccionar.

—Parece que no le importa —Phunny se giró hacia las mujeres que hacían picnic detrás de él.

—Muestra los dientes —sugirió Penelope.

—Cambia a la espada —añadió Dorothy.

Así que Phunny se dio la vuelta una vez más, mostró los dientes como una nutria enfadada y giró su espada.

—Agrega el arco —incitó Celine.

Así que apuntó la flecha y la espada hacia Lord Darby, mientras el arco colgaba de su brazo.

Lord Darby permaneció estoico, como un monje en meditación, sosteniendo el parasol sobre la dormida Elizabeth mientras miraba fijamente al hombre que saltaba y amenazaba.

Las hermanas terminaron de comer y se sacudieron las migas. Miraron por encima del arbusto y observaron a Lord Darby confundidas.

—¿Crees que... la presencia de Elizabeth ha confundido al pobre Lord Darby? —preguntó Jane lentamente.

—Posible —murmuró Dorothy—. Totalmente posible. De lo contrario, ¿por qué ignoraría a un extraño con armas saltando frente a él sin siquiera inmutarse?

—Oh, Elizabeth se está moviendo, rápido, escondámonos.

Phunny intentó retirarse; realmente lo intentó, pero las hermanas, especialmente la duquesa, ya no estaban tan ágiles; por lo que les tomó un momento apartarse del arbusto para permitirle retirarse.

Desafortunadamente, fue visto, no por Lord Darby, sino por Elizabeth.

—¿Quién es ese? —gritó Elizabeth, levantó sus enaguas y comenzó a correr hacia el arbusto de zarzamora.

—¿Dónde? —Lord Darby entrecerró los ojos en la dirección en la que ella señalaba y se frotó los ojos, confundido.

Las hermanas y Phunny entraron en pánico y comenzaron a correr.

—¿El plan? —preguntó Phunny.

—Está en marcha —dijo Celine con firmeza—. Secuéstralos a ambos.

—Vamos en esa dirección —señaló Dorothy—. Tú ve hacia allá, donde está el carruaje. Secuéstralos a ambos.

—Pero —jadeó Phunny—. Si ambos son secuestrados, ¿quién los salvará?

—No hagas preguntas; pensaremos en un nuevo plan cuando dejemos de jadear. En cuanto a tu esfuerzo, duplicaré el pago —gritó Jane mientras las hermanas cambiaban de dirección.

—No dejes que Elizabeth te alcance antes de llegar al carruaje —dijo Dorothy por encima del hombro—. O no podrás caminar de nuevo.

Phunny entró en pánico y aumentó la velocidad; afortunadamente, era delgado; por lo que, con la ayuda del viento, logró llegar cerca del carruaje antes que Elizabeth y Lord Darby.

—Consíguenos a los dos —ordenó Phunny mientras se subía junto al conductor.

Veintiséis hombres saltaron de los árboles circundantes, y debido a que las hermanas les habían avisado con antelación sobre las increíbles habilidades de lucha de Elizabeth, estaban listos con los utensilios necesarios.

Arrojaron una red de pesca sobre las dos víctimas en cuanto las vieron, sin atreverse a perder ni un solo momento en una lucha infructuosa.

Una vez que los peces fueron capturados, los llevaron al carruaje y los metieron dentro.

Capítulo Cincuenta y Nueve

—¿Deberíamos escapar? —preguntó William.

—No, quiero golpear a los responsables de esto —bostezó Elizabeth—. Averigüemos quiénes son primero.

—Hmm. —William se recostó contra el asiento.

Los hombres les habían atado las manos y los pies, además de cubrirles los ojos, pero ninguno de los dos parecía preocupado.

De hecho, William estaba encantado. De esta manera, Elizabeth no podía huir y estaría obligada a escucharlo.

—Eli —preguntó después de un momento—, ¿le agrado, verdad?

—Humm.

—Aún me ama, ¿no es así? —insistió.

El carruaje quedó en silencio. Tras un momento, ella respondió con brusquedad:

—No.

—Está sonrojada; eso significa que le gusto.

—Está vendado.

—Puedo sentirlo.

—Disparates.

—Normalmente se sonroja en mi presencia.

—Lady Fowler se pone rosada cada vez que come lengua especiada. ¿Eso significa que está enamorada de una vaca?

Él soltó una risa y apoyó la cabeza contra el asiento.

Llegaron poco después y fueron llevados al interior; el frío se desvaneció, reemplazado por un calor increíble.

Les quitaron las vendas, y ambos se encontraron uno frente al otro, con las manos atadas a la espalda.

Un fuego rugiente iluminaba una habitación encantadora, llena de libros y muebles en tonos rojos y dorados.

—Un criminal con educación —observó William. Su cabello estaba desordenado, y el cuello de su camisa caído hacia un lado dejaba al descubierto parte de su hombro y su largo cuello pálido.

Los ojos de Elizabeth estaban enrojecidos, su rostro estaba suave y un poco redondeado tras la larga siesta de antes.

—El padre de Dimbercove colecciona libros.

—Quiere decir que los roba y los acumula.

—Hmm. —Se pasó la lengua por los labios secos—. Tengo sed.

Un hombre alto y corpulento apareció de algún lugar y le acercó una taza a los labios.

—Té —explicó—. Sin leche, dos cucharadas de azúcar.

Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par, y cruzó una mirada con William.

—Qué considerado. —William negó ligeramente con la cabeza.

Elizabeth obedientemente apartó la cabeza de la taza.

—¿Por qué me trajeron aquí?

El hombre no respondió; en cambio, se fue con el mismo aire misterioso con el que había llegado.

William miró a Elizabeth mientras ella evaluaba la habitación y localizaba todas las salidas. Ninguna otra mujer habría estado tan tranquila en una situación así. Sintió un repentino estallido de admiración por ella y de pronto dijo:

—¿Se casaría conmigo?

Elizabeth se congeló, y sus ojos finalmente mostraron un atisbo de angustia.

—¿Me compadece?

—¿Compadecerla? —Ahora fue él quien se molestó—. Es la persona más afortunada que conozco; ¿cómo podría compadecerla?

—¿Entonces por qué?

—Me ha hecho sonreír durante muchos años, y me gustaría seguir sonriendo el resto de mi vida.

—Entonces cásese con un bufón.

Se detuvo; normalmente, las mujeres solo necesitaban escuchar un gruñido suyo antes de caer rendidas en sus brazos. Esta respuesta lo tomó por sorpresa.

¿Cómo se conquista a una mujer?

Tras debatirlo mentalmente, soltó algunas líneas románticas:

"No me moví con los pies, sino entre las sombras,
herido por mi ojo encantado, contemplando
la gran multitud de frescas flores de mayo..."

—No soy un narciso —respondió ella, con amargura—. Tengo sentimientos.

—Elizabeth, basta —dijo, entrecerrando los ojos ante su actitud despreocupada.

Ella lo miró sorprendida.

—Usted...

—No hable; solo míreme.

Parpadeó un momento, pero, intimidada por su mirada severa, cerró los labios y fijó sus grandes ojos marrones en él.

Su piel brillaba dorada bajo la luz de las lámparas de aceite que colgaban del techo.

Las llamas parecían lamer su piel.

Mientras él seguía mirándola en silencio, sus mejillas se ruborizaron y sus pestañas amenazaron con bajar.

La luz jugaba sobre su temblorosa figura, suave y cálida, quedándose en sus ojos, su cabello e incluso en los delicados hilos de su vestido de muselina... Era hermosa, y por el momento, inalcanzable para él.

Su corazón se contrajo: ¿se cansaría de esperar y desaparecería?

¿Ya se habría hartado de él?

De repente, sus manos comenzaron a sudar, pero, al estar atadas, no podía limpiarlas. Incluso su cuero cabelludo se sentía extrañamente entumecido... Nunca antes había sentido tanta incertidumbre frente a una mujer.

—He cambiado de opinión; aparte la mirada y escuche bien.

—Oh. —Elizabeth exhaló un leve suspiro y obedientemente fijó la vista en sus botas.

—La aprecio profundamente. Adoro cada parte de usted, y cada momento que no puedo besarla ni abrazarla es una agonía.

Ella levantó la cabeza de golpe y lo miró incrédula.

Su voz tembló al continuar:

—Me enamoré de usted; no sé cuándo... Fui duro y seguí actuando fríamente porque tenía miedo. Miedo de que los prestamistas la alcanzaran a usted y a su familia y los pusieran en

peligro. Su familia puede protegerse, pero como mi esposa habría sido la más vulnerable. Algunos de los hombres a quienes mi tío les debe dinero están desesperados y son violentos....

—¿Qué cambió ahora? —interrumpió ella.

—Con su ayuda y la venta de Ingram House, puedo aspirar a un futuro estable. No puedo darle todo lo que merece, pero puedo intentarlo. Y después de pasar todos estos meses juntos y conocerla mejor, me di cuenta de que es más fuerte de lo que pensaba, lo suficiente para cuidar de sí misma. Quizás sea la única mujer que puede sobrevivir a mi lado.

Su rostro seguía mostrando incredulidad, como si él hubiera vaciado un saco de fantasías que no tenía intención de cumplir. No podía culparla; después de haberla rechazado tan rotunda y repetidamente, era lógico que hubiera perdido toda esperanza.

Sus siguientes palabras confirmaron sus dudas.

—No lo amo ni le creo —dijo Elizabeth, con el pecho agitado. Sus emociones le resultaban tan incomprensibles que se negó a aceptarlas, eligiendo escapar con palabras duras, ya que no podía hacerlo físicamente.

Él la miró, sintiéndose impotente. Nunca había experimentado una desolación tan oscura... Una sola frase de ella bastaba para hacerle sentir como si toda la vida se le hubiera drenado del cuerpo. Se sentía desolado, no solo por él, sino también por ella.

Así se había sentido ella cuando él se negó a reconocer su amor; era justo que ahora él sintiera el dolor en carne propia.

¿Era realmente demasiado tarde? ¿Se había enfriado finalmente su corazón tras años de devoción, al punto de que ya no lo quería?

—Basta de charlas —dijo un hombre extraño y corpulento al entrar en la habitación, interrumpiendo su conversación. Se balanceó sobre los talones antes de acercarse lentamente a William—. Perdón, mi lord. —Hizo una leve reverencia antes de patearle las piernas, que estaban atadas.

La violencia repentina los sorprendió a ambos.

El hombre sacó un cuchillo, lo hizo girar entre los dedos y volvió a patear, haciendo que William gimiera y apartara el rostro para ocultarlo de la vista de Elizabeth.

El hombre chasqueó la lengua y usó la punta del cuchillo para obligarlo a mirar hacia adelante nuevamente. Una diminuta gota de sangre brilló en su pálida mejilla como un fragmento de rubí, donde lo había cortado.

—¡Detente! —gritó Elizabeth, luchando contra las ataduras. Se retorcía como un pez atrapado en una red, desesperada, como si su vida se escapara con cada aliento.

William había estado trabajando en las cuerdas todo este tiempo y ya había liberado sus manos, pero al ver su reacción tan vehemente, se detuvo y continuó fingiendo estar atado.

Elizabeth se torció bruscamente, tirando de las cuerdas con todas sus fuerzas. Su cintura esbelta se movía de lado a lado de la manera más deliciosa, y un poco de su tobillo, atado con gruesas cuerdas, se asomó.

El cuello se le sonrojó, y estuvo a punto de abandonar la pretensión al sentir un anhelo desesperado de abrazarla.

Pero se contuvo… porque ya no deseaba un simple abrazo pasajero.

Lo quería todo: su corazón, su cuerpo y su alma.

Tal vez era diabólico de su parte ser tan cruel y disfrutar tanto al saber que el miedo evidente en sus ojos era por su causa, pero no podía evitarlo, ya que confirmaba que ella aún lo amaba profundamente. Por poco alentó al hombre a golpearlo con más fuerza.

Como si leyera sus pensamientos, el hombre retomó las patadas—parecían más dolorosas de

lo que realmente eran—, apenas algo peor que la picadura de una pulga.

El hombre estaba actuando igual que él; su bota golpeaba las gruesas cuerdas más a menudo que su pierna desprotegida. Una sospecha comenzó a formarse en la mente de William sobre quién podía estar detrás del secuestro.

El equilibrio del hombre falló, y finalmente rozó la espinilla de William, rasgándole la piel. Comenzó a sangrar; pronto el líquido empapó sus pantalones y se hizo visible.

—¡Detente, detente, por favor, detente! ¿Qué es lo que quieres? —Elizabeth estaba furiosa al ver la sangre goteando y, por fin, rompió las cuerdas y se lanzó contra el hombre.

Con un movimiento rápido, el hombre acabó en el suelo, gimiendo. Un instante después, estaba atado y sentado en la misma silla que ella había ocupado hacía un momento.

Elizabeth corrió hacia William, con las manos temblorosas mientras desataba las cuerdas que ataban sus piernas.

Cuando alzó la vista, él le mostró las manos ya libres.

—¿Dejó que lo golpeara? —preguntó, atónita.

—Me lo merecía.

Sus ojos se abrieron con sorpresa al entender el significado de sus palabras, y trató de escapar, pero él le sujetó el brazo, negándose a dejarla ir.

—No más huidas.

—Me parece despreciable.

—Ahora no me ama, pero alguna vez lo hizo… ¿no es así?

Ella vaciló y luego asintió. Después de todo, ya lo había confesado; ¿cómo podía negarlo ahora? ¿No la haría parecer una tonta?

Él continuó: —Entonces dígame, ¿por qué? No creo que lo merezca.

Ella se encendió, justo como él había previsto.

—Es usted apuesto, inteligente… amable. No descarta mis palabras, no me considera una malcriada y me permite la libertad de hacer lo que quiero. Confía en mí; confía en mi sabiduría y en mi inteligencia. Ningún otro hombre en Inglaterra es tan generoso… no se menosprecie más, ni su carácter ni sus logros.

—Mi madre era más brillante que mi padre —respondió él en voz baja—. Gran parte de la gloria que mi padre ganó en vida fue gracias a sus estrategias. Usted se parece mucho a ella.

Sus ojos se suavizaron, y permitió que él colocara una mano en su espalda baja.

Él la atrajo un poco más, obligándola a inclinarse hasta que su rostro quedó suspendido sobre el de él.

—Eli, cásese conmigo por lástima, si no es por amor. No me importa ser compadecido, en absoluto. Si es usted, lo acepto con gusto.

—Desvergonzado —lo acusó, aunque una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Permítame ser quien más aprecie su corazón —dijo, levantándose de golpe para abrazarla —. Déjeme pasar el resto de mi vida borrando todos los momentos en que la herí.

La sonrisa de Elizabeth se desvaneció y sus ojos se llenaron de lágrimas. Escondió el rostro en su hombro, temerosa de que él percibiera su debilidad.

Se negaba a conceder la derrota tan fácilmente, mientras él estaba decidido a resolverlo todo de una vez.

La batalla silenciosa se desvaneció cuando sus cuerpos comenzaron a fundirse al estar tan cerca del ser amado. Sus sentimientos reprimidos irrumpieron como un océano rugiente.

Era imposible ocultar los temblores de sus extremidades, y pronto el ambiente se volvió cálido, cargado de un amor palpable.

Él besó su cabello, un beso ligero, fugaz, contenido pero lleno de afecto.

No fue suficiente.

La sangre comenzó a fluir con rapidez, caliente; sus corazones latieron con fuerza, como si compartieran la misma euforia y anticipación.

Esta vez, fue ella quien cedió primero, reclamando sus labios. Lo sorprendió y lo llenó de una alegría indescriptible.

Lo besó con cuidado, torpemente, mordisqueando su labio inferior como si estuviera hecho de mazapán. Extrañamente, sus intentos inexpertos despertaron en él un deseo mucho mayor que todas las artimañas de sus amantes pasadas juntas.

Él se dejó llevar, permitiéndole hacer lo que quisiera. Incluso esa quietud forzada mientras ella exploraba su boca resultó increíblemente erótica.

Sus ojos se suavizaron mientras recordaba cómo habían cambiado sus sueños con el paso de los años.

Primero, había rezado fervientemente por el regreso milagroso de sus padres. Luego, había deseado ayudar a la familia Ingram, ver a sus primos casados y saldar todas las deudas.

Después, solo había anhelado un poco de consuelo.

Pero ahora, en su corazón había nacido un nuevo deseo. Algo que quería más que cualquier cosa antes. Este deseo ardiente y fervoroso lo dejaba sin aliento.

Quería llevar a su dulce Eli a la cama y provocarla hasta hacerla llorar. Quería poseerla, tenerla siempre a su lado. Y aunque sabía que ella merecía algo mejor que él, no podía evitar querer reclamarla como suya.

Quería besar cada centímetro de su piel, ver su mirada llena de necesidad y escucharla clamar por él una y otra vez.

Le habían arrebatado tanto, y tantos de sus sueños se habían roto con los años. Pero esta vez, no permitiría que Eli escapara.

No podía hacerlo, no ahora.

Inhaló profundamente, la atrajo más cerca y tomó control del beso. Sus labios se movieron con maestría, explorando, persuadiendo.

La respuesta desenfrenada de ella liberó a la bestia que él había mantenido oculta. Esta vez, le permitió salir.

Dejó que su mente vagara hacia donde nunca se había atrevido antes, y su imaginación explotó con imágenes de ambos entrelazados, como una pintura hermosa en la que el cabello de ella se extendía como una mancha de tinta sobre almohadas de satén blanco, mientras su cuerpo se inclinaba sobre el de ella, contemplando ese rostro amado.

Deseaba tanto ese momento que le dolía.

Impulsado por su imaginación, sus labios comenzaron a recorrerla con una ferocidad largamente contenida, sin importarle si la asustaba. Ella era lo suficientemente valiente para enfrentarlo, para enfrentar todo lo que él y la vida le lanzaran.

Introdujo su lengua en la boca de ella y mordisqueó su labio inferior.

Esta vez, quería hacer algo por sí mismo. Dejar de pensar en lo que el mundo esperaba de él y centrarse en lo que él deseaba.

La deseaba a ella, y había decidido que la tendría. Esta vez, no escaparía, ni permitiría que ella lo hiciera.

Elizabeth Fairweather no era una niña, ni un amuleto de la suerte, ni simplemente una amiga de su prima. Era una mujer a la que deseaba y adoraba.

Era su felicidad, su maldito mundo entero.

—Me besó —dijo al separarse de sus labios, solo para rozar su cuello con la nariz. Su aliento caliente y pequeños mordiscos la hicieron retorcerse y clavar las uñas en sus brazos—. Debe responsabilizarse de esto y casarse conmigo. Sé que la lastimé en el pasado; castígueme como desee, pero perdóneme y admita que me ama.

Levantó la cabeza y se apartó, negándose a sostenerla más.

Ella tiró de su cuello, con un velo de deseo en la mirada.

Él continuó esperando implacable, con los puños apretados a los lados.

Finalmente, ella cedió y susurró:

—Nunca dejé de amarlo; es imposible.

—¿Se casará conmigo?

Ella asintió rápidamente y lo miró con ojos grandes y esperanzados.

—¿Y ahora, un beso?

Él la rodeó feliz y obedeció las órdenes de su prometida.

Capítulo Sesenta

Penelope miró al duque con desdén.

—¿Por qué le pediste a ese hombre que lo lastimara?

—Es hora de la cena —respondió el duque, dirigiendo la mirada hacia su bastón de cabeza de león dorado.

Penelope sacó una tarta de frutas y la metió bajo su nariz.

Él la observó, luego continuó débilmente:

—Quería regresar a casa, pero Elizabeth no quería confesar; simplemente ayudé a William a apresurar las cosas.

—Eh —frunció el ceño Jane—. Por favor, explíquese, su gracia.

El duque se alejó de la puerta y se adentró más en la habitación, fuera del alcance de los sirvientes y los guardias.

—Mientras Lord Darby estaba siendo castigado, Elizabeth se dio cuenta de que todavía lo amaba y no podía verlo herido. Eso la obligó a derribar la barrera que había levantado alrededor de su corazón y rendirse. Esa chica entiende de acción, no a palabrerías.

Celine empujó a Penelope, quien había comenzado a desmayarse ante las sabias palabras de su esposo.

—Penny, siguen besándose, y ya se está volviendo un poco inapropiado.

Penelope sacó a Phunny del retrete donde se había escondido después de ver al duque.

—Ve, detenlos.

Phunny temblaba como una rama seca y sin hojas, aterrorizado.

—¿Cómo?

Jane sacó una bolsa y se la metió en los brazos.

—Aquí tienes otra bolsa de monedas. Piensa por ti mismo.

Desde que Jane se casó con el hombre más rico de Inglaterra y acumuló su fortuna vendiendo sus pinturas, había comprendido el poder de la riqueza. Si veía un problema, le arrojaba libras. Si no se resolvía, le arrojaba más libras hasta que lo hacía. Aún no había fracasado.

Así que Phunny, el héroe de la noche volvió a aparecer ante los amantes.

—Perdón —dijo.

Ellos lo ignoraron.

Él aclaró la garganta.

Ellos siguieron besándose.

Tosió, se atragantó y rodó por el suelo.

Finalmente, Elizabeth levantó la cabeza y lo miró con molestia. Lo agarró del cuello, lo arrastró hacia la silla opuesta al rufián anterior y lo ató. Luego, le puso una venda en los ojos a los malhechores y regresó a los brazos de Lord Darby.

Penelope frunció el ceño.

—Me pregunto si juntar a estos dos es una buena idea. Les falta decoro.

—Demasiado tarde —replicó Dorothy.

El duque perdió la paciencia cuando los sonidos de los besos siguieron resonando por la casa como campanas de iglesia.

—Dejen el carruaje afuera para ellos, y saldremos por la puerta de la cocina. Todavía tengo hambre.

—Mañana —dijo Jane mientras todos se preparaban para partir—. Podemos comenzar a

planear la boda e invitar al sastre.

***

Elizabeth finalmente se apartó de los brazos de Lord Darby y preguntó:

—Pensé que muchos más hombres nos emboscarían. ¿Por qué no han llegado para detenernos?

—Creo que eran amigos, no enemigos —los ojos de Lord Darby brillaron.

Mientras besaba, vio cómo todas sus hermanas y el duque pasaban a rastras y se dirigían hacia la parte trasera.

Incluso el duque le guiñó un ojo.

—Pero... —Lord Darby la silenció con un beso y la sacó por la puerta principal, donde los copos de nieve comenzaban a flotar, brillando como estrellas doradas en el crepúsculo—. Tenemos muchos enemigos; es mejor no detenerse en esas trivialidades.

Elizabeth quiso argumentar que ser secuestrada a plena luz del día desde su hogar no era una trivialidad, pero los criminales no eran lo suficientemente sanguinarios. Confusa, se sentó en el carruaje y reflexionó sobre el incidente, concluyendo que todo esto olía mucho a un plan ideado por sus hermanas.

No era una completa imbécil después de todo.

—Acércate, tengo frío —dijo Lord Darby y suspiró complacido cuando ella apoyó su cabeza en su hombro—. Después de casarnos, tendrás que ayudarme a resolver mis problemas. Tengo una cantidad terrible de ellos.

Ella asintió feliz.

—Y la próxima vez que sientas ganas de robar un carruaje, llévame contigo. Nunca lo he hecho antes.

Ella se acurrucó más cerca aún y asintió de nuevo.

Elizabeth nunca se ponía nerviosa frente a los demás; su orgullo y confianza siempre le habían permitido tratar a las personas con destreza, a menos que la persona frente a ella fuera Lord Darby.

Ese miedo de no querer decepcionarlo surgía porque él era la única persona cuya opinión le importaba.

Él besó la parte superior de su cabeza, y una profunda sensación de satisfacción la invadió. Desearía poder capturar este momento de dicha para siempre y regresar a él una y otra vez.

Él le acarició la oreja, su tono un poco molesto.

—Iba a proponerte matrimonio la noche que te hablé de matar a Lord Snyder, pero saliste corriendo. La próxima vez, no corras cuando hable.

—Como desees.

—Mañana, visitaré Finnshire y pediré tu mano —continuó él.

Ella cerró los ojos y lamió sus labios hinchados.

—Pasado mañana, visitaré a mis hermanas para planear la boda.

El carruaje se detuvo; el mundo había pasado rápidamente mientras estaban envueltos en un cálido resplandor de amor.

La puerta de la casa estaba abierta, y Lady Fowler estaba en la puerta regañando a un hombre.

—No quiero nada de esto. Deselo a Lord Darby —rugió Lady Fowler.

—¿Qué está pasando? —William se acercó a Lady Fowler y la empujó detrás de él—. ¿Quién eres?

—El "humilde sirviente del reciente Raja Haripoonaji, el segundo hijo del Maharaja de Poonch Pihar —dijo el hombre, mostrando un emblema—. He venido aquí para informarle a Su

Señoría que su esposo ha fallecido y le ha dejado algunas cosas, pero ella se niega a aceptarlas.

—¿Quién, su alteza? —preguntaron Lord Darby y Elizabeth, confundidos.

El hombre hizo una reverencia en dirección a Lady Fowler.

—Ella insiste en que no quiere nada que ver con ello.

—William —demandó Lady Fowler—. Tú te encargas del palacio y el dinero.

***

William estaba sentado en su estudio, mirando a Lady Fowler.

—¿Tenías un palacio que olvidaste? —preguntó Elizabeth por tercera vez.

Jo y el Sr. Marlowe habían sido arrastrados de vuelta desde la posada del pueblo, y ahora estaban sentados en el estudio con ellos. Aún no podían cerrar la boca después de escuchar las noticias.

—Él tenía muchos palacios —gruñó Lady Fowler—. Solo me dejó uno.

—¿Estabas casada? —William se frotó las sienes—. ¿Por qué nadie lo sabía?

—Todos los que lo sabían están muertos —suspiró Lady Fowler—. Soy vieja, es un milagro que haya vivido tantos años como los que he vivido.

—¿Sabían mis padres? —preguntó Jo.

Lady Fowler asintió.

—Déjame hablar —dijo William, interrumpiendo la próxima pregunta de Jo—. Cuéntame todo lo que puedas en orden consecutivo.

Lady Fowler frunció el ceño.

—Hace mucho tiempo. Mis padres, tus abuelos —le hizo un gesto con la barbilla a Jo—, habían sido aristócratas adinerados. Cuando era joven, viajé a muchos lugares con ellos, como también lo hizo tu padre. Cuando apenas me incliné ante la reina, conocí al apuesto Raja Haripoonaji de Pihar y me enamoré.

Sus ojos se perdieron en el recuerdo.

—Tenía un hermoso bigote rizado y grueso, y era un excelente jugador de polo.

—¿Y luego? —insistió William.

—Nos casamos en secreto, y avisé a mi familia solo después de embarcarme en el barco hacia la India. Pero el amor se desvaneció rápidamente, entre las políticas del palacio, la comida exótica y el idioma. Él era un príncipe secundario, pero tenía muchos deberes que atender por si uno de sus planes resultaba, y su hermano mayor murió trágicamente, lo que lo convirtió en el heredero del trono. Así que pronto fui olvidada. Sus padres también me desaprobaban, ya que era inglesa, diferente a ellos y mucho más audaz de lo que les gustaba.

—¿Así que estabas infeliz y lo dejaste? —Elizabeth le tomó la mano a la mujer mayor y la acarició con simpatía—. Eso fue valiente.

Lady Fowler negó con la cabeza, con su boca fruncida como si hubiera mordido un limón agrio.

—Mi suegra, la Maharani, estaba planeando matarme. Me enteré de ello y escapé con la ayuda de una criada leal. Ahora que lo pienso... todos querían matarse entre sí. Sorprendentemente, Hari sobrevivió hasta ahora.

—¿Y entonces, este dinero? —preguntó Jo vacilante—. Seguro que significa que nunca estuviste lejos de sus pensamientos.

Lady Fowler bufó.

—Les dijo a sus compatriotas que yo estaba muerta; después se casó con tres mujeres y mantuvo incontables concubinas. Para equilibrar su karma y asegurar su lugar en el más allá, me dejó un palacio y algo de riqueza. No lo quiero ni lo necesito.

William frunció el ceño.

—Pero...

Lady Fowler levantó la mano.

—Lo desprecio. Arruinó mi vida y me quitó mi juventud, y no quiero que nada de lo que él haya tocado siga ensuciando mi vida. Podría haberme buscado todos estos años, haberme ayudado cuando luchaba por alimentarme y me trasladaba de un pariente a otro. Pero no lo hizo, y ahora estoy cansada y vieja, sin ganas de gastar en exceso. Las pieles me hacen estornudar, y las joyas me hacen doler los lóbulos de las orejas.

Se inclinó hacia adelante y le dio una palmadita en la mano.

—William, aunque soy olvidadiza, recuerdo todas las veces que me has tratado con amor y respeto. Preferías que yo comiera la carne más blanda debido a mis pobres dientes antes que quedártela para ti, como haría la mayoría de los hombres. Los veo a ti y a Jo como mis hijos, así que considera esto como una herencia. Tómalo todo como un regalo de boda, como retribución para recuperar algo de dignidad antes de mi muerte.

—Pero...

Lady Fowler frunció el ceño.

—Si no lo haces, lo regalaré.

—Él lo tomará —Elizabeth golpeó la mesa—. Lo tomarás porque Lady Fowler no lo gastará en ella misma, pero tú puedes gastarlo en ella, llenando su vida de lujo y felicidad. Si no tienes nada que comer ni un lugar donde vivir, ella tampoco lo tendrá. Debes ceder y ser sensato.

William miró los rostros esperanzados a su alrededor y finalmente miró los ojos amables y brillantes de Lady Fowler. Durante mucho tiempo, había echado de menos la mano de un anciano sobre su cabeza, y ahora parecía que siempre la había tenido, pero nunca se había dado cuenta. Finalmente sonrió y asintió.

—Jo y yo lo compartiremos. Esto me permitirá tener una gran boda y darte muchos nietos con los que jugar, su alteza.

—¡Dios! No me llames así. —Lady Fowler se inclinó hacia adelante y le dio un golpe en la cabeza—. Exijo que se llene la bodega de vino y brandy.

—Con la riqueza en mis cofres ahora, puedo llenar toda una casa para ti; ¿por qué solo la bodega? —No podía creer su suerte; se había hecho rico y había ganado un palacio en un abrir y cerrar de ojos.

—Mensaje—entró el mayordomo y le entregó una nota a William.

William la leyó y sus ojos se abrieron.

—Lord Winterbottom ha muerto.

Elizabeth se enderezó.

—¿Al que Sir Ingram le debía la mayor deuda?

—Sí, y no dejó hijos... lo que significa que ya no le debo doce mil libras a nadie.

—Quiero aplaudir —dijo Jo con voz débil—. Pero no es apropiado hacerlo, ¿verdad?

—Mensaje—entró un sirviente.

Todavía recuperándose del primer mensaje, William abrió un segundo: "Mi gran tío Eustice ha muerto y me ha dejado una fortuna."

—¿Quién? —Todos parpadearon.

William se encogió de hombros y escaneó el contenido.

—Parece que un pariente que se mudó hace muchos años a Jamaica e hizo una fortuna.

—¿Lo conoces? —preguntó Elizabeth.

—Nunca he oído hablar de él —William negó con la cabeza mientras Lady Fowler asentía.

—Yo sí —Lady Fowler chasqueó los dedos cuando todo volvió a su memoria—. Lo recuerdo. Solía escribirle a menudo y contarle sobre tu lamentable situación y la montaña de deudas. Él era mi primo.

—Tu memoria es sorprendente a veces —William la miró con sospecha.

Lady Fowler parpadeó inocentemente.

—Quiero aplaudir otra vez —la voz de Jo rompió el silencio.

—Mensaje —exclamó el mayordomo entrando rápidamente—. El conde de Pekham ha muerto; su familia ha perdonado todas las deudas.

Esta vez, no pudieron evitar levantarse de sus asientos y soltar una estruendosa ovación.

De hecho, cuando el destino decidía recompensar a los buenos, lo hacía con gran estilo.

Capítulo Sesenta y Uno

Elizabeth regresaría a Finnshire para planificar la boda, pero antes de eso, William la llevó a la casa donde creció.

Redwood Estate, en Sommeshire, era un lugar encantador, curiosamente en el vecindario de Finnshire. Era una hermosa mansión construida en el siglo XV que había conservado gran parte de su arquitectura. Los terrenos estaban descuidados, pero los numerosos árboles antiguos que adornaban el lugar le daban un encanto majestuoso y hermoso.

El carruaje se detuvo frente a la entrada, y rápidamente descendieron.

Se mudarían allí una vez casados, y William estaba ansioso por mostrarle todo. En lugar de sorprenderla, se vio sorprendido por lo que encontró.

La casa deteriorada que recordaba había sido restaurada a su antigua gloria.

Es cierto que era imposible que todo fuera exactamente igual que antes, y el paso del tiempo había dejado sus huellas, pero era familiar y acogedora, y por un momento, sintió que volvía a ser un niño, con sus padres esperándolo con los brazos abiertos al otro lado de la puerta.

Cruzó el umbral con pasos vacilantes. Las paredes estaban pintadas, los muebles restaurados a su estado original e incluso las cosas que se habían robado con los años habían sido encontradas y devueltas.

Atónito, se giró para mirarla.

—Un regalo de boda anticipado —dijo Elizabeth suavemente.

—¿Cómo lograste esto? —preguntó, levantando un jarrón y dándole la vuelta—. Pensé que esto se había robado.

—El antiguo cuidador me dio la lista de las cosas perdidas, y los vecinos me ayudaron con algunos detalles. El sindicato de ladrones hizo el resto y fueron muy útiles localizando todo lo que pudieron a lo largo de los años.

—Pero no estaban aquí cuando yo vine la última vez. ¿Dónde guardaste estas cosas? Debió de haberte llevado mucho tiempo encontrarlas.

—En el granero de casa, que nunca se usa.

Su corazón estaba tan lleno de amor que no sabía qué hacer. Nadie en toda su vida había pensado en él tanto como ella.

En un solo paso, la tomó entre sus brazos y la besó. Se prometió en silencio que pasaría el resto de su vida haciéndola feliz.

Apretó su cintura delgada y la abrazó. Su lengua se deslizó entre sus labios y recorrió su paladar, haciéndola estremecerse.

Continuó besándola sin descanso, tomando control de sus emociones y su cuerpo, saboreando el hecho de que nadie en el mundo podría domar su salvajismo excepto él.

Sostener a este pájaro inquieto y tenerla dócil en sus brazos como arcilla lo llenaba de satisfacción y frustración. Aún no estaban casados, y tenerla tan dispuesta lo hacía luchar diariamente con el autocontrol.

—Te amo —susurró contra sus labios.

—Entonces bésame para siempre —fue su respuesta sincera mientras deslizaba lentamente su mano bajo su camisa y acariciaba su piel desnuda. Sus yemas de los dedos estaban frías y eran increíblemente agradables al rozar su piel caliente.

Fue su turno de temblar y derretirse. ¡Vaya! Incluso aquí quería competir y ganar ventaja.

Él gimió en su interior y la apartó.

—Compórtate

***

Era el último día antes de que Ingram House fuera alquilada y dos días antes de la boda. William había decidido no vender la casa ya que ya no lo necesitaban, y el alquiler se entregaría a Jo para que gestionara la hermosa mansión que había comprado en Bath.

Elizabeth estaba revisando cuidadosamente el estudio para asegurarse de que todo estuviera en orden antes de la llegada de los nuevos inquilinos cuando un golpe en la puerta la distrajo.

Dimbercove giraba un sombrero en sus manos.

—Quiero casarme.

Elizabeth descansó su trasero en el borde de la mesa de estudio.

—¿Con Rose, la lechera?

Se sonrojó.

—Sí.

—No puedes seguir con tus maneras salvajes después de casarte.

—¡Nunca quise vivir así!

—¡Bah! Siempre me arrastraste en tus aventuras.

—Ni siquiera te sonrojas cuando mientes —gruñó.

—Si no robas y saqueas, ¿qué vas a hacer?

—Sus padres tienen una pequeña granja y no tienen hijos varones. Pienso ayudarlos a gestionarla.

Su corazón se hundió al oír esas palabras.

—Ya veo.

—¿Eli?

—No nos veremos tanto —bajó la cabeza y miró sus zapatillas de brocado.

—No, no lo haremos.

—Te vas a mudar a kilómetros de aquí, te vas a instalar en una extraña campiña y me vas a olvidar. —Elizabeth frunció el ceño—. Has estado insistiendo con esa chica durante un año ya.

—¡Tú has estado enamorada de Lord Darby durante seis años!

—Ocho —lo corrigió—. De todos modos, tenía la sensación de que algún día me dirías esto, así que preparé un pequeño regalo para tu nueva vida. Covey, te deseo felicidad, suerte y muchos hijos.

Él tomó el sobre sellado que ella sacó de su retículo y lo abrió.

—Te deseo felicidad y suerte también, Eli.

Esperó un momento antes de recordarle.

—Olvidaste agregar hijos.

Él la miró fijamente.

—¿Cómo puedes ser tan descarada? ¿Eres una dama o no?

Ella se rio.

—¿Por qué tienes las orejas rojas? ¿No encontramos esos libros juntos? Incluso te dejé quedártelos.

—¡Tú tomaste algunos de vuelta!

—Para educar a las chicas del seminario. ¿Sigues guardando rencor? ¡Qué mezquino!

Él le dio la espalda y finalmente leyó el contenido de la carta. Pareció una eternidad antes de que volviera a girarse hacia ella.

Elizabeth parpadeó rápidamente.

—¿Te has emocionado hasta el punto de llorar?

—Esto... —Su labio inferior temblaba—. ¿Tú... cuándo?

Elizabeth se sintió avergonzada por primera vez.

—Siempre sentí que Penelope y tu padre, Jimmy el Forajido, es decir, la Cobra, eran excelentes amigos. Pensé que seríamos igual, pero parecía haber un mar entre nosotros porque yo soy de la nobleza y tú no. Nunca me viste como una igual, como una hermana, mientras que yo te consideraba totalmente como mi hermanito.

Sus ojos estaban rojos, y se recompuso antes de decir:

—Tengo dos años más que tú.

—Pero tu inteligencia alcanzó la mía cuatro años después.

Él no discutió, dijo temblorosamente:

—No puedo aceptar esto.

—Es tu trabajo duro. Por cada carruaje que robamos y lord del que despojamos de joyas y libras, utilicé a mis cuñados para vender los beneficios e invertir en un par de barcos de especias. Los rendimientos han sido excelentes y hemos hecho un buen dinero.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tú sueles conformarte con muy poco. Si te hubiera dejado disfrutar del botín, habrías detenido nuestras aventuras y te habrías asentado con una camada de niños. Quería que tuvieras más de lo que puedes soñar. Quería que tuvieras tanta riqueza que ni siquiera tus nietos necesitaran cometer crímenes menores para alimentarse.

—Eli, yo...

—¿Estás tocado? Entonces permite que te elogie.

Suspiró.

—Con las libras que me has regalado, no voy a discutir hoy, sino que aceptaré todo lo que digas. Eres una amiga maravillosa con un gran corazón. Habría estado muerto de hambre en las calles si no fuera por tu ayuda oportuna. También sé de los orfanatos que funcionan gracias a tu caridad... Eres una heroína, una hacedora de bien consumada, un ángel enviado del cielo que ha perdido sus alas y, en lugar de rendirse, recurrió a medios demoníacos... pero por el bienestar de todos aquellos que ama.

Elizabeth aplaudió.

—Ahora, escribe cada palabra excepto la parte de lo demoníaco.

Él estaba demasiado conmocionado para siquiera poner los ojos en blanco.

—Todavía no entiendo por qué no confiaste en mí.

—Cuando comenzamos a robar carruajes, me negué a darte tu parte justa; tomé todo. Si me hubieras visto como amiga o hermana, habrías peleado conmigo, pero no lo hiciste. Estaba jugando contigo, pero al verte dar todo el dinero tan dispuesto, me di cuenta de que aún nos veías como amo y sirviente.

Él se mostró incómodo por su análisis.

—¿Te lastimé los sentimientos?

—Incontables veces.

—Creo que estamos más cerca de lo que pensábamos. —De repente, dio tres largos pasos y la abrazó—. Robaste y saqueaste no solo por Lord Darby, sino también por mí, ¿no? Sabías que yo no aceptaría caridad como tu preciado Lord Darby, por lo que ideaste este plan loco. Supongo que éramos demasiado jóvenes para saberlo. Eli, te pusiste en peligro repetidamente por los dos, y te estoy muy agradecido.

—Y, aun así, me dejas.

Él dio un paso atrás y dijo con suficiencia: —He cruzado el mar y me he unido a las filas de la

ilustre nobleza terrateniente, casi igual a ti ahora, pero esta será la última vez que te abrace. Mi Rose se pondrá celosa.

—¿Quién quiere abrazarte? Hueles mal. —Rodó los ojos—. ¿Qué vas a hacer con toda esa riqueza?

—Comprar una casa, algo de tierra y vivir de mis propiedades. ¿Qué más?

Ella cruzó los brazos y levantó una ceja. —Si no fuera por mí, habrías seguido comportándote de manera indisciplinada.

Él mordió su lengua, negándose a recordar las incontables veces que ella había arrastrado su cuerpo renuente a aventuras vertiginosas. Olvídalo, ella le había dado una nueva vida.

Elizabeth sacó la lengua. —Puedes irte; tu Po Po te está esperando.

Él se quedó congelado. —¿Nos espiaste?

—¡Mo Mo quiere a Po Po! —Explotó en risas.

—¡Eli!

—¿No se te ocurren nombres más encantadores? ¿Qué tal si te doy una lista?

—Elizabeth Fairweather, me mudo a Finnshire. Mis ojos seguirán sobre ti, así que cuida tu lengua.

—¡Dijiste que te ibas a ir!

—Me voy, a Finnshire.

—Entonces, ¿por qué me hiciste sentir que te irías a mil millas de aquí? Incluso secretamente derramé una lágrima.

—Estaba bromeando. ¿No es eso lo que hacen los hermanos mayores?

Fue su turno de quedarse en silencio, y luego, finalmente, una lágrima resbaló por su nariz. —¿Podemos abrazarnos otra vez?

—¡No! —Lord Darby irrumpió en la habitación—. A su Po Po no le gustará, ni a mí. A partir de ahora, no se te permite tocar a ningún otro hombre.

Elizabeth frunció el ceño. —¿Qué pasa con mi padre?

—Él está excluido.

—¿Y mi cuñado?

—No.

—¿Y si se caen y se rompen una pierna, y yo tengo que ayudarlos a levantarse?

—Llama a los lacayos.

Sus ojos se entrecerraron.

—De acuerdo, entonces tú tampoco puedes tocar a nadie.

—¿Qué tal a Lady Fowler?

—No.

—Ella es mayor y puede necesitar ayuda.

—Llama a las sirvientas.

Dimbercove metió el sobre que había cambiado su futuro en un abrir y cerrar de ojos y salió en silencio de la habitación mientras la pareja continuaba discutiendo.

La siguiente vez que se encontraron fue el día de la boda de Lord Darby y Elizabeth Fairweather, y qué día fue ese...

Capítulo Sesenta y Dos

Elizabeth y William se casaron en una boda lujosa que rivalizó con la del rey. Los periódicos no paraban de hablar de ello, e incluso años después, se hablaba de ella con admiración.

Las cien palomas blancas que fueron liberadas se convirtieron en cien mil pavos reales brillantes a medida que las historias se transmitían a lo largo de los años, y la esmeralda que adornaba el cuello de la novia pasó de ser del tamaño de una moneda grande a un enorme huevo de ganso.

En el día de la boda, después de la breve y conmovedora ceremonia en la que William y Elizabeth se casaron por una licencia especial conseguida por el duque de Blackthorne, las hermanas Fairweather y sus esposos, Jo y el Sr. Marlowe, Lady Fowler, el Sr. y la Sra. Fairweather, Dimbercove y su lechera, algunos criminales dudosos, siete perros vestidos con perlas, junto con trescientos invitados de sangre azul, asistieron al banquete nupcial, donde se sirvieron champán y comida exquisita.

La Sra. Fairweather se desmayó tres veces de felicidad, mientras que incluso el Sr. Fairweather se conmovió lo suficiente como para quedarse más allá de su hora de dormir.

—Creo que son perfectos el uno para el otro —dijo Penelope en voz baja a Celine.

Celine miró y vio a Elizabeth llorando mientras miraba el tazón de sopa. Lord Darby, tranquilamente, sacó el guisante que había hecho llorar al valiente ladrón de carruajes.

Una conocida antipática que pasaba se detuvo al ver al novio coqueteando con la novia y resopló ruidosamente ante tan pública demostración de afecto.

Elizabeth lanzó el guisante recién sacado sobre su hombro, y aterrizó con precisión sobre el elaborado peinado de la mujer.

Lord Darby luego procedió a sacar otro guisante de su tazón de sopa y se lo pasó.

Elizabeth lo tomó sin pensarlo y también lo lanzó.

La pareja lanzadora de guisantes formaba una extraña pareja, pero parecían increíblemente felices.

—Todavía no entiendo cómo logran llevarse bien —comentó Dorothy desde el otro lado de la mesa—. Los dos no podrían ser más diferentes.

Mientras Elizabeth deseaba cruzar los océanos, descubrir tierras extrañas, conocer gente interesante, probar frutas y platos exóticos, oler flores que nunca había visto antes y buscar conocimiento a través de la experiencia, William estaba contento con solo leer sobre ello. Él se movía por la vida como un río tranquilo, sin buscar más y simplemente tratando de llegar a su destino de la manera más suave posible.

Su futuro tendría sus desafíos, pero viendo el profundo amor y respeto entre la pareja, las hermanas estaban seguras de que duraría toda una vida.

—¿Dónde está el hijo de Jo? —Jane estiró el cuello—. Ah, ¿ese bebé chillón es suyo?

Elizabeth asintió. —Ha conseguido una hermosa casa grande junto al mar. Pensamos visitarla durante el invierno.

—¡Jimmy! —Penelope gritó—. Escuché que tu hijo ahora es parte de la nobleza terrateniente. ¡Bien hecho! Su boda fue maravillosa.

El Cobra hizo una profunda reverencia hacia su mesa. —Estoy borracho.

Penelope sonrió. —Tantos carruajes ricos afuera deben hacer que te piquen las manos.

—Por eso —Jimmy hizo una reverencia nuevamente—. Estoy borracho. No puedo robar en un día así.

—No deberías robar ningún día —el duque le dirigió el dedo índice.

Llenaron sus copas y brindaron ruidosamente por la salud de Jimmy, luego pasaron otra ronda de bebidas para sus futuros nietos.

Una vez que todos estuvieron debidamente borrachos, Celine se giró hacia Dorothy y dijo, con la vista borrosa: —Es una lástima que solo nos quedaba una hermana soltera con la que inmiscuirnos.

Dorothy asintió. —No hay primos perdidos.

Penelope mordió un pastel de frutas y escupió las pasas. —¿Alguna vez nuestro padre tuvo un hijo fuera del matrimonio?

—¡Penny! —Exclamaron al unísono.

Penelope se encogió de hombros. —Es eso o ya no nos quedan hermanas solteras.

Guardaron silencio.

Dorothy jugaba con el tallo de la copa de vino. —Esta es la última boda, y luego no habrá más.

—Tus hijos se casarán después —suspiró Penelope.

—No es lo mismo —dijo Celine.

Dorothy estiró las piernas y se acarició el vientre lleno. —Tal vez deberíamos...

—¿Sí? —preguntó Celine.

—Bueno —Dorothy aclaró la garganta—. Papá era un hombre guapo.

—Encantador —dijo Penelope con cariño—. Las mujeres lo adoraban.

—Madre puede ser difícil —tosió Dorothy.

—Muy difícil —estuvo de acuerdo Penelope.

Pensaron en eso por un momento.

—Podríamos preguntárselo —susurró Penelope.

Dorothy se iluminó. —Eli puede sacar el tema. Papá la quiere más.

Celine asintió con entusiasmo. —Lejos de mamá. Es un asunto delicado.

Dorothy frunció el ceño. —Tal vez Eli pueda escribirle.

Penelope frotó sus manos y sonrió. —Vamos a preguntarle.

Pero no tuvieron oportunidad de preguntar si el Sr. Fairweather había tenido hijos ilegítimos, ya que los recién casados estaban perdidos en los ojos del otro.

—Eli —Lord Darby le sostuvo la mano y habló en voz baja.

Ella lo miró, ajena a la existencia de cualquier otra persona excepto él. —¿Hmm?

—Las luces de gas están listas.

—¿Tenías que poner tantas alrededor de la casa?

—Siempre quiero que estés a la luz.

Ella sonrió. —No tengo miedo de la oscuridad si tú estás a mi lado.

Lord Darby continuó con voz ronca: —Cuando me besaste, Jo se casó, la propiedad de Ingram se alquiló, y la mayoría de las deudas fueron pagadas. Y cuando te convertiste en mi prometida, obtuve un palacio y una riqueza increíble, pero ahora que te has casado conmigo, he recibido el mejor regalo de todos.

—¿Cuál?

—Una familia. Gracias por eliminar mi desdicha y llenar mi vida de amor y suerte.

Su charla de enamorados se detuvo momentáneamente cuando un grito penetrante rompió el aire.

Philbert Woodbead llegó a su manera, colgado de la lámpara de araña. —He vuelto —anunció —. Y después de muchos años de reclusión, he salido a presentarme, solo porque adoro a la

novia.

Los invitados se pusieron de pie y aplaudieron ruidosamente.

Abrió la boca y, entre los fuertes silbidos y gritos, gritó su último poema.

Soy como una polilla
Huí de la luz y busqué la oscuridad,
Luego viniste a mí, una linda mariposa,
Envolviste tus alas alrededor de mí y me llevaste a volar.
Vi la luz; vi la luz
Luego, una lagartija nos devoró.
Nos convertimos en papilla en las tripas de la lagartija
Y finalmente nos convertimos en uno.

El impacto fue tan grande que la mitad de los invitados se desmayaron inmediatamente al final del último verso, y este momento también quedó registrado en los libros de historia junto con otros detalles de la boda.

Después, los recién casados se escaparon para pasar su primera noche juntos. Lamentablemente, estaban demasiado cansados y se quedaron dormidos tan pronto como se acostaron en la cama, pero no teman, porque a la mañana siguiente, consumaron el matrimonio con entusiasmo.

Fue tan bueno que lo hicieron de nuevo a la tarde siguiente.

Sucedió de nuevo esa noche...

Y otra vez a la mañana siguiente... y así sucesivamente, para siempre.

Fin

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Comedia Romántica de la Regencia

Hermanas Fairweather Libro 1: Penelope
Hermanas Fairweather Libro 2: Buscando a Philbert Woodbead
Hermanas Fairweather Libro 3: Dorothy
Hermanas Fairweather Libro 4: Jane Fairweather

Misterios de la Regencia

Apuesta Perversa
Serie Lucy Anne Trotter Libro 1: Asesinato en Rudhall Manor
Serie Lucy Anne Trotter Libro 2: Muerte de un Aristócrata

Comedia Romántica Contemporánea

Amo el Muffin Y el Chai Latte
Madre Mia Gracie

Fantasía

Legado de Amor Libro 1: Meara
Legado de Amor Libro 2: Destinado

Sobre la autora

Anya Wylde vive en Irlanda junto con su esposo, sus dos hijos y un gordo caniche francés (ahora a dieta). Sabe preparar un curry espectacular, y su idea de hacer ejercicio es, de vez en cuando, estirar los dedos de los pies. Tiene un título en Literatura Inglesa y adora leer y escribir.